MARTIN GUDELL

LO QUE OÍ EN LA U. R. S. S.

ESTUDIOS SOCIALES
MEXICO - 1946

LO QUE OI EN LA U. R. S. S.

MARTIN GUDELL

LO QUE OI EN LA U.R.S.S.

EDICIONES ESTUDIOS SOCIALES
MEXICO, D. F.
1 9 4 6

Todos los derechos reservados
Copyright by author, 1945

Printed in Mexico

Impreso en México

PREFACIO

A últimos del año 1936 la Confederación Nacional del Trabajo, en compañía de dos delegados y junto con representantes de otras organizaciones antifascistas españolas, nos envió a la Rusia soviética. De regreso, hicimos entrega de un informe bastante detallado a los Comites de las organizaciones libertarias de España, pero hasta la fecha lo escrito quedó en sus archivos sin qie se haya publicado.

Si durante la guerra civil hubo alguna razón para no publicar los informes sobre las relaciones entre la España antifascista y la Rusia soviética, actualmente aquellas razones ya no existen. Ahora, no solamente se puede, sino que debe darse luz a todo lo que tiene relación con la guerra civil española. Todo el mundo debe conocer cómo fueron tratados los españoles, mientas mantenían una lucha de vida o muerte contra el fascismo internacional. Conociendo los errores del pasado, quizá los evitaremos en el porvenir.

Estuvimos tres semanas en la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas; visitamos Leningrado, Moscú y Kiev; vimos unas cuantas fábricas y algunos museos; escuchamos un sin fin de discursos; tomamos parte en varios banquetes, y salimos de Rusia con las maletas llenas de libros y de material estadístico sobre la vida de aquel país.

Si basáramos este trabajo sobre el material que nos dieron, si describiéramos los lugares visitados y repitiéramos lo que nos dieron, el trabajo no tendría interés. Se publican tantos libros sobre la Rusia soviética basados en material suministrado por los agentes del Gobierno de los soviets, que no valdría la pena de publicar uno más. Cualquiera que haya visitado la

U. R. S. S. se pone en seguida a escribir un libro sobre la misma. No usamos los materiales suministrados porque creemos que no sirven para comprender la vida de un pueblo, ni ayudan en nada para estrechar las relaciones con otros pueblos.

No vamos a describir todo lo que hemos visto durante nuestra estancia en el país, porque tampoco tendría un interés extraordinario. Miles de delegados visitaron los mismos lugares; docenas de ellos los han descrito. Es probable que las impresiones descritas por otros temperamentos resultarían algo diferentes, pero el fondo no variaría.

En este trabajo nos proponemos describir algo de lo que hemos oído durante nuestra estancia en la U. R. S. S. Unos han escrito sobre lo que han visto, otros sobre lo que les han dicho; unos especulan sobre el material suministrado, otros repiten lo que les han dictado, pero nadie, que nosotros sepamos, ha descrito lo oído.

Durante nuestra estancia en la U. R. S. S., además de los discursos oficiales que se hacían a las delegaciones, hemos oído conversaciones oficiales, que no iban dirigidas a los delegados. Hemos oído conversaciones de los representantes soviéticos que no se traducían a los delegados extranjeros. Estas conversaciones eran más interesantes que los discursos que se traducían.

Durante nuestra estancia en la Rusia soviética, los representantes oficiales no sabían que comprendíamos el ruso, y en nuestra presencia conversaban libremente sobre asuntos que consideraban vedados a los extranjeros. Estas conversaciones entre ellos arrojan más luz sobre la vida de aquel país que cuanto nos han contado docenas de turistas.

Las opiniones de los representantes oficiales sobre los visitantes; las conversaciones con los directores de los talleres, mientras los visitábamos; las discusiones que surgían en cuanto nuestros acompañantes diferenciaban en sus opiniones; la manera cómo traducían los discursos de los delegados extranjeros, dice mucho más sobre la moral y las costumbres del país que las afirmaciones interesadas de sus agentes. De la manera cómo

los delegados del Gobierno reciben y presentan los extranjeros al pueblo ruso, podemos deducir el bajo concepto que les merecen las delegaciones obreras y no obreras que los visitan.

Como lo oído en la U. R. S. S. tiene mayormente un interés de orden ético y moral, juzgamos que no pierde la oportunidad de ser transcrito. Es probable que la guerra haya ocasionado algunos cambios, pero también es cierto que la manera de gobernar no ha cambiado en nada. Gobierna el mismo grupo y también las mismas personas; con los mismos métodos y con los mismos objetivos.

Si antes de la guerra el pueblo ruso vivía mal, es de suponer que actualmente vive peor; si antes de la guerra la vida del país estaba dominada con mano férrea, actualmente las medidas represivas deben ser todavía más duras; si antes no había libertad de palabra ni de prensa, actualmente la habrá mucho menos.

Conociendo las condiciones de vida en la U. R. S. S. a los principios de la guerra, tendremos algunas ideas sobre la misma durante y después de la guerra.

Pero lo que nos interesa más, es proporcionar un poco de luz sobre las relaciones de la España antifascista y la Rusia soviética. Algunos aspectos de estas relaciones han sido aclarados. Es de suponer que los que intervenían no tardarán mucho en explicar otros problemas que todavía quedan oscuros. La tragedia del pueblo español es muy profunda. Todavía no son conocidas muchas facetas de la misma, porque están entrelazadas universalmente con otros aspectos no menos trágicos que el español.

Nos proponemos mostrar como actuaban los representantes soviéticos, cuál es el ambiente en que vivían, cuál la moral que reinaba en aquel país y los principios que aplicaban para con los extranjeros. Suponemos que la descripción de este medio ayudará a entender las relaciones habidas entre la España antifascista y la Rusia soviética durante los días trágicos de la guerra española.

LOS MOTIVOS DEL VIAJE

Ansias de destruir al fascismo.

A mediados de agosto y a los principios de septiembre de 1936, los que vivíamos en España y estábamos al corriente de lo que sucedía en los frentes de batalla, sabíamos que el pueblo español tendría que luchar no solamente contra los fascistas de su país, sino contra los alemanes e italianos.

Durante el mes de julio y agosto el pueblo español destruyó los focos de sublevados en las capitales más importantes; liquidó la resistencia de los militares en Barcelona, Madrid, Valencia y Santander; limpió las provincias de las bandas de señoritos armados y de curas trabucaires.

El triunfo del pueblo español fue rotundo, completo, indiscutible. La multitud sin armamento, sin ninguna preparación, sin la menor ayuda del extranjero, aniquiló regimientos enteros; destruyó los planes de los mejores estrategas; demolió los centros de resistencia de la reacción y trajo confusión a los Estados Mayores de Alemania e Italia.

La Historia no conoce ningún otro caso donde todo un pueblo hubiera mostrado tanto heroísmo como lo hizo el español durante las luchas de 19 de julio y días sucesivos. La gesta española todavía está por escribir, porque lo dicho hasta el presente son solamente fragmentos.

Los españoles destruyeron al fascismo en su país, porque en ningún pueblo de Europa había tantas ansias de liquidar esta plaga como en el pueblo español. Además, acompañaba sus ansias una voluntad fuerte de vencer. Cuando llegó la hora

decisiva, no regatearon el sacrificio, cosa que no ha demostrado ningún otro pueblo.

El fascismo español sufrió el golpe mortal durante las primeras semanas de lucha, pero la lucha en España continuaba. Continuaba, gracias a la ayuda del nazifascismo internacional y a la lenidad y cobardía de las democracias.

El primer concurso que recibieron los facciosos fue de la aviación italo-alemana. En 1940 Mussolini declaró que el día 27 de julio de 1936, una semana después de la sublevación, los aviadores italianos ya tomaron parte en las batallas de España. De aquella fecha datan las primeras bajas de italianos en suelo español. La ayuda alemana empezó a llegar, también, a partir de los primeros días de la sublevación.

Con el mismo vigor con que los españoles se opusieron al fascismo de su país, se enfrentaron con las bandas del fascismo extranjero. A los suyos les vencieron, pero necesitaban ayuda para vencer a los fascistas europeos. No necesitaban hombres, ellos eran bastantes para enfrentarse contra toda la reacción europea. Estaban dispuestos a salvar a Europa de los horrores de guerra y de la esclavitud que ahora sufre. Lo que necesitaban los españoles era armamento moderno para enfrentarse contra los ejércitos fascistas.

Las Democracias les vuelven la espalda.

Los organismos oficiales de la España antifascista se dirigieron a los países democráticos pidiendo se les vendiera armamento. Los tratados internacionales favorecían la venta de armas necesarias a un Gobierno constitucional. En el Banco de España había el oro suficiente para pagar las facturas al contado, pero los gobernantes españoles no pudieron adquirir los aviones necesarios para su defensa.

La Francia democrática se negó a entregar al Gobierno español incluso aquel armamento que estaba encargado desde antes de la sublevación fascista, y por el cual ya se le habían hecho los primeros pagos por adelantado.

Al no poder conseguir armas los representantes oficiales, salieron al extranjero delegados de varias organizaciones políticas y sociales, tratando de convencer a los partidos antifascistas de Francia, Inglaterra y Bélgica para que influenciaran a sus gobiernos respectivos con el fin de adquirirlas. Todo fue en vano.

Durante el mes de agosto estas delegaciones estaban de regreso con las manos vacías. Los delegados fueron bien recidos, les hicieron promesas vanas, pero ninguno trajo nada concreto con que oponerse a las hordas fascistas.

Las democracias europeas, representadas por Blum y Chamberlain, en lugar de ayudar al pueblo español, crearon el Comité de No-intervención con sede en Londres. Los gobiernos democráticos, por temor a una España revolucionaria y progresiva, se entregaron en manos de Ribbentrop y Dino Grandi, cuando éstos, en nombre de sus gobiernos respectivos, se comprometieron a respetar los acuerdos de No-intervención. Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y otros países se negaron a cumplir los compromisos para con la España antifascista que firmaron en tiempo de paz. Los gobiernos de estos países se adhirieron al Comité de No-intervención y se negaron a vender armamento a España, que luchaba contra Hitler y Mussolini.

A pesar de las zonas establecidas en las cuales las potencias europeas debían vigilar que no se enviara armamento a España, los alemanes e italianos, con todo descaro, ni un día cesaron de remitirlo a los sublevados. Los combatientes antifascistas lo notaban en todos los frentes. De Andalucía, del Norte y de Aragón venían noticias y pruebas que afirmaban la presencia de soldados italianos y alemanes con armamento moderno. Los jefes de las columnas que salieron para Aragón, después de librar varias batallas con los sublevados, cada vez que venían a Barcelona, hablaban de la toma de Zaragoza como cosa segura, contando con armas. Otros no podían tomar Huesca por la misma razón. Hubo momentos en que las líneas del frente de Aragón se sostenían sólo con cinco cartuchos

para cada fusil. No había armamento, ni pólvora, ni nada. Si los fascistas hubieran atacado, el hundimiento era seguro.

Todos los esfuerzos hechos por los antifascistas españoles para conseguir ayuda de las Democracias, mientras las atacaban los fascistas alemanes e italianos, fueron en balde. Con el pretexto de la No-intervención se cerraban todas las puertas, hasta que lograron hundir a la España antifascista.

Con la mirada hacia Rusia.

Al no poder obtener lo substancial para la defensa de aquellos gobiernos cuyo deber era ayudarles, los españoles volvieron su vista hacia la U. R. S. S. La creencia era de que el país del proletariado no se comportaría de la misma manera como se comportaban los países capitalistas. Si los conservadores ingleses y franceses tienen más miedo de los verdaderos enemigos del fascismo que del propio fascismo, no se comportará así el Gobierno de los Soviets, pensaban los españoles.

En este medio y circunstancias y a principios de la guerra, el Kremlin envió a Barcelona a Vladimir Antonov Ovseenko, uno de ios diplomáticos más astutos de la U. R. S. S. Antonov Ovseenko era uno de aquellos combatientes que organizó el golpe de Estado de noviembre de 1917. Era quien cumplía y aplicaba las órdenes de Trotsky durante las horas decisivas en la lucha contra el Gobierno de Kerensky. Era uno de aquellos bolcheviques de la vieja guardia que creía en la revolución mundial hecha a la manera rusa. Desde el año 1917 Antonov Ovseenko estaba al servicio del Gobierno de los Soviets, y conspiraba en todos los países por donde pasaba.

Los dirigentes del Kremlin hacía tiempo que pensaban poner el pie en la península Ibérica, pero nunca tuvieron éxito. El comunismo moscovita jamás contó con muchos partidarios en España, a pesar de los grandes esfuerzos realizados por los agentes del Comintern. En cuanto lograban algún adepto, no tardaban mucho en perderlo por haberse desviado por el

"sendero falso de la izquierda", o por el "mal camino de la derecha". Mientras en todos los países europeos los obreros avanzados caían en el anzuelo de Moscú, en España la mayoría no quería saber nada de ellos. El español es irreductible en aceptar imposiciones extrañas. He ahí la causa de su apartamiento del comunismo.

Antonov Ovseenko estaba encargado no sólo de mantener buenas relaciones entre España y el Kremlin, sino también de conseguir aquello que no pudieron lograr los agentes de la Internacional moscovita.

El pueblo catalán en sus reuniones, mítines y la prensa pedía armamento a la U. R. S. S. Los representantes de los Soviets fueron bien acogidos en todas partes, pero todo el mundo se preguntaba ¿cuándo nos enviará Rusia el armamento necesario?

Antonov Ovseenko, siendo buen psicólogo, sabía que era el momento para atraerse las simpatías del pueblo español. Después de recordar algunos episodios de la revolución rusa, después de dar algunos consejos de lo que debían hacer los españoles, daba esperanzas a los luchadores de que el armamento llegaría. En las conversaciones particulares mantenidas con los representantes del antifascismo español les explicaba los pasos que hacía para acelerar la ayuda tan necesaria.

Pero, pasaban las semanas y de Rusia no llegaba nada. Mientras tanto, los fascistas adelantaban en Andalucía, se acercaban a Madrid. Además, el mismo Gobierno de los Soviets se adhirió al Comité de No-intervención de Londres. Los gobernantes del Kremlin se comprometieron a no enviar armamento a España. Los rusos, más que nadie, estaban dispuestos a mantener sus compromisos internacionales. Los representantes moscovitas en España sabían que ni Alemania ni Italia respetaban sus compromisos de No-intervención e informaban a Moscú sobre el material de guerra que enviaban los países fascistas, pero el Kremlin seguía una política intransigente.

Si el Gobierno y los pueblos de la U. R. S. S. conocieran mejor la situación de España, si vieran que el pueblo español tiene simpatías por los rusos, quizá cambiaría su actitud y decidiría enviar armamento a los luchadores —decían los agentes del consulado soviético en su relación con los representantes de las organizaciones antifascistas. Si los gobernantes de la U. R. S. S. conocieran más al pueblo español, es probable que se resolvería más de prisa el problema de mandarles armamento; si los españoles conocieran mejor a la U. R. S. S., quizá no sentirían tanta hostilidad contra aquel país y sus dirigentes— decía Antonov Ovseenko.

Para lograr estos propósitos se dispuso aprovechar las fiestas de Octubre y enviar una delegación del pueblo español a Rusia que procurara convencer a los dirigentes de Moscú de cambiar la actitud sobre los acuerdos del Comité de No-intervención y pedir que vendieran el armamento necesario a los españoles para luchar contra el fascismo.

Para impresionar más a Moscú, se decidió enviar una delegación que representara a todos los sectores políticos que luchaban contra el fascismo. Debían formarla los anarco-sindicalistas y socialistas, los republicanos y comunistas. Se insistió que en la delegación hubiera también representantes católicos que luchaban contra el fascismo.

Cuando las organizaciones empezaron a nombrar delegados a Rusia, Antonov Ovseenko rogó que no se enviara a personas que ya se hubieran destacado en sus luchas contra el bolchevismo. En lugar de conseguir algo, empeoraría la situación, decía el Cónsul de los Soviets en Barcelona.

Discusiones sobre la delegación.

En cuanto se supo que la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.) se proponía enviar una delegación a Rusia, surgieron muchas discusiones entre sus militantes. La mayoría estaba en favor de la misma, pero hubo muchas voces que se oponían.

La C. N. T. fue siempre la organización que se opuso más efectivamente a la infiltración del bolchevismo. Sus militantes estaban mejor informados sobre la vida de la U. R. S. S. que los de otras organizaciones. Todos ellos habían leído las persecuciones que sufrían los opositores al bolchevismo. Sabían cómo vivían los obreros en el país de los soviets. Los militantes de la C. N. T. se oponían al bolchevismo por los principios y los métodos que los dictadores moscovitas empleaban para gobernar al país contra las demás tendencias socialistas. Entre los militantes de esta organización que desde sus principios se opuso a los métodos bolcheviques, es natural existieran motivos de discusión cuando la misma iba a enviar una delegación a un país dominado por la dictadura más férrea.

Pero la mayoría reconoció que se vivía en circunstancias especiales, que en España se ventilaban no solamente problemas españoles sino de todo el mundo, por esto se decidió a recurrir a todos los medios y enviar una delegación a la U. R. S. S.

La Regional Catalana de la C. N. T. decidió enviar tres delegados. Fueron nombrados: Francisco Carreño, José Berruezo y Martín Gudell. Carreño era un viejo militante de las organizaciones libertarias, maestro de escuela en tiempos de paz y miembro del Comité de Guerra de la Columna Durruti desde el primer día de su formación. Carreño tomó parte muy activa en las luchas de Barcelona y conocía muy bien la situación de los frentes por su intervención activa. Berruezo era militante y miembro de la Junta del Sindicato Metalúrgico de Barcelona. Berruezo tomó parte en las luchas sociales de antes de la guerra y tenía un cargo de responsabilidad en el sindicato, interviniendo en las industrias de guerra. Gudell trabajaba en el Comité Regional ayudando en la tarea relacionada con el extranjero. El nombramiento de Gudell fue determinado por el hecho de que conocía el ruso, lo cual era interesante para el conjunto de la delegación. Además, los militantes de la C. N. T. sabían cómo los gobernantes soviéticos trataban a las delegaciones extranjeras, por esto querían una delegación para que "no pudieran tomarle el pelo".

Cuando fueron presentados los tres nombres al Cónsul General para el visado, Antonov Ovseenko comunicó al Comité Regional que él no tenía ningún inconveniente en dar el visado a los dos primeros, pero que a Martín Gudell no podía hacerlo por no tener la nacionalidad española.

—Si no se da el visado a Martín Gudell, la C. N. T. no envía ninguna delegación a la U. R. S. S. —contestó Mariano R. Vázquez, en aquel entonces secretario de la Regional Catalana.

Quizá el Cónsul tenía sus razones en negarme el visado, pero también las tenía Mariano R. Vázquez. Una organización mayoritaria como era la C. N. T., que representaba el pueblo trabajador de Cataluña y buena parte de España y que contribuyó más que nadie a la destrucción del fascismo, no podía dejarse humillar. ¿No eran las organizaciones quienes enviaban las delegaciones a Rusia? Pues el Consulado no tenía por qué intervenir en la selección de los delegados que iban a representarlas.

Al negarme el visado, se consideraba que el asunto estaba concluído y que la organización confederal no enviaba ninguna delegación a la U. R. S. S.

Otras organizaciones catalanas, al enterarse que la C. N. T. no enviaba sus representantes, tampoco apresuraban sus nombramientos. No podemos ir en representación del conjunto de antifascistas españoles —decían los representantes de otras organizaciones— si entre nosotros no están los representantes de la C. N. T.

Las autoridades soviéticas hubieran querido que la delegación española estuviera en Moscú durante las fiestas de Noviembre. Esta fecha se acercaba, pero no hubo manera de ponerse de acuerdo sobre la delegación catalana. La que se organizó en el Centro de España esperaba a los catalanes en Valencia, pero al no llegar éstos, salió en un barco para Odesa. Se hacía presión a través de los "Amigos de la U. R. S. S." para

que por parte de la C. N. T. se hiciera el cambio en la delegación, pero no se adelantaba nada.

A últimos de octubre se presentaron dos empleados del Consulado soviético al Comité Regional de Cataluña, anunciando a su secretario que la C. N. T. podía enviar a quien quisiera, ya que el Cónsul General daría los visados a todos los delegados que nombrara esta organización.

El secretario de la organización confederal nos dijo una vez más que nos preparásemos para el viaje.

¿Cuáles fueron las razones que obligaron a Antonov Ovseenko a cambiar su actitud? No hemos podido aclararlo ciertamente. Un empleado de los "Amigos de la U. R. S. S." que diariamente daba vueltas por el consulado, decía que se había recibido un telegrama de Moscú en el cual se indicaba que se debía procurar formar la delegación con representantes de todos los sectores que luchaban contra el fascismo.

Advertencia de los amigos.

Al hacerse pública la noticia de que la C. N. T. enviaba una delegación a la U. R. S. S., y al saberse quiénes eran los que iban, se nos acercaban muchos amigos con consejos, peticiones y advertencias.

Además de los encargos del Comité Regional de Cataluña, varios miembros de los sindicatos locales y de las empresas colectivizadas nos pedían que nos informáramos del funcionamiento de una u otra industria; querían que nos enteráramos de cómo los rusos resolvieron un sin fin de problemas que diariamente se les presentaban. El hecho era comprensible, como la mayor parte de técnicos industriales de Cataluña que tomaron parte o estaban comprometidos con los sublevados, huyeron al perder la batalla, abandonando sus industrias, los obreros tuvieron que encargarse de su funcionamiento, necesario para la vida del país y también para la continuación de la guerra. En algunas industrias no había dificultades, pero en otras se buscaba el consejo de algún buen especialista. Como

que se suponía que los rusos se encontraron en la misma situación después de los acontecimientos de 1918, se quería obtener sus consejos.

Además de las dificultades acerca del funcionamiento industrial, los trabajadores españoles tenían sus ideas sobre la organización para el futuro. Sus propósitos consistían en otorgar el mayor beneficio al conjunto social. Se sabía que los rusos tenían planes diferentes, pero se suponía que algo se podía aprovechar de sus consejos.

Unos querían saber cómo funcionaban los sindicatos en la U. R. S. S. Otros deseaban saber quién controlaba la industria y cómo ésta se relacionaba con los sindicatos. Los terceros querían informes acerca del intercambio de productos, sobre el transporte, los municipios, la prensa, etc. Al saber que los rusos habían vivido unas horas de agitación parecida a las de España, querían aprovechar sus experiencias.

Además de los encargos de los españoles, se nos acercaron varios extranjeros que estaban por entonces en España, representando organizaciones de sus respectivos países, cada uno de los cuales nos planteaba su problema especial, cada uno nos daba un consejo diferente.

Sabiendo la actitud antibolchevique de la C. N. T., nos decían que fuésemos con cuidado; nos aconsejaban no ir a Rusia. Nos recordaban la suerte de algunas delegaciones de obreros franceses que se fueron a Rusia, pero que no regresaron. Explicaban la suerte de unos revolucionarios italianos que marcharon a Rusia buscando refugio a la persecución policíaca, pero que pararon en la cárcel soviética. Contaban el caso de una barquita que zozobró cerca de la frontera de Letonia y que todos los delegados se ahogaron. Relataban la suerte de los comunistas alemanes que se atrevieron a sublevarse contra la línea del partido y cuyos cadáveres luego fueron encontrados en el río Moscova.

Llegaron esta clase de noticias al secretario del Comité Regional, advirtiéndole de que no enviara a nadie a Rusia, pues les enviaba a la perdición.

—No tengáis miedo —me dijo Mariano R. Vázquez, comentando tales advertencias— si pasa algo, de aquí no sale ningún ruso, por muy Antonov Ovseenko que sea. De esto se cuidará la organización.

Un libertario de Holanda vino a la estación a despedirse, me tendió la mano y dijo:

—He venido a despedirme, seguramente para siempre.

—¿Por qué para siempre? —le pregunté.

—Porque no todos los que fueron a Rusia regresaron, y la mayoría de los que volvieron, fueron perdidos para la causa libertaria.

El estaba convencido que quienes van a Rusia y están allá algunas semanas, cambian de actitud, y luego, de enemigos del bolchevismo, se convierten en sus propagadores. Para afirmar sus razones citaba algunos ejemplos de militantes franceses e italianos.

Una compañera libertaria que en su tiempo estuvo en Rusia y conocía la vida social de aquel país y decía conocer la psicología de los luchadores rusos, me dijo:

—¡No sabéis lo que estáis haciendo, no sabéis la tragedia que ocasionará vuestro viaje!

—¿Por qué?

—Porque los compañeros rusos que desde años están en las cárceles soviéticas y que han sacrificado su vida en la lucha por la Libertad, al enterarse que la C. N. T. envía una delegación a Rusia, se suicidarán protestando contra vuestra presencia. ¡Dónde se ha visto! Los bolcheviques tienen en las cárceles a los libertarios rusos, mientras vosotros váis a Rusia a tomar parte en las fiestas de la revolución. ¿No es una ironía esto? La responsabilidad de los suicidios caerá sobre vosotros.

Hemos oído narraciones acerca de los suicidios en las cárceles soviéticas, pero no pensábamos que los encarcelados rusos

iban a suicidarse porque unos delegados fuesen a Moscú en busca de armamento para libertarse de una esclavitud cierta y libertar a toda Europa. Desde buen principio pensábamos que las afirmaciones de esta amiga eran exageradas, porque ni durante nuestra estancia en la U. R. S. S., ni después, hemos sabido que nadie se hubiera suicidado a causa de nuestro viaje.

Con los ojos abiertos.

No fuimos a la U. R. S. S. con los prejuicios que tienen algunos enemigos de aquel país. Tampoco fuimos con las ilusiones de otros que piensan salvar a la humanidad con los métodos de los comunistas soviéticos.

Siempre hemos admirado la gesta que el pueblo ruso acometió en 1917-18 para deshacerse del absolutismo zarista y abrirse camino hacia la libertad; también admiramos las luchas de los socialistas rusos que querían deshacerse del capitalismo ávido que no conocía límites en la explotación del hombre.

Nos eran conocidos aspectos de las luchas de varias agrupaciones socialistas rusas; estábamos enterados de hechos heroicos de los socialistas revolucionarios; sabíamos las persecuciones de que era objeto cualquiera que se atreviera a estar en desacuerdo con la política del Gobierno central. Hemos oído algunas conferencias de gente que tomó parte en las luchas de la guerra civil rusa que desde la Rusia soviética vinieron a buscar refugio a los países capitalistas. Tuvimos ocasión de hablar extensamente con algunos socialistas rusos que fueron al extranjero a denunciar la obra nefasta del marxismo leninista y despotismo bolchevique. También conocíamos algunos trabajos que se publicaron en Europa sobre la actuación de la Cheka, la Guepeú y otros organismos de represión.

A pesar de todo lo que hacía el Gobierno bolchevique y lo que se decía contra él en el extranjero, en ningún momento lo confundíamos con el pueblo ruso, que era obligado a soportar las mayores privaciones y las más grandes persecuciones. Co-

nocíamos el espíritu rebelde del pueblo ruso, sabíamos sus ansias y luchas por un porvenir mejor y siempre nos atraía su admirable tenacidad. Si era verdad que la Cheka perseguía a miles y miles de socialistas, también era verdad que, a pesar de las persecuciones, siempre había nuevos luchadores que se oponían a los métodos de la Cheka. Si era verdad que el Gobierno de los soviets empleaba los métodos más inhumanos de persecución, también era verdad que, a pesar de los veinticinco años de persecuciones, no había logrado extinguir el espíritu de rebeldía contra las injusticias del Gobierno. Si la policía del zar metía a cien hombres en la cárcel porque se atrevían a oponerse al absolutismo zarista, en la misma cárcel, hoy, hay mil presos que se revuelven ariados contra el absolutismo de color diferente. El número de perseguidos nos dice que el pueblo ruso continúa su lucha para el porvenir más justo, más humano y mejor. Esta lucha por la Justicia, Libertad y Equidad siempre nos ha causado admiración.

A ningún delegado confederal le eran desconocidas las luchas sociales de los pueblos soviéticos, todos teníamos nociones sobre la historia rusa y habíamos leído más de un libro sobre los acontecimientos desarrollados en la U. R. S. S. desde 1917 hasta los últimos tiempos.

La mayoría de miembros que componían la Delegación también estaban al corriente de los últimos acontecimientos de la vida de los soviets.

Delegados de otras organizaciones

En el curso de este trabajo tendremos que nombrar más de una vez las personas que componían la Delegación, por esto vamos a dar los nombres de todos los que fuímos a Rusia.

Además de los tres delegados confederales que ya hemos nombrado, fueron a Rusia:

1. Barrenechea, León, católico vasco, representante de los Sindicatos Católicos Vascos.

2. Blasco, Juan Julio, comunista valenciano. Iba en representación de los milicianos de Madrid. Era hombre de con-

fianza de los comunistas y delegado del Socorro Rojo de España.

3. Busturia, Julián de, católico vasco, representante de los "Solidarios Vascos."

4. Buyé, Jaime, comunista, sargento de la aviación, escapó del campo de los sublevados y vino a luchar contra los fascistas.

5. Castillo, Agapito del, socialista, procedente de Andalucía, obrero de la fábrica de aviación.

6. Darrás, José, campesino de Castellón.

7. Gomez, Vicente, socialista, procedente de Castellón, representaba el Batallón "Matteoti".

8. González, José, comunista, de la guardia personal del jefe de la División "Carlos Marx."

9. Miro, Valentino, comunista. Antes de la guerra era boxeador, pero durante la misma se alistó en la guardia personal del jefe de la mencionada división.

10. Sbert, José María Antonio, catedrático de la Universidad de Barcelona, miembro activo del partido de Esquerra Republicana de Cataluña. El señor Sbert era el jefe de toda la Delegación.

Entre los delegados algunos habían viajado mucho, pero, otros, era la primera vez que salían de España. Unos iban a Rusia con la curiosidad de ver lo que habían construido durante los planes quinquenales; otros querían ver por sus propios ojos "si era verdad lo que se decía de Rusia."

Entre los delegados había anarco sindicalistas y socialistas, católicos y comunistas, republicanos y partidarios de la dictadura del proletariado; todos tenían opiniones diferentes sobre el porvenir de España, cada uno tenía su criterio sobre la reconstrucción del mundo, pero todos, absolutamente todos, estábamos de acuerdo en un problema: hay que obtener ayuda de Rusia para destruir el fascismo en España. A todos nos guiaba el afán de obtener la ayuda más eficaz y de la manera más rápida.

LOS PRIMEROS PASOS Y LAS PRIMERAS SORPRESAS

En la frontera rusa

El día 10 de noviembre de 1936 nos acercamos a la frontera de la U. R. S. S. Hacía sol, pero sus rayos eran tan débiles, caían tan horizontales, que no sentíamos su efecto. El viento era fuerte y barría los andenes de la estación con la implacabilidad del huracán. Cualquiera que se asomaba, sentía el efecto de una ducha de agua fría en día caluroso de verano. Hasta los empleados de las estaciones que salían en cumplimiento de su deber, buscaban la protección de los muros o un escondrijo entre los vagones para no tener que exponerse a las ráfagas del viento.

Todos estábamos contentos al acercarnos a la frontera. A la ilusión de ver a Rusia se añadía el cansancio del viaje. Llevábamos diez días de ajetreo, atravesamos todo Francia e Inglaterra. Desde el puerto de Hull salimos en el barco finlandés "Ilmatar" y atravesamos el Mar del Norte. El barco se detuvo algunas horas en Copenhague. Aprovechamos la ocasión para visitar la capital danesa. Luego entramos en el Mar Báltico, el cual durante los meses de otoño es muy intranquilo; algunos delagados se marearon.

Más que el Báltico, nos mareaban los marinos finlandeses. Diariamente nos entregaban noticias telegráficas muy exageradas. Nos contaban cómo adelantaban los ejércitos fascistas en todos los frentes, cómo los republicanos se entregaban a miles, etc. Un par de días antes de llegar a Helsingfors el radiotelegrafista nos dió la noticia de que las tropas

de Franco habían tomado Madrid. Si los fascistas adelantan a este paso, no podremos regresar a España, nos decíamos los unos a los otros. En Helsingfors nos enteramos que la situación era muy peligrosa en España, pero que los fascistas todavía no habían tomado la capital. Supimos que Durruti con su división salió a defender Madrid, que hubo un cambio en el Gobierno, que entraron los anarcosindicalistas, etc.

Desde Rajajoki, último pueblo finlandés, se veía la primera estación fronteriza rusa. Se destacaba desde lejos la bandera grande, roja, que estaba izada en tierra soviética. Todos queríamos pasar la frontera lo antes posible, algunos se impacientaban al ver la tierra de sus ensueños, la mayoría quería llegar al final del viaje. Todos deseábamos abandonar lo más pronto posible las tierras finlandesas, donde fuímos tratados sin consideración.

Cuando salimos de Helsingfors hacia la frontera soviética, a la estación vino un grupo de fascistas que nos insultó. Nos dijeron que la presencia de la policía amedrantó a los bandidos para que no nos maltratasen. Se ve que entre los fascistas había algún español, ya que oímos voces dando vivas a Franco. Al jefe de la Delegación, que se asomó a la ventanilla, le tiraron algunos huevos. Nos enteramos de que casi toda la prensa finlandesa insultaba a la Delegación sin hablar de los motivos, sin decir una palabra en favor de los enemigos del fascismo.

La distancia entre las dos estaciones fronterizas es muy corta, en menos de media hora uno podría llegar a pie. El tren que nos llevaba iba despacio. Tan pronto como pasamos las dos hileras de alambradas que están a lo largo de un riachuelo y que señala la frontera, subieron al tren gendarmes, guardafronteras soviéticos. Al oficial le acompañaban dos ayudantes.

El guardafronteras, en un alemán perfecto, nos pidió los pasaportes. Se los entregamos y no los vimos hasta el día de salir de Rusia. No sabemos quién cuidaba de ellos.

La estación fronteriza

Bieloostrov es la primera estación soviética. Cuando el tren que nos conducía entró, en el andén había una banda militar que tocaba los himnos soviéticos. También había un centenar de niños de una escuela rural y todo el personal de la estación.

Estando en el vagón, se nos acercaron algunos hombres de tipo oriental y nos hablaron en español. Todos quedamos sorprendidos porque no pensábamos encontrar quién lo hablara. Más sorprendido quedé yo que estaba dispuesto a servir de intérprete. En lugar de dirigirse a mí en ruso me hablaron en español.

Esos hombres nos dijeron que hicieron el viaje hasta la frontera para que no tuviéramos ninguna dificultad por no conocer el idioma. Nos saludaron en nombre de los sindicatos soviéticos y nos dijeron que eran los representantes de los sindicatos y que éramos sus huéspedes.

Nos hicieron entrar en las salas de la estación, dijeron que era de nueva construcción y nos explicaron qué clase de estación había antes que los bolcheviques llegaran al poder. Querían invitarnos a comer en el bar, pero al aclarar que los delegados no tenían mucha hambre, nos invitaron a subir al vagón especial que estaba preparado para llevarnos a Leningrado.

El vagón era de primera clase, cómodo, había un departamento para cada dos delegados. En cada departamento encontramos un ramo de flores. Para cada delegado una botella de agua especial del Cáucaso, unos pasteles muy sabrosos y una vasija llena de fruta.

En cuanto entramos al departamento se nos acercó un empleado ofreciéndonos el *Chai*, que es te, la bebida nacional rusa.

Los intérpretes que vinieron a la frontera a recibirnos se distribuyeron por los departamentos del vagón y procura-

ban entretenernos. Nos dieron las últimas noticias de España, afirmando que era mentira lo de la caída de Madrid y se interesaban por los incidentes de nuestro viaje. Nos dijeron que estaban al corriente de lo que nos sucedió en la estación de Helsingfors. Los empleados del Consulado Soviético ya les habían informado. A pesar de ello nos pedían que les explicásemos cómo fué aquello.

—¿En el país de los soviets os reciben de manera diferente, eh?—nos dijo el intérprete que estaba charlando con nosotros.

No sabíamos qué contestarle. En la mesita estaban los dulces que todavía no habíamos probado. Fuera del vagón se oía la música de la Internacional. ¿Para qué afirmar que en realidad el trato era distinto, si él mismo lo sabía? Siempre es violento hacer afirmaciones baldías si respetas a la persona que pregunta. Decirle que si hubiéramos esperado ser recibidos como en Finlandia no hubiéramos salido de España, era violento. Para salir del paso le dijimos que con el frío que hacía no valía la pena molestar a los chiquillos, pues además de perder un día en la escuela, iban a resfriarse.

—Eso no es nada, están acostumbrados —nos contestó el delegado.

Los demás intérpretes se esparcieron en otros departamentos del vagón y hacían las mismas preguntas. Todos hablaban un español bastante correcto. Se comprendía que habían vivido en la Argentina, pues su acento era el del Plata.

En un departamento entraron Julio Blasco, delegado madrileño, y Mirov Abramov, delegado de los sindicatos obreros de la U. R. S. S. Ambos se encerraron para poder conversar más libremente.

Opiniones de los rusos

No tardó mucho en partir el tren en la dirección de Leningrado. Como que la conversación con el delegado que nos estaba destinado no se animaba, empezamos a contemplar el paisaje del Norte.

La distancia a recorrer era corta, el tren se movía lentamente, teníamos tiempo de fijarnos en las casuchas, en los campos y campesinos. Inmediatamente, notamos la diferencia que había entre las viviendas que vimos en la parte de Finlandia y las que teníamos ante nuestros ojos camino hacia Leningrado. Las casas finlandesas eran más grandes, mejor cuidadas, mientras que las soviéticas no tenían empalizadas a su alrededor; al lado de las ventanas se veía unas palancas que soportaban los desperdicios del lino para que no entrara el frío. En conjunto daban una impresión de mayor pobreza.

Salí al pasillo para ver el panorama del otro lado. El paisaje del Norte es bonito, pero al mismo tiempo, es triste. No creo que nadie que haya vivido bajo el cielo azul del Mediterráneo quisiera vivir en el Norte.

Vi a unos cuantos campesinos que labraban la tierra. El campesino ruso todavía tiene la costumbre de abandonar el trabajo cuando pasa el tren. Se ve que son raras las veces que pasan los trenes por esta línea fronteriza. El campesino europeo sigue su quehacer cuando pasan los trenes, la costumbre de contemplar el tren la ha abandonado hace años.

Mientras estaba solo en el pasillo del tren, se acercó otro intérprete de Moscú. Era un judío ruso que había vivido muchos años en Uruguay y hablaba un español perfecto. Tenía un aspecto de sportsman, bajito, activo, llevaba zapatos de futbolista, con unos tacones muy gastados. Después de hacerme una serie de preguntas sobre el viaje, impresiones sobre Finlandia, Inglaterra y Francia, empezó a interesarse sobre mi trabajo, costumbres, actuación política, etc. Todavía no tenía tiempo de contestarle una pregunta, ya me hacía otra. Si veíamos algun edificio más grande por el camino, me explicaba qué era y decía que ya estábamos en los suburbios de Leningrado, que nos acercábamos a los distritos industriales. Me decía lo que se producía en Leningrado y la importancia que esta capital tiene en la vida del país. Luego supe que era un intérprete enviado desde Moscú y que nos

acompañaría durante toda nuestra estancia en la U. R. S. S. Se llamaba Nicolás Steinmetz.

El señor Steinmetz me dijo qué íbamos a ver en Leningrado, dónde viviríamos en Moscú y qué poblaciones tendríamos ocasión de visitar. Me dijo que en Leningrado vendrían a recibirnos los delegados sindicales locales.

Mientras estaba conversando con Steinmetz, salió del departamento Mirov Abramov, otro delegado de los sindicatos de Moscú. Al rato, también salió Julio Blasco.

Nicolás Steinmetz, sin apartarse de mi lado, preguntó a Mirov en ruso:

—*¿Qué tal esta Delegación?* (1)

—*No es muy buena.*—le contestó Mirov.

—*¿Por qué?*

—*Porque hay un catedrático, un periodista, algunos maestros, empleados y muy pocos obreros.*

—*¡Ah! ¡Con que hay que ir con cuidado!* —se extrañó Steinmetz.

—*Tú ya lo sabes*—le advirtió Mirov y se fué por el pasillo.

—*Muy bien* —contestó éste y de nuevo se dirigió a mí.

Quedé sorprendido al oir esta conversación. El jefe de la Delegación sindical que hizo un viaje especial desde Moscú hasta la frontera para recibirnos, ya advirtió a sus subordinados que fuesen con cuidado con nosotros. ¡Un hombre que no tuvo ocasión de conversar con los delegados españoles, ya está indicando a sus subalternos que la Delegación no es buena! Y ¿por qué no es buena? "Porque hay pocos obreros." Lo que Mirov quería decir, supongo, era que entre los delegados

---

(1) En adelante, todas las conversaciones sostenidas por los representantes soviéticos, suponiendo que el autor no entendía el idioma ruso, figurarán en bastardilla.

había gente inteligente y que no se les podría vender propaganda barata.

Steinmetz, pensando que yo no entendía el ruso y que no sabía lo que había hablado, se dirigió a mí una vez más, queriendo reanudar la conversación, pero yo no contestaba. Se me grabaron las palabras de Mirov y no me dejaban tranquilo. ¿Qué motivos tienen para sospechar de nosotros? ¿Por qué hay que ir con cuidado con los delegados que más de una vez se han jugado la vida en la lucha contra la reacción? ¿Para qué invitar a su país a los representantes de los Sindicatos y partidos radicales si se desconfía de ellos? ¿Qué podemos esperar de nuestra misión si tal es la opinión que tienen de nosotros los delegados sindicales soviéticos? ¿Qué haría la Delegación en pleno si supiera el concepto en que la tienen?

Al acercarse el tren a Leningrado y al empezar los delegados a remover sus maletas, encontré a Francisco Carreño, nos metimos en un rincón del Departamento, y le expliqué la conversación oída.

—¿Pero es verdad lo que dices? —me preguntó extrañado. —¿Qué motivos pueden tener para juzgarnos así?

No pudimos conversar más porque el tren estaba entrando en la estación, nos llamaron para que saliéramos, pues la multitud estaba esperando. Me dijo que de momento no dijera nada a nadie, que más tarde trataríamos este asunto.

Recibimiento inesperado

Todavía sentíamos el monótono ruido de las ruedas del vagón y el tren no había parado, cuando una banda militar dejó sentir los acordes de la Internacional. Entrábamos en la estación de Leningrado que se llamaba Finlandsky Voksal.

Desde las ventanas del vagón apercibimos que la estación estaba atestada de público. En el centro, la banda militar tocaba sin cesar. Se veían muchos militares y bastantes pai-

sanos. La estación estaba engalanada con banderas y carteles de toda clase.

—¿Para qué tanta fiesta? —preguntamos a los intérpretes que nos acompañaban desde Bieloostrov.

—Para recibiros a vosotros —contestaron lacónicamente.

Luego supimos que Leningrado hacía dos días había festejado el 19 aniversario de la Revolución Soviética. Es una fiesta nacional que se observa en toda Rusia, pero más en Leningrado donde tuvieron lugar las luchas decisivas contra los partidarios del régimen de Kerensky. La estación y toda la capital estaba adornada para estas fiestas. Nosotros llegamos tarde a la conmemoración.

En cuanto paró el tren, se nos acercó a cada uno de nosotros una muchacha y nos entregó un ramo de flores. Los intérpretes nos dijeron que eran del pueblo de Leningrado. Ya se veían los primeros signos del invierno, la gente iba abrigada, pero las flores eran vivas.

Nos dijeron que el recibimiento era espontáneo, pero nos pareció un poco raro que los ramos de flores estuviesen bien contados. Ningún delegado dejó de recibir su ramo, pero tampoco sobró una flor.

En medio de muchos aplausos tuvimos que desfilar por la estación. Aplaudían no sólo los civiles, sino también los militares que estaban presentes.

Fuera de la estación había más gente todavía. En medio de la plaza había una estatua de Lenin con la mano levantada. Unos decían que Lenin estaba señalando el camino al proletariado ruso; otros decían que amenazaba al mundo que se atrevía a contradecirle.

Al lado de la estatua los rusos pusieron una camioneta vieja e instalaron los altavoces. Los delegados, desde la estación, tuvimos que seguir por el camino abierto por la policía hacia la camioneta y subir arriba por una escalera. Mientras,

las bandas no dejaban de tocar toda clase de marchas revolucionarias y militares.

Desde la camioneta nos dimos cuenta de la gran multitud que se había reunido en la estación. Alrededor nuestro, en un radio de unos cinco o seis metros, había un cordón de policía que no dejaba pasar a nadie. Detrás de la policía había otro cordón más cerrado: eran los soldados de varias armas del Ejército Rojo.

Los únicos que tenían derecho de atravesar los lugares acordonados eran el jefe de policía de Leningrado y los fotógrafos. La plazoleta estaba llena de *cameramens* que sacaban fotografías para las revistas gráficas.

Detrás de las hileras de elementos militarizados y vestidos de gris, había varias filas de trabajadores con pancartas y algunas banderas. Se veían fotografías de varios jefes soviéticos, pero las que destacaban eran las cabezas de Stalin y de Molotov. Alrededor de cada bandera y de cada efigie se agrupaban quienes las llevaban. Suponíamos que estas hileras estaban formadas por los comunistas, los únicos que tienen derecho a organizarse en el país de los soviets.

Detrás de los militares y las banderas había gente que se esforzaba para vernos. Unos se agrupaban en una empalizada, otros subían a las ventanas de un edificio sin acabar. Estos eran los espontáneos, los que vinieron a ver a los españoles, en fin, el pueblo de Leningrado.

En frente de la estación había un edificio sin acabar. En los postes de la construcción había grandes letreros en ruso, relacionados con la revolución. También había uno que aludía a la lucha del pueblo español.

Saludos y sorpresas.

Mientras la banda tocaba las marchas, subieron a la camioneta varias personas que nos fueron presentadas por los

intérpretes de Mirov. Eran los representantes de los sindicatos obreros de Leningrado, los delegados gubernamentales.

El secretario de los Sindicatos de Leningrado fué el primero en pronunciar un discurso, saludando a los delegados españoles en nombre del proletariado de Leningrado. Mientras hablaba, los intérpretes nos traducían sus palabras. Lo hacían en voz baja para que no interrumpieran los altavoces.

Luego habló un alto empleado del Gobierno soviético, quien saludó a los recién llegados. Nos dijo que el país de los soviets seguía con interés los acontecimientos de España y que el proletariado internacional ayudaría al pueblo español a ganar la lucha.

El tercer orador fué una mujer que representaba a los maestros de Leningrado. Esta señora nos dijo que las luchas de España eran muy parecidas a las rusas que tuvieron lugar en Leningrado hacía 19 años. Nos aseguró que íbamos a ganar como ganaron ellos. Añadió que pudieron vencer porque había un partido compacto que unió todas las voluntades del proletariado de Leningrado. Acabó diciendo que este partido era el partido bolchevique y que su jefe era Stalin.

A los discursos de los representantes soviéticos Francisco Carreño contestó en nombre de la Delegación española. En primer lugar, saludó a todos los reunidos y al pueblo ruso de parte del pueblo español, de la Confederación Nacional del Trabajo y muy especialmente de la Columna Durruti a la cual representaba.

Carreño subrayó que el pueblo español, al mismo tiempo que estaba luchando contra los fascistas, estaba haciendo una transformación social muy profunda. Los españoles no solamente quieren liquidar a los generales sublevados, sino destruir las causas que engendraron estas luchas. Dijo que los españoles que fueron a Rusia querían ver por su propios ojos qué es lo que los rusos hicieron desde la Revolución de Octubre para poder aprovechar las enseñanzas en su propio país.

En su discurso, Carreño subrayó varias veces que era anarquista, pero que en la Delegación había representantes de otras agrupaciones políticas que colaboraban en la lucha contra el fascismo. Explicó cómo los anarquistas en Barcelona, sin esperar a nadie, fueron los primeros que se lanzaron a luchar contra el fascismo y fueron los que salieron al frente de Aragón en busca de las fuerzas fascistas. Recordó que en Madrid, Valencia y otras provincias los libertarios tampoco esperaron órdenes para atacar al enemigo.

El discurso fué corto, pero bien organizado y dicho con pasión, como la mayoría de los discursos que pronuncian los españoles. Carreño habló como anarquista, pero sin ofender ni zaherir en nada a ninguna organización española que estaba en lucha contra los fascistas. La mayoría de los delegados saludaron con efusión a Carreño.

Hasta aquí todo iba muy bien, pero ahora vamos a ver lo más gracioso que ocurrió a la Delegación desde que entró en el país de los soviets.

Mientras Carreño estaba hablando, un intérprete tomaba notas para la traducción. Era un intérprete de Leningrado, que no nos acompañó a Moscú y no pudimos enterarnos de su nombre. Cuando Carreño terminó, éste se acercó al altavoz y anunció que iba a decir en ruso lo que el delegado dijo en español.

Solamente escuchando cómo el intérprete traducía el discurso de Carreño, comprendí el insignificante valor que tienen las Delegaciones que van a la U. R. S. S. ¡Pobres de los rusos que escuchan, y pobres de los delegados que van al país de los soviets sin saber su idioma!

El intérprete transmitió el saludo del pueblo español, dijo que el orador pertenecía a la Columna Durruti, pero para nada mencionó a la C. N. T., organización que envió a Carreño a la U. R. S. S. Saludó al pueblo ruso, pero añadió que Carreño saludaba al Gobierno soviético y el partido bolche-

vique que hizo la Revolución de Octubre, cosa que Carreño no dijo.

Carreño, en su discurso subrayó varias veces que era anarquista, pero el traductor lo presentó a los reunidos como republicano. A lo que hace referencia que en Barcelona los anarquistas fueron los primeros en asaltar los cuarteles y los centros de los sublevados, el intérprete dijo que fueron las milicias republicanas quienes dieron la batalla al fascismo y las que pararon el avance de las fuerzas fascistas en Zaragoza. En toda su traducción, el intérprete se refirió a los anarquistas sólo una vez. Y esta fué en una frase inventada por él, porque Carreño nunca la pronunció. El bolchevique dijo: —En la lucha contra el fascismo que sostiene España, junto con los comunistas y republicanos, también están luchando los anarquistas.

Cualquiera que esté enterado de cómo se planteó la lucha, sabe que si en España los anarquistas hubieran tenido que esperar el dia 19 de Julio a los comunistas y republicanos para atajar al enemigo, nadie hubiera tenido tiempo para empezar porque los fascistas antes se hubieran apoderado del país.

¡¿Cómo iban a luchar junto con los comunistas si el 19 de julio todavía apenas si había comunistas en España?! Y de estos no todos salieron a luchar en la calle. Durante las luchas decisivas peleaban los libertarios, los socialistas, se podían encontrar algunos republicanos, pero comunistas ni uno. Esto lo saben cuantos estuvieron luchando los días 18, 19, 20 y 21 de Julio por las calles de Barcelona, Madrid o Valencia.

En España los comunistas aparecieron más tarde. Dieron fe de vida cuando el Gobierno de los Soviets envió sus representantes; cuando la G. P. U. (policía soviética) trasladó a sus agentes de Cuba, Uruguay, Argentina y otros países de habla española. Lister, por primera vez, apareció en España en un cuartel de Madrid que conquistaron los libertarios

junto con los socialistas, pero no en un sector del frente. Apareció en la retaguardia, mientras las fuerzas más activas del pueblo español estaban luchando a muerte contra el fascismo internacional.

Ignorantes de estas verdades los reunidos aplaudían al intérprete, y Carreño agradecía los aplausos. Si éste hubiera sabido cómo fué desfigurado su discurso estoy seguro de que el mixtificador salta de cabeza de la camioneta. En aquellos momentos no hubiera respetado que se encontraba en el país de los soviets ni que nos hubiesen recibido con tanta pompa. Decimos que lo hubiera hecho, porque en otras ocasiones, donde había menos necesidad, lo hizo.

Al terminar la "traducción", la banda empezó a tocar de nuevo, el jefe de policía de Leningrado ordenó que se acercaran los coches, nos hicieron subir y, entre los aplausos y las charangas, dejamos la plaza.

Un problema difícil

Nos llevaron a un hotel que se encontraba en la plaza de Vostania, si lo recordamos bien. En el centro de la plaza había un monumento erigido al zar Alejandro III. Nos dijeron que antes de la revolución los rusos querían sacar este monumento, pero que los bolcheviques lo conservan para demostrar el poco gusto que tenían los gobernantes del absolutismo.

En el hotel nos dieron una habitación para cada delegado, y el tiempo para arreglarnos después de tantos días de viaje.

En cuanto me dieron la llave, hice entrar a Carreño, nos encerramos y hablamos sobre el problema que se nos planteaba. Le expliqué cómo habían sido falseadas sus palabras, cómo, cuanto dijo, había sido burdamente trasmitido, desnaturalizando del principio al fin su discurso.

Carreño estaba indignado; al principio, no quería creer que los rusos se portasen de esta manera.

—No podemos continuar así—le dije.

—¿Y qué hacemos?

—Hablo el ruso, y bien alto; y si no, nos vamos a casa.

—Por ahora no necesitamos para nada del ruso —dijo Carreño.—Nos enviaron más intérpretes de los que necesitamos.

—Hemos de formular una protesta contra la manera de presentar las delegaciones extranjeras. ¿Qué pensará el pueblo ruso? ¿Qué opinión tendrán sobre España y sus delegados? ¿Cómo es posible que crean que los libertarios saluden al Gobierno de los bolcheviques?

—Nadie lo ha saludado.

—Pero, así lo ha dicho el intérprete.

—¿Y qué vas a sacar con la protesta?—decía Carreño.—Si ellos son capaces de hacer esas canalladas les importará un pito tu protesta.

—Si hablo el ruso y traduzco lo que dicen los delegados, por lo menos no haremos el payaso. Diremos lo que pensamos.

—¿Cómo puedes creer eso? Dirás lo que quieras, o no dirás nada. ¿Es que crees que ellos, ya que están en este plan, te van a dejar decir lo que piensas? Si ésta es su manera de proceder, si se empeñan en que el pueblo ruso no sepa nada de lo que sucede ni de lo que piensan los obreros en el extranjero, encontrarán la manera de conseguir sus propósitos.

—Entonces, no nos queda otro camino que regresar a España — le dije.

—Esto ya es más razonable, pero ¿qué conseguimos con ello? Hemos hablado mucho sobre las finalidades del viaje, sobre lo que nos proponíamos lograr yendo a Rusia, sobre lo que España necesita. ¿Podemos echar por la borda estos proyectos?

Nos hacía la impresión de que los representantes soviéticos no tenían el menor conocimiento de que yo supiera el ruso. Si lo hubieran sabido, en presencia mía, no hubieran hablado de la Delegación en la forma que lo hicieron, ni tampoco se hubieran atrevido a falsear tan descaradamente el discurso de Carreño.

Teníamos motivos para suponer que el delegado Julio Blasco informó a Mirov sobre cada uno de nosotros. Desde España, Blasco llevaba una cartera de la cual no se separaba nunca. Era el único que se encerró en un departamento del tren con Mirov en cuanto pasamos la frontera. Pero Blasco ignoraba que yo conociera el ruso. Sabía que hablaba algún idioma europeo, me oyó hablar el alemán por el camino y entenderme con los ingleses, pero ignoraba el resto.

Es de suponer que el Cónsul Antonov Ovseenko había informado sobre los delegados. El sabía que yo no tenía la nacionalidad española, pero no sé si estaba enterado de mis conocimientos del ruso. ¿Quizá Antonov Ovseenko, al recibir instrucciones desde Moscú para que se diera el visado a los delegados de la C. N. T., no lo mencionó intencionalmente, aun sabiéndolo? Si lo hubiera mencionado, no podría extenderme el visado; si no me da el visado, no hubiera delegados de la C. N. T. No informando a Moscú sobre este detalle, Antonov Ovseenko diplomáticamente salía del callejón sin salida en que estaba colocado.

Después de hablar sobre todos los pros y contras, decidimos continuar el viaje y, a ser posible, no mencionar para nada mis conocimientos del ruso. Se decidió que apuntara todos los casos concretos donde los intérpretes u otros representantes del Gobierno de los soviets tergiversen las declaraciones de los delegados y, quizá más tarde, cuando hayamos ganado la guerra, decir la verdad sobre nuestras experiencias en la Rusia Soviética. También decidimos, de regreso, informar a los comités de las organizaciones que nos nombraron para esta misión sobre todos los pormenores del viaje.

—Pero ¿si no me aguanto? ¿Si el día menos pensado pierdo la paciencia, abro las cartas y digo la verdad?—le dije a Carreño.

—Peor para ti, mejor que no la pierdas...

Durante nuestra estancia en la U. R. S. S. vivimos horas muy difíciles. No nos gustaba la situación en que los bolcheviques nos habían colocado. Si se hubieran portado honradamente, nunca se nos hubiera ocurrido la idea de proceder de esta manera.

También creemos que las experiencias vividas ayudarán a conocer mejor la vida de los soviets.

LOS TALLERES DE INDUSTRIA PESADA

Fábrica de Putilov

Al día siguiente nos despertaron anunciando que nos preparásemos para salir. Nuestra estancia en Leningrado era corta, debíamos aprovecharla para ver el mejor cúmulo de realizaciones rusas. Esto nos decían los delegados de los sindicatos soviéticos, nuestros guías.

La Delegación estaba cansada, porque la noche anterior tomó parte en un banquete que se celebró en su honor. Además de música, bailes, y toda clase de bebidas, había una mesa indescriptible. Asistieron muchos delegados de los sindicatos locales para hacernos compañía. Al principio, los representantes de los sindicatos rusos nos hicieron algunas preguntas sobre la situación en España, pero más tarde, cuando habían tomado unas copitas de vodka, decidieron que no valía la pena de molestarnos. Después de esta gentileza, mostraron que tenían un estómago a toda prueba. Al principio nos invitaban a comer, pero cuando se dieron cuenta de que era inútil su insistencia, no nos decían nada, pero liquidaban un plato después del otro.

Al terminarse el banquete fuimos al teatro donde se presentaba "Sobre el Don Apacible", obra de Mijail Sholojov, adaptada a la escena.

Cuando el público se enteró de que había llegado la Delegación española, empezó a aplaudir. El director del teatro pronunció un discurso que fué contestado por el señor Sbert. Además de la ayuda que el país de los soviets os ha prestado, os ayudará mucho más—dijo el director. Nosotros quedamos

sorprendidos, porque nadie sabía qué clase de ayuda había recibido España de la U. R. S. S., ya que hasta aquella fecha el Gobierno de los soviets se atenía a los acuerdos de No-intervención y no enviaba nada.

Los artistas rusos son maestros, trabajan muy bien, pero los discursos interrumpieron la función. Se nos hizo tarde y llegamos al hotel a altas horas de la madrugada.

A pesar de ello, cuando nos enteramos que íbamos a ver las fábricas de Putilov, estábamos contentos. La mayoría habíamos oído algo sobre este centro industrial. Sabíamos que durante el régimen del absolutismo, en estos talleres, se producían las chispas que iluminaban al pueblo ruso.

Recordábamos cómo el pope Gapón llevó miles de obreros de la casa Putilov hacia la residencia del zar, donde les recibieron con plomo a boca de jarro. Habíamos leído cómo se portaron los obreros de este centro industrial durante la revolución de 1905 y luego durante los años de 1917-18. Sabíamos que entre ellos se organizaron los primeros grupos socialistas, que allí, cuando se trataba de luchar contra el absolutismo, colaboraban los más moderados con los más extremistas, que entre ellos había socialistas revolucionarios, socialdemócratas y hasta maximalistas que en la hora de la lucha no se diferenciaban.

La fábrica Putilov fué fundada en 1801. A mediados del siglo pasado se desarrolló mucho, pero desde la guerra pasada, se convirtió en el centro más grande de la industria pesada del imperio ruso. Después de la revolución el Gobierno se apoderó de los talleres y les dió el nombre de "Putilov Rojo." Más tarde, cuando unos bolcheviques asesinaron a Kirov, otro bolchevique, cambiaron el nombre. El Gobierno lo llama "Talleres de Kirov", pero los habitantes de Leningrado lo llaman "Putilov".

Habla el director

Una vez en el patio de la fábrica, nos llevaron donde estaba el director. Este nos condujo a una sala, especialmente destinada para los forasteros. Nos dijo que la fábrica siempre tiene muchos visitantes, por esto se ha decidido organizar la información.

Allá nos entregaron una libreta de notas con inscripción en español. Quedamos sorprendidos porque no sabíamos como tuvieron tiempo de imprimir la dedicatoria con letras doradas. Es la prueba de lo rápido que se hacen las cosas en la U. R. S. S., nos dijeron.

El director nos habló acerca del desarrollo de la fábrica, sobre la intervención de los obreros en la misma, nos recordó algo de su historia en relación con los acontecimientos sociales.

—Vais a visitar los patios—nos dijo—de donde el cura Gapón sacó a los obreros para su manifestación en 1905. Veréis los talleres de donde salieron los obreros en 1917 para la lucha que decidió los destinos de este país. En 1919 catorce Estados reaccionarios intervinieron contra los obreros rusos, pero no pudieron vencernos. Hubo momentos en que pensábamos que íbamos a sucumbir, pero hemos resistido. Hemos resistido gracias a la intervención de los trabajadores de estos talleres que vais a visitar. Y no solamente hemos resistido, sino que hemos ganado y estamos mejorando nuestras condiciones de trabajo y de vida; también hemos mejorado mucho en un sentido técnico y productivo.

El director nos afirmó que la fábrica ha evolucionado tanto porque la dirigen quienes pertenecen al partido bolchevique, que sin este partido la fábrica no hubiera alcanzado un desarrollo tan progresivo. Dijo que estaba orgulloso de la producción, puesto que cumplió el plan quinquenal con un cien por cien de rendimiento. Añadió que trabajaban 6,000 mujeres entre 30,000 trabajadores en total; que los obreros tienen su club para toda clase de diversiones y distracciones para lo

cual anualmente gastan tres millones y medio de rublos; que la fábrica tiene instaladas casas-cunas para los niños cuyos padres trabajan en la misma; que está en regla con todas las disposiciones oficiales referente a condiciones higiénicas prescritas según las leyes soviéticas; que cada año envía 600 obreros a Crimea para restablecer su salud y que anualmente gasta seis millones de rublos en sanidad.

Nos pareció que algunas de las últimas afirmaciones eran dudosas, porque una de dos: o las condiciones higiénicas de la fábrica no son tan buenas como nos dijo el director, o no gastan tantos millones para curar a los obreros. Si son tan buenas, no hay que gastar tanto en curas; si los gastos son tan crecidos y hay que enviar tantos obreros a Crimea, es que las condiciones no deben ser tan excelentes.

El director acabó su información con las siguientes frases:

—Entre los obreros que trabajan en los talleres de Kirov hay personalidades muy conocidas en la U. R. S. S. Entre ellos varios tienen las distinciones más altas de éste país. Encontraréis obreros que están trabajando muchos años en la fábrica, estajanovistas, hombres con órdenes del Gobierno soviético. Entre los más distinguidos está el obrero Bolin que hace 40 años que presta aquí sus servicios y que tomó parte en las luchas sociales; está Majanov que tuvo una actuación destacada en la guerra de China y se distinguió como uno de los mejores militares. Majanov entró en la fábrica como obrero, terminó la carrera en escuela de noche, consiguió ser ingeniero y ahora como tal trabaja en la misma.

Un obrero sin memoria

El director hizo venir a la sala a un obrero que nos dijo se llamaba Zaitsev. Le hizo pronunciar unas cuantas frases.

Zaitsev nos dijo que tenía 60 años y pico, que entró a trabajar en éstos talleres a los once. Que entonces ni siquiera podía llamarse fábrica, porque parecía una herrería. Los ta-

lleres no tenían máquinas, ni ventilación, mientras que los alrededores no eran otra cosa que un campo raso.

Esperábamos de Zaitsev algún episodio interesante de la vida de la fábrica, pero inmediatamente nos dimos cuenta que era uno de aquellos obreros que no había adelantado mucho. Zaitsev terminó diciendo que el partido comunista luchó contra el régimen del zar y luego contra los contrarrevolucionarios y que actualmente éste era elpartido que dirigía la fábrica.

Una vez terminada la información oficial, me acerqué a Zaitsev, pidiéndole me explicara algún episodio de las luchas de los obreros en 1905 y 1906, que me dijera algo sobre las reuniones que se hacían muy a menudo en los alrededores de Petrogrado; que explicara algo sobre los partidos y las luchas de 1917, 1918 y 1921.

Cuando el intérprete puso estas preguntas a su consideración, Zaitsev quedó perplejo, no sabía qué decirme. Miraba al intérprete como preguntándole: ¿Debo contestar estas preguntas o no? El intérprete me dijo que Zaitsev ya era viejo y que no recordaba.

Le hice preguntar si todavía trabajaban en los talleres algunos de aquellos viejos bolcheviques de antigua formación, si todavía quedaba algún obrero socialdemócrata, socialista revolucionario o maximalista.

Zaitsev me contestó que él era uno de ellos, pero no supo decirme a qué agrupación pertenecía, ni con quién luchaba. Medijo que muchos amigos suyos murieron de viejos. Sin que yo le preguntara, Zaitsev volvió a repetir las mismas frases que pronunció al principio, que todos están en el partido bolchevique, que es el mejor y es el que lleva la fábrica adelante.

Pobre impresión me produjo Zaitsev. Parecía un hombre que había perdido la memoria, pero al mismo tiempo hacía el efecto de que no quería hablar. Si era un instrumento de los que emplean para "convencer a los extranjeros sobre las

delicias del país soviético", creo que nadie hubiera podido desempeñar peor su papel.

Tal conducta hasta nos dió motivo para pensar que Zaitsev se hacía el olvidadizo, para que nos diéramos cuenta de que no era éste el momento y el lugar para preguntar sobre luchas pasadas.

Un católico extraño

Los talleres de Putilov son muy grandes, andando todo el día no podríamos ver más que la mínima parte. La Delegación española fué dividida en pequeños grupos para que en conjunto lo viéramos todo.

Un grupo lo componía el señor Sbert, el señor León Barrenechea y el autor de este trabajo. Nos servía de introductor el mismo Mirov, jefe de los intérpretes.

Nos tocó visitar una sección de tornos. Entramos en el taller en el momento del descanso del medio día. Estaba parado y los obreros, esparcidos por los rincones, sacaban la comida de los pañuelos y se preparaban a recuperar las fuerzas perdidas.

Al entrar nosotros les hicieron levantarse y acercarse hacia un lugar más elevado, donde estaban depositadas las herramientas. Un hombre del mismo taller les explicó quiénes éramos y por qué visitábamos la fábrica. A medida que iba hablando, se acercaban más obreros.

Mirov nos pidió que pronunciásemos unas palabras. El señor Sbert se excusó con el pretexto de haber hablado ya varias veces; yo también me negué. Si hubiera hablado, hubiera sido en ruso, pero como habíamos decidido que no lo hablara, tampoco quería que mis palabras fuesen tergiversadas como hicieron con otros delegados.

El señor León Barrenechea pronunció un discurso. Se evidenció que era un orador mejor de lo que parecía. Saludó a los obreros rusos, dijo que estaba contento de estar entre ellos

y observar como están trabajando, como están organizando su vida. Reconoció que todavía había visto poco, pero esto ya le bastaba para cambiar la opinión acerca de la vida en la U. R. S. S. El señor Barrenechea habló en términos muy calurosos sobre la Rusia soviética y de cuanto han conseguido los obreros durante los últimos años.

Las alabanzas de este católico vasco nos parecieron un poco extrañas. En las conversaciones particulares tenía dudas sobre lo que afirmaba en público. Condenaba los métodos dictatoriales que empleaban los gobernantes moscovitas, se quejaba de las persecuciones religiosas, pero en la tribuna hablaba de "los éxitos de los últimos años" sin averiguar si eran ciertas sus afirmaciones.

Si tales cosas las hubiera dicho un comunista, no lo encontraríamos extraño, pero las alabanzas de este católico nos hizo pensar que, a lo mejor, era un católico falso. El señor Barrenechea era del Norte de España, nadie le conocía. Sabíamos de lo que son capaces los bolcheviques. Más de uno anda por el mundo disfrazado de católico al servicio moscovita. Este nos pareció uno de tantos.

Hubo momentos que pensamos que toda la Delegación vasca podría ser falsa, es decir, compuesta de comunistas camuflados en otros partidos, pero pronto nos convencimos que el otro delegado, el señor Julián de Busturia, era un hombre sincero, franco, no levantaba el puño y no alababa aquellos aspectos de la vida soviética que desconocía. Además, Julián de Busturia desaprobaba las tendencias bolchevizantes del señor Barrenechea, condenaba las adulaciones fingidas y toda duplicidad.

El jefe del taller pronunció un discurso recordando la frase de Stalin: La lucha del pueblo español es un asunto de la humanidad progresiva. Terminó afirmando ya que Stalin os ayuda, podéis estas seguros de que ganaréis la guerra. Nos pareció que creía en lo que decía, pero nosotros, mientras no veíamos cosas concretas, dudábamos de las palabras. Supone-

mos que al enterarse sobre el fin desastroso de la guerra española, debe haber cambiado su opinión acerca de la infalibilidad de su jefe.

Mirov no quiere preguntas

Salimos del taller a un pequeño pasillo y, después de subir una escalera estrechita, entramos en el despacho del jefe de la sección de tornos. Todas las paredes del pasillo, como también las del despacho, estaban adornadas con cuadros que llevaban las inscripciones de los últimos congresos del partido comunista. La mayoría de ellas indicaban cómo y porqué los obreros deben cumplir las órdenes de sus superiores, cómo deben cuidarse de las herramientas, etc.

El jefe de la sección era ingeniero, de unos 35 años, desde hace varios pertenece al partido comunista. Nos dijo que era secretario del radio del partido y responsable de todo lo que sucedía en la fábrica. Nos dijo que su obligación era la de cuidar de que las decisiones del partido se cumplieran. Daba la impresión de un hombre inteligente que creía en la rectitud de lo que hacía.

Una vez en el despacho de su sección, el jefe se puso detrás de su mesita y, derecho, dijo a Mirov que nos propusiera hacer algunas preguntas, relacionadas con la visita a su sección.

—*No, no hay preguntas*—dijo Mirov en ruso.

Pero quizás tienen algunas dudas,—insistió el jefe—*no saben como estamos osganizados, quizás les interesa. Que lo pregunten, pues con gusto les aclararé cuanto deseen.*

—*No hay preguntas*—contestó una vez más Mirov, ahora con más brusquedad.—*No tienen tiempo para ello, pues en seguida han de dejar el taller.*

—*Pero, camarada Mirov,*—insistió el jefe—*¿no ve que hará mala impresión hacerles salir al momento? Si quieren saber algo, o tienen alguna duda, es mejor que se les aclare aquí mismo.*

No sabemos cuáles fueron los motivos de Mirov al no querer que hiciéramos preguntas ¿Quizá porque no tenía tiempo de hablar de antemano con el jefe de la sección?

Yo que oí la conversación en ruso y tenía interés en saber algunas cosas, les interrumpí y empecé a interrogar al ingeniero. Mirov no tuvo más remedio que servir de intérprete.

Le pregunté qué significaba un tablero grande que vimos colgado a la pared y que estaba lleno de nombres.

—Esta es la tabla de la vergüenza—contestó el joven ingeniero. —Tabla en la que están inscritos los nombres de los analfabetos de esta sección. A medida que van aprendiendo, se les va borrando.

Aclaramos que en aquella sección de torneros trabajaban unos trescientos obreros. De éstos, setenta estaban inscritos en la tabla de la vergüenza. Este pequeño detalle nos ilustró del porcentaje de analfabetos que existía en la U. R. S. S. a pesar de haber transcurrido veinte años desde la revolución. También hemos de tener en cuenta que, como se nos dijo en la dirección estábamos en talleres privilegiados, donde los obreros tenían las mejores condiciones de trabajo y mayor facilidad para aprender.

Más de una vez se nos dijo que muchos abreros, al terminar sus cursos, consiguen el grado de ingenieros y luego trabajan en la misma fábrica, pero en ninguna ocasión se nos dijo que todavía había 23% de analfabetos. ¡Un 23% de analfabetos en una sección donde el trabajo debe hacerse con máxima precisión!

El señor Sbert abordó al jefe de la sección:

—¿Cuántas organizaciones obreras hay en el taller y cuáles son?

—En todos los talleres solamente hay una, la única organización obrera, es la del partido bolchevique—aclaró el ingeniero.

—¿Cuántos sindicatos hay?

—Un sindicato, el Sindicato oficial.

Así, actualmente en los talleres no existen aquellas organizaciones que, hemos leído, existían antes?—insistía el señor Sbert.

—En la U. R. S. S., usted sabe—continuó el jefe con cierto embarazo— están prohibidas otras organizaciones políticas que no sean las del partido comunista. En vista de ello, actualmente, no pueden haber otras organizaciones.

Notamos que a Mirov le era molesto traducir estas aclaraciones de un jefe de taller. Lo tradujo, pero inmediatamente aprovechó la ocasión para invitarnos a que apresuráramos, pues teníamos, según él nos decía, que ver otras secciones.

Al notar tan evidente coacción y resumir lo dicho por el jefe de la sección, pensamos en la flagrante contradicción que sostienen los comunistas cuando ponen el grito al cielo si no les permiten actuar libremente en el extranjero, mientras que en la Rusia soviética, donde ellos lo dominan todo, donde ellos controlan todos las recursos, donde dicen que está aniquilada la reacción, no permiten actuar a ninguna organización obrera. No sólo no lo permiten, sino que liquidaron todas aquellas organizaciones que se sacrificaron más en la lucha contra el absolutismo en Rusia.

Al continuar el recorrido vimos un letrero en el pasillo donde decía que todo comunista está obligado a cuidar que sean respetadas y cumplidas al pie de la letra las decisiones del partido; otro decía que los acuerdos deben ser ejecutados con máxima diligencia y que los comunistas deben ser los primeros en dar ejemplo; otro más, decía que todo comunista no ha de tardar ni un minuto en desenmascarar a los emboscados y saboteadores.

La lectura de estos carteles nos produjo una triste impresión, especialmente al afirmarnos que eran necesarios. ¿Nece-

sarios estos carteles después de veinte años de "socialismo estatal", después de veinte años de Gobierno comunista y de otros tantos de "educación marxista" ¿Dónde está la evolución progresiva del proletariado ruso? ¿Qué clase de socialismo es este en que los trabajadores destruyen su propia labor? ¡Qué evidencia de fracaso!

Preguntas impertinentes

Hemos visitado varias seciones de los talleres Kirov. En algunos departamentos trabajan mujeres solas. Trabajan en tornos, producen piezas para tractores, piezas para turbinas eléctricas y para tanques. Algunos delegados que trabajan en talleres de mecánica en España, afirmaban que los trabajos de precisión se hacían bien, pero la manera de trabajar era algo diferente. Las herramientas en su mayoría eran de producción alemana, inglesa o americana. Algunos tornos que producían piezas para turbinas eran verdaderas maravillas, daba gusto observar cómo los manejaban manos expertas.

Vimos la sección de construcción de tractores. Se trabaja a cadena, cada 6 u 8 minutos salía un tractor terminado. Un obrero se ponía en la silla, daba vuelta y lo llevaba en una fila que estaba en el patio.

Allí vimos a unos cuantos tanques. Eran gigantescos, parecían grandes camiones. Un oficial los probaba dando vueltas corriendo a 60 kilómetros por hora.

—Si nos dáis seis tanques como éste, en 48 horas tomamos Zaragoza—le dijo un delegado.

Sonrieron los aficiales, pero no contestaron.

Después los rusos enviaron tanques a España, pero ninguno como aquellos que vimos en el patio de los talleres Putilov. Los que vendieron a España eran pequeñitos, tres de ellos podrían colocarse dentro de uno de aquellos gigantes. No es de extrañar que los tanques que los rusos vendieron a España no pudieron resistir.

Al finalizar la visita a los talleres Putilov, se nos acercaron los representantes de la prensa de Leningrado. Pedían nuestra opinión sobre lo visto en los talleres. Algunas preguntas estaban formuladas de tal forma que al delegado no le quedaba otro remedio que dar una contestación afirmativa. Sabíamos que los periodistas iban a aprovechar estas afirmaciones de cortesía para su propaganda.

Los delegados comunistas alabaron mucho lo visto, hicieron declaraciones sobre los éxitos formidables de la fábrica. Otros delegados que no eran comunistas, alabaron lo que les gustaba, pero hacían constar que los talleres españoles eran más limpios. Uno dijo que los obreros europeos tienen más alegría trabajando, se ven las caras más sonrientes, la gente no está tan pálida.

Un periodista se acercó al delegado de los Solidarios Vascos y le preguntó:

—¿Qué es lo que más le ha gustado?

—¿A mí? A mí lo que más me ha gustado es aquella máquina de tornear—le contestó Busturia, señalando el lugar donde la máquina estaba colocada. Era una máquina inglesa.

Algunas declaraciones aparecieron el día siguiente en la prensa de Leningrado, pero no apareció la de Busturia.

LA ESCUELA Y EL INSTITUTO

Una escuela modelo

Mientras los demás delegados fueron llevados a la fábrica de electricidad y a la de caramelos, el señor Sbert, Carreño y el autor fueron conducidos a una Escuela Modelo de Leningrado y luego al Instituto Tecnológico.

En la Escuela nos recibió el director con los maestros que se encontraban presentes. Era una escuela de segunda enseñanza que se llamaba la escuela de diez años. Una vez terminados los cursos los alumnos pueden ingresar a la Universidad, o a otras instituciones de enseñanza superior.

En la escuela se encontraban solamente los alumnos que tenían clase por la tarde. Los maestros les pusieron en fila para saludarnos. Les reunieron en la sala de gimnasia para demostrar sus habilidades. Cantaron algunas canciones populares y bailaron bailes típicos rusos.

Luego, los alumnos, pidieron que les explicáramos algo de lo que pasaba en España. Algunos nos contaron lo que habían leído en los periódicos, y todos querían saber más. Carreño, que era maestro, les saludó en nombre de los niños de su escuela y les contó un episodio que sucedió a un alumno suyo que era demasiado joven para salir con los voluntarios, pero que se metió entre los milicianos, se escondió en un cargamento de municiones y llegó al frente.

El episodio gustó mucho a los niños, todos le preguntaban cómo podrían ayudar al pueblo español en su lucha contra Hitler y Mussolini. Los niños afirmaban que estos dos hom-

bres eran los peores enemigos de la humanidad y que todos debíamos luchar contra ellos.

Luego vimos las clases. El material de física y química que empleaban para los estudios, las muestras de botánica y de zoología. En este sentido, las escuelas españolas estaban más ricas, tenían más material botánico y zoológico.

Nos despedimos de los niños y nos reunimos en el comedor de la escuela. Durante las horas de comida convivían juntos, los maestros y los niños.

Conversación con los maestros

El director de la escuela nos invitó a comer. Entre los maestros había algunos que sabían el alemán. Estos se pusieron en una mesa, invitándome a su lado, mientras que el señor Sbert y Carreño se quedaron con los demás. Mirov les hacía de intérprete en un malísimo francés.

Los maestros, en su mayoría, eran comunistas. De las preguntas que hicieron se veía que pertenecían al partido. Inmediatamente uno de ellos me preguntó si me gustaba la Rusia soviética. Le dije que sobre Rusia todavía no podía dar mi opinión, puesto que casi no la había visto. Era el segundo día de mis estancia en aquel país, no lo conocía suficiente para emitir un juicio acertado.

—Si le gusta Rusia, seguramente se hará comunista—me dijo una maestra.

—Es posible—le dije, y luego añadí: —Uno puede tener convicciones comunistas aunque no le guste Rusia.

—¿Qué comunista será éste?—preguntó extrañada la misma maestra.

—Hay varias tendencias comunistas, no todos son comunistas a la manera rusa.

—¿Qué diferencia hay entre los "comunistas rusos" y los que no lo son?

—Los comunistas rusos son todos aquellos que ven su comunismo a través del Estado Soviético, a través de Moscú, mientras los demás comunistas tienen una concepción ideal y práctica perfectamente distinta. Los socialistas marxistas también creen en el comunismo, pues ésta es la forma de sociedad hacia la cual aspiran. Se diferencian de los comunistas rusos en las tácticas y métodos para la conquista de su objetivo. Se intitulan demócratas y no sienten la menor fe por las dictaduras. Además, hay comunistas libertarios que creen se puede organizar un sistema de vida comunista que no lesione el desenvolvimiento del hombre. Los comunistas libertarios aprecian mucho la libertad, mientras los rusos la consideran un prejuicio burgués. Los comunistas libertarios están contra cualquier clase de dictadura, mientras los comunistas rusos, al parecer, están encantados con ella. Los libertarios quieren la libertad no solamente para aquellos que vivirán en la sociedad futura, sino que la quieren de inmediato, para ellos y para el conjunto social. De ninguna manera renunciarían a discutir ni a enjuiciar el presente y el porvenir de su ideario ni de su aplicación.

—¡Nosotros también discutimos!—exclamó la maestra.

—Yo no lo sé—le dije. —En Europa se dice que en Rusia hay una dictadura, y que aquí no hay libertad de prensa, ni de palabra.

—Claro que en Rusia hay dictadura, pero esta dictadura es del proletariado.

—No es este el criterio de Europa—le dije. —La creencia general es de que en Rusia existe la dictadura del partido comunista, pero no del proletariado.

—No es eso—dijo la maestra—pero lo mismo da. El partido comunista está compuesto de proletarios, por consiguiente, es la dictadura del proletariado.

—Será la dictadura de una parte ínfima del proletariado, en el mejor de los casos, porque según las estadísticas que

publicó la prensa de Europa no todo el proletariado ruso está en el partido. El verdadero proletariado ruso apenas figura en el partido.

—¡Qué bien informado está usted!—exclamó la maestra con cierto desdén.

No sé si estoy bien o mal informado—le dije.— Por ahora, en la mayoría de países democráticos a nadie está prohibido escribir. No prohiben publicar periódicos y revistas ni siquiera a los partidarios del comunismo ruso. De vez en cuando los leemos y sacamos las informaciones sobre la vida en la U. R. S. S.

La discusión era un poco áspera, por los dos lados había cierta ironía, pero era bastante interesante. La mayoría de los maestros no discutían aunque escuchaban con mucha atención. Los que preguntaban más y defendían la posición soviética eran maestras jóvenes, mientras que los mayores de edad, los maestros con cabello blanco, los que hacían de maestros antes de la revolución, no se atrevían a expresar sus opiniones.

Hablamos mucho sobre el papel del maestro en la sociedad, sobre la responsabilidad para el futuro, sobre el militarismo y el pacifismo en la escuela, sobre la guerra de España, sobre las posibilidades de una guerra mundial y otros problemas.

Tuvimos una conversación muy interesante sobre el concepto "patria". Las maestras defendían la "patria soviética". Decían que inculcaban el "amor patrio" a los alumnos. Les hice ver que este principio va contra la idea internacionalista del comunismo, que el exceso de patriotismo llevó a Europa a la guerra mundial, y que a los comunistas incumbía ser los primeros en luchar contra éste sentimiento.

Las maestras jóvenes me decían que dan un sentido completamente diferente a la patria soviética, que ellas enseñan a los niños la defensa del país del socialismo, que el socialismo

en Rusia trae el bienestar a todo el mundo y no solamente a un grupo de capitalistas, etc.

Las opiniones de los maestros soviéticos sobre la patria no se diferenciaban de las ideas que sobre el mismo asunto tenían los socialistas alemanes. Estos eran internacionalistas, con ellos podía discutirse cualquier asunto, pero Alemania siempre estaba en primer plano, todos los demás problemas debían subordinarse a los de la "patria," a la "defensa del país", etc.

Una maestra liberal

Entre las profesoras había una viejecita de 60 años. Era profesora de francés en esta escuela modelo. También podía enseñar el alemán si había necesidad. Era maestra antes de la guerra, de joven había estudiado un año en Alemania y dos en Francia. Antes de la revolución hacía de maestra en un Instituto de Petrogrado. Decía que también tomó parte en las luchas que el pueblo ruso llevó a cabo contra el régimen del zar, pero que no militaba en el partido comunista. Quería preguntarle cuál partido le simpatizaba, pero no quise hacerle daño. Dijo que después de la revolución le sacaron del Instituto y solamente le permitieron trabajar de noche, dando clase a los analfabetos. Actualmente, a pesar de treinta años de práctica, sólo estaba autorizada para dar clase a los pequeñitos. Se interesaba por las escuelas de España, por los cambios que se introdujeron durante los últimos meses. Preguntó sobre las escuelas de Ferrer que en su tiempo tuvieron tanta fama. Me aconsejó que observara bien la vida de la U. R. S. S. que me informara sobre todos los aspectos de la misma.

Lo más interesante fué la despedida. El director pronunció un discurso, sin olvidar de mencionar el nombre de Stalin, subrayando que es él quien da facilidades a las escuelas parecidas de la U. R. S. S. Los maestros también tenían que decir algunas palabras, pero no se ponían de acuerdo acerca

cuál de ellos debía hablar. Por fin, decidieron que dirigiera la palabra la viejecita que mencionamos.

Pero, antes de hablar, la maestra con la cual discutí sobre las tendencias del comunismo, dijo en ruso a la viejecita:

—*Usted puede hablar en francés.*

—*No, no hablaré en francés,*—contestó.

—*Hable usted en francés que hará mejor efecto*—insistía la otra.

—*No, no lo haré*—respondió con más firmeza.—*Quiero que todos entendáis lo que digo para que luego no interpretéis mal mis palabras.*

Esta escaramuza nos dijo más sobre las relaciones entre los maestros soviéticos que todas las estadísticas y discursos juntos. ¡Una maestra que trabaja en una escuela modelo tiene miedo de expresarse en un idioma extranjero para que luego no le hagan daño sus enemigos, para que no le persigan más de lo que la han perseguido!

Esta buena mujer, que sabía perfectamente el francés y que todos sabían que los delegados lo entendían, dijo unas frases amistosas en ruso para salir del paso.

Lo más característico es que ninguno de los maestros soviéticos presentes protestó contra la acusación de la viejecita. Eso quiere decir que son harto conocidos los casos donde se tergiversan unas afirmaciones por otras, donde se tuercen las opiniones de sus colegas de trabajo para presentarles como desleales al régimen. Tan conocidas son las denuncias de este género que todos los profesores escucharon impávidos una acusación de inmoralidad tan grave.

Escuchamos las sinceras palábras de la vieja maestra pensando que ni siquiera en una escuela modelo las relaciones entre los maestros distaban mucho de ser correctas. ¿Cómo podrían servir de ejemplo para otras escuelas, ni simplemente para los alumnos?

Después de este episodio, siempre, cuando leo u oigo hablar de los maestros rusos, se me presenta la imagen de la vieja maestra que, sin pensar en las consecuencias, durante los tiempos del absolutismo zarista se atrevía a sembrar las ideas de libertad y de humanitarismo, y que, a pesar de los peligros, las mantenía con firmeza, mientras que ahora, en su país, en la "patria del socialismo", se negaba hablar en francés por temor a que la considerasen desleal. ¡Quiérese una prueba más potente de hasta donde conduce la ausencia de libertad!

En el Instituto Tecnológico

Desde la Escuela Modelo fuímos directamente al Instituto Tecnológico de Leningrado. Nos presentaron a los profesores y a los ayudantes que estaban reunidos en una sala.

De las informaciones que nos dió el director pudimos apreciar que el Instituto no se diferenciaba mucho de otras instituciones parecidas europeas. Quizá la diferencia estribaba en que el Estado intervenía más en la vida de los estudiantes.

El estado ayuda a estos organismos, cubre la mayor parte de los gastos de los alumnos, pero, al mismo tiempo, dispone de la vida y del trabajo de los estudiantes, una vez estos han terminado sus estudios. El Estado sabe cuantos alumnos terminaban su cometido en el Instituto anualmente, y para todos ellos tenía preparados lugares de trabajo. Una vez terminados los estudios, el estudiante no tiene derecho de rechazar o negarse a ir donde el Estado designe. Las escuelas soviéticas producen muchos menos ingenieros de los que necesita el país, nos dijo el director.

El señor Antonio Sbert informó a los reunidos como funcionaba la Universidad de Barcelona, y la mayoría de las universidades de España. Explicó que el Estado ayuda menos a los estudiantes, pero les dijo que se creaban becas para los alumnos que no tenían suficientes recursos económicos. Subrayó que la cantidad de becas había aumentado con el advenimiento de la República, y que existía un plan para aumen-

tarlas después de los acontecimientos de Julio. El señor Sbert contó el plan que tenían preparado las autoridades para la Universidad de Barcelona, una vez acabada la guerra. Se pensaba repartir las becas en una cantidad graude para que en toda Cataluña no quedara fuera de la Universidad ningún estudiante que quisiera terminar estudios superiores. Señaló que la creación de becas era diferente de la subvención estatal del Gobierno de los soviets, insistiendo en que el estudiante quedaba libre después de terminar los estudios sin que nadie pudiera mandarle donde él no quería ir.

La escuela de los privilegiados

Lo más interesante que vimos en este centro científico de Leningrado no fueron las salas de enseñanza, ni los instrumentos de estudio, sino una pequeñita escuela de niños.

En una nave del mismo Instituto había unas cuantas salas y habitaciones destinadas a los niños. Se nos dijo que en esta escuela iban los niños hasta los seis o siete años de edad. La limpieza y el confort de las salas eran extraordinarias, la variedad de juguetes interminable.

El director del Instituto nos presentó a la maestra, directora de la escuela. Era una señora de unos cincuenta años, llevaba colgada del pecho la orden de Lenin, como ostentaban sus condecoraciones los viejos generales franceses.

La directora nos explicó que los niños estaban divididos en grupos, que a un grupo se les enseñaba alemán y al otro inglés; que los pequeñitos todavía no saben escribir el ruso, pero que a los siete años hablan el ruso y el alemán; algunos el alemán y el inglés; que cada grupito tiene sus maestras especiales que cursaron estudios para cada clase de escuela.

Nos refirieron que cada niño cuidaba de sus cosas, y llevaba su economía. Como que los niños todavía no conocían las letras, sus pequeños armarios eran marcados con dibujos diferentes. Al educarlos se procuraba desarrollar su individualidad y la convivencia.

Quedamos maravillados del funcionamiento de la escuela y de las facilidades que tenían los niños para desarrollar el conjunto de sus facultades. Una escuela parecida es el ideal de un maestro progresivo.

Preguntamos por el organizador de esta escuela. El director del Instituto nos dijo que eran los catedráticos del instituto, quienes la organizaron. Los gastos de su sostén, como la de todas las escuelas de la U. R. S. S., los cubre el Estado.

—¿Pueden venir a esta escuela todos los niños?—preguntamos al director.

—Ah, no —nos contestó categóricamente. — A esta escuela solamente van los niños de los catedráticos que trabajamos en el Instituto. Aquí somos muchos, nos contamos a centenares, la mayoría tenemos familia y pequeños. A esta escuela van solamente los niños de los profesores—repitió el director.

Estas declaraciones nos quitaron en parte el encanto. Teníamos la convicción de que en la U. R. S. S. no había escuelas privilegiadas, que todo niño tenía acceso a la escuela, que solamente se daba preferencia a la capacidad del alumno.

Se nos desvaneció esta ilusión cuando comprobamos que el Estado soviético también subvencionaba escuelas para los niños de los privilegiados.

CON LOS ARTISTAS DE CINE EN LENINGRADO

El culto de Stalin

Mirov nos comunicó que desde nuestra llegada al país de los soviets tenía la invitación de los trabajadores del cine de Leningrado para que les hiciéramos una visita; que el secretario de este sindicato le llamó por teléfono varias veces insistiendo sobre dicho propósito; y que él tenía el compromiso de que visitáramos la meca del arte cinematográfico. No podíamos negarnos a satisfacer los deseos de estos buenos artistas, y además, no queríamos que Mirov, delegado de la central sindical soviética, quedara mal, ya que él estaba "comprometido con ellos".

Nos llevaron al centro de artistas de cine de Leningrado. Llegamos de noche. La casa estaba llena de profesionales que nos esperaban. Todos querían ver y saludar a los "heroicos luchadores españoles", como decía la prensa soviética, a pesar de que ningún delegado se sentía héroe. Cada uno de nosotros cumplíamos nuestros deberes tal como los entendíamos y podíamos, y nada más.

Nos recibió el secretario del Sindicato de los Trabajadores de Cine de Leningrado. Nos llevó a una sala donde nos presentó a los artistas más destacados. Estaban presentes directores de películas soviéticas que tuvieron mucha fama y mucho éxito.

Después de sacar las fotos correspondientes "para el archivo de los artistas", nos llevaron al salón de actos, que estaba

lleno de concurrentes. Eran personas selectas, cuidadosamente escogidas por la Junta del Sindicato. Entraban en la sala solamente con autorización especial. El salón era pequeño, no pudieron entrar buena parte de los que estaban esperando.

El secretario del Sindicato, después de hablar animadamente con un grupo de artistas, subió al escenario y pronunció un discurso de saludo en tonos muy calurosos. Dirigiéndose a los españoles, dijo que durante la revolución y la guerra civil rusa, la mayoría de trabajadores del cine allí presentes, lucharon en las primeras filas contra el enemigo del pueblo ruso y en favor de la revolución. Una vez triunfantes, los artistas y técnicos del cine tuvieron mucho que hacer en su ramo, pues organizaron todo el proceso de producción así como los cuadros de trabajadores.

Dijo que antes de la revolución sólo tenían acceso a la pantalla los privilegiados, pero que ahora puede trabajar cualquiera que demuestra capacidad para ello. Nos hizo saber que en aquella sala no sólo estaban presentes los artistas de cine rusos, sino que figuraban trabajadores de cine de todos los países, entre ellos había muchos alemanes. Confirmó que la U. R. S. S. es la patria de los obreros que quieren trabajar y que no pueden vivir en su país.

Subrayó que los españoles se encuentran en la misma situación que los rusos se encontraban en los años 1918, 19 y 20. La lucha que el pueblo español sostiene contra el fascismo tiene los mismos aspectos que la que sostuvo el pueblo ruso contra los rusos blancos en aquella época. Afirmó que él y sus amigos, en aquellos tiempos, nunca perdieron la esperanza de vencer, de ganar la guerra, que luchaban con un entusiasmo indescriptible, con una fé tan grande que era imposible no lograr la victoria. Recomendó a los españoles que tuviesen fé en su cometido, que continuaran la lucha con todo el entusiasmo, porque al final la victoria sería del pueblo español.

Terminó su discurso con el siguiente párrafo:

"Venceréis, porque nuestro querido camarada Stalin se preocupa de vosotros y ha dicho que la causa del pueblo español es la causa de la humanidad progresiva y avanzada. Nosotros vencimos porque teníamos un partido fuerte y unos jefes inteligentes. Tal como van las cosas, vemos que vosotros tampoco podéis perder la lucha, porque también tenéis a vuestros jefes y a vuestro partido. No podéis perder mientras estén con vosotros Dolores Ibarruri "la Pasionaria" y José Díaz. Además, con vosotros está el jefe de todo el proletariado, con vosotros está nuestro gran amigo, y amigo de toda la humanidad, el grande e inteligente Stalin".

En cuanto pronunció el nombre de Stalin, toda la concurrencia empezó a aplaudir. Es decir, aplaudieron los "trabajadores del cine soviético", pero no los delegados españoles. Nos pareció extraña esta actitud, no estábamos acostumbrados a oir aplausos dedicados a los jefes en la forma que los hicieron los trabajadores del cine. Sabíamos que Stalin tenía admiradores, pero no pensábamos que los aplausos fuesen tan unánimes. Solamente más tarde supimos que en las reuniones que se celebran en la U. R. S. S. no se puede dejar de aplaudir. El hecho de no aplaudir puede acarrear malas consecuencias, especialmente para la clase trabajadora como la que estaba en la sala.

Algunas frases del discurso del secretario dejaron perplejos a parte de la Delegación española. El secretario habló de "nuestros jefes" y de "vuestros jefes", mientras el pueblo español no reconocía jefaturas de ninguna clase. Si había algunos que pretendían serlo, no gozaban del menor crédito. El pueblo luchó en la calle precisamente por no caer en el despotismo que representan las jefaturas militares o políticas.

Pero lo más curioso del caso es que los delegados presentes apenas habíamos oído nombrar a los "jefes" de que hacia mención el secretario. A últimos del año 1936, en España, nadie tenía la menor referencia de "la Pasionaria". Los únicos que sabían algo de ella eran el centenar de afiliados que con-

taba el fomoso partido. Pero, como a principios de la guerra casi nadie leía la prensa comunista, hubo algunos delegados que por primera vez oyeron estos nombres. Es de suponer la sorpresa que tuvieron al ver que los jefes comunistas eran más populares en la Rusia soviética que en España. Tampoco sabíamos que estaban destinados a ser los futuros jefes del pueblo español Esto discurso produjo una impresión dolorosa a la mayor parte de los delegados. Fué una cosa burda, impolítica y grosera.

Cómo "sovietizaron" a Cataluña.

El señor Sbert contestó a los rusos en nombre de la Delegación española. Agradeció el saludo del secretario y los estímulos verbales que daba a los españoles. Expresó su placer por la ayuda que se les prometía. Aprovechó la ocasión pará decir que el espíritu de lucha es lo que menos falta hace a los antifascistas españoles. Explicó lo bien armados que estaban los fascistas y lo difícil que era vencerlos sin armas. Contó algunos episodios de lucha verdaderamente heroicos. Refirió casos concretos donde unos cuantos hombres decididos vencieron al enemigo varias veces mayor en número y mucho mejor armado. Terminó su discurso con la siguiente frase:

"A pesar de lo bien armados que están los fascistas, a pesar de todas las dificultades que tenemos y que se nos presentarán, puedo aseguraros que venceremos en esta lucha. Como catalán, me enorgullezco de que los catalanes hayamos sido los primeros en liberarnos de los fascistas, y os aseguro que en el próximo año no solamente Cataluña se verá libre de enemigos, sino toda España".

Una vez terminado el discurso, el presidente anunció que lo iba a traducir un tal Klinski o Krimski. Era un intérprete que vivía en Leningrado, no tuvimos ocasión de conocerle mejor ni de comprobar sus conocimientos de español. Mientras el señor Sbert hablaba, este intérprete tomaba notas, y luego las traducía al ruso.

El señor Klinski comenzó la traducción bastante bien, pero a medida que iba adelantando, iba tergiversando las frases y el sentido. Explicó a su manera algunos episodios de lucha, y acabó la traducción con unas afirmaciones que ni siquiera un comunista español se hubiera atrevido a pronunciar. Laş copio literalmente porque al oirlas me quedé tan sorprendido que saqué mi librito de notas y las apunté para que no se me olvidara una palabra. Dicen así:

"A pesar del armamento que tienen los fascistas, a pesar de las dificultades que tenemos, os aseguro que en España venceremos al fascismo. España y Cataluña serán libres, y yo me enorgulleceré de que el año que viene Cataluña se incorpore a la Unión de las Repúblicas Soviéticas"....

Terminada la traducción, un aplauso unánime acompañó las últimas frases del traductor. Toda la sala se puso de píe, la música empezó a tocar la Internacional, y en todas partes se oyeron gritos de "¡Viva Stalin!" y "¡Viva la U. R. S. S.!" Muchos de los que estaban en la sala se acercaron al señor Sbert para felicitarle.

El único que permanecía estupefecto, era yo. Por primera vez en mi vida había visto una frescura parecida. El traductor permanecía tranquilo, tenía la cara del hombre satisfecho que ha cumplido con su deber. Dada la exposición regular que hizo del primer apartado del discurso del señor Sbert, resultó demasiado evidente que la mixtificación final respondiera a órdenes recibidas.

Los corresponsales de la prensa soviética no fueron tan lejos como el Klinski de marras. Al día siguiente describieron el recibimiento que los artistas de cine organizaron en honor de los delegados españoles, repitieron algunas frases pronunciadas, pero no mencionaron que el señor Sbert ofreciera la incorporación de Cataluña a la Unión de las Repúblicas Soviéticas.

La prensa alemana no dejó escapar la "interpretación" de Klinski. Aprovechó la ocasión para hablar acerca de las pretensiones del Gobierno de los soviets de poner el pie firme en la península ibérica y de los planes de conquistar Europa. "La Vanguardia" de Barcelona con una pequeña nota, desmintió la noticia de tan fantástico absurdo. Eso lo pudimos comprobar al regreso de Barcelona.

La prensa alemana estaba bien informada sobre lo que sucedía en Rusia. Es de suponer que entre "los trabajadores de cine" entre los "invitados seleccionados" había algún corresponsal de agencias alemanas.

Cuando tuve ocasión, me acerqué al señor Sbert para felicitarle, pues su discurso estuvo bien organizado y pronunciado con pasión.

—Te felicito—le dije,—pero los aplausos los debes al traductor.

—¡¿Cómo es esto?!—preguntó extrañado.

—Pues sencillamente. El traductor puso frases de su cosecha que gustaron al público.

—¿Qué es lo que ha dicho?

Le repetí lo que había dicho él, y lo que había referido el camelista disfrazado de intérprete.

—¡¿Pero es posible?! ¡No hay derecho! ¡Eso es una canallada!—decía el señor Sbert violentísimo.

El señor Sbert, claro está, no tenía ninguna culpa que el intérprete deformara lo dicho de tal manera. Bien es verdad que es uno de los republicanos catalanes que ha coadyuvado a la propaganda soviética. Presidiendo la Sociedad de los Amigos de la U. R. S. S. en Cataluña calló muchas cosas acerca de las maquinaciones moscovitas y hacía la vista gorda a las maniobras de los bolcheviques, pero nunca se le puede acusar de que durante su estancia en Rusia hubiera propuesto incorporar Cataluña a la U. R. S. S.

Huelga decir que el señor Sbert sabía que yo hablaba el ruso. Se lo comunicó Carreño y le pidió no decir nada a nadie,

mientras no saliésemos del territorio de la U. R. S. S. Al parecer, en este sentido, cumplió lo prometido.

El hecho de haber sido testigo de los hechos que sucedieron en el salón de actos del Sindicato de Trabajadores de Cine, en Leningrado, pasada ya la indignación de momento, cabe preguntarse: ¿Para qué todo esto? ¿Qué finalidad perseguían con esta clase de mixtificaciones? ¿Es que pensaban conquistar las simpatías de los catalanes que nunca han sido ni serán comunistas? ¿Qué sentido, qué finalidad puede tener poner en labios de sus representantes frases que no fueron pronunciadas y que nadie autorizó tamaña deformación?

¿Utilizaban a la Delegación para hacer propaganda en el interior? ¿Fué un caso de inconsciencia? Quién sabe. Lo evidente es que el deformador soviético prestó un flaco servicio. Los alemanes, enemigos de Cataluña y de España, contra el cual luchaba el pueblo español y contra el cual, al parecer, en aquellos meses estaban dispuestos a ayudar los mismos rusos, fueron quienes se aprovecharon de tal absurdo. No digamos que a los políticos moscovitas no les hubiera gustado tener un punto de apoyo en el Oeste del Continente europeo, hasta hicieron ver que éste era el plan de la política exterior de Stalin, pero todos estaban de acuerdo en que era nocivo divulgar tales propósitos; por otra parte, dada la distancia de ambos países, resultaba un propósito poco eficaz.

La explicación más razonable que encontrábamos y que podía justificar, hasta cierto punto, falsificaciones de esta clase, era la necesidad de alentar la moral bolchevique en el interior de Rusia. De las conversaciones sostenidas con Mirov pudimos apreciar que el ambiente del país no era brillante. Era la época que seguía al proceso de Zinoviev, Kamenev, Smirnov, Ter Vaganian y otros. Gregorio Zinoviev, fundador de la Tercera Internacional, todavía no estaba fusilado, pero Stalin ya "tenía pruebas" de que este "perro rabioso" prestaba servicios a potencias extranjeras y que desde tiempo había vendido a la "patria soviética" al enemigo. Por aquel entonces,

Stalin, preparaba la liquidación de los generales. Algunos de ellos, como Putna, ya estaba detenido, otros tenían miedo a que los agentes de Yezhov fuesen a buscarlos de un momento a otro.

Mirov nos hablaba del peligro que representaban los "trotskistas". Se extrañaba que militantes viejos del partido se empeñasen en destruir lo que habían construído durante veinte años. "Trotskistas" eran todos aquellos que se oponían en cualquier sentido a las directivas de Stalin. Se notaba que la política stalinista necesitaba alguna inyección para fortalecerse; en la vida interior no podían dar nada nuevo; el camelo de los planes quinquenales no interesaba a nadie; en tales circunstancias, era preciso buscar algún truco que diera la impresión de que la U. R. S. S. dominaba una de las regiones más ricas de Europa, o tal vez, abrigaban la pretensión de que así fuese. Lo evidente es que se trataba de una especulación para levantar el decaído ánimo de la población rusa a favor de Stalin.

Si este era el motivo que obligó al señor Klinski a falsificar las declaraciones del delegado catalán, es más repugnante todavía. Sus ilusiones no tardaron en desvanecerse. Pronto se convencieron que Cataluña jamás sería un apéndice de la U. R. S. S., pero también se desvanecieron las ilusiones de los que fuímos a Rusia en busca de ayuda, quedando profunda y dolorosamente mal impresionados de la burda especulación de que era víctima el pueblo español.

Películas inesperadas.

Después de los discursos. cuando se apaciguó el ambiente, en la misma sala nos mostraron trozos de dos películas, hechas por los artistas de Leningrado.

Una de ellas era "El guerrillero Chapayev", la cual tuve ocasión de ver en Barcelona. La habíamos visto entera, así es que los recortes no nos hicieron la menor impresión.

También exhibieron fragmentos de la película "Los marinos de Kronstadt". Nos era desconocida, aunque sabíamos la tragedia de los marinos de Kronstadt mejor de lo que se imaginaban los directores de la película. Conocíamos su historia porque estábamos al corriente de cuánto aquellos marinos valientes contribuyeron al éxito de la lucha contra el absolutismo durante los acontecimientos de 1917. También sabíamos que los mismos marinos que en la película son presentados como héroes, no eran bolcheviques, no pertenecían al partido comunista y luego fueron perseguidos, encarcelados y la mayoría fusilados o muertos de hambre en los campos de concentración soviéticos, después de sublevarse contra los nuevos opresores del país. Sabíamos que los marinos de Kronstadt representaban a la libertad frente a toda clase de tiranía y que por eso fueron víctimas del bolchevismo.

Pero, lo más interesante que vimos en la pantalla fueron las películas que se referían a España; a la España de nuestros días, a la España en lucha que acabábamos de dejar.

En primer lugar nos enseñaron una película sobre Barcelona, el puerto, la llegada del acorazado Jaime I y las emocionantes escenas de fraternización de la marinería con el pueblo.

En otro pedazo vimos la película de otra Delegación española que llegó a la U. R. S. S. por el Sur. En una de las escenas presentaba a los españoles saludando a las autoridades soviéticas. El señor Romero, diputado socialista a las Cortes republicanas, levantó las dos manos como el prisionero de guerra que se entrega a los conquistadores.

El Sindicato de Espectáculos Públicos de Barcelona creía controlar todo lo que se relaciona con el cine, los miembros de su junta estaban persuadidos que sin su conocimiento o autorización no se tomaba ninguna fotografía en Cataluña. Si hubieran visto las películas que tenían los rusos, se convencerían que su control era muy exiguo. Los cineastas al servicio de los Soviets eran más listos que los del Sindicato. La prue-

ba es que tenían películas no sólo de un gran valor artístico, sino de importancia militar. Ante nuestros ojos desfilaron el puerto de Barcelona, los barcos de guerra y todas las instalaciones portuarias. No hemos logrado aclarar si estas fotos las tomaron los cineastas rusos, o si se las habían proporcionado agentes españoles. Del puerto de Barcelona, de la Rambla y de la Plaza de Cataluña, el objetivo nos llevó al frente de Aragón. Esto nos intrigó más todavía, porque veíamos algunos paisajes conocidos. Nos fue presentado un campo de aviación que estaba muy cerca de la línea de fuego.

El sargento de la aviación española, señor Jaime Buyé, que estaba en la sala, mezclado entre los "trabajadores del cine internacionales", de emoción no pudo aguantar más, se levantó y exclamó de repente:

—¡Mira, mi avión!

Y quedó más sorprendido todavía, cuando vió que se abría la puerta del avión y de ella salía él en persona. Casi no se reconocía. Iba con barba, alpargatas y en extremo preocupado.

Al saber los asistentes al acto que el aviador español que salía en la pantalla estaba presente entre los delegados, lo cogieron y lo levantaron en vilo un par de veces. El operador, al oír tanto ruido y movimiento en el salón, paró la máquina y dió luz a la sala.

Lo más curioso del caso es que el señor Jaime Buyé no sabía cuando se había hecho este film pues nunca se había dado cuenta de que le hubieran filmado cuando regresaba de sus vuelos. Esto lo afirmó cuando toda la sala lo ovacionaba, como también en varias ocasiones más tarde.

Ello explica que los soviéticos, con el pretexto de ayudar al pueblo español, tenían propósitos y fines muy variados. Se ve que les interesaba más que otra cosa conocer el armamento que tenían los españoles, cuáles eran sus defensas y como fucionaba su aviación.

El film de España se cerraba con las fotos de la Pasionaria, entonces muy popular en Rusia, pero casi desconocida en España, y con las marchas del Quinto Regimiento que estaba entreteniéndose en la retaguardia, mientras las unidades anarquistas y socialistas se batían en los frentes contra el enemigo.

No vimos ninguna foto de las unidades que estaban en lucha. Seguramente porque en aquella época ninguna de ellas era comunista.

Se nos enseñó algunas vistas de Valencia, de Madrid y la película terminó con un cartel que los libertarios de Madrid editaron a millares y repartieron en toda España. El cartel representaba a una mujer que iba rodeada de hijitos, pero que empuñaba el arma contra la invasión fascista. Era un cartel muy impresionante. Los artistas soviéticos se dieron cuenta y decidieron con él cerrar la película.

La mujer del cartel se veía al principio de lejos, a medida que pasaba el tiempo, se acercaba, ocupando todo el lienzo. El cartel iba aumentando tanto que cuando llegó al final, no cabía en la pantalla. ¿Por qué no cabía?—nos preguntamos unos a otros. Porque arriba del cartel estaban las letras "F. A. I" y abajo las de "C. N. T."; letras que como no simbolizaban ninguna organización comunista, las habían cortado.

La comunidad artística

"Los trabajadores de Cine, de Leningrado", después de enseñarnos sus realizaciones artísticas, nos llevaron a otros departamentos del Sindicato. En uno de ellos filmaron a los más fotogénicos, es decir, a los guardias personales de del Barrio, mientras que en el otro nos esperaba una cena tan opulenta, como la de la noche anterior.

Para cenar se hizo otra selección de invitados. Muchos de los "trabajadores internacionales" desaparecieron, pero llegaron algunos artistas que no estaban en el salón de actos.

La sala que, al parecer, la usaban para representaciones, cuando entramos estaba llena de mesas cubiertas de flores, de buenos manteles blancos y de porcelana exquisita. Había tanta abundancia de alimentos y bebida que daba la impresión de que asistíamos a una comida de las descritas en las "Mil y una noches". Estábamos en un país "socialista" "donde todo es de todos", pero dudamos que cualquier rajá "donde todo es de él", hubiera podido presentar con más lujo y boato un lugar de recepción.

Los invitados a la cena era de lo mejor de la comunidad artística de Lenigrado. Figuraban los artistas más destacados, los escritores más conocidos; los directores más inteligentes y los realizadores más afortunados. Casi todos los reunidos habían terminado los cursos en las escuelas superiores, dominaban algún idioma, se habían destacado en la vida artística de los soviets y tenían algunas de las distinciones que se reparten en la "patria socialista". Se puede decir que en la sala estaba la flor y nata de la vida artística de la Rusia norteña.

Los delegados españoles fuímos distribuídos de tal manera que no pudimos sentarnos dos en la misma mesa. No había bastantes intérpretes , por esto a quienes conocíamos algún idioma extranjero nos situaron en grupos donde por lo menos un ruso conocia este idioma.

Nos colocaron en tal forma para que los rusos tuvieran ocasión de hablar con nosotros, de hacernos toda serie de preguntas y, al mismo tiempo, de exponernos sus opiniones.

En la sala se creó un ambiente amable y alegre. Los artistas reían, contaban chistes, explicaban episodios de la revolución rusa y nos aseguraban que íbamos a vencer en España, como vencieron ellos en Rusia.

Durante la cena tuvimos la impresión que los "intérpretes de Leningrado y de Moscú" nos dejaban completamente libres. Creíamos que la calidad de los elementos entre los

cuales nos encontrábamos era de tanta confianza que no había necesidad de la intervención por parte del Estado, aunque, como luego veremos, no faltaba el angel de la guarda.

Tuve el honor de situarme en la mesa al lado del señor Vasiliev, conocido director de films rusos, el realizador de la película "El guerrillero Chapayev". A su alrededor se sentaron otros cineastas que intervinieron en la realización de la misma película, personas que tuvieron papeles de importancia y que eran íntimos amigos del director.

Estaban presentes algunas artistas de la película, de belleza y cortesía sin igual. Todos los reunidos eran jóvenes, no pasaban de los 35 años; eran productos de la vida soviética, forjados en la postguerra.

Algunos de ellos, como el mismo Vasiliev, hablaban el inglés; otros entendían y hablaban el alemán. Dos artistas que eran de renombre en toda la U. R. S. S. tuvieron ocasión de visitar Alemania e Inglaterra. Me afirmaron que sus padres les habían mandado a dichos países para que se educaran y aprendieran el idioma. Eran muy pequeñitas cuando sucedió esto, luego vino la guerra, tuvieron que interrumpir sus estudios, pero se les había quedado lo que habían aprendido.

Las conversaciones con estas personas fueron de interés. Vamos a reproducir algunos episodios.

En cuanto nos presentaron al señor Vasiliev, le dije que ví su película en Barcelona.

—Es muy interesante—dijo Vasiliev. —¿Cuándo la ha visto?

—Hace bastante tiempo.

—No puede ser mucho, porque hasta hace poco no se importaban películas soviéticas a España.

—Pues mire, me parece que la ví en Barcelona la primavera pasada, es decir, en enero, o quizás, en febrero de este año.

Las películas soviéticas si no se importaban directamente de Rusia, se importaban desde Alemania. Se ve que el estado soviético cedió los derechos de exportación a Alemania sin que de ello se enterara el mismo director de la película.

Vasiliev, contento, explicaba a sus amistades que no entendían suficientemente el inglés, invitaba a todos a comer y continuaba interrogándome:

—Y ¿qué dicen los españoles de la película?

—Es muy difícil resumir la opinión de cuántos la vieron. A algunos les ha gustado, a otros no. Unos encuentran que su técnica es excelente, no falta quien opina que contiene errores psicológicos ni quienes admiren a la muchacha que aparece con la ametralladora. (La artista estaba sobre la mesa.)

—Pero la gente que entiende de arte—insistía Vasiliev—¿qué es lo que decía?

—Había opiniones variadas— le dije—pero la mayoría eran de la opinión,—y entre ellos la mía, aunque no pretendo saber mucho del arte, pues soy un diletante,—de que la técnica de la película está muy bien; que el director demostró una capacidad verdaderamente extraordinaria y que se pueden esperar de él otras cosas tan buenas o mejores; que los artistas que toman parte en su ejecución demostraron competencia en la realización, pero que la psicología de la película cojea un poco.

—¿Cómo? ¿cómo?—decía Vasiliev y se lo traducía a los demás comensales.

—Son muchos los que creen que usted no ha acertado en la psicología del héroe.

—¡Pero la psicología de mi héroe es verídica, real! ¡Tomada de la misma vida!—decía Vasiliev.

—Será quizás porque la psicología del pueblo ruso es diferente a la del pueblo español, quizás es una falta de comprensión lo que dió lugar a estas críticas—le dije.

Vasiliev tradujo al ruso nuestra conversación. Todos sus amigos se interesaron por lo que se debatía y se acercaron más hacia el centro.

Mientras tanto, una rubia joven y estrella del cine, de Leningrado, nos llenó un vaso de vodka. Le advertimos que la bebida popular rusa es muy fuerte. Ella dijo:

—Si prefiere champagne, beba champagne, yo prefiero vodka.

Un héroe castrado

Inmediatamente reanudamos la conversación sobre "El guerrillero Chapayev". Vasiliev insistía en que le explicara el porque cojea la psicología de su película.

—Chapayev es un hombre fuerte, de carácter recio—le dije.—Le sublevan las injusticias de la vida social que existe en Rusia, se decide a luchar contra los causantes de aquellas injusticias. Chapayev logra organizar a los campesinos para luchar juntos contra los representantes del zar, contra los terratenientes de su comarca; llega a convencer a cientos y miles de personas; las conduce a la lucha, libra varias batallas contra el enemigo donde mueren muchos de sus amigos, pero a pesar de ello, la mayoría de los guerrilleros siguen a Chapayev y están dispuestos a dar su vida con tal que él lo ordene. Bueno, pues, en la película, a un hombre del carácter de Chapayev, con su inmensa voluntad y su capacidad de organizador y de luchador extraordinarias, usted le obliga a doblegarse ante un hombre como Furmanov, que no es del mismo pueblo, que no conoce la vida de los campesinos, que es un extraño a toda la organización de aquellos lugares y que fué enviado desde Moscú con ciertos propósitos. Este mismo Furmanov, sin que usted en la película demuestre el porqué, llega a dominar a Chapayev y termina dándole órdenes que el otro cumple.

Por ahora no veo los errores psicológicos—dijo Vasiliev.

—Si lo analizamos desde el punto de vista partidista, si miramos el asunto como quisieran ustedes que fuera, o mejor todavía, si lo analizamos teniendo en cuenta las intenciones que en aquella época tenía Moscú, en la película no notaremos ninguna clase de error psicológico. Lo que los españoles no entienden, lo que no les entra en la cabeza de ninguna manera, es cómo un hombre del carácter y de la naturaleza de Chapayev se deja influenciar por un Furmanov. En su larga historia, España ha tenido muchos guerrilleros, en la guerra que estamos manteniendo también surgieron varios tipos parecidos a Chapayev. Pero, a ningún guerrillero español,—hablo de verdaderos guerrilleros y no de los héroes hechos en los despachos de los burós de propaganda,—ni en las épocas pasadas ni en las luchas actuales, se le acercará Furmanov y le impondrá su voluntad. En España no había guerrilleros, que yo sepa, que se dejaran influenciar por gente extraña, y menos en la forma que lo hizo Furmanov. Aquí lo que se ventila es lo siguiente: El guerrillero es un hombre con carácter propio o no lo es; el guerrillero sabe lo que hace y hacia donde va, o no lo sabe. Si es un hombre con voluntad y con carácter como se le presenta, se bastará él mismo para interpretar las necesidades y los deseos de los sublevados, sin ninguna necesidad de agentes de Moscú. Si le parece buena dicha política, la seguirá sin necesidad de agentes; si le parece mala, no la seguirá aunque vengan docenas de Furmanov. Cuando la convivencia social se hace imposible y surgen los guerrilleros, éstos pretenden realizar un nuevo concepto de vida, imponen la voluntad de la gente que es enemiga del orden establecido; las decisiones las toman los sublevados y se cumple la voluntad de la mayoría de guerrilleros. No conocemos en la historia a ningún guerrillero que obedeciera a otras fuerzas sino aquellas que le dieron vida. Si es lo contrario, si el guerrillero obedece a agentes extraños, entonces no es un guerrillero, sino un simple muñeco que obra por cuenta ajena. Hay otra propiedad que caracteriza a los guerrilleros de todas las épocas y en todos los países. Esta propiedad destaca mucho en los

guerrilleros españoles y de los países latinos, como también en los guerrilleros que tuvo el pueblo ruso antes de Chapayev. Esta propiedad la encontraremos hasta en Chapayev mismo, si lo estudiáramos, no desde el film, sino en la vida real. Lo que caracteriza a los guerrilleros es que saben hacia donde van y por qué se sublevaron. Sabía muy bien Espartacus dónde iba, sabía muy bien Stenka Razin por qué se sublevaba, sabían perfectamente Majino y Chapayev por qué empuñaron lar armas, como sabe muy bien Durruti por qué está luchando. La intromisión de los Furmanov no concuerda con la psicología del guerrillero, es una ofensa para él y es una intromisión que obedece a otros motivos, pero nunca a la realidad de los guerrilleros rusos siquiera.

—Usted está completamente equivocado en hacer estas apreciaciones—me dijo Vasiliev.—El guerrillero es un hombre fuerte, valiente, de un valor de oro puro, con nervios de acero, pero sin preparación. Casi en todos los casos, los conocimientos políticos de los guerrilleros suelen ser primitivos y escasos, por lo que ha de haber quién lo guie, pues, de lo contrario, todos sus esfuerzos serán gastados en balde. Al lado suyo debe tener a quien entienda de política, a quien sepa donde hay que dirigir los esfuerzos, a la vez que las explicaciones y orientaciones en cada caso apurado. El guerrillero sabe sublevarse, pero no sabe adonde le dirigen sus actos..

—¿Lo cree usted así?

—No es que lo crea es la realidad. En la revolución rusa lo hemos visto, y Chapayev es un ejemplo.

—No lo veo tan claro. Tampoco lo ve así el autor del libro sobre el cual usted ha construído la película; lo notará usted mismo si lee el prefacio con atención. Lo que se ve claramente es que Chapayev se sublevó contra los blancos, peleó contra los generales, se batió contra los grandes terratenientes y quería arreglar la vida de forma como la entendía él y los campesinos que juntos mantenían la lucha. También vemos claramente que al partido bolchevique no le parecieron buenas

aquellas tendencias de vida social que querían imponer los sublevados, y enviaron a Furmanov para desbaratar los planes de los guerrilleros de Chapayev. Si lo estudia bien encontrará que en la misma revolución rusa había guerrilleros que no hubieran aceptado a intrusos de tal clase. Moscú enviaba sus Furmanov a otras provincias, pero los guerrilleros no los aceptaban. Lo que muestra que estos guerrilleros entendían las finalidades de la revolución rusa de manera diferente que los Furmanov.

—Pero la entendían mal—dijo Vasiliev—y explicó a sus amistades las razones expuestas, añadiendo que su huésped debe haber leído bastante sobre los acontecimientos soviéticos.

—No vamos a discutir en estos momentos si lo entendían bien o mal—le dije,—porque la concepción del bien y del mal es muy relativa, y, a lo mejor, no estaríamos de acuerdo. Estamos hablando de la psicología del guerrillero y,—en este caso estoy con la mayoría de críticos españoles,—un guerrillero del temple de Chapayev no podía dejarse dominar por un Furmanov, si no es en la película dirigida por usted. Usted que conoce bien la revolución rusa y a sus hombres más destacados, sabe que esto no puede ser, los guerrilleros no se dejan mandar ni doblegan su carácter con tanta facilidad.

—Pero ¡hay que mandarles!

—Ah, esto ya es otro asunto. Se trata de política y no de psicología.

—Es lo mismo.

—No lo creo así.

—Son dos cosas que no se pueden separar.

—Me parece que hay muy poco que las une.

—La psicología siempre va unida con la economía—afirmó Vasiliev.—Nosotros sabemos muy bien, nos lo dijeron Marx y Engels, que de la diferente economía resulta una psicología

diferente. Usted tampoco negará que economía es política. Seguramente habrá leído a un escritor alemán que se llamaba Clausewitz.

—He oído que Karl von Clausewitz era un general alemán que decía que la paz no es otra cosa que la continuación de la guerra, pero por métodos diferentes.

—Eso mismo. Pues en su obra se ve claramente que la economía y la política es lo mismo, que una es la continuación de la otra.

—Que la economía tenga mucha relación con la política, no lo niego. Que de las diferentes condiciones económicas surjan determinadas modalidades políticas, tampoco. Pero no veo claro la relación que esto tiene con la psicología. En este caso concreto ¿qué tiene que ver lo que debatimos con el carácter de Chapayev?

—Chapayev estaba luchando para mejorar sus condiciones económicas. La gente de Chapayev moría o estaban dispuestos a morir para mejorar sus condiciones de existencia, para ganar mejores sueldos, para tener un trozo de pan más grande y, si fuera posible, para que este pan fuese untado de mantequilla.

—No estoy de acuerdo con usted—le dije.—Quizá algunos guerrilleros de Chapayev iban a morir para que el trozo de pan fuese más grande, pero, yo en su lugar, hubiera entregado mi fusil al jefe y me hubiera marchado. Por muy mal que se viva en un régimen burgués, si uno no es torpe del todo, tiene la posibilidad de ganarse un mayor trozo de pan sin ninguna necesidad de exponerse a morir. Si me he metido en el torbellino de las luchas sociales, no es por lograr un trozo más de pan, ni siquiera para tener una caja de mantequilla, sino por los deseos de libertad, por conquistar un poco más de justicia, por lograr un orden social que sea más humano y más equitativo del que tenemos. La gente muere por ideales, pero no para nutrir su estómago. Si lo hace, será en algún caso de

desesperación. Si Marx afirmó que todo daba vueltas alrededor del estómago, cosa que no pude comprobar, se equivocó bastante. En tal caso ¿cómo explica usted el hecho de que tantos individuos, que se ganan bien la vida, que tienen el pan asegurado, y con mantequilla, se metan en las luchas sociales? ¿Cómo explica el proceder de aquellos que disfrutando de una situación muy halagüeña, la dejen y prefieren sufrir persecuciones y miserias con tal de seguir luchando? La Historia está llena de casos parecidos. ¿Cómo concibe la posición de aquellas personas que vivían bien en España, pero que empuñan un arma contra el fascismo? Y para qué ir a España, si la historia rusa está llena de esta clase de magníficos ejemplos? Tenéis a Alejandro Herzen, a Pedro Kropotkin, a Miguel Bakunin que hubieran podido vivir en la opulencia, pero que lucharon contra el nefasto régimen del zar. El mismo Lenin, que actualmente es tan venerado en Rusia, hubiera podido ganarse su vida tranquilamente en cualquier empresa capitalista logrando un bienestar económico... ¿Por qué no lo hizo?

—Usted va derivando hacia otros problemas—dijo Vasiliev e invitó a todos a tomar una copita más, y a comer.

Marxismo a la rusa

La discusión se hacía más interesante, y alrededor nuestro se agrupaban gran número de invitados. Algunos acercaron sus sillas para escuchar mejor, otros que no tenían interés en estar en los sitios señalados, después de comer, formaron parte en la tertulia. Un amigo de Vasiliev intervino en la discusión, procurando justificar la actitud de Lenin según las teorías de Fichte y de Hegel.

Mientras la mayoría se interesaba por la discusión, al lado de nuestra mesa había un hombre que no intervenía para nada. Estaba sentado al otro extremo, en frente de Vasiliev. Todo el tiempo lo pasó hablando con una artista sobre otros asuntos. Era una persona de unos 40 años de edad, con el cabello engomado y caído sobre la frente. Tenía una mirada de rece-

loso y desconfiado. Aunque hacía el indiferente, oía muy bien nuestra conversación. De repente este tipo se dirigió a Vasiliev y le dijo en ruso:

—*Procura cortar; no necesitamos esta clase de discusiones.*

Vasiliev le miró despectivamente y le contestó:

—*Yo no discuto; hablo con los huéspedes.*

¡Pobre Vasiliev y pobres todos los artistas de Leningrado! Pensábamos que entre los seleccionados no había ninguna clase de vigilancia; pensábamos que en las altas esferas de la nueva sociedad, entre los directores de cine, los artistas y los intelectuales de más nombradía, se podían discutir todos los problemas libremente; pensábamos que sólo la masa, el pueblo, estaba privado de libre expresión, pero pronto nos convencimos de lo equivocados que estábamos. En un salón donde había tanta alegría y amistad, en una reunión donde todos procuraban demostrar su sinceridad, había un ángel de la guarda que estaba alerta y que procuraba ahogar un momento de espontaneidad de sus mejores hombres.

Hemos de reconocer que Vasiliev le contestó con malos modos y con bastante dosis de desprecio. Sin poner mucha atención en lo que dijo, procuró reanudar la conversación. Esto no quiere decir que la intervención del ángel de la guarda no le pusiera algo nervioso. Ninguno de los que estaban alrededor de Vasiliev aprobaron lo dicho por el intruso, pero todos permanecieron callados.

En este instante se acercó hacia nuestra mesa un "intérprete" que estaba escuchando nuestra conversación.

—Vosotros discutís tanto, porque no conocéis al marxismo dijo.—Voy a aclararos todas las dudas.

—Varias veces he procurado estudiarlo detenidamente —le dije,—pero no he logrado conocer todas sus interpretaciones.

—En pocas palabras voy a explicar la esencia del marxismo.

—Venga esa esencia.

—Toda la ciencia de Marx se reduce a la siguiente fórmula: primero se busca la tesis; de esta sale la antítesis, y como consecuencia de las dos primeras, surge la síntesis. Aplicando esta fórmula a la vida social, no nos equivocaremos nunca.

—Ahora creo que usted me entenderá—intervino de nuevo Vasiliev.—Nosotros en Rusia teníamos el zarismo. El régimen era malísimo, no podíamos vivir. Era un régimen de desigualdad, en el cual solamente podía vivir la aristocracia. Como antítesis a este régimen tenemos la dictadura del proletariado, cuyo régimen ha favorecido a la clase obrera y ha despojado a la aristocracia. Ahora nos encontramos en una época que podemos llamar la de síntesis, pues ya tenemos la democracia que es la igualdad, pues da derechos iguales a todos, y todos están considerados como personas iguales ante la ley. Usted seguramente habrá oído que Rusia está preparándose para el Congreso donde será aceptada la nueva Constitución de la U. R. S. S., constitución que será una de las más democráticas del mundo. Le puedo decir todavía más. Puede mirar a todos los contertulios que están reunidos en esta sala y entre los obreros del cine encontrará quienes vienen de la clase humilde. Aquel mismo director—dijo señalando a uno—que está al otro lado de la mesa, es de origen proletario. Sus padres vivían en un barrio bajo, y durante su juventud pasó mucha miseria y privaciones. Pero tan pronto demostró su capacidad cineástica, se le han dado posibilidades de desarrollar sus aptitudes y hoy es uno de los mejores obreros de esta casa. Además, aquí, entre los verdaderos bolcheviques, encontrará a algunos que pertenecían al régimen desaparecido, entre los obreros e intelectuales encontrará a hijos de generales del zar.

—¡Ah! Eso sí que es interesante.

—Pues mire—continuó Vasiliev—yo mismo soy hijo de un general zarista. Mi padre era general, mientras yo, a los 17 años, luchaba contra lo que representaban.

—Eso demuestra que usted—le dije—a los 17 años ya era un idealista, no quería defender a un régimen sólo por el estómago, como lo hacía su padre.

—No, yo luchaba porque veía que era una cosa justa y lógica. Me parecía que el nuevo régimen tendría que imponerse.

—Es lo que confirma precisamente lo que le decía. Usted, hijo de un general zarista, estaba convencido que aquel régimen era malo e injusto. Usted se imaginaba otro mejor. Usted era un idealista y se sublevó contra la ignominia y mentira que existía en el viejo régimen de Rusia. Ahora, en lo que se refiere a la fórmula tesis, antítesis y síntesis, a la esencia del marxismo, como lo llamó este señor, una de dos; o ustedes no entienden de marxismo, o la ciencia de Marx está equivocada, es decir, no hay tal ciencia. Les digo esto, porque los partidarios de Marx, cuando aplican estas fórmulas para pronosticar el porvenir social, siempre se equivocan. Hasta al mismo Marx, cuando hizo profecías para el futuro inmediato, le salían mal. Yo me acuerdo muy bien de cómo los comunistas alemanes aplicaban esta fórmula a la vida social de aquel país decían que antes de la guerra en Alemania había un régimen absolutista representado por el Káiser y luego vino el régimen democrático en el cual predominaban los socialistas demócratas. Los comunistas alemanes decían que el absolutismo kaiseriano era la tesis; el régimen democrático de la post-guerra, la antítesis; pero la síntesis, afirmaban, forzosamente será el comunismo. La aplicación de esta fórmula, adscrita al marxismo, no se puede emplear como la empleaban los comunistas alemanes, porque los resultados fueron completamente diferentes. En lugar de un régimen comunista, esperado por muchos, surgió un régimen fascista que pone en peligro a toda la humanidad.

—*Te he dicho que hay que cortar la conversación*—se oyó que decían desde la extremidad de la mesa. Esta vez, la

voz del hombre de la frente aplastada era tan imperiosa que Vasiliev no le contestó ni una palabra.

Los que estaban alrededor nuestro pusieron más atención a lo que decía el tipo descrito. Algunos de ellos se levantaron y se marcharon. Mientras Vasiliev no abría la boca para nada, las artistas que estaban a su lado empezaron a hablar acerca de otros temas. Algunos se interesaron por el arte fotográfico en España; preguntaban cuales eran los mejores artistas españoles, si teníamos hombres nuevos que prometían dar algo superior y como se portaban los cineástas en la lucha contra el fascismo. Les expliqué que la mayoría simpatizaba con los fascistas y huyeron a la otra zona con los generales sublevados.

—Les costará caro esto—decían, —Cuando ganéis la guerra, no sabrán qué hacer. Sucederá como les ocurrió a los artistas rusos que huyeron con los blancos.

Divagaciones literarias

Después de una pausa, Vasiliev me preguntó sobre literatura española. Inmediatamente me dijo que lo único que conocía era Don Quijote de la Mancha, que le había gustado muchísimo.

—Y de los escritores modernos ¿conoce a alguno?—le pregunté.

—No, no conozco a nadie—contestó. ¿Es que actualmente España tiene algún escritor de renombre?

—Hombre—le dije—a mí, como delegado español, me resulta violento alabar a los escritores españoles, pero en vista que usted los desconoce por completo, he de decirle que España tiene algunos literatos que están muy por encima de muchos que tienen renombre en Francia, Inglaterra y Alemania, a los cuales usted, seguramente conoce. Tenemos a Pío Baroja que nos está obsequiando con obras que en varios sentidos pueden compararse a los modernos franceses o alemanes. Tenemos a Miguel de Unamuno,—entonces Unamuno todavía vivía—que es-

cribió unos comentarios sobre Don Quijote que son insuperables. España tiene una floración literaria de primer orden comparable con la mejor de no importa que país. Entre los mejores escritores de los últimos años pueden nombrarse a Pérez Galdós, Menéndez Pelayo, Angel Ganivet, Lara, Espronceda, Gabriel Miró, Ramón del Valle Inclán, Azorín... ¿No han leído la obra de Blasco Ibáñez?

—Me parece que tenemos alguna traducción.

—¿Qué es lo que han traducido?

—"Los cuatro jinetes del Apocalipsis".

—Tiene obras de más valor literario. ¿No se conoce en Rusia "La Barraca", "Flor de Mayo" y "Entre Naranjos"?

Reconocieron que desconocían la literatura española.

Luego se interesaron para saber lo que los españoles conocían de literatura rusa.

Les dije que en España se conocen mucho los escritores rusos. Todos los autores un poco destacados han sido traducidos al español. Podría darse una lista infinita de obras rusas que pueden leerse en el idioma de Cervantes. Añadí que no solamente se leen los clásicos sino que se tenía un interés especial por los modernos; que en España conocen a Tolstoy, Gorki, Chejov y Dostoyevski. De los modernos el que gusta más es Sholojov, y muy especialmente su obra "Sobre el Don Apacible."

—¿Conoce también a los poetas modernos rusos?—me preguntó un vecino.

—Sí, conozco a algunos. Se han hecho traducciones de obras suyas; otras las he deído en alemán o francés.

—¿Cuál de los poetas modernos les gusta más?

—De los poetas que dió la revolución, Sergio Esenin cuenta con todas mis simpatías. En Alejandro Block hay algunas obras que caracterizan mucho a los rusos.

—¿Pero los más modernos no os gustan?

—Quizá no los conozco.

—¿Conoce a Demian Biedny?

—¿Es que Demian Biedny es un poeta?

—Claro que lo es. Escribe cosas muy bonitas—dijo una artista.

—Los escritos parecidos a los de Demian Biedny, en Europa, no se consideran poesía.

—Sí, —intervino Vasiliev,— pero debéis conocer a Vladimir Mayakovski.

—Mayakovski es otra cosa—le dije. —Pero Mayakovski no puede gustarnos.

—¿Por qué?

—Porque Mayakovski es un poeta de máquinas, poeta de grandes ruídos y de grandes ritmos, pero no es un poeta de corazón, sus escritos no tienen alma. El ruido de Mayakovski aturde, sus poemas dejan a uno atontado.

—Me parece que no le entendéis—dijo Vasiliev.

—Quizás, pero a lo mejor es más exacto si decimos que le entendemos, pero que no nos gusta. Otra cosa es Sergio Esenin. Uno se siente atraido en cada línea. Leyéndolo se divisa la campiña rusa, se siente el latido del corazón y la palpitación de vida del campesino ruso, mientras que leyéndo a Mayakovski se oyen los escalofrios de la máquina que está aplastando al pueblo ruso.

—¡Qué manera más rara de interpretar a los poetas rusos! —dijo uno.

—Es la impresión que tengo leyéndolos.

—¿Qué es lo que le ha gustado más de Esenin?

—Me gusta todo lo que ha escrito este hombre, pero la "Carta a su Madre" es la culminación, es lo que me gusta más.

Uno de los artistas empezó a recitar los primeros versos de la mencionada poesía y todos lo escucharon con atención.

—Desde luego, Esenin era gran poeta, pero ahora tenemos otros modernos que son mejores todavía—me dijo Vasiliev con una seriedad que me dió la impresión de que ni siquiera él mismo creía en ello. Vasiliev dijo que Esenin era demasiado sentimental, que actualmente el alma rusa deseaba algo más fuerte, más rígido y severo.

Los artistas del Partido

Luego la conversación pasó sobre otros temas. Vasiliev contó que le gusta más trabajar de noche que de día, y que en la mayoría de los casos trabaja sólo. Sin darnos cuenta, y sin que ninguno de nosotros lo quisiéramos, la conversación llegó a temas que podrían provocar la tercera intervención del vigilante. Yo me hacía cargo de la situación de los artistas y no quería provocarla, para no acarrearles malas consecuencias.

Hablamos sobre el libre acceso al trabajo para todos los habitantes de la U. R. S. S. Les expuse mis dudas, y ellos se empeñaron en probármelo. Entonces pregunté de nuevo a Vasiliev:

—Dígame usted si todos los que son considerados como trabajadores del cine son bolcheviques.

—Sí, son bolcheviques—me contestó,—pero no todos pertenecen al partido.

—¿Cómo es esto, son bolcheviques y no pertenecen al partido?

—Pues sencillamente, no pertenecen al partido porque no es obligatorio pertenecer—me contestaron.

Después de una pequeña pausa, Vasiliev añadió:

—Entre todos los que están alrededor de esta mesa solamente hay uno que es miembro del partido, los demás estamos al margen.

Al mismo tiempo, y en ruso, se dirigió al hombre indicado, diciéndole:

—*Dile que yo no pertenezco al partido, que tú eres el único que perteneces.*

¡Pobre Vasiliev! Pensaba que yo no entendía el ruso y quedó convencido que creía en lo que me contestaba.

Es triste que un hombre de la talla de Vasiliev, queriendo afirmar libertades que no existen, se vea obligado a hacer afirmaciones de esta clase. Vasiliev no es un cualquiera. Vasiliev es un gran artista, un director inteligente, una de las personalidades más destacadas en la vida cinematográfica de la U. R. S. S., pero está obligado a decir mentiras a un huésped a quien ha invitado a su casa por su propia iniciativa, y quien ha venido a estudiar la creación de un pueblo que se libró del absolutismo zarista, quien ha venido a aprender todo lo bueno que ha creado la revolución.

Tales mentiras me produjeron una impresión doblemente depresiva, por la mentira en sí y por haber sido dichas por un hombre que merecía todos mis respetos. Cuando se dicen mentiras en las secciones de la Tercera Internacional, desde donde se dirige la política exterior de la U. R. S. S., hace menos impresión porque ya se sabe de antemano que de la política no se puede esperar sinceridad. Hasta pueden pasar las mentiras de los agentes de Intourist, porque de ellos ningún observador inteligente espera otra cosa, pero hiere dolorosamente cuando las pronuncia un hombre inteligente, un artista, uno que se sublevó contra las injusticias del zarismo, que luchó por un régimen más justo y más humano.

¡Qué ingénuos son aquellos visitantes que van a Rusia, sin entender el ruso, hablan "libremente con los intelectuales, artistas y escritores" y luego dicen que estos se han expresado con toda libertad y franqueza! Entre los que tal afirman hay hombres de renombre mundial, hombres que ocupan cargos de máxima responsabilidad, hombres que no han llegado a comprender que no han sido más que instrumentos de la política soviética.

VISITA A LA FORTALEZA DE PEDRO Y PABLO

Un deseo de los delegados

Estando en Leningrado, los delegados queríamos aprovechar la ocasión de visitar algunos lugares célebres, donde sucedieron gestas históricas; queríamos ver los mejores museos, los edificios más conocidos y las instituciones modernas.

La mayoría habíamos leído algo sobre la capital del Norte. Sabíamos que era la única puerta abierta que tenían los rusos hacia el mar Báltico; leímos como Pedro I, uno de los zares más crueles, la había fundado; en el cine habíamos visto lo que hizo el padre Gapón y como lo cazaron en los alrededores de esta capital; conocíamos el papel de los marinos y obreros de Petrogrado durante las luchas de 1905; oímos hablar de los choques violentos que sucedieron en estas calles durante las luchas de 1917; compartimos el espíritu de aquellos marinos de Kronstadt que en 1921 se levantaron contra la reacción de los nuevos jacobinos.

Queríamos ver los lugares donde sucedieron los choques más violentos entre los cosacos y la población de Petrogrado; los palacios donde se decidió la suerte del régimen de Kerensky; el original de algún cuadro de los buenos pintores rusos que sacuden lo más profundo del alma humana.

Huelga decir que también queríamos saber como vivía el obrero ruso, qué preocupaciones tenía y cuales eran sus distracciones durante las horas libres.

Nos proponen visitar la fortaleza.

Mirov Abramov, jefe de la delegación sindical rusa, nos propuso visitar la fortaleza de Pedro y Pablo. Con gusto aceptamos la proposición. Estábamos contentos de ver aquellos lugares donde tuvieron lugar los acontecimientos más macabros de la historia rusa, de visitar aquellos subterráneos en los cuales los mejores luchadores del pueblo ruso tuvieron que pasar largos años y muchos no salieron vivos.

Al mencionar la fortaleza de Pedro y Pablo, inmediatamente vimos el cuadro de un pintor ruso donde la princesa Tarakanova mira con angustia al agua que inunda su celda. Nos vino a la memoria las lecciones de historia rusa donde Pedro I, con su propia mano, mata a su hijo; recordamos las emotivas páginas de Pedro Kropotkin, de Vera Figner y otros que nos han descrito la fortaleza con todos sus matices y variantes.

Apenas tuvimos tiempo de descansar de la ruidosa y tardía visita del día anterior que ya nos despertaron para llevarnos a la fortaleza de Pedro y Pablo.

Los coches vinieron a la puerta del hotel a la hora señalada, pero salimos mucho más tarde. Perdimos mucho tiempo en arreglarnos, almorzar y hacer el recuento matinal. Los "delegados sindicales" soviéticos examinaban a cada delegado, preguntando a qué escuela había ido o qué lugar había visitado y qué idioma extranjero hablaba o entendía. Estos datos les eran precisos "para escoger el intérprete adecuado". Como tenían pocos individuos que hablaban español, nos decían, podían encontrar intérpretes que hablaban el inglés, el alemán o el francés.

Me tocó en suerte ir a la fortaleza en el mismo coche y junto al asiento de Mirov. Este vino a mi lado para conversar un poco, pues entendía y hablaba el alemán.

Mirov era un hombre de unos 50 años, alto, de complexión fuerte. Tenía el cabello indomable. Era un bolchevi-

que de la vieja guardia. No tuvo suerte en conseguir un puesto de importancia, pero estuvo alguna temporada en el extranjero, viajaba mucho por Alemania, vivía en Suecia, trabajaba en algún despacho del Komintern y estaba enterado de las luchas interiores del partido bolchevique.

No daba la impresión de ser un hombre culto ni leído. Conocía los acontecimientos actuales de Alemania, de Inglaterra y hasta de España, pero tenía opiniones inexactas y rudimentarias sobre la historia y las luchas sociales en estos países. Si se le preguntaba cualquier cosa sobre acontecimientos rusos los explicaba bastante bien, pero lo hacía a la manera bolchevique, daba la interpretación que convenía en aquel momento. Aquella era la temporada que al Gobierno de los Soviets se le ocurrió echar la culpa al trotskismo de todos sus desaciertos. Mirov también veía trotskistas por todas partes. Es posible que en el interior de la U. R. S. S. éstos representaran algún peligro para los stalinistas, pero en los demás países europeos el trotskismo nunca llegó a ser un movimiento de masas. Los partidarios de Trotsky lograron publicar algunos artículos criticando a Stalin con mucho acierto, pero todo se quedó en un movimiento sin importancia. No lo entendía así Mirov.

Por el curso de la conversación, sabía que tenía a mi lado a un staliniano a ultranza. De la observación hecha sobre la Delegación mientras el tren se alejaba de Bieloostrov, podía suponer que al lado mío estaba un agente de la G. P. U.

Información sobre Leningrado.

Al pasar por calles y plazas de Leningrado, Mirov procuraba informarnos sobre los acontecimientos que sucedieron en aquellos lugares.

Pasamos por la plaza donde estaban enterradas los víctimas de la revolución de 1917. Nos indicó que a nuestra izquierda llegó el barco de guerra "Aurora" y que disparó con-

tra la sede del Gobierno de Kerensky. El gesto de los marinos tuvo mucha importancia, porque cambió el rumbo de la historia de Rusia.

Nos señaló dónde estaba la tumba de Uritzki, dónde el padre Gapón trajo las muchedumbres de Petrogrado, y desde dónde dispararon los gendarmes del zar.

—¿Quién era Uritzki?—preguntó uno de los delegados.

—Era un comunista muy conocido que fué asesinado en 1918—aclaró Mirov.

—¿Quién lo asesinó?

—Los enemigos de la revolución soviética—añadió,—Se puede decir que lo mataron los trotskistas de aquellos días.

Algunos delegados sabíamos que Uritzki fué muerto por los socialistas revolucionarios, quienes lucharon con valor contra el despotismo del zar. A los ignorantes, la aclaración de Mirov no dijo nada, pero a la mayoría de la Delegación, sus palabras indicaron cómo es aplicado el vocablo de trotskista en la U. R. S. S. Si a Uritzki lo mataron los trotskistas del 1918, se ve que denominan así a todos quienes se atreven a oponerse a la dictadura staliniana.

Mientras nos hacíamos estas reflexiones, pasamos por un puente que creo nos dijo que se llamaba Puente de la República. Luego atravesamos otro puente y nos encontramos a las puertas de la fortaleza. Sus alrededores estaban guardados por soldados.

Conversación con el director.

Mientras iban llegando otros coches, Mirov encargó a un intérprete que cuidara de los delegados y él se fué a buscar a los responsables de la fortaleza. Yo también fuí con él.

No me supo mal haber ido con el nombrado delegado de los sindicatos rusos, porque oí una conversación interesante.

Mirov se fué a ver al director de la fortaleza que tenía su despacho al lado de la entrada. Le había telefoneado desde la capital y el director estaba esperando a la Delegación.

El director era un hombre de unos 60 años, bajo de estatura, un mechón de cabello gris le salía por debajo de la gorra. Mientras nos acercábamos a su despacho, él salió y vino al encuentro de la Delegación. Nos fué presentado con el nombre de David Shapiro. Mirov nos dijo que Shapiro era un viejo revolucionario, que luchó contra el despotismo del zar.

Guiados por Shapiro, íbamos adentrándonos en el patio de la fortaleza. Pasamos por un par de puertas de hierro donde los civiles no tenían derecho a pasar durante el régimen zarista. Mientras la mayoría de la Delegación se quedó mirando las curiosidades, Shapiro y Mirov iban unos pasos adelante. Yo no me separaba de ellos, por esto oí la siguiente conversación en ruso:

—*¿Qué clase de Delegación es esta?*—preguntó Shapiro a Mirov.

—*Son españoles.*

—*Eso no me basta. Quiero saber quiénes son para saber qué es lo que les puedo enseñar.*

—*¡Hombre! Son españoles, revolucionarios, que han venido a visitar a la U. R. S. S.*

—*Esto está muy bien, pero usted debe saber que no a todos se les puede enseñar todo. Para no ofenderlos es preciso saber quiénes son, antes de seguir adelante. Del extranjero vienen toda clase de delegaciones.*

—*Nada, nada—replicó Mirov. —Estos son españoles que no tienen miedo de nada. Usted puede mostrarles toda la fortaleza*—dijo en tono algo altanero.

—*Bueno, bueno*—le contestó Shapiro, dando a entender que él no se hacía responsable de los comentarios que después pudieran hacer los delegados.

Esta conversación, en aparencia inocente, ¡cuánto dice! Ella evidencia que cuantos de regreso de la U. R. S. S. afirman enfáticamente que han visto esto y aquello, en realidad, no han visto otra cosa que cuanto resulta favorable a los soviets. ¿Cómo iban a verlo todo si el acompañante tiene órdenes de enseñar a los visitantes solamente aquello que no puede provocar ningún comentario desfavorable? ¿Cómo el visitante puede penetrar en las entrañas de la vida soviética si los secuaces del Gobierno sólo les muestran la parte agradable e inofensiva? ¿Serán diferentes las órdenes que tienen los directores de otros establecimientos soviéticos referente a los visitantes extranjeros? El visitante puede ser una persona honrada, y no estar al servicio de los soviets, pero ¿puede uno creer en la objetividad de su información, si esta fuente ha sido deformada o restringida?

Historia de la fortaleza

David Shapiro llevó a la Delegación y a los intérpretes hacia la Catedral. Frente a la misma, paróse un momento y en breves palabras nos explicó la historia de la fortaleza.

A principios del siglo XVIII la fortaleza fué construída con el único propósito de defender Petrogrado del enemigo. En el mismo cuerpo del edificio estaban las instituciones administrativas, el primer Almirantazgo del Imperio, la Casa de Moneda como también la Catedral, donde yacían los restos de los zares. Más tarde, cuando las guerras se modernizaron, la fortaleza perdió su carácter defensivo. Los órganos gubernamentales fueron trasladados a otros lugares y la fortaleza quedó convertida en cárcel. Pero la Casa de Moneda permaneció siempre en el mismo patio. Aquí acuñaban la moneda los zares de Rusia, aquí la acuña el Gobierno de los Soviets.

Al entrar en la Catedral, Shapiro nos explicó y nos dió los nombres de los arquitectos que la construyeron, así como las renovaciones que hicieron durante el siglo pasado. Inme-

diatamente, a los dos lados de la entrada, están las tumbas de casi toda la familia de los Romanov, empezando por Pedro I y acabando por Alejandro III.

Las tumbas se diferenciaban por el color de la piedra. Las lápidas llevan inscritos los nombres de sus yertos moradores. Es probable que las piedras sean de mucho valor, pero no causan el menor efecto estético. El conjunto forma una masa sin gusto artístico.

Más curiosa es la construcción del altar. El altar es parecido a los de las iglesias católicas, pero tiene la construcción diferente. Los santos están distribuídos en grupos y cada santo tiene alrededor suyo sus admiradores, también santos. Los que gozan de mayor reputación están colocados más arriba y los menos reputados deben conformarse con los escalones de abajo.

Por encima de los santos está la efigie de Dios, símbolo de la autoridad celestial. Pero, lo interesante, es que, por encima de la efigie de Dios, está la corona de los zares. Los monarcas rusos mandaron colgar su corona en primer término porque se consideraban superiores al poder celestial, cosa que no se atreven a hacer monarcas de otros países.

Al lado del altar que evidencia el tono jerárquico que tenía el pueblo ruso, está el trono donde se sentaba el zar durante las ceremonias religiosas. Este trono está hecho de oro macizo que los comerciantes de Rusia regalaron a su señor.

El altar y sus aledaños están adornados por toda clase de ángeles. Durante las ceremonias religiosas estos ángeles campesinos en la Catedral, quedaban admirados, pues tenían el convencimiento de que las voces angelicales salían del mismo cielo.

—Durante las fiestas religiosas, aquí se oían voces celestiales—nos decía Shapiro,—pero, cuando nosotros tomamos posesión de la Catedral, descubrimos que el zar mandaba cantar a un coro de eunucos.

Seguro que si hubiera estado informado que entre los visitantes había religiosos, una observación parecida no hubiera salido de su boca.

El presidio de los presos políticos.

Desde la Catedral fuímos directamente a los llamados bastiones de la fortaleza.

Durante los dos siglos pasados por estos lugares pasaron todos aquellos presos políticos que eran considerados como muy peligrosos. En la Rusia de los zares se consideraba peligrosa cualquier persona que se atrevía a tener opiniones diferentes a las del zar. A últimos del siglo XVIII estuvo en esta fortaleza Radishchev por el sólo hecho de haberse atrevido a escribir un libro sin el permiso de las autoridades.

Nos enseñaron el edificio donde tuvieron lugar los consejos de guerra más famosos de Rusia. Allí se celebró el consejo contra los decabristas, que fueron los primeros en sublevarse contra el absolutismo en Rusia; allí, también, se condenaba a los terroristas que atentaban contra la vida de los zares, de ministros y gobernadores.

Shapiro nos nombró toda una serie de personas, cuyos nombres varias veces habíamos leído en libros o en la prensa. Entre los mencionados había algunos que todavía vivían.

Un intérprete, al traducir las palabras de Shapiro, nos informó que el director de la fortaleza había pasado muchos años en la misma durante el régimen del zar. Nos dijo que él, junto con otros ex-presidiarios, pertenecían a una organización de presos que luchaban contra el despotismo del zar, siendo un miembro ejecutivo de dicha organización.

—Hubo decabristas—nos decía Shapiro—que pasaron veinte años en los fosos de esta fortaleza. Había muy pocos presos que salieran con vida. No había ninguno que al salir gozara de salud. El Gobierno, obraba de tal manera, que los presos

se iban extinguiendo. Para martirizar más a los detenidos, les hacían padecer la tortura del silencio. En los fosos de la fortaleza no se oía el menor ruído. Las paredes de las celdas eran de un metro y medio de grueso, los techos abovedados, en el suelo ponían unos fieltros, el reo calzaba unas zapatillas sin tacones. Todo estaba calculado para que no se percibiera el menor ruído.

Al principio, este silencio mortal, no causaba la menor impresión, pero las semanas y los meses pasados en silencio absoluto hacían perder el sentido del oído. Más tarde, el menor ruido, solamente el abrir o cerrar de una puerta, molestaba tanto al preso, que le parecía como si dispararan a su lado un cañón de gran calibre.

Un recluso que se llamaba Batinkov, después de estar muchos años en la fortaleza, olvidó por completo el habla. Cuando le pusieron en libertad, no sabía decir ninguna palabra, gritaba y daba voces como si fuera loco o salvaje.

Traducidas las palabras de Shapiro produjeron una impresión escalofriante entre los delegados españoles.

En la celda de Bakunin.

La cárcel de la fortaleza de Pedro y Pablo se compone de dos partes. Una, la constituyen varios bastiones de la fortaleza que fueron convertidos en cárcel. Otra, se llama Alekseievski Ravelin. Esta parte, desde buen principio, fué construída para servir de mazmorra. Este departamente estaba separado de la fortaleza por un canal de agua, y siempre bien guardado por los centinelas.

Mientras Shapiro nos informaba sobre el pasado de la fortaleza, otros empleados trajeron a cada delegado una lámpara, y, guiados por el director, empezamos a descender por los pasillos estrechos hacia los sótanos. Bajando, tuvimos la impresión como si bajásemos al subterráneo de algún castillo medieval que todavía queda en algunos lugares.

Al terminar el descenso encontramos un pasillo largo y estrecho. Por un lado se veía una pared húmeda, mientras que en la otra había puertas cerradas. Shapiro, abrió una de las celdas y dijo:

—Esta es la celda donde Miguel Bakunin estuvo encerrado durante seis años.

En esta celda nos reunimos todos los delegados para oír al director Este nos explicó las dificultades que tenían los presos para entrevistarse con sus familiares. Para obtener una entrevista, en la mayoría de casos, las peticiones debían ser autorizadas por el propio zar, como así para tener lápiz y papel. Los más afortunados se entrevistaban una vez al mes. La autorización sólo era concedida con padres, hermanos y familiares más cercanos. Las entrevistas se hacían en presencia de uno, y muy a menudo de los dos oficiales del zar.

Durante los inviernos que son muy crudos en el Norte, los presos sufrían de un frío enorme. Al principio, había una estufa en cada celda, pero en cuanto un preso, no pudiendo soportar las torturas del presidio, empleó la estufa para suicidarse, ordenaron sacarlas.

Lo arreglaron de tal manera, que colocaron calefección que calentara desde el pasillo. El nuevo sistema, representaba una tortura más, pues mientras estaba encendido, calentaba las celdas demasiado y los presos no podían soportar el calor y en cuanto se acababa la calefacción, se aireaba todo aquello tan deprisa que no tardaba mucho en helarse el agua en las mismas celdas. El cambio brusco de la temperatura influenciaba mucho en la salud de los detenidos.

Mientras hablaba Shapiro y los traductores traducían cuanto dijo, observábamos la cama de hierro y las puertas de roble fuerte que aprisionaron al gran rebelde; la ventana a través de la cual entraba un poco de luz, pero nunca un rayo de sol, y pensábamos en la agitada y dolorosa existencia de

Bakunin. Entre tanto, los delegados hacían algunas preguntas sobre la vida diaria de los presos que estaban en Alekseievski Ravelin.

El enano insulta a un gigante

Después de hablar, en general, sobre las condiciones de la fortaleza. David Shapiro sintió la necesidad de añadir la siguiente información que fué traducida a los españoles.

—Miguel Bakunin—decía Shapiro—que estuvo encarcelado en esta celda, era un anarquista mundialmente conocido. En aquellos tiempos protestaba vigorosamente contra las persecuciones de los gobernantes rusos. Su imagen se había convertido en el ideal para muchos espíritus juveniles. Más tarde, su vida fué descrita desde los puntos de vista sociales, psicológicos, familiares, etc. Pero hay un aspecto de su vida que es muy desagradable para todos sus adeptos. También desagradable debió ser para él mismo. Se trata de una carta que Miguel Bakunin desde esta celda dirigió al zar. La carta es tan baja, y está concebida en términos tan humillantes que ningún revolucionario hubiera podido firmarla.

En cuanto el intérprete tradujo esta parte de la "información" de Shapiro, no pude contenerme y dije a Mirov:

—Esto son calumnias que los bolcheviques vierten sobre un revolucionario honrado. En lugar de informarnos imparcialmente sobre hechos históricos, nos están sirviendo la propaganda barata que los bolcheviques tienen estereotipada.

Mirov hizo una advertencia a Shapiro, diciendo que no todos los delegados estaban conformes con sus apreciaciones acerca de Bakunin.

Carreño, cuando el traductor hubo terminado la exposición de lo dicho por Shapiro, dijo en español:

—Esto es un insulto del enano a un gigante. Un tipo que no se sabe quién es ni lo que ha hecho durante su vida, está insultando a un rebelde honrado.

El intérprete, no tradujo las palabras de Carreño, dirigidas al director. Le dijo a Shapiro que estaba descontento. Carreño salió de la celda de Bakunin. Detrás de él también salió Mirov que quería aclarar la causa del disgusto.

Mientras tanto, Shapiro continuó con su cuento. Decía:
—Bakunin mismo sabía que había obrado mal al escribir aquella carta, y por esto callaba, nada dijo sobre la misma ni a sus mejores amigos Yo, personalmente, tuve ocasión de hablar con su secretario, Mijail Sazhin, el cual murió hace dos años. Al preguntarle sobre dicha carta, Sazhin me respondió que nada sabía, por lo que se ve, Bakunin mismo sentía haber hecho una mala obra y quería anularla con el silencio. Hasta la revolución de 1917 nadie sospechaba que Miguel Bakunin hubiera podido escribir tal carta, pero después de la revolución, al incautarnos de los archivos de la policía, descubrimos, entre otros papeles, la carta en cuestión que se llamaba "Mi confesión".

Shapiro miente como un bellaco.

Aunque Shapiro nos fué presentado como un hombre que sufrió los rigores del régimen zarista, lo cual quiere decir que es una persona que había "sufrido por las ideas", que había luchado contra las injusticias, que es un hombre "recto, en el cual se podía confiar". lo cierto es que procedía con los visitantes como proceden los guías de Egipto: dicen lo que les conviene y miran cómo pueden sacar más provecho propio de sus creencias. En este caso, Shapiro hacía propaganda política de tercer orden.

Para que no se desvanezca de la memoria lo que nos dijo, vamos a ver, aqui mismo, lo que valen sus informaciones. Mientras Shapiro informaba, me apunté lo que decía y más tarde tomé interés en comprobarlo en otras fuentes.

Nos dijo que Bakunin pasó seis años en la celda que visitamos, mientras todos los historiadores dicen que sólo pasó

tres años en la fortaleza de Pedro y Pablo. Lo trajeron a aquella fortaleza en 1851 y lo sacaron en 1854.

Bakunin fué sacado de la fortaleza de Pedro y Pablo el día 11 de marzo de 1854 cuando las autoridades del zar pensaban que la flota inglesa iba a acercarse a Petrogrado. Tuvieron miedo de que los presos más importantes cayeran en manos de los ingleses y por esta causa los trasladaron a la fortaleza de Shluselburgo. Miguel Bakunin fué trasladado, junto con otros presos a dicho presidio. Esto lo reconocen historiadores imparciales y también lo dicen J. M. Steklov y V. Polonski, bolcheviques hasta la médula.

No tiene mucha importancia este detalle, pero muestra lo poco escrupuloso que es el director de un Museo soviético y cómo opera con los datos históricos. Shapiro prolongó la estancia de Bakunin en la fortaleza un 100%, pero al mismo tiempo redujo la verdad a su medida y capricho.

Nos dijo que había conversado con Sazhin y que éste negó haber tenido algún conocimiento acerca de la carta de Bakunin, dirigida a Nicolás I. En cambio, Viachelav Palanski, en el primer tomo de su trabajo "Bakunin" y en la página 200 dice lo siguiente:

"Arman Ross (M. P. Sazhin), alumno y compañero de luchas de Bakunin, era el único hombre, o no conocemos otro, — a quien Bakunin había explicado todo el contenido de su "Confesión". Ross me lo dijo en una conversación particular."

El primer tomo del trabajo de V. Polonski fué publicado en Moscú en 1922, y editado por editoriales soviéticas.

Este bolchevique afirma completamente lo contrario de lo que decía el bolchevique Shapiro. Y es que: o este no habló con Sazhin de este asunto. o Sazhin, no queriendo hablar acerca de Bakunin con un irresponsable, y para deshacerse de él, le negó unas afirmaciones que habían sido publicadas y conocidas en toda Rusia y en el extranjero; o bien que, conside-

rando a los visitantes como unos estúpidos, les suministraba las mentiras que se le ocurrían. En ambos casos ¿qué confianza pueden merecer sus explicacions?

Puede, también, darse el caso de que Shapiro no hubiera leído lo que los enemigos de Bakunin habían escrito sobre él. Pero entonces tendríamos el caso de un director de un museo histórico que no ha leído lo que el Gobierno ha publicado sobre hechos que tienen la obligación de conocer, puesto que los refiere con desacuerdo con la ortodoxia oficial.

En cuanto a la referencia de que Bakunin había escrito la carta en términos tan humillantes que ningún revolucionario la hubiera firmado, Viacheslav Polonski mantiene lo contrario. Este dice que hasta entonces nadie había dicho al zar la verdad tan cruda y tan dura como lo hizo Bakunin. Para confirmar su afirmación Polonski cita de "Confesión" el siguiente párrafo:

"En cuanto miras lo que está pasando en el mundo — escribe Bakunin— en todas partes encuentras mucha maldad, mucha opresión y mucha mentira, pero, en Rusia, estos males están más desarrollados que en otros países. No creo que esto suceda porque la gente de Rusia sea peor que la de los otros países, al contrario, yo creo que los rusos son mejores, tienen el espíritu más generoso que los occidentales. Pero, en Occidente, existen medicinas contra estos males, como es la publicidad, la opinión pública, en fin, la libertad que ennoblece y eleva a las personas. Estas medicinas no existen en Rusia. En la Europa occidental, a veces, parece que su estado es peor porque todo el mal sale a la superficie, no queda nada escondido, mientras que en Rusia todas las enfermedades permanecen ocultas y desde el interior destruyen todo el organimo social. En Rusia, la fuerza motriz es el miedo, pero el miedo mata toda vida, destruye la razón y aniquila las nobles gestas del alma. Aquí, es difícil que pueda vivir una persona que ama a la verdad, el hombre que quiere al prójimo, el que respeta la dignidad y la independencia de otra persona. Es

difícil de vivir en Rusia al hombre que sufre cuando se convierte en víctima de la opresión, como también al que padece cuando la víctima es su vecino. La vida pública de Rusia es una cadena de opresiones mutuas: los de arriba oprimen a quienes están a sus órdenes; éstos padecen, no se atreven a quejarse, pero oprimen a los de más abajo; los cuales también padecen y se desahogan oprimiendo a sus subalternos. La peor parte es para el pueblo, para aquel pobre campesino, el cual, encontrándose en el escalón más bajo de la sociedad, no puede oprimir a nadie y debe soportar los golpes de todos, según el proverbio ruso: "¡Sólo los holgazanes no nos pegan!"

Estas son las palabras que Shapiro calificó de humillantes. Mientras que Polonski, en la página 262 de la obra citada, dice lo siguiente:

> "Se puede decir, con seguridad, que ni antes ni después de la "Confesión" de Bakunin, el tirano jamás escuchó una verdad tan dura".

Bakunin informa a sus amigos

David Shapiro nos dijo y los intérpretes lo tradujeron que Miguel Bakunin no dijo ni una palabra a sus mejores amigos sobre la carta escrita al zar. Hemos visto que Mijaíl Sazhin estaba informado, como así lo reconoció a Polonski.

Para que se vea como los directores de las instituciones soviéticas toman el pelo a los visitantes extranjeros voy a hacer una cita más, pero antes son precisas unas palabras aclaratorias.

Cualquiera que se haya interasado un poco sobre historia rusa del siglo pasado, cualquiera que haya estudiado tan siquiera literatura rusa, conocerá el nombre de Alejandro Herzen. Herzen era escritor, crítico y luchador contra el absolutismo. Las obras de Herzen todavía se leen no solamente en Rusia, sino en cualquier país. Todos los escritos de Herzen han sido recogidos y editados varias veces. También han sido editadas las cartas que escribió a sus amigos, como las que recibió de

ellos. Estas cartas no solamente tienen interés histórico, sino que son joyas literarias. En Rusia, toda persona culta conoce las cartas de Herzen.

Miguel Bakunin y Alejandro Herzen eran muy amigos. Los dos pusieron todas sus energías en la lucha contra el régimen absolutista de los zares; los dos hacían planes sobre el futuro de la sociedad rusa; los dos sentían la desdichada suerte que pesaba sobre los pobres campesinos rusos.

Herzen se interesaba mucho por la suerte de Bakunin, mientras éste iba de una cárcel a otra. Bakunin aprovechó la primera ocasión para informar a su amigo Herzen sobre sus quehaceres.

En cuanto Bakunín fué trasladado de la fortaleza de Shluselburgo a Siberia, donde vivió bajo la vigilancia de la policía, aprovechó la primera ocasión para escribir una carta a sus amigos Herzen y Ogarev. Esta carta está reproducida íntegra en la colección de cartas de Herzen. En ella Bakunin dice lo siguiente:

> "En el mes de mayo de 1851 fuí trasladado a Rusia y llevado directamente a la fortaleza de Pedro y Pablo, al Alekseievski Ravelin, donde pasé tres años. Dos meses después de mi llegada se presentó el conde Orlov y en nombre del soberano me dijo: "S. M. me ha enviado aquí y me ha ordenado te diga que le escribas como puede escribir un hijo espiritual al padre espiritual. ¿Quiéres escribir?" Yo lo pensé un poco, pues sabía que delante de los joeces y en un proceso público debería hacer mi papel hasta el fin, pero, entre cuatro paredes, y estando en las garras del oso, podía, sin ninguna vergüenza, ablandar un poco la forma, asi es que le pedí un mes de plazo. Me conformé con la proposición y de veras he escrito una especie de confesión, algo parecido al Dichtung und Wahrheit. Además, mis actos son tan públicos, tan conocidos, que no tenía nada que ocul-

tar. Después de dar las gracias al soberano, de una manera cortés, por la atención prestada a mi persona, he añadido: "¿queréis, Majestad, que os escriba mi confesión? Bien, os la escribiré. Pero debéis saber que durante la confesión nadie se arrepiente de los pecados de los demás. Después del hundimiento de mi barco, solamente me ha quedado un tesoro: el honor y la consciencia de no haber traicionado a nadie que haya depositado en mí su confianza y por esto no voy a citar ningún nombre". Después de esto expliqué a Nicolás I toda mi vida en el extranjero con las ideas, impresiones y sentimientos y, claro está, no he podido pasar sin hacerle un sin fin de notas educativas a cuenta de su política exterior e interior.

"Mí carta ha sido calculada, por una parte, por la difícil situación en que me encontraba y, por otra, por el carácter enérgico de Nicolás. Por esto ha sido escrita de una manera dura y atrevida, y precisamente por ello le ha gustado mucho. Por lo que estoy verdaderamente agradecido es por lo siguiente: una vez recibida mi carta, no me ha preguntado absolutamente nada". (1)

Esta es la carta que Miguel Bakunin escribió a Herzen desde Irkutsk, mientras todavía estaba en suelo ruso y al alcance de la policía, mientras había peligro de que la carta cayese en las manos de los gendarmes del Zar.

Nos hemos detenido más sobre Bakunin porque los hechos citados se pueden comprobar en cualquier biblioteca. Además, son hechos que ocurrieron en el siglo pasado, y no pueden perjudicar a ningún ser viviente, puesto que pertenecen a la historia.

---

(1) Michel Dragomanov, "Correspondence de Michel Bakounine: Lettres a Herzen et a Ogareff (1860-1874)", París, pág. 114-16.

Pero ello nos confirma que si un director de un museo histórico tergiversa la verdad de tal manera, como la hizo David Shapiro con la Delegación española, ¿qué se puede esperar de otros directores que están al frente de las instituciones vivas? Si ésta es la información que se da a los extranjeros sobre hechos públicos y conocidos, ¿qué se dirá de aquellos que no se pueden comprobar y que son inaccesibles? Si Shapiro, por fanatismo de partido o por cualquier otro pretexto, tergiversa los hechos del siglo pasado, ¿qué es lo que no hará para calumniar y degradar a los enemigos de su partido? Si ésta es la manera de informar de los directores soviéticos, ¿de qué se enteran aquellas delegaciones de catedráticos, doctores y sabios que se dirigen a Rusia y pasan horas y horas escuchando los Shapiro de turno?

Lo más doloroso es que cada uno de ellos, de regreso de la U. R. S. S escribe un libro y nos canta las maravillas vistas en el paraíso terrenal. Y peor todavía, que hay miles que creen en sus afirmaciones.

En la celda de Kropotkin

Al salir de la celda de Bakunin, pasamos por unos pasillos, vimos el patio donde se paseaban los presos y penetramos en la parte de la fortaleza que llaman bastiones. Estos están unidos, uno con otro, por unos pasillos estrechos.

Cada departamento del bastión fué convertido en una celda donde los zares ponían a sus enemigos más encarnizados. Cuando la fortaleza fué convertida en Museo, en la puerta de cada celda pusieron unos letreros que indicaban quiénes y cuántos años habían pasado en tales calabozos. En algunas puertas, además de letreros, destacaban las fotografías de los ex-presos.

Al pasar por los pasillos de la fortaleza, vimos una galería de los hombres rusos más célebres. Allí estaba la celda del escritor Pisarey, la del conocido sociólogo Chernishevski con su

fotografía, vimos la foto y los años que pasó en la fortaleza el conocido escritor Dostoyevsky y el lugar donde el poeta ukraniano Shevchenko compuso sus canciones más melancólicas. En una de estas celdas estuvo encarcelado el hermano de Lenin.

Entramos en una que contenía la cama, el taburete, un bote para agua, un cacharro y fieltros intactos. Shapiro nos dijo que era la celda de Kropotkin.

Los delegados españoles se interesaron mucho por Kropotkin porque no había ninguno que no hubiera leído u oído algo sobre este sociólogo. Casi todos sus escritos estaban traducidos al español, algunos de ellos eran tan populares que tuvieron que editarse varias veces. Durante el siglo pasado las ideas de Kropotkin fueron divulgadas en España y no solamente en el campo, sino también en las universidades se organizaron círculos para estudiarlas y propagarlas. Unos conocían a Kropotkin porque compartían las ideas profesadas por él otros lo conocían porque diariamente se encontraban con Kropotkianianos.

David Shapiro explicó a los reunidos cómo Kropotkin acostumbró a unos pajaritos a venir diariamente a la ventana de su celda a buscar migas de pan, nos contó como cada día hacía unos cuantos kilómetros de paseo dentro de su celda que medía seis pasos de largo, nos dijo como se aplicaba a la gimnasia levantando el taburete, como hacía esfuerzos para conservar su salud, pero no pudo resistir la humedad y enfermó. Tuvo que abandonar su gimnasia diaria, pues el reuma le llevó al hospital.

—Entre los muchos presos que habitaban la fortaleza—nos dijo Shapiro—Kropotkin fué el único privilegiado. Ningún revolucionario encarcelado en estas celdas tuvo jamás el privilegio de ser trasladado al hospital, mientras que Kropotkin, debido a su origen noble, gozó de tal favor. Del hospital se fugó gracias al concurso de sus compañeros.

Este es otro detalle de la perversidad expositiva de Shapiro. La cuestión estribaba en desprestigiar a todos los revolucionarios que no eran bolcheviques.

Incidente con Shapiro

—Para caracterizar a Kropotkin,—continuó Shapiro, cuando el intérprete tradujo sus palabras anteriores,— creo que debo recordar a los visitantes que durante la gran guerra firmó un manifiesto que como anarquista, le hacía muy poco honor.

En cuanto fueron traducidas las palabras de Shapiro, Francisco Carreño, delegado de la C. N. T., no pudo aguantar más y preguntó

—¿Esto también lo hizo Kropotkin, mientras estuvo en esta celda?

—No le contestó Shapiro, mediante el interprete.

—Pués, ¿por qué hacéis esa política tan baja?

—Decimos la verdad—replico Shapiro.

—Nosotros también podiamos hacer constar muchas verdades acerca de vuestra conducta, pero las callamos. . .

Un intérprete de Lenigrado aconsejó a Shapiro que no continuara por aquel camino. Los demás delegados españoles se interesaron por lo que había pasado. En seguida intervino Mirov.

—Si continuáis calumniando a las personas de ideología literaria y anarquista como lo hace este señor, los representantes de la C. N. T. se retirarán—dijo Carreño.—No hemos venido aquí a oir mentiras ni groserias y no permitiremos que se calumnie a personas muy superiores a vosotros.

Intervino Mirov, mandó callar a Shapiro. los delegados empezaron a desbandarse. Todos comprendían que no estaba

bien hacer lo que hacía el director. Si se invita a representantes de otras ideologías. lo menos que se puede exigir es no provocarlos y no insultarlos.

Carreño decía irritado:

—Ese tipo puede decir cosas parecidas a los rusos si le escuchan, pero que no nos venga con cuentos parecidos a los españoles. Lenin llegó a Rusia en un vagón del Estado Mayor alemán, y lo encuentra bien, mientras nos recuerda el manifiesto de Kropotkin y nada nos dice de lo que hicieron los marxistas durante la guerra pasada...

Muchas cosas más se dijeron, pero no todas ellas fueron traducidas. El interés de la visita se había desvanecido, la armonía entre los delegados y los representantes soviéticos fué rota. El señor Shapiro, con su intervención burda y sin tacto, lo estropeó todo.

Bolcheviques que no estaban en las celdas.

En Leningrado, apareció un nuevo grupo de intérpretes, así es que, además de los que vinieron de Moscú, las autoridades locales agregaron a tres o cuatro más.

Entre estos había uno que se llamaba Samuel Shafran. Era un hombre de 27 a 30 años. Decía que su procedencia era polaca, pero que había vivido una temporada larga en Alemania y que conocía el movimiento obrero de aquel país.

Al descender a los pasillos de la fortaleza, Mirov mandó a Shafran que procurara hacerme compañía, pues los dos podíamos entendernos hablando el alemán. Los intérpretes de Leningrado estaban a disposición de Mirov y debían obedecer sus órdenes.

Shafran procuraba traducirme las informaciones de Shapiro antes que estuvieran traducidas al español. Leía las inscripciones rusas de las puertas de las celdas y de los pasillos y

me las traducía inmediatamente. Hacía esfuerzos para complacerme e instruirme sobre la historia de la fortaleza, pero me daba la impresión de que sabía muy poco de lo que hablaba. Me repetía solamente lo que veía escrito, cosa que yo también podía hacer, y concluí en pensar que él, como yo, hacía la primera visita a la fortaleza.

Una vez fuera de los sótanos, le dije a Shafran:

—Hemos visto muchas celdas, pero no hemos visitado ninguna donde estuvieran los *leaders* bolcheviques.

—En aquella época los revolucionarios profesaban otra ideología—se apresuró a contestarme. —Aquí estaba Chernishevski que era amigo de Marx—añadió.

—Pero ni Marx, ni Chernishevski eran bolcheviques—le dije.

—Eran sus precursores.

—Eso lo dicen los bolcheviques, pero no sabemos lo que opinarían ellos.

¿Quién sabe? . . .

Samuel Shafran, con esta duda, hizo una concesión que no la hubiera hecho ningún buen miembro del partido. "Expurgaron" funcionarios más altos por dudas mucho más pequeñas.

Cuando salimos del patio y nos dirigimos hacia la salida, Shafran añadió:

—Le he enseñado la celda donde estuvo encarcelado el hermano de Lenin.

La verdad es que cuando el pueblo ruso luchaba contra el absolutismo del zar, no había bolcheviques para ayudarle. Estos aparecieron cuando el pueblo había vencido a los déspotas, pero no para implantar la libertad, sino para imponer su propio absolutismo.

La apología de Mirov.

Al regresar a la capital, Mirov se puso en el coche al lado de la Delegación de la C. N. T., y empezó a hablar sobre el incidente ocurrido.

—El viejo—decía Mirov, refiriéndose a Shapiro,—no entiende nada y no sabe lo que dice. Diariamente habla a las delegaciones que visitan a la fortaleza. Tiene la costumbre de repetir los mismos conceptos como una placa de gramola. Ahora también lo hacía sin pensar.

—En tal caso, es peor todavía—le contestamos. —Porque estáis engañando y tergiversando los hechos históricos a cuantos extranjeros visitan la U. R. S. S.

—Es verdad que no deberían hacerse así las cosas—dijo Mirov—pero también debéis de reconocer que son realidades difíciles de corregir. Para esto se necesita tiempo . . .

—Es una impertinencia hablar de tales cosas. ¿Qué tiene que ver el manifiesto de Kropotkin con las causas que le llevaron a la celda que hemos visitado? ¿Qué hubiérais dicho si hubiéramos recordado lo que hicieron los bolcheviques durante la guerra y después de la misma?

—Bueno, ya lo se—decía Mirov—no se puede colaborar de esta forma. Todo lo sucedido fué por torpeza del viejo. Lo que hay que procurar es que en lo sucesivo no sucedan casos parecidos. Pido perdón a la Delegación de C. N. T. y, por mi parte, haré todo lo posible para que en el porvenir no se repitan escenas de esta clase.

Después de lo dicho por Mirov, no tuvimos que presenciar casos como el descrito. Tomaba precauciones para evitarlas de antemano. Es probable que tuviera interés en que no llegasen a sus superiores las protestas de los visitantes.

Una impresión pésima.

Salimos del patio de la fortaleza ya casi de noche. Una densa niebla cubría los edificios. Se encendieron las luces y los faroles, pero no veíamos nada más allá de quince pasos. Era una de aquellas tardes de otoño en que la niebla cubre a toda la región del Norte.

Los cuadros lúgubres que vimos en la fortaleza, la niebla y el paso del coche por los puentes y por las calles que están a lo largo de los ríos de Leningrado, nos producía una honda impresión de tristeza. Teníamos ganas de escapar lo más pronto posible de tal pesadilla.

¡Qué poco gusto debían tener los zares y los arquitectos que construían tales edificios! ¡Qué miseria comparándolos con aquellos palacios de luz y sol que se encuentran en algunos lugares del sur de Europa y de Africa!

En el mismo patio, donde yacían los restos de los zares, estaban enterrados vivos algunos centenares de sus súbditos. ¡Como si no hubiera lugar en el imperio más vasto del mundo para situar a cada cosa en su lugar!

Cuando el cortejo del zar iba a oír misa, debían tener presentes a los encerrados en las celdas. Quizá los zares lo hacían adrede para amedrentar a sus cortesanos, para que pensaran que su vida de holgura, siendo incondicionales del déspota, podía convertirse por un desliz en la del más desdichado.

Durante la misa, al mismo tiempo que se oían las voces de los ángeles castrados, debían oirse los lamentos y quejas, los gritos de dolor y de ira de los encerrados en los calabozos. ¡Cuánta barbarie!

Los zares empleaban la fortaleza de Pedro y Pablo para ahogar toda voz que clamaba por un poco más de libertad para sus súbditos; las puertas de roble y los cerrojos de hierro servían para encubrir los robos, las injusticias, las falsedades que cometían los Romanovs para sostenerse en el trono; las celdas húmedas y cubiertas de fieltros servían para que la verdad

no llegara al oído del pueblo, eran instrumentos para destruir las ansias de lucha contra la injusticia.

Cuanto visitamos la fortaleza, las puertas de las celdas estaban abiertas, los presos removidos, pero el espíritu que los zares empleaban para gobernar, todavía reinaba en la fortaleza y en Rusia. El espíritu del que nos abría las celdas poco se distinguía del de los guardianes de los zares.

Su actual director, como el antiguo comandante del zar, considera aún que no se puede decir la verdad. Cree que la mentira y la injusticia son necesarias y las practica con la misma convicción como las practicaban los partidarios del absolutismo.

LA CASA DEL EJERCITO ROJO

El comandante Kazanski.

Desde la fortaleza de Pedro y Pablo fuímos directamente a la Casa del Ejército Rojo. Estaba llena de público. Se veían muchos militares, pero también bastantes civiles, especialmente, mujeres jóvenes.

Nos recibió el comandante Kazanski, que era encargado de la casa militar. En el vestíbulo nos dijo, que en la Casa del Ejército Rojo debíamos sentirnos como en nuestra propia casa.

Aprovechó la ocasión para explicarnos que antes de la revolución dicho edificio ya pertenecía al ejército, pero que entonces no tenían entrada los soldados. Era un casino militar de la oficialidad, de los privilegiados.

—Ahora—dijo Kazanski—el Ejército ya no es una casta. no pertenece a los nobles solamente, sino que es del pueblo, por consiguiente, todo el pueblo tiene entrada en esta casa.

En cuanto nos fueron traducidas las palabras del comandante, él añadió:

—Actualmente entra aquí quien tenga alguna relación con el Ejército.

Esta aclaración del comandante es muy interesante, puesto que limita mucho la primera afirmación.

Siguió hablando del Ejército Rojo y varias veces subrayó que en la U. R. S. S. casi no hay diferencia entre oficiales y soldados. En el Ejército, cada uno tiene posibilidades de desarrollar sus actividades intelectuales y artísticas. La superioridad da toda clase de facilidades.

Luego nos enseñó la casa. En algunas habitaciones y pasillos había cuadros pintados por soldados, como también algunos hechos por oficiales. Vimos las salas de billar, de ping-pong, etc. Al pasar nos mostró algunas habitaciones con luz azul, y, sonriendo, nos explicó que los soldados también pueden tener sus conversaciones románticas.

Vimos la biblioteca que estaba bastante bien organizada. Entramos en la sala de lectura, donde había bastantes soldados y oficiales. Al entrar el comandante Kazanski, todos los presentes se pusieron de píe.

Nos chocó este detalle. Es probable que los soldados quisieron saludar al comandante de la Casa, pero nos dió la impresión de que tal unanimidad era en cumplimiento de las ordenanzas militares más que un saludo de cortesía.

Como defendían Petrogrado.

Después de visitar las dependencias, nos llevaron al salón de actos. Estaba lleno. La mayoría eran oficiales, pero había muchos soldados.

El general Kalman, uno de los jefes de la guarnición de Leningrado, nos saludó en nombre del Ejército y nos presentó a los reunidos. Luego nos explicó algunas anécdotas de los tiempos heroicos de aquella ciudad.

—Durante la revolución hubo una época—nos dijo—que Petrogrado estuvo amenazado muy seriamente. Los blancos, bien organizados, avanzaban por el Norte y cada día conquistaban nuevas posiciones. Parecía inminente la entrada de sus ejércicios a la ciudad. Los habitantes de Petrogrado estaban agotados por la lucha y no tenían fuerzas para continuar. El Comité de Defensa de Petrogrado se reunió y decidió juntar todas las reservas que quedaban para atacar al enemigo filtrándose en su retaguardia.

—El Comité me encargó—continuó diciendo Kalman—de organizar las fuerzas restantes. Después de conversar con los

amigos, y referirles la trágica situación en que nos encontrábamos, logré reunir 300 milicianos. Les expliqué el plan que habíamos elaborado juntamente con los técnicos militares. Nos pusimos en marcha. Cualquiera que hubiera visto aquellos 300 hombres, se hubiera espantado. No tenían ni ropa ni calzado, además, iban sin armas. Cada cual iba vestido como podía, y se armaba con lo que tenía a mano. Salimos de Petrograd y nos metimos en lagunas y charcos. Empezamos la marcha al atardecer. Caminamos durante 8 horas, e hicimos solamente 4 kilómetros. Aquello no era una marcha militar. Se puede decir, que aquella noche todo el batallón estuvo nadando. El agua nos llegaba casi a la cintura. Por fin, llegamos a tierra firme, pero como no teníamos ningún brújula ni otro medio de comprobación, no sabíamos donde nos encontrábamos. Dejamos a los luchadores en los alrededores del bosque y de las lagunas, mientras una patrulla iba a ver si podía precisar el paraje donde nos encontrábamos. Esta patrulla no tardó en distinguir que cerca había un pueblo y, acercándose más, pudo ver a los guardias enemigos que estaban fuera. Nuestra patrulla consiguió liquidar a los guardias sin necesidad de disparar ningún tiro. Una vez conseguido este objetivo, se acercaron todas las fuerzas y nos metimos en el pueblo. Con muy pocos disparos ocupamos la población y, detenidas todas las fuerzas que se encontraban en el mismo, pasamos por las armas a toda la oficialidad. En aquel pueblo nos enteramos de cual era nuestra posición como también de la del enemigo. Resulta que nos encontrábamos a unos 12 kilómetros detrás del enemigo. Con la ayuda de algunos soldados que se unieron a nosotros, seguimos la marcha. Con el armamento que encontramos en aquel pueblo, y con los informes que nos dieron los soldados y los habitantes del mismo, fácilmente pudimos acercarnos a las reservas de los enemigos, liquidándolas. Esta batalla, se puede decir, que fué ganada sin gran esfuerzo. Como íbamos por detrás, no esperaban nuestro ataque. Una vez metidos entre sus filas, no les quedaba más remedio que rendirse. Ellos sabían que si no se rendían les hubiéramos pasado a todos por las armas.

—Los 300 hombres,—continuaba Kalman,—entusiasmados con estos triunfos, marchaban hacia adelante con el ánimo exaltado. Yo que al salir de Petrogrado tuve que reanimarles, ahora, tenía que detenerles para que no cometieran ninguna imprudencia que nos hiciera perder el objetivo de batalla. Así, de un pueblo al otro fuímos ocupando posiciones estratégicas y llegamos a las segundas trincheras del enemigo. Como no esperaban un ataque por detrás y solamente vigilaban al enemigo de enfrente, no tardamos mucho en ocuparlas, lanzándonos contra ellos con la bayoneta calada. En esta lucha ya tuvimos bajas. Hubo pocos muertos, pero bastantes heridos. Al fin, el enemigo se dió cuenta de nuestra presencia. Hubiera sido una equivocación pretender desalojarles con la misma facilidad que lo hicimos en las primeras líneas. Empezamos el fuego. Los nuestros, que guarnecían el frente de Petrogrado, se dieron cuenta de que por detrás había una fuerza que castigaba al enemigo, también abrieron intenso fuego y al enemigo no le quedó más remedio que huir. De esta forma, llegamos a dar un golpe fatal a los blancos que cercaban Petrogrado. Luego, en nuestra ayuda vinieron los marinos de Cronstadt, los cuales cortaron definitivamente la marcha de los reaccionarios hacia Petrogrado. Después de estas luchas, los blancos fueron de derrota en derrota y el proletariado de Petrogrado salió triunfante. Lo mismo ocurre ahora con vosotros en Madrid. La situación actual de Madrid es parecida a la de Petrogrado en aquellos tiempos. El enemigo ataca por todas partes, pero el pueblo se defiende. Estoy seguro que los españoles no les dejarán entrar en la capital, como tampoco les dejamos entrar nosotros. No voy a dar lecciones al pueblo español, pues sabe muy bien como ha de defenderse, pero sí he de deciros que es preciso dar las mejores fuerzas del país para la defensa. Hay que sacrificar a los mejores hombres para que se gane la lucha. Solamente sacrificándolos ganamos nosotros.

El discurso del general Kalman fué muy aplaudido por españoles y por rusos.

Hablaron todavía otros dos jefes, recordando algunos episodios de la lucha. Uno de ellos habló de la necesidad de permanecer unidos y olvidar las luchas intestinas. Un representante de la Marina soviética también dió la bienvenida a los delegados.

Episodios españoles.

El saludo de los militares rusos fué contestado por los delegados españoles. Jaime Buyé, sargento de aviación, que en el territorio de la U. R. S. S. sacó a relucir el uniforme de oficial de aviación, saludó a los militares rusos en nombre de la aviación española. Fué aplaudido.

Francisco Carreño, miembro del Comité de Guerra de la División Durruti que dejó el frente de Aragón para hacer el viaje a Rusia y que tomó parte activa en las luchas de Barcelona, contestó a los militares soviéticos. Explicó algunos episodios de la lucha de los milicianos en Cataluña. Les dijo como en Barcelona, los obreros, sin armas ni municiones, atacason los cuarteles y destruyeron regimientos enteros. Dió detalles de luchas parecidas alrededor de los cuarteles de Madrid y dijo que en Aragón la lucha continuaba, la gente se defendía como podía, unas veces sin armamento, otras con él, aunque casi siempre muy malo y muy escaso.

—En España había un ejército de casta—dijo.—Este ejército no era sino defensor de los privilegiados. El ejército español veía que en España se iba a extirpar el feudalismo y que con él iba a desaparecer el militarismo. Los militares se sublevaron, creyendo defender sus privilegios y los del feudalismo. Pero los militares españoles, como casi siempre, se equivocaron y perderán la partida. Tanto es así, que sin la intervención del fascismo internacional haría tiempo que hubiéramos liquidado definitivamente al fascismo español. Pero la ayuda de los fascistas alemanes, italianos y portugueses está sosteniéndoles con material bélico, y últimamente con el envío de hombres. Nosotros consideramos esta acción como una

invasión, y el pueblo español no permitirá nunca verse ocupado por un ejército invasor.

Carreño, se despidió, diciendo que había escuchado con mucha atención los episodios de la lucha de los obreros de Petrogrado. Dijo que desearía transmitir por mediación de las ondas del éter el ambiente de fé y entusiasmo con que el pueblo ruso se lanzó contra el enemigo; quisiera transmitir aquel ambiente a los montes de Aragón para que nuestros milicianos fueran a la lucha con el mismo fervor.

En cuanto fueron traducidas las palabras de Carreño, todos los concurrentes aplaudieron.

No quiere hablar de Cronstadt.

Una vez terminada la recepción en el salón de actos, nos llevaron a cenar al comedor del Club. La cena nos fué ofrecida por los oficiales de guarnición en Leningrado.

Sin que los delegados nos diéramos cuenta, al lado de cada uno de nosotros se situaron oficiales del ejército rojo que hablaban idiomas extranjeras. Los oficiales rusos no precisaban de intérpretes de Moscú, podían entenderse directamente con los extranjeros.

A mi lado se situó el coronel Gruodis, oficial del Estado Mayor de Leningrado. Hablaba inglés y entendía el alemán. Seguramente entendía algún otro idioma.

Pude apreciar que el coronel Gruodis tenía muchos amigos entre la guarnición de Leningrado. Inmediatamente al lado suyo vinieron varios coroneles, mayores, generales, almirantes, Cada uno de ellos, por su mediación, hacía preguntas sobre los acontecimientos de España.

Los delegados, junto con los oficiales, entramos en una sala que se encontraba al lado del comedor. Allí había varios grupos de soldados que vinieron de los cuarteles para saludar a los españoles.

A las órdenes de un oficial, un grupo empezó a tocar la balalaika con acompañamiento de guitarra. Tocaban con arte y sentimiento, como saben hacerlo los rusos. No tardaron mucho en distinguirse del grupo algunos soldados que empezaron a bailar el casachok. En cuando se cansó un bailador, ocupó su plaza un joven oficial. Se le agregó otro soldado, luego otro oficial, y otro más hasta ocupar la mitad de la sala.

El baile fué seguido por canciones rusas. Cantó el coro, luego cantaron algunos soldados solos. Las canciones debían ser muy populares, pues toda la sala reía y les secundaba.

Había mucha animación. Admirábamos a la oficialidad soviética por crear un ambiente tan fraternal. Los soldados conversaban con los oficiales con plena libertad.

Después del entretenimiento, fuímos a cenar. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos, la vajilla de buena calidad, los camareros atentos, vestidos de blanco.

Los oficiales hablaban con animación entre ellos. Hacía poco tiempo que les habían restituído los grados. Algunos felicitaban al coronel Gruodis por haber obtenido el grado de coronel. Este, sonriente agradecía la atención.

—¿Y Fulano de tal, cómo está—le preguntaban algunos amigos.

—Bien—contestaba el coronel Gruodis.

—¿Qué grado le ha correspondido?

—Es coronel.

—Me alegro, le saludarás de mi parte.

Inmediatamente se interesaban por otro.

—Mayor—contestaba el coronel Gruodis.

—¿Y fulano?

—Este es general.

—Era de esperar.

Los oficiales estaban conteńtos. Al rato pregunté al coronel Gruodis sobre los cambios operados en el ejército. Me contestó que el ejército soviético durante los últimos tiempos había crecido, es mayor de edad, tiene derecho a llamarse ejército. Añadió que los milicianos españoles, con el tiempo, también forjarán su ejército.

Situados en la mesa, el coronel Gruodis me puso a su lado e inmediatamente me ofreció una copita de vodka. Cuando le dije que era una bebida muy fuerte, me llenó la copa de vino.

En frente estaba sentado el almirante Ivanov, por lo que pude apreciar buen amigo de Gruodis. Este, después de hacerme unas preguntas, pasó a darme consejos de cómo deben portarse los españoles en la lucha. El almirante Ivanov estaba al corriente de lo que pasaba en la zona antifascista española. Habló de la falta de unidad entre los grupos políticos. Me dijo que el ejército y la marina no sabían como coordinar sus fuerzas. Contesté que era muy difícil llegar a una mejor coordinación de la que se había llegado en España.

—Debéis seguir nuestro ejemplo—replicó el almirante. El coronel Gruodis le hacía de intérprete. —Si entre los rusos no hubiera habido unidad política, los blancos nos hubieran destrozado.

—Pero, es que durante las luchas de 1918-18 y más tarde ¿no tuvieron ustedes discrepancias políticas?—le pregunté.

—No tantas como las suyas—contestó categóricamente el almirante.

—Lo dudo—repliqué.

—*¿Sabes qué dice el delegado?*—le preguntó el coronel—*Dice que lo duda.*

—*¡Duda ¿de qué?*—preguntó el almirante.

—*Duda de sus afirmaciones sobre la unidad política.*

—*A ver, que se explique*—dijo el almirante, mientras estaba comiendo.

—El almirante Ivanov quiere que le explique sus dudas me dijo Gruodis.

—El almirante, que supongo debe conocer lo ocurrido en Cronstadt durante los años 1918-21, debe saber mejor que yo estas cosas.

En cuanto le fueron traducidas estas palabras, dijo:

—Claro que conozco lo ocurrido en Cronstadt, y ¿qué?

—Que debe saber lo que pasó a la mayoría de los marinos de esta plaza después que habían aniquilado al enemigo.

Cuando tuvo conocimiento de mis palabras, dijo:

—*¿Qué sabe él de estas cosas?*

No me fué traducida la contestación del almirante, pero yo aproveché la ocasión y dije a Gruodis:

—En Europa especialmente entre los obreros avanzados, causaron muy mala impresión los acontecimientos de Cronstadt. El pago otorgado a aquellos revolucionarios fué cruel e injusto. Que no me diga el almirante que aquel episodio fuese un ejemplo de unidad política.

Mientras Gruodis traducía a mi interlocutor las palabras mencionadas, un oficial superior se puso a hablar. Todos prestaron atención a lo que decía. Cuando todos se levantaron para beber un brindis, el almirante dijo en ruso al coronel Gruodis:

—*Más vale no hablar de este tema.*

Así lo entendía yo mismo, puesto que seguramente no hubiéramos llegado a ningún acuerdo. Yo defendía a los marinos de Cronstadt, mientras el almirante Ivanov tal vez figuraba entre las filas que Trotsky y Tujachevsky dirigían contra los marinos de aquella base naval.

El coronel Gruodis, como buen diplomático, me tradujo lo que decía en su discurso el oficial, pero ya no me habló más de unidad política.

La mayoría de los delegados salimos de la Casa del Ejército Rojo bien impresionados. Los oficiales soviéticos, especialmente los de grados superiores, daban la impresión de ser hombres inteligentes y enterados de los acontecimientos de Europa. Sabían no solamente lo que pasaba en España, sino que estaban al corriente de cuanto ocurría en otros países.

Deseo de un socialista.

De regreso de la Casa Militar, Mirov nos reunió en un salón del hotel y nos trazó el plan para nuestra estancia en la Unión Soviética. Al mismo tiempo nos dijo que aquella misma noche salíamos para Moscú.

—En Moscú—nos decía—veréis a los hombres más destacados de la Unión Soviética, las fábricas y talleres más importantes, las obras realizadas durante estos últimos años y las colectividades del campo.

Después de explicar el plan que había trazado, nos preguntó qué es lo que queríamos ver. Estaba dispuesto—decía—a hacer lo posible para satisfacer los deseos de los delegados.

Aprovechó esta manera de presentar el problema para afirmar que nos ofrecía enseñar todo lo que queríamos, pero la realidad no era esta. Mirov se apuntó varios deseos de los delegados, pero quedaron archivados en la libreta de sus apuntes.

Después de la insistencia de Mirov sobre lo que queríamos ver, Agapito del Castillo, delegado socialista y obrero de las fábricas de aviación, le dijo:

—Yo quisiera ver la casa de un obrero. Quisiera verla por dentro, cómo está amueblada, la cocina, el ambiente que la rodea . . .

—Muy bien—dijo Mirov, apuntándose el objetivo en su libreta.

—Pero quiero que me entienda bien—añadió del Castillo. —No me interesa la casa de un alto empleado, ni la de un comisario, sino la de un simple obrero.

El deseo de Agapito del Castillo hizo reir a algunos, pero dos semanas más tarde, cuando desembarcamos en Inglaterra, le pregunté que condiciones reunía la casa de un obrero soviético.

—No la he visto, chico—me contestó. —He visto varias casas, pero no la de un obrero. Por "ver cosas más importantes", no pude ver esta insignificancia.

La frase de "ver cosas más importantes" era la que empleaba Mirov para que el delegado no pudiera ver lo que no le interesaba enseñar.

Después Agapito del Castillo añadió:

—No sé qué es lo que voy a decir a los obreros del taller sobre este asunto. La mayoría me encargó que visitara la casa de un verdadero obrero ruso y que luego les explicara cómo viven . . .

Creo que de regreso les diría la verdad, porque parecía una persona sincera.

ENTREVISTA CON KALININ

La Casa de los Sindicatos.

Llegamos a Moscú en el tren Flecha del Norte el día 13 de Noviembre a las 10 de la mañana. Creo que la estación se llamaba Oktiabrski voksal.

En ella nos esperaba un grupo bastante numeroso de obreros para saludarnos. También había algunos españoles que llegaron a Rusia por el sur.

Además de los representantes oficiales del Gobierno y de los Sindicatos, estaba el embajador de España, Sr. Marcelino Pascua.

Al descender del tren se nos condujo a una escalera que estaba al lado del edificio de la misma estación. Como la calle que pasa por el lado del edificio hace una bajada, la escalera servía de pedestal. Los que vinieron a recibirnos se situaron en la calle, mientras nosotros fuímos colocados en la escalera.

Allí desplegaron banderas y pancartas. Algunas llevaban inscripciones en español de saludo a las delegaciones obreras. Las banderas de mejor material tenían las inscripciones en ruso.

Inmediatamente subió la escalera un hombre de unos 50 años, bajito, gorra y barba al estilo de Lenin. Saludó a los delegados en nombre de los Sindicatos Obreros Soviéticos. Al terminar su discurso dijo una frase en español, pero los españoles no la entendieron, pensaban que continuaba hablando en ruso.

Más tarde supimos que este orador era un tal Peskovski que prestaba sus servicios al Comisariado de Asuntos Extranjeros de la U. R. S. S. Era encargado de acomodar a las delegaciones obreras que llegaban a la U. R. S. S. Un intérprete,

Steinmetz, nos dijo que Peskovski en su tiempo fué embajador de los soviets en México; otros decían que prestaba sus servicios en la misión comercial que los soviets tenían en México. No hemos podido comprobar ni lo uno ni lo otro. Desde luego parecía inverosímil que quien había desempeñado un cargo responsable en el extranjero, desempeñara una función tan insignificante.

También estaba presente otro "alto representante", un tal Maguidof. El señor Maguidof era un hombre más bajito que Peskovski y más joven, pero por las barbas que llevaba parecía mucho más viejo. Maguidof quiso pronunciar su discurso, pero Mirov y Peskovski le dijeron que no podía ser. Habló Peskovski y contestaron los españoles. Además, debíamos marchar pronto a la Casa de los Sindicatos, pues allí nos esperaba el mismo Kalinin.

—Kalinin es el hombre más puntual de toda la Unión Soviética—nos dijo Peskovski—no podemos hacerle esperar.

Después de un cambio recíproco de saludos, el señor Peskovski ordenó a los rusos que plegaran las banderas y disolvió la manifestación, mientras a nosotros nos llevaron directamente a la Casa de los Sindicatos.

La Central Sindical Soviética tiene a su disposición un edificio grande que ocupa toda la manzana. Allí hay cientos de despachos de todas clases, y varias salas.

Nos llevaron a la sala de recepciones oficiales. Todo estaba preparado para el caso. Un escenario para la presidencia, micrófonos para el orador y mesas dispuestas a lo largo de la sala en forma que los huéspedes vieran al orador. Había muchos reflectores. Eu cuanto los delegados entraban a la sala, inmediatamente docenas de fotógrafos empezaron a hacer fotografías desde todos los ángulos. Se hacían cuando los delegados aplaudían y cuando no aplaudían; cuando apuntaban los discursos y cuando no apuntaban nada. Los reflectores estaban distribuídos de tal manera que ningún delegado podía escapar de ser retratado aunque no quisiera.

Las mesas de la sala estaban llenas de manjares y bebidas; variedad de quesos soviéticos, toda clase de carnes ahumadas, pescado, verduras, aguas minerales y vinos de Kajetia. Los camareros hacían esfuerzos para satisfacer los deseos de los invitados.

La sala de recepciones ya estaba llena cuando llegamos nosotros. Estaba una delegación de los sindicatos ingleses. La mayoría representaba a los mineros. Otra delegación, bastante numerosa, de franceses. No logramos aclarar qué sindicatos representaban, pero supimos que casi todos los delegados pertenecían al partido comunista francés. Había delegados de los territorios asiáticos, algunos polacos, un par de españoles de la América hispana y un negro de los Estados Unidos.

El discurso de Kalinin.

Kalinin, "el hombre más puntual de la U. R. S. S.", llegó una buena media hora más tarde de lo debido. Junto con él llegó el señor N. Shvernik, presidente de los Sindicatos de la U. R. S. S. Shvernik pronunció un discurso, saludó a los delegados y se excusó por estar muy ocupado.

Después de Shvernik, habló Kalinin. El presidente de la U. R. S. S. empezó por explicarnos que el fascismo dió una lección al proletariado mundial, una lección que ha costado mucha sangre, muchas vidas y que cuesta excesivamente cara.

Dijo que el proletariado en Italia estaba completamente deshecho y que de momento era difícil que pudiera levantarse. En Alemania pasaba lo mismo. El proletariado alemán todavía resistía, pero las persecuciones, la propaganda y los métodos brutales de los hitlerianos iban minando la resistencia.

Habló mucho sobre la sublevación de los generales españoles y del gesto del proletariado levantándose contra los militares que querían implantar su dictadura. Dijo que admiraba muchísimo a aquellos luchadores heroicos que se lanzaron a la

lucha en los primeros días y llegaron a vencer al fascismo, por lo menos en las capitales más importantes de España. Pero, al mismo tiempo—añadió—la lucha todavía no está terminada, el proletariado español tendrá combates muy duros porque no se trata solamente de vencer al fascismo español, puesto que en España se está luchando contra el fascismo internacional.

Los fascistas europeos—dijo—están ayudando a los españoles de una manera descarada, pues les ayudan no solamente con armas y municiones sino también con hombres.

El proletariado mundial—dijo, dirigiéndose a las delegaciones de otros países—ha de estar alerta para ayudar al proletariado español, pues si éste pierde la lucha, Europa tendrá que soportar una época inquisitiva que hará retroceder el progreso por decenas de años. Los españoles han de darse cuenta de la época en que viven y han de saber que de su lucha depende el porvenir de Europa, por ello, antes de dar cualquier paso, han de pensarlo muy bien ya que en esa lucha no se puede dar ningún paso en falso.

Además de la parte política del asunto, es muy importante la cuestión militar. Hay que organizar la lucha contra el fascismo, y olvidar algunas teorías, aunque sean muy buenas; hay que sacrificar algunas utopías, con tal de ganar la guerra, pues perdiendo la guerra los españoles, la pierde todo el proletariado europeo.

Tampoco éste se ha portado debidamente con sus hermanos españoles —dijo—; no vemos que se les preste la ayuda que necesitan. He oído que los obreros franceses han dado un jornal de su trabajo para los españoles, pero ¿qué significa esto? ¿Qué es un jornal para un país que está en guerra contra la reacción europea y mundial? Eso no es nada. Es una gota de agua en el mar.

Los obreros ingleses—dijo—tampoco han respondido debidamente. No veo ninguna ayuda clara y concreta en favor de

la España antifascista, pues ni siquiera han dado los pasos necesarios acerca de su Gobierno para impedir la ayuda que los fascistas extranjeros prestan a los militares españoles, aunque estén bajo el signo de la no intervención, Ni los partidos políticos, ni los sindicatos de Inglaterra, han cumplido con su deber. Esta pasividad podrá costarles muy cara.

"Los obreros de Francia e Inglaterra—hacemos la citación directa— tienen que saber que si el fascismo gana en España, no tardará ni tres semanas en apoderarse de Francia y más tarde de Inglaterra, pues es inevitable, ya que Francia no podrá resistir. Es una razón más para ayudar a los españoles con mucho más empeño y con mucho más sacrificio."

Kalinin llevaba apuntes que tenía preparados en un manuscrito. Una vez terminado un párrafo, decía a los intérpretes que tradujeran sus palabras. En la sala había cinco o seis que traducían en varios idiomas. Cada uno procuraba gritar más alto que el otro para que oyeran los delegados que entendían aquel idioma. En la sala había un griterio que casi no se oía nada.

Pude observar que los intérpretes traducían bien las palabras de Kalinin. Las traducciones en otros lugares las tergiversaban, mientras en la Casa de los Sindicatos eran tal como las pronunciaban los oradores.

Una vez terminada la disertacion, pedí me dieran el texto íntegro. Uno de los delegados se dirigió a la presidencia para obtenerlo, pero, luego, vino acompañado de otro hombre, el cual, por mediación de un traductor, me dijo:

—Kalinin es el Presidente de la U. R. S. S. Todos sus discursos tienen resonancia internacional. Solamente se entregan los textos de sus discursos oficiales, pero no podemos dar los que se pronuncian en reuniones particulares como esta. Aquí, Kalinin ha dicho lo que siente él y la mayoría del pueblo ruso, ahora no siempre es conveniente decir públicamente lo que uno siente.

Le dí las gracias por la explicación. Entendí las razones

del Estado y mucho más. El discurso de Kalinin lo reconstruí de apuntes que hice mientras hablaba y luego de las traducciones.

La tristeza se apodera de la Delegación

Uno de los motivos que tenía la Delegación española para ir a la U. R. S. S. era la de convencer a las altas esferas moscovitas acerca de la necesidad de prestar ayuda inmediata a la España antifascista. Esto lo decían los representantes soviéticos en España, como también los que intervenían acerca de los mismos. Se tenía la impresión de que Moscú no estaba decidido a facilitar la ayuda que debían prestarnos.

El discurso de Kalinin nos demostró que las altas esferas soviéticas estaban bien informadas, sabían de qué se trataba y preveían las consecuencias. De las palabras del primer magistrado soviético se evidenció que el Kremlin sabía lo que pasaba en España y lo que necesitaban los españoles. ¿Por qué, entonces, no nos ayudaban?—se preguntaba cada delegado. ¿Por qué acusan a los obreros franceses e ingleses de inactividad, mientras ellos obran igual? ¿Por qué se reían de la "no intervención", mientras estaban adheridos a esa política? ¿Por qué acusar al proletariado de los países burgueses, y no al proletariado del país proletario? En los países capitalistas el proletariado estaba 'dominado" por la burguesía, mientras que en la U. R. S. S. era el "proletariado" quien lo dominaba todo. ¿Por qué éste esperaba la aportación del proletario europeo y no se disponía a dar ejemplo?

La contestación a estas y muchas otras preguntas la supimos más tarde. Supimos también lo que costó y el valor que tuvo la ayuda de la U. R. S. S. a la España antifascista.

Es verdad que los obreros franceses solamente entregaron un jornal, pero no pusieron condición alguna para el uso del mismo, mientras que los representantes de los Soviets, por todo lo que enviaban, además del pago por adelantado, exigían

ventajas políticas y cargos militares en España. Los representantes soviéticos, con el pretexto del pago adelantado, se llevaron una buena parte del tesoro español, mientras que los luchadores republicanos aun hoy esperan que las mercancías les sean entregadas. Los empleados de los bancos soviéticos perdieron semanas y más semanas contando y pesando el oro español que llegó al puerto de Odesa, mientras tanto, los fascistas se apoderaron de toda España y los rusos no encontraron "ocasión para entregar las armas prometidas". Tampoco saben a quién actualmente entregar el oro, puesto que los refugiados estan esparcidos por todo el mundo y "no están autorizados para reclamar el oro español".

Kalinin dijo verdades como casas cuando se refería a la falta de ayuda de los obreros franceses e ingleses; más tarde nosotros supimos otras verdades, verdades como montañas, cuando nos enteramos del sarcasmo que representó la ayuda soviética a la España antifascista.

La contestación del señor Sbert

Al discurso de Kalinin y en nombre de la Delegación española, contestó el señor Sbert. Este estaba tan impresionado por las palabras del Presidente de la U. R. S. S., que no pudo disimular su resentimiento. Los razonamientos y las acusaciones de Kalinin produjeron un enojo que ardía en el pecho de cada delegado.

Sbert subió a la tribuna, se acercó al micrófono y dijo a Kalinin y a su corte palabras que no les gustarían mucho. Los intérpretes las tradujeron al inglés, francés y otros idiomas.

No tengo el texto taquigráfico de su discurso, pero sí las notas que pude tomar mientras hablaba. Creo no tergiversar en nada sus palabras. Entre otras cosas, dijo:

"Los españoles estamos cansados de toda clase de consejos y alabanzas que los amigos nos han dirigido durante estos

cuatro meses de revolución y de guerra. Hemos cído muchos halagos y estamos cansados de ellos aunque éstos sean muy bonitos. Lo que en España necesitamos son menos palabras y más ayuda real. Concretamente: necesitamos armamento, tanques, aviones y ametralladoras.

"En España tenemos bastantes hombres para luchar, temenos coraje para enfrentarnos con el enemigo, pero lo que no tenemos es armamento. Mientras nuestro enemigo cada día está obteniendo el armamento más moderno que haya inventando la técnica militar, nosotros estamos con las manos vacías.

"Por otra parte, la prensa y la opinión pública, que dice simpatizar con los antifascistas españoles, está dando mucho bombo a la ayuda que dicen prestarnos. Por enviar unas cuantas ambulancias están hablando como si nos hubieran prestado una ayuda decisiva en la guerra contra el fascismo.

"Los obreros europeos con regalarnos unos cuantos francos, se quedan tranquilos, creyendo que han cumplido con su deber, mientras que los españoles quedamos en ridículo porque al no contar con elementos de combate, por fuerza hemos de perder la guerra, ahora ya perdimos batallas. Luego dirán que nos habían ayudado y que nosotros no supimos ganar la guerra.

"Yo digo aquí claramente, que hasta ahora, España, no ha tenido ninguna ayuda franca, hasta ahora nadie ha tomado en serio los asuntos de España, hasta ahora, solamente nos han sido enviados telegramas de felicitación y ambulancias, mientras que lo que necesitamos es buen armamento con el cual podamos terminar la guerra más deprisa. Entonces no tendremos necesidad de ambulancias".

Las palabras de Sbert produjeron cierto malestar en la sala. Asi sucede siempre cuando alguien se atreve a decir la verdad cruda, tal como es. Su discurso no gustó a los delegados de otros píses como tampoco creo gustaría a los dirigentes de la U. R. S. S. allí presentes.

La mayoría de los delegados españoles aprobaron lo dicho por su representante. Más tarde, hablaron los delegados ingleses y franceses quienes reconocieron haber prestado poca atención al problema de España. Prometieron ser más activos en el porvenir.

Los delegados de la C. N. T. y Kalinin

Una vez terminados los discursos, los delegados se levantaron para salir, pero el señor Kalinin hizo comunicar por sus ayudantes que quisiera saludar a los españoles personalmente.

La mayoría de los comunistas y los que se decían socialistas, subieron a la mesa del Presidente de la U. R. S. S. y empezaron a abrazarse y saludar a Kalinin, aunque ninguno no entendía lo que decía el otro. Los fotógrafos se apresuraron a hacer acto de presencia y tomaron fotografías. Más tarde, algunas muestras de "fraternización con la Delegación española" fueron entregados a los delegados y a la Prensa.

El señor Kalinin estuvo muy amable, especialmente con las mujeres españolas que iban en la Delegación. Luego, supimos que el Presidente de la U. R. S. S. es amable con toda mujer que no haya pasado de los treinta años.

Después de saludar a todos los españoles que estaban al rededor suyo, el señor Kalinin dijo a Sbert:

—He oído que entre los españoles también hay una representación anarquista ¿cuáles son esos delegados?

Sbert se encontró en un apuro, porque en aquel momento no veía alrededor suyo a ningún delegado de la C. N. T. Uno estaba en el pasillo, otro en el fumador y yo conversaba con la representación inglesa.

Contestó a Kalinin que la delegación de la C. N. T. estaría por la sala y que él mandaría a buscarla. Efectivamente, fué en su busca, pero ningún delegado de la C. N. T. quiso subir para ser retratado en compañía de Kalinin.

Después de esperar un rato, y al ver que no se presentaban los representantes cenetistas, tal como anunció el señor Sbert, otra vez se dirigió a él diciéndole:

Durante mi discurso he hablado mucho de la disciplina necesaria para ganar la guerra contra el fascismo, pero con ello no he querido ofender a los anarquistas. Si ellos se sienten ofendidos, les pido perdón, ya que no era este mi propósito.

La representación de la C. N. T. no se sintió ofendida por lo que dijo. No quería complacer a un hombre que no lo merecía. Kalinin quiso hacer el gesto de un poderoso, mientras que nosotros sabíamos que se doblegaba al poder del aprendiz de cura georgiano. Los delegados de la C. N. T. no dieron la mano al señor Kalinin.

EL MUSEO DE LENIN

La "obra de Stalin"

Una de las primeras instituciones soviéticas que nos enseñaron en Moscú, fué el museo de Lenin. Este museo se encuentra situado frente al hotel donde fuímos hospedados. Para llegar al mismo solamente tuvimos que cruzar una plaza.

Antiguamente, este era el edificio de la Duma, el parlamento de la Rusia zarísta. Cuando los comunistas suprimieron el parlamento y los parlamentarios este edificio no prestaba ningún servicio útil para los rusos. Cuando Stalin llegó a las cimas del Poder, se le ocurrió una idea para aprovechar el edificio. Lo transformó en el museo del liquidador del parlamento.

Al llegar la Delegación española, seguida de intérpretes y representantes de los Sindicatos de Moscú, salió a recibirnos el Director con varios guías del Museo. En el vestíbulo, el Director nos dijo:

"Si hoy tenéis ocasión de ver la obra creada por Lenin y la oportunidad de poder apreciar la existencia del gran caudillo proletario, es gracias al gran camarada Stalin. El fué quien propuso la organización de este Museo. Se puede decir que empezamos con nada, pero unos meses después ya teníamos organizadas las salas y expuestas algunas cosas que tienen relación directa o indirecta con la vida de Lenin".

Inmediatamente nos dimos cuenta que este Museo, como muchas otras cosas, era la obra de Stalin. En el vestíbulo, a un lado, vimos la estatua de Stalin, y en otro, la de Lenin. También estaban los bustos de Marx y Engels.

Si no nos hubieran advertido que íbamos a visitar el Museo de Lenin, a primera vista, hubiéramos pensado que entrábamos al Museo de Stalin.

Una vez en el interior, los guías nos llevaron de una sala a otra explicándonos los pormenores de la vida de Vladimir Illich. En una sala estaban expuestos los paisajes del lugar donde nació Lenin, la fotografía de la casa paterna, los campos, los bosques y los ríos donde Lenin pasó su niñez. Había un dibujo de Lenin de cuando todavía era niño, al que también hemos visto en otros lugares. La cabellera de Lenin se ha convertido en un símbolo para los niños de las instituciones oficiales del Estado soviético.

En otras salas nos mostraron episodios de Lenin en las escuelas, en el exilio, en el trabajo, en la tribuna, etc. Todo era tan pesado y aburrido que a la mayoría de los delegados nos parecía que estábamos escuchando explicaciones sobre la vida de Jesús, frente a los escaparates de los grandes almacenes.

La lógica de Lenin no estaba "muy bien"

En una de las salas figuraban las peripecias escolares de Lenin. En los escaparates estaban expuestos los libros que empleó para instruirse. Se veían los cuadernos y los borradores que usó en la escuela e instituto.

Cuando terminó los estudios le dieron el título de Bachiller. Este título, cubierto de cristal, también estaba expuesto en el Museo.

Por las notas registradas en el título se ve que Lenin fué uno de los mejores alumnos, pues en todas las asignaturas logró las mejores notas. En literatura, muy bien; en matemáticas, muy bien; en historia, muy bien; hasta en religión, también muy bien.

Solamente había un curso que se distinguía de los demás,

y como caso curioso, todos los delegados nos dimos cuenta: en lógica no tenía "muy bien", sino solamente "bien".

Los marxistas, muy especialmente aquellos que hasta los últimos diez años se llamaron "marxistas revolucionarios", consideraban la lógica de Lenin "indestructible". En lógica, decían que Lenin estaba más fuerte que en ninguna otra rama de la ciencia. Seguramente, no sabían, que en esta materia cojeaba hasta en el Instituto.

Si la lógica de Lenin hubiera sido "más lógica", no hubiera cometido tantos errores. Un simple mujik sabe que la base de la existencia y del progreso humano radican en la libertad, pero la lógica de Lenin dictaba lo contrario. Para él la libertad era un prejuicio burgues.

Si hubiera estado "muy bien" en la lógica, sus alumnos no darían el vergonzoso espectáculo de desviarse hacia la derecha, de las "enfermedades infantiles" de la izquierda, de la destrucción de las democracias, de la colaboración con la burguesía demócrata, de la liquidación del mito religioso, para terminar con la nefasta política de la "mano tendida al papa".

La pobre lógica de Lenin y la más pobre aún de sus alumnos figura como causa principal del caos en que se encuentra el mundo de hoy. Su pobre lógica acogió la culebra del militarismo alemán después de 1918. Los discípulos de Lenin la alimentaron hasta que mordió al pueblo ruso y extendió su veneno por todo el mundo.

El trotskismo en el Museo.

En una sala del Museo figura el retrato del hermano de Lenin, que perteneció al partido Socialista Revolucionario y que fué ahorcado por los esbirros del zar.

El guía nos explicó por qué Lenin no se hizo socialista revolucionario. Dijo que la muerte de su hermano había influído mucho en él. No quería morir como su hermano. Em-

pezó a estudiar las corrientes filosóficas y se convenció de la rectitud del marxismo, no quiso seguir a los socialistas revolucionarios que no eran marxistas.

En las paredes del Museo había colgados toda una serie de cuadros que representaban a Lenin durante la revolución rusa. En algunos tenía una actitud tribunicia, en otros representaba la lucha contra otras corrientes políticas. También estaban expuestos algunos folletos, sus artículos dirigidos contra los socialistas revolucionarios, los socialistas demócratas, mencheviques y los anarquistas.

Pero lo que destacaba más, lo que subrayaban en cada ocasión, era la lucha que mantuvo Lenin contra el trotskismo. Era la época en que Stalin preparaba la liquidación de los colaboradores militares de Trotsky; sus partidarios en la administración civil ya estában liquidados.

El director del Museo y los guías procuraban convencer a los visitantes más ignorantes que la lucha en aquellos días sostenida entre Stalin y Trotsky ya hubiera existido el año 1905. Presentaban las cosas de tal manera como si Lenin en aquella época ya hubieran previsto el stalismo y trotskismo, y combatiera al último con todas sus fuerzas. Nos enseñaron unas cuantas hojas de papel, afirmándonos que eran borradores de unos apuntes que hizo Lenin durante el Congreso en que se separaron los bolcheviques de los mencheviques. También nos mostraron algunos borradores de la misma clase de época posterior.

En las salas del Museo no se encuentra el menor trabajo que indique cuanto hizo Trotsky durante los años de la revolución. Allí no se veía ninguna fotografía, ningún paisaje, absolutamente nada, que recordara al visitante la realidad del partido bolchevique durante los años de 1918, 19, 20 y 21. Todas las fotografías en las que aparecía Lenin, no estaba Trotsky, mientras que todo el mundo sabe lo ocurrido en aquella época. Lenin y Trotsky fueron inseparables durante los años más tristes de la historia rusa. No se pronunciaba el nombre

de Lenin, sin que lo acompañara el de Trotsky, puesto que la obra de uno completaba la del otro.

En el Museo sólo vimos un par de caricaturas de Trotsky. En una va en compañía de los socialdemócratas, y en la otra estaba junto con comerciantes extranjeros. En las dos caricaturas tiene la expresión de un típico judío del Oriente. El propósito de ridiculizarlo era evidente.

En lugar de Trotsky que fué el organizador del ejército Rojo, vimos cuadros que representaban a Lenin en compañía de Voroshilov de Budiony. Casi siempre, al lado de Lenin, cuando está entre militares, aparece la figura de Stalin. Hay un cuadro que ocupa casi toda la pared de la sala en el que Stalin, desde el frente, habla por el teléfono que está unido directamente con el despacho de Lenin. Lenin está en el Estado Mayor.

Por lo que contaban los guías, después de Lenin, Stalin fué el único hombre que controlaba y dirigía el pueblo ruso durante los años de la revolución y de la guerra civil. Los jóvenes que irrumpen en la vida social y los ignorantes que llegan del extranjero, creen en lo que les dicen estos modernos traumaturgos acerca de los acontecimientos rusos, pero todo hombre informado sabe que es la falsificación más indecorosa de los acontecimientos historicos.

Incidente con un oficial del ejército

Nada nos indignaba tanto como tener que escuchar estas insensateces que salían de la boca de los guías. Aburridos nos separamos del grupo e inspeccionamos algunos documentos, tomando apuntes que nos interesaban.

Al mismo tiempo que nosotros, visitaban el Museo otros grupos. Eran individuos de provincias que iban a la capital. A veces dos grupos se cruzaban en el pasillo o se encontraban en la misma sala.

Mientras pasaba un grupo de militares, con algunas mujeres jóvenes, un oficial del Ejército Rojo, al enterarse que éramos la Delegación española, se acercó, nos saludó y quiso hablar con nosotros. Como los delegados no pidieron entenderse con él, indicaron que se dirigiera a mí.

El joven capitán se interesó por las cosas de España, preguntó por la lucha contra los fascistas, cuáles eran las últimas noticias que teníamos, qué esperanzas tenía el pueblo, etc. Conté al oficial lo que sabía y lo que necesitábamos para ganar la guerra. Parecía sincero y la conversación se hizo interesante. Traducía mis contestaciones a otros militares que iban en el mismo grupo. A mí se me hacía más interesante conversar con un joven oficial soviético que no escuchar descaradas falsificaciones de historia rusa.

En cuanto Mirov se dió cuenta de que no estaba entre el grupo de españoles, inmediatamente mandó a un intérprete para buscarme. Este, era una señora joven que se hacía llamar Julia. Contaba unos 25 años de edad, decía haber terminado los estudios en la facultad de derecho, en el instituto soviético, que había trabajado en el juzgado, pero que actualmente pasó al "servicio de los sindicatos". Se decía casada y divorciada. Además de hablar español, sabía algún otro idioma.

Julia después de escuchar un poco de conversación, me dijo que estaba separada del grupo y que debía ir con los españoles. No quería perderme del grupo y me despedí del joven militar de quien me supo mal despedirme tan deprisa.

Pero dió la casualidad que dentro de poco, en otro piso del Museo, cruzamos las salas y nos encontramos otra vez. De nuevo, el oficial me hizo otra serie de preguntas sobre España. Sin que tuviera tiempo de contestarle, a mi lado ya estaba Julia. Esta vez, en lugar de dirigirse a mí, se dirigió al oficial, indicándole que me dejara.

—Lo siento mucho pero no me dejan hablar con usted—le dije al oficial.

—¿Quién no le deja hablar?—intervino Julia.

—Usted—le contesté.

—No es verdad. Usted puede hablar con quien quiera, pero ha de haber orden.

—Si Usted me dejara hablar con ese señor, habría orden, pero de sus intervenciones resulta el desorden.

—Eso es intolerable. Usted tiene muy mal concepto de nosotros. Puede Usted hablar con quien quiera.

—Sí, pero usted me separa de mi interlocutor.

No me dijo nada más, pero en seguida fué a contar lo ocurrido a Mirov. Este no tardó en aparecer al lado nuestro y, con voz autoritaria, se dirigió al capitán y le dijo en ruso:

—*Mire usted. Son delegados españoles y es la primera vez que visitan Moscú. Seguramente muchos de ellos no tendrán ocasión de volver por aquí. Les estamos explicando la vida de Lenin, que casi ninguno de ellos conoce. Con que haga el favor de no llamarles la atención y de no estorbarles para que puedan escuchar. Haga el favor de dejarlos, se lo ruego.*

El oficial, no tuvo tiempo para despedirse. Se le notaba el descontento, pero no contestó una palabra a Mirov. Desde luego, a mí me hubiera interesado más conversar libremente con aquel oficial que escuchar las patrañas que nos contaban los representantes oficiales.

La impresión producida en el museo

La impresión que me produjo la visita al Museo de Lenin fué muy triste.

Algunos delegados, después de haber visto todo el material expuesto, cuadros adecuadamente preparados y las explicaciones embusteras de los guías, salieron convencidos que la revolución rusa la había hecho Stalin con la ayuda de Lenin y algunos otros. En casi todas las operaciones militares re-

presentadas en una u otra forma en el Museo, Stalin aparecía como el máximo representante del partido bolchevique y del Gobierno Central. Stalin actuó en el sur para combatir a los blancos. Stalin estaba en Petrogrado para defenderlo de Yudenich. Stalin combatía en el Norte sacando las fuerzas de intervención de Arjangelsk. Stalin figuraba en el Este prestando servicios en Georgia y defendiendo los estrechos contra los generales.

—No se equivocarían mucho si en lugar de "Museo de Lenin" lo llamaran "Museo de Stalin"—dijo un delegado socialista del Sur de España.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque en todas partes donde está Lenin, a su lado figura Stalin.

Si fuese verdad, tranquilamente aceptaríamos los hechos históricos, pero todo el mundo sabe que durante las batallas decisivas de los rusos, a Stalin no se le veía por parte alguna y era un peón de cuarta fila en aquellas fechas.

Trotsky y Tujachevsky eran los que en aquella época dirigían el Ejército Rojo. Toda una serie de testimonios rusos afirman que allí donde aparecía Stalin, llevaba el desastre consigo. Así fué en Tsaricin, como también en Polonia.

Al salir del museo las dudas nos atormentaban; todavía no han pasado veinte años de los acontecimientos historicos, pero ya los han falsificado, ¿qué pasará dentro de otros veinte Nos dicen que hemos de aprovechar las lecciones del pasado, ¿qué lecciones pueden sacar los rusos del suyo si el pasado que les presentan es una burda patraña?

También me preguntaba: ¿por qué los rusos señalan a Stalin como fautor de los hechos en que él no ha intervenido? ¿Por qué Stalin se adjudica ser actor de acontecimientos en los que no ha tenido ninguna intervención? ¿Por qué escriben libros, pintan cuadros, organizan museos y afirman a la gen-

te que Stalin fué el único que ha realizado las mayores proezas, cuando todos saben que es una baja y repugnante adulación al caudillo?

La única contestación un poco razonable que se puede encontrar a estas preguntas, es que las falsificaciones de los hechos históricos, son precisos para la popularidad de Stalin. Que su popularidad es necesaria para el buen gobierno del país. En conversaciones particulares, algunos bolcheviques, nos subrayaban esta conveniencia.

Pero, si los hechos son así, entonces se ve claramente que Stalin no es tan popular como lo presentan sus agentes. Si Stalin fuera popular en Rusia, los rusos quisieran verlo tal como es, sin añadirle atributos ni hazañas que él no ha realizado. Al no ser popular, lo engalanan con trofeos que otros ganaron.

Desde cualquier punto de vista que se mira se llega a la conclusión de que los rusos están procediendo con Stalin como los embusteros procedían en la procesión de aquel cuento de H. Andersen. Todo el mundo hablaba de que el rey iba vestido con las mejores prendas; todos le hacían reverencias y se explicaban uno al otro lo bonitos que eran los adornos del soberano, hasta que un chiquillo dijo que el rey iba desnudo.

Los que van a la procesión de Stalin, todavía han de encontrar al pequeñín que les diga la verdad desnuda sobre su soberano. No nos sabe mal por los que actúan de comparsas, pero lo sentimos por el pueblo ruso.

LA FABRICA DE AVIACION

Informe del director

El día 16 de noviembre visitamos una fábrica de aviación situada en las afueras de Moscú. Se llamaba "Fábrica No. 22" y era una de tantas que había en la Unión Soviética, y en la que se construían aparatos de aviación.

En cuanto nos reunimos en la sala de un edificio que estaba a la entrada del patio, vino a saludarnos el director. Este era ingeniero militar. Hombre de unos 38 a 40 años de edad.

Nos dijo que hasta el año de 1927 aquella fábrica trabajó como concesionaria de las fábricas alemanas Junkers. En aquella época, el Gobierno Soviético, sostenía buenas relaciones con los alemanes y les había dejado instalar talleres. Pero, en el año de 1927, decidió retirarles la concesión y echó a los alemanes de esta fábrica.

Actualmente, nos decía, en dicha fábrica trabajaban 28,000 obreros, que hacían tres turnos con una jornada de trabajo de siete horas diarias. El 36% de los trabajadores eran mujeres. el sueldo de los obreros no está unificado, pues existen varias categorías. Un buen obrero especializado puede llegar a ganar 1,000 rublos al mes, y un buen estajanovista pueda percibir hasta 1,500. Todos tienen dos semanas de vacaciones. Hay mujeres, que no solamente trabajan igual que los hombres, sino que algunas son ingenieros y encargadas de secciones. Los enfermos perciben el sueldo íntegro. Cuando las mujeres están embarazadas, también reciben el sueldo correspondiente durante cuatro meses. El 50% de los trabajadores viven alrededor de la fábrica y allí tienen casas-cuna, jardines infantiles, etc. En la fábrica hay 150 médicos. En los trabajos más pesa-

dos, como es la pintura, la jornada de trabajo es reducida, pues solamente trabajan seis horas diarias. Cerca de la fábrica hay tres escuelas y se facilitan los medios necesarios a toda persona que quiera cursar estudios superiores.

También nos dijo que él era responsable de la marcha de la fábrica. El director no es elegido, sino designado por el Comisario de Industrias y, por lo tanto, responsable solamente ante dicho superior. Nos dijo que el retiro se da generalmente á los 50 años, pero si se pierde la salud, se anticipa. Para el traspaso de los obreros de una categoría a otra, no se tiene en cuenta para nada los años, ni se toma en consideración ninguna otra cualidad más que la capacidad del obrero, pues solamente el que produce más y mejor tienen derecho a mejorar de condición. En otras categorías hay otros sueldos establecidos.

Como los ingenieros, los técnicos y los jefes no trabajan a destajo, se les sube el sueldo según los años de trabajo que lleven en la fábrica. El Director da órdenes y manda a los jefes de todas las secciones, los jefes mandan a otros responsables y cada uno de ellos es responsable ante su superior. A las familias numerosas, el Estado les ayuda en metálico y en especies.

La mayoría de los delegados quedaron extrañados del orden que existía en las fábricas soviéticas. Cada uno se había imaginado que quedaban vestigios de los soviets; de aquellos organismos, donde los mismos obreros tenían derecho a expresar su voluntad, y cuidaban de que fuese respetada. Algunos hasta se habían imaginado que los obreros rusos intervenían, no sólo como fuerza de trabajo, sino en la dirección y administración de las industrias.

Después de las explicaciones del director, algunos querían encontrar diferencias en la dirección de una fábrica soviética a otra parecida en el orden capitalista, pero no se veía ninguna. La diferencia existía sólo en la responsabilidad del director. En los países capitalistas el director es responsable ante

el patrón, o la gerencia de la empresa, mientras que en régimen soviético, lo es ante el Comisario que representa al Estado.

El comentario de los delegados españoles era el siguiente: Los comunistas exigen Consejos de Obreros en los talleres capitalistas, pero los han destruído en la producción soviética.

Visita de la fábrica.

Una vez terminada la información, el director nos permitió ver la fábrica. Fuimos divididos en pequeños grupos y llevados a varias partes de la misma.

Ocupaba un terreno extensísimo. La instalación era adecuada para producir todos los elementos necesarios para la fabricación de aviones. Allí se hacían desde los tornillos más pequeños hasta las ruedas más grandes. Todo estaba mecanizado. Había muchas máquinas que elaboraban hierro, metales y hojalata.

Vimos muchos aviones en construcción. En cada grupo preparatorio había un ingeniero militar que seguía el trabajo de construcción.

Como es de costumbre en Rusia, en cada taller que visitaba la Delegación se organizaba un mitin. Después de recorrer el taller, los obreros dejaban el trabajo, se reunían en un lugar apropiado y allí los delegados pronunciaban discursos. En algunos lugares los obreros contestaban con otros.

Desde la fábrica y en unos autobuses nos llevaron al campo de aviación que estaba cerca. Inmediatamente se elevó un caza para demostrar la velocidad de los aviones soviéticos.

En nuestra Delegación había un sargento de la aviación española. Siendo comunista, pensaba que tendría ocasión de probar un caza soviético. Su deber era demostrar a los rusos que los españoles también sabían volar con buenos aviones. Pero los aviadores soviéticos no le invitaron. Hiciéronle una serie de preguntas sobre la aviación española. Les daba todos los de-

talles que sabía y que le pedían, sin enterarse en lo más mínimo de la producción soviética.

Mientras estábamos en los talleres se nos prohibió tomar ninguna clase de apuntes. También se nos pidió que no mencionáramos lo que habíamos visto, para que "no se enterara el enemigo de los secretos militares".

El aeródromo que se encontraba en las afueras de Moscú, desde luego era mal construído. Las ruedas del autobús en que íbamos no podían moverse por la gran cantidad de barro, pero los cazas que emprendieron el vuelo hacían maravillas. Los que no entendemos de aviación, no pudimos apreciar gran cosa pero nos espantaba la velocidad a que volaban los bimotores. Si era necesario subir, subían casi repentinamente, y para descender hacían lo mismo. También podíamos apreciar que los aviadores eran maestros en su arte, hacían maniobrar a los aparatos como les deba la gana.

Palabras sinceras de un andaluz.

Desde el campo de aviación fuímos a un mitin. El mitin fué organizado en las puertas de la misma fábrica, donde pasaban los obreros al salir del trabajo. Los altavoces estaban preparados y la gente estaba esperando.

Los delegados españoles contaron sus impresiones sobre la fábrica, sobre la vida de la U. R. S. S., comparándola con la española. Los comunistas que formaban parte de la Delegación, elogiaron al director y se maravillaron del desenvolmiento de la vida soviética.

No todos eran buenos oradores, pero casi todos cosechaban aplausos. En Rusia eso es muy fácil. Allí aplauden a todos los oradores si terminan su discurso con un viva al partido comunista y otro a Stalin.

En este mitin pronunció un discurso Agapito del Castillo, obrero de una fábrica de aviación española. Quedó maravilla-

do por lo que le dijeron sobre la vida en la fábrica y sobre lo que vió durante las pocas horas de visita. Del Castillo es un hombre honrado y sincero, y en el mitin, expuso las cosas tal como las veía. Entre otras cosas dijo:

"Yo también soy un obrero de aviación. Las condiciones de trabajo en España son muy diferentes a las vuestras. Nuestros talleres no se pueden comparar con los que acabamos de ver. No se puede decir que sean pequeñitos, pues es una cosa incomparable. Ademas, las condiciones en que vivimos, tampoco se parecen a las vuestras.

"Soy un obrero sin cultura, puede decirse que soy casi analfabeto Pero siento gran alegría al ver que vosotros tenéis ocasión de instruiros, de ir a la escuela, de que vivís la vida un poquito más alegre, más justa y más libre. Nosotros, en España, no gozamos de tales condiciones, pero ahora estamos luchando para conseguirlas.

"Como todos sabéis, mantenemos una cruenta guerra, tenemos que luchar contra un enemigo muy fuerte y muy bien armado; sabemos que tenemos que combatir, porque si no lo hacemos, nos espera la esclavitud o la muerte, y antes de sucumbir nos defenderemos con toda el alma.

"He tenido ocasión de visitar vuestras fábricas y he visto que estáis haciendo cosas interesantes para vuestra defensa, por ello yo os pido, os pido en nombre de todos los trabajadores de España que están luchando contra el enemigo, que nos déis un poquito de lo que producís, de lo que fabricáis cada día, y nosotros, con esta ayuda, que sería la más eficaz, muy fácilmente podríamos destruir al fascismo".

Lo que oían los obreros rusos.

Los discursos pronunciados en el mitin durante la visita a la "Fábrica No. 22" los tradujo un personaje nuevo que se unió al equipo de traductores, en Moscú. Como los demás, nos dijo que se llamaba Pedro Rosso. Era un judío, de unos 35

años. Entendía bastante bien el español. Fué el que tradujo los discursos de Kalinin, con bastante exactitud. No se puede decir lo mismo sobre lo dicho por Agapito del Castillo.

Las primeras frases de Agapito, las tradujo con precisión. Pedro Rosso, explicó que del Castillo también era un trabajador de aviación, que trabajaba en unas condiciones diferentes, que era casi analfabeto y no tenía ocasión de instruirse como podían hacerlo los obreros soviéticos, etc.

Pero cuando Pedro Rosso llegó a pronunciar las frases donde del Castillo habló de la alegría y la vida más justa de los obreros rusos, les tradujo lo siguiente:

"Si vosotros vivís en un régimen más alegre, más justo y más libre, es gracias al Partido Comunista, es gracias al Gobierno Soviético, que está dirigiendo la vida del país y de todos los pueblos".

En lo que se refiere a las últimas frases de Agapito del Castillo cuando pedía "un poquito de lo que producís", cuando apelaba a la conciencia de los trabajadores, solicitando su ayuda, el buen traductor, no se dignó mencionar ni una sola palabra.

Así es, que si entre los obreros soviéticos que escucharon a del Castillo no había quien entendiera el español, los obreros rusos nada supieron de lo que les decía un hombre de corazón. Los obreros soviéticos no oyeron la angustiosa petición que del Castillo les hacía en nombre de los trabajadores españoles.

Todavía más. Rosso dijo cosas que del Castillo no había dicho. No mencionó al Partido Comunista ni al Gobierno Soviético, pero los obreros rusos oyeron estas palabras como si hubieran salido de su boca.

Algunos delegados, así eran de ingénuos, por el camino a Rusia, decían que era preciso llevar la petición angustiosa del pueblo español directamente al pueblo ruso, dado el caso de que el Kremlin no atendiera nuestras peticiones.

En la "Fábrica No. 22" los delegados españoles tenían delante suyo a los trabajadores soviéticos, la tribuna, los altavoces, los oradores dijeron lo que querían y debían decir, pero los trabajadores rusos no se enteraron de nada. Los obreros rusos nada supieron de lo que les dijo Agapito del Castillo, pero se enteraron de cuanto él no había dicho.

El traductor que el Gobierno de los Soviets puso para cumplir dicha función era fiel al Gobierno y no a los obreros rusos. Tenía instrucciones concretas de tergiversar las frases de los delegados en favor del Gobierno que era quien pagaba a todos los Rosso que acompañaban a la Delegación.

Se puede suponer que el Partido Comunista y el Gobierno de los Soviets necesitaban mostrar que eran populares en el exterior para así influir entre los obreros de la fábrica. De ahí que si el traductor encontró necesario falsificar las declaraciones de un delegado que hizo miles de kilómetros para exponer las angustias del pueblo español "directamente a los trabajadores soviéticos", lo hiciera sin el menor escrúpulo.

Alguien dirá que en tales casos la única manera de proceder es hablar en los mítines populares en ruso. Pero si algún delegado se hubiera atrevido, seguro que las autoridades no lo hubieran dejado hablar. Lo único evidente, de tales mogigangas, es que éstos viajes espectaculares de Delegaciones extranjeras a la U. R. S. S., no son más que simples comparsas al servicio de su política y de sus intereses.

UNA FABRICA DE OBJETOS ELECTRICOS

Cómo trabajan las mujeres.

El día 17 de Noviembre un grupo de delegados fuímos de visita a una de las más grandes fábricas de objetos eléctricos Está enclavada al sur de la capital, casi a las afueras de Moscú. Ocupa manzanas enteras y nos dicen que cada año fomenta su desarrollo.

Allí nos explicaron cuándo fué fundado este centro industrial y cómo después de la revolución fué creciendo. Nos dijeron que trabajaban unos 18,000 obreros.

Se hacían bombillas de todas clases y tamaños, magnetos, planchas eléctricas y se contruían las máquinas más grandes de dinamo. Estas máquinas se pueden encontrar en los territorios más lejanos de la U. R. S. S. Durante los últimos años su producción ha aumentado mucho, pero nunca tenían bastante, porque llegaban pedidos de todas partes del país.

Después de la información, se nos llevó a visitar las dependencias y observar cómo trabajaban los obreros. Trabajaba gran cantidad de personal femenino. Los departamentos de bobinas y toda clase de trabajos finos, estaban a cargo de mujeres. En algunos lugares había máquinas grandes y complicadas, pero eran manejadas por mujeres.

Por lo que nos contaron y por lo visto, se puede deducir que era una de las fábricas mejor organizadas. Tenía su periódico también una revista mensual. En la revista trataban los problemas más modernos que tenían relación con la electricidad.

Funcionaba una Comisión Permanente de Propaganda. Esta Comisión cuidaba de la propaganda en la fábrica, pero

también de la publicidad de sus productos. A su cargo corría el recibimiento de delegados y visitantes.

Un alemán dirigía la propaganda.

En cuanto el director terminó su informe y nos disponíamos a visitar las dependencias, los delegados que llegamos a este lugar, pasamos a cargo de la Comisión de Propaganda.

Al enterarse ésta que hablaba alemán, me fueron presentados dos de sus miembros que también lo hablaban. Uno de ellos era alemán, miembro de la Comisión, mientras que el otro era judío.

Estos dos hombres, fueron mis ángeles tutelares durante la visita en dicha fábrica. Cualquier cosa que preguntaba, eran ellos que contestaban inmediatamente, y no la persona a quien me dirigía. Me hubiera gustado poder conversar con los trabajadores rusos, pero las contestaciones me las daban siempre los representantes de la Comisión de Propaganda.

El judío, era natural de Moscú, mientras que el alemán, era miembro del Partido Comunista de Alemania. Durante la visita, me contó que tuvo que salir de Alemania hacía unos diez años por su actuación política. Antes, pensaba regresar a su país inmediatamente, pero a medida que pasaban los años se alejaban sus esperanzas. Me dijo que cuando se dió cuenta de que la reacción se hacía más fuerte en el mundo, decidió entrar en esta fábrica de electricista. Hacía años que trabajaba en la misma, había avanzado bastante, fué designado para la Comisión de Propaganda y estaba contento.

Por la manera que contestaba, por algunas frases sin acabar y por sus preguntas, me hizo la impresión de que este individuo era un comunista que aprendió mucho en Rusia. Se dió cuenta de que en dicho país, los comunistas no tienen derecho a permitirse ciertas opiniones ni normas de conducta que se permiten en el extranjero; percibió que ciertas exigencias

cuestan caras en Rusia y se conformó con la situación y aceptó resignado el orden soviético.

Mientras estábamos mirando como trabajaban las mujeres sin separarse de las máquinas, me preguntó:

—¿Qué le parece la Unión Soviética?

—Hombre, no puedo decirle gran cosa, apenas la conozco. Hace pocos días que estoy aquí—le contesté.

—Pero, ya puede tener alguna idea—insistió.

—Le diré. Encuentro algunas cosas diferentes de lo que yo me había imaginado.

—Pues, lo mismo me pasó a mí cuando llegué—me dijo. —Al llegar de Alemania era un comunista que no pisaba tierra firme, muchas cosas me parecían extrañas. Algunas hasta me sublevaban, no quería reconocerlas. Lo mismo le debe pasar a usted.

—Tiene razón. A mí también me sublevan algunas cosas.

—Le aseguro que si estuviera aquí más tiempo, conocería mejor la situación, estudiaría el pasado, entonces tendría que reconocer que éste es el único camino que va hacia el verdadero comunismo.

Expresé mis dudas encogiéndome de hombros.

—Estoy seguro—me decía—que usted volverá alguna vez a la U. R. S. S., y tendrá más tiempo de estudiar la situación. Entonces se hará comunista.

—No lo niego, pero lo dudo—contesté.

Por el curso de la conversación deduje que sabía que yo no era comunista. No sé si le habría informado el comunista Hierro Muriel, que vino por Odesa y venía en este grupo, o tenía informes del centro de los "Sindicatos de la U. R. S. S."

Me explicó algunas peripecias de extranjeros, hasta que llegan a reconocer "el único camino hacia el comunismo". Es-

taba contento porque él se dió cuenta en seguida. Me dijo que era miembro activo del Partido, que pertenecía a los parachutistas, que era delegado de propaganda en la fábrica, y vivía un poco más alegre.

—Que dure la alegría mucho tiempo—le dije.

"Aquí todo el mundo estudia"

—La U. R. S. S.—me decía este alemán—dentro de pocos años será uno de los más grandes y mejores países del mundo.

—Es muy posible—le respondí—pero lo que no sabemos es si será un país donde el trabajador vivirá mejor.

—Si llega a ser el país más rico y más fuerte, también será el país donde se vivirá mejor.

—Si sabe organizar la producción, quizás llegue a tal grado.

—Ahora estamos organizándola—continuó. —En la U. R. S. S. todo el mundo está estudiando.

—¿Los obreros también estudian?

—Claro—me afirmó. —La mayoría de ellos asisten a las clases de noche.

—Para la primera enseñanza, está bien, pero si quieren seguir estudios superiores, no podrán hacerlo trabajando.

—¿Por qué no?

—Porque hay que dedicar más tiempo al estudio, cosa que no se puede hacer teniendo un trabajo pesado.

—Está equivocado—me afirmaba. —Aquí estudian todos. Cuando tiene que preparase para los exámenes, se da al obrero toda clase de facilidades. En lugar de trabajar en la fábrica 7 horas, trabajan solamente 4. Cuando están muy próximos los exámenes, entonces dejan de trabajar. Además, en la escuela, ponen más atención con los obreros que trabajan en las fábricas.

—Todo eso—insistí—quizás esté bien para la primera enseñanza, para obtener nociones generales de cultura, pero no creo que se pueda obtener una enseñanza superior de esta manera.

—Pues, en la fábrica, tenemos muchos ingenieros que han sido obreros de la misma. Se les han dado facilidades para el estudio y han seguido adelante.

—Pero habrán tenido que dejar el trabajo.

—Hay algunos que hasta han ido al extranjero.

—No habrá muchos.

—Claro que no hay muchos, en comparación con los demás, pero los hay. Ha de saber que a todo obrero que quiere estudiar, si es capaz, se le dan toda clase de facilidades para el estudio. Hacemos mucha propaganda en este sentido, porque estamos convencidos de que solamente de esta manera podremos progresar. Como ya he dicho, todo obrero tiene facilidades para estudiar, por parte del Partido, por parte del Gobierno y por parte de la dirección de la fábrica. Todos tienen derecho a ir a la escuela, a cursar el bachillerato, a ir a la Universidad y allí desarrollar sus actividades.

—¿Va usted a la Universidad?—pregunté al alemán.

—No. Yo no.

—¿Por qué no va?

—Tengo mucho trabajo. Trabajo horas extraordinarias en el Partido, en las reuniones. Yo no puedo ir.

—Y los demás, ¿no tienen trabajo después de salir de la fábrica?

—Tienen, pero no tanto.

Pregunté al otro miembro de la Comisión de Propaganda que estaba al lado, pero que no intervenía en la conversación, si iba a la Universidad, y también me dió contestación negativa.

Resulta que todo el mundo puede ir a la Universidad, pero se da el caso de que van pocos. A las escuelas superiores también pueden ir todos, pero por causas diferentes, tampoco van. En este caso la U. R. S. S. no se diferencía en nada de los demás países.

Pero, lo curioso del caso, es que mientras el alemán me hablaba de que la Universidad está abierta para todo el mundo, ante mí tenía "la tabla de vergüenza", en la cual había 50 nombres. Eso quiere decir que había 50 personas que no sabían ni leer ni escribir, en una sola sección de la gran fábrica.

Un obrero satisfecho.

Terminada la visita, fuímos a ver la Casa-cuna que pertenece al mismo centro industrial. Más tarde nos llevaron a visitar el hospital de la casa.

La dirección de este último establecimiento ofreció un banquete a la Delegación española. Al mismo tiempo invitó a un corresponsal del diario "Pravda" para que hiciera un reportaje. La persona delegada para hacerlo, era una señorita llamada Laura Kogan. Una muchacha joven que decía hacía poco que entró en la redacción del diario más importante de la U. R. S. S.

Al entrar al comedor, cuyas mesas estaban llenas de viandas y de botellas, vino a nuestro encuentro un obrero de unos 60 años. Se me acercó mientras hablaba con la señorita Kogan y los dos miembros de la Comisión de Propaganda, y dijo en ruso:

—Todo lo que habéis visto y véis ahora,—lo dijo mostrando las mesas con comida y bebida,—es nuestro. Se lo hemos conquistado a la burguesía. Ahora, los obreros rusos, lo tenemos todo. Hace treinta años que trabajo en esta fábrica, pero antes no tenía nada. Ahora, todo es nuestro. Todo es mío.

Y esto lo hemos hecho nosotros, gracias al Partido Comunista y al Gobierno Soviético.

Al terminar su tirada, dijo al intérprete-propagandista que me lo tradujera. Al mismo tiempo, se dirigió al corresponsal de la "Pravda", diciéndole en ruso:

—*No sé si lo he dicho bien o mal.*

—*Bien, muy bien*—contestó la señorita Kogan en su idioma.

Una vez traducidas y comentadas debidamente las palabras del "nuevo propietario" de la fábrica, añadió:

—Yo no entiendo nada de nada, no he tenido ocasión de estudiar, solamente he servido para trabajar y nada más que para trabajar. Así sufríamos todos los obreros durante el régimen del zar. Pero ahora, no ocurre lo mismo con el Gobierno de los Soviets. Mi hijo ha tenido ocasión de estudiar y es ingeniero en esta misma fábrica. Otro hijo que tengo, está instruyéndose. Le hago ir a clase de noche. Otros dos ya son casados y viven aparte con sus familias. El tercero, también estudia y dentro de poco será ingeniero. Todo esto lo tenemos ahora, pero antes no hubiéramos podido lograrlo.

Desde buen principio me produjo muy mala impresión este "obrero satisfecho". No había sinceridad en sus afirmaciones, se veía que era un burdo instrumento de la Comisión de Propaganda.

¿Cómo íbamos a creer que la fábrica de electricidad era suya? La fábrica pertenecía al Estado como todas las fábricas soviéticas. El único que mandaba en ella era el director, el único propietario, el Comisario de Industrias. Ambos, instrumentos de los designios de Stalin.

Me hubiera gustado ver a este "nuevo propietario" llevarse a su casa una sola de las bombillas que produce a miles. Seguramente que el Código Criminal Soviético le condenaría con más vigor que el Código del Zar. Seguro que el juez no ha-

ría ninguna distinción sobre los derechos del "nuevo propietario" y los del antiguo.

Ordenes al traductor.

Durante la comida, los miembros de la Comisión de Propaganda, algunos representantes de la fábrica y delegados españoles pronunciaron discursos. Hierro Muriel, delegado comunista que llegó por Odesa, pronunció un discurso sobre la nueva Constitución staliniana. Dijo que los españoles luchaban para lograr una Constitución parecida. Nadie le autorizó a hablar en nombre del pueblo español en tales términos, pero la sala aplaudió.

Después de preguntarme un sin fin de cosas, pregunté al "nuevo propietario" ¿qué es lo que piensan los obreros rusos sobre España?

Este, que hacía tiempo quería hablar una vez más, pero que los miembros de la Comisión de Propaganda, le retenían, indicando que lo haría mas tarde, se puso de pie y dijo:

—Nosotros, creemos que todos los obreros de España han de ir unidos para combatir a los fascistas; han de evitar todas las riñas interiores. Por nuestra parte, ayudaremos todo lo que podamos para que en España gane la República y que el Gobierno de Largo Caballero venza a Franco. Y para que el proletariado español mejore sus condiciones de vida como hemos mejorado nosotros.

Al terminar, otra vez se dirigió a los propagandistas, diciéndoles:

—No sé si he dicho bien o mal. Si lo he dicho mal, corregirlo al hacer la traducción.

Estos le contestaron que todo estaba bien dicho, que no había nada a corregir.

Después de esta última patraña, cabe preguntar: ¿Qué "propietario" era este que tenía miedo de pronunciar unas pa-

labras en su casa? ¿Dónde quedaba su jactancia al autorizar al alemán que diera una forma conveniente a su discurso?

Cuanto dijo, no fué más que expresar la línea política del Partido Comunista sobre los asuntos de España. En aquellos días, el comunismo oficial, todavía pensaba que podría hacer bailar a Largo Caballero según las indicaciones de Moscú. Más tarde, cuando éste se opuso a los manejos soviéticos, cuando denunció las violencias que los moscovitas cometían contra el pueblo español, empezaron la lucha contra él y lo echaron del Gobierno. En su lugar pusieron al doctor Negrín, quien era y continúa siendo un declarado instrumento de la política staliniana. En aquella época, los comunistas acababan de declarar que estaban en favor de la República española, mientras pretendían rusificar descaradamente a España.

Con este burdo juego, la Comisión de Propaganda pretendía demostrar a la Delegación española cuál era el verdadero sentir de los "obreros soviéticos", quería hacer ver lo que pensaban y sentían los mismos obreros. A tal fin, adiestraron a aquel infeliz.

Si lo hubieran hecho con maña, algunos extranjeros quizá hubieran creído en las declaraciones del "verdadero obrero", pero se veía claramente que era un instrumento de la Comisión. La Comisión le preparó tan mal, el instructor alemán era tan limitado, que salimos convencidos de que se trataba de una mixtificación del peor gusto.

Todo el camino, desde la fábrica hasta el hotel, en mis oídos sonaban las palabras: "Si he dicho mal, corregirlo al hacer la traducción". ¿Cuántas correcciones habría que hacer en la vida soviética para que los rusos no tuvieran que representar estas comedias ante los extranjeros que visitan a su país? ¿Cuántas correcciones tendrían que hacer las Delegaciones que van a la U. R. S. S. a informarse sobre las conquistas sociales de aquel país para no ser víctimas de escamoteos tan repugnantes?

UNA ESCUELA MODELO

La escuela No. 277.

El día 19 de noviembre nos tocó el turno de visitar a una escuela radicada en las afueras de Moscú. Como que en la Rusia soviética todo está numerado, la escuela tenía el No. 277 y era considerada como una escuela modelo.

El Director estaba informado de nuestra visita y nos esperaba con un grupo de maestros. Era un hombre de unos 40 años. Nada tenía del tipo clásico del maestro ruso. Mejor ofrecía el aspecto de militar retirado. El subdirector de la escuela era una maestra, mujer enérgica.

Nos reunimos en una habitación, junto con los pedagogos, donde el director nos informó sobre la historia de la escuela. Nos dijo que su escuela era una de las mejores de Moscú y que nunca le habían faltado alumnos. Al contrario, siempre tenía demasiados; estaban construyendo un edificio al lado para tener más espacio. Le hicimos un sin fin de preguntas sobre la escuela, sobre la manera de enseñar y sobre las relaciones de los profesores con los alumnos.

Por toda contestación, nos dijo, que el pueblo ruso, gracias a Stalin, ahora tiene trabajo, tiene pan y también tiene escuelas. Durante los últimos años, las escuelas rusas han pasado varias etapas, algunas de ellas muy difíciles, hasta que han llegado al grado de perfección en que se encuentran.

"Cuando vino la revolución—dijo—con ella, vinieron ansias de renovación, y algunos maestros hasta quisieron renovar la forma de enseñanza del viejo magisterio. Desde luego, durante los primeros años, tuvimos que sacar muchos maestros, nos faltaba personal pedagógico, pero, actualmente, ya

estamos arreglándolo mejor, aunque, todavía, no podemos decir que tenemos suficientes profesores. Todo Moscú está estudiando, se puede afirmar que una tercera parte de sus habitantes son estudiantes, pues, aunque ocupan su lugar de trabajo, también van a la escuela, en la mayoría de los casos van a la escuela de noche.

"Las clases de nuestras escuelas casi nunca están vacías. Cuando salen unos alumnos, se llenan en seguida por otros turnos. Todavía no tenemos suficientes edificios para albergar debidamente a todo el censo escolar.

"En nuestra escuela, actualmente, no tenemos castigos. En el Magisterio del Zar no solamente tenían derecho a castigar, sino que les obligaban a castigar duramente a los alumnos que les parecían incorregibles. Nosotros creemos que el castigo es improcedente. Por eso lo hemos suprimido."

—¿Y qué hacen a los alumnos que no pueden reducir a obediencia?—preguntamos.

—Hacemos todo lo posible por convencerles, y si no podemos conseguir nada, llamamos a sus padres y por mediación de ellos procuramos conseguir el dominio sobre el alumno.

—¿No tiene derecho la Dirección a expulsar de la escuela a los alumnos que considera incorregibles?

—Sí, el Comisariado nos lo permite si se da algún caso incorregible o enfermizo, pero, también quiero advertirles que desde que soy director de esta escuela no se ha efectuado ninguna expulsión. Así es que, aunque este derecho existe, prácticamente nosotros no hacemos uso de él.

Los maestros y sus sueldos.

"Los maestros están divididos en categorías—continuó explicando el Director. —Los de primera categoría hasta la quinta cobran de 300 a 400 rublos mensuales. Los de sexta hasta la décima, cobran de 600 hasta 1.000 rublos. Los sueldos se

pagan según las horas de trabajo que tengan y el puesto de responsabilidad que ocupan en la escuela.

"El Director de esta escuela cobra 800 rublos mensuales. El Director es designado por el Comisario de Enseñanza y es responsable ante el Comisariado, como los maestros son responsables ante el Director. En esta escuela, también hay vicedirectores que ocupan el cargo del director en caso de que éste se ausente.

"El tiempo normal de trabajo para los maestros es de 25 horas semanales, trabajando 5 horas cada día. Hay profesores que no trabajan más que tres horas diarias y perciben su salario en proporción a las horas de trabajo. Este sueldo no les permite vivir cómodamente y se ven obligados a buscar lecciones. Por esto se da el caso de que hay algunos profesores que trabajan en dos escuelas y el de otros que trabajan en las misma escuela haciendo dos turnos. En la escuela, los alumnos han de comprar los libros de texto; se hacen excepciones en algunos casos muy especiales en que los padres del alumno no pueden comprar los libros y demás útiles de enseñanza, en cuyo caso, se dan gratis".

Para darse cuenta de lo que más o menos representaba el sueldo del maestro soviético, a continuación transcribimos el menú del restaurante "Gran Hotel" que es donde estábamos hospedados.

"Miércoles, día 18 de noviembre de 1936.

PLATOS SUELTOS

I

Sopa de esturión de la temporada	Rublos	9.45
Sopa y panecillo	„	5.80
" Consomé "	„	4.40

II

Esturión "Grillé" con salsa de Tarter	„	9.60
Pescado escombro en vino blanco	„	9.85

Chuleta con legumbres	Rublos	11.20
Chuleta de Kiev	„	13.60
Chuleta de Vollay	„	11.40
Chuleta a la mariscala	„	10.25
Ternera a la Viena	„	8.05
Escalop de carne de puerco	„	11.25
Cordero a la manera georgiana con arroz	„	10.50
Pavo real con ensalada de berzas rojas	„	10.65
Pato con berzas	„	10.80
Oca con manzanas	„	9.75
Pollo tierno con ensalada	„	15.05
Perdiz en crema	„	8.50
Setas con crema	„	11.60
Coliflor con salsa	„	6.50

III

Bollos con mermelada	„	4.15
"Compot" de frutas frescas	„	2.65

COMIDAS QUE SE SIRVEN DE LAS 2 HASTA LAS 8 DE LA NOCHE

I

Sopa de patatas	Rublos	3.70
Sopa de pasta	„	4.75
"Consomé" a la Colbert	„	4.30

II

Esturión con salsa	„	6.95
Pescado escombro a la Kashin	„	5.65
Trozo de tocino con berza	„	7.55
Cordero con patatas	„	6.25
"Beef" a la Stroganov con patatas.....	„	5.80
Perdiz en crema	„	7.10
Tortilla con setas	„	6.30
Alubias con salsa	„	3.00

III

"Shenuaz" a la crema	Rublos	1.90
Pera "Mellba"	„	2.55

COMIDAS FRIAS

Caviar granulado	„	3.70
Ensalada a la Olivie	„	7.60
„ de crabos	„	7.80
„ de Gran Hotel	„	9.10
„ de primavera	„	5.95
Rábanos y pepinos con crema	„	4.50
Arenque con legumbres	„	5.00
Filet de esturión	„	5.25
Salmón del Dvina con limón	„	6.40
Esturión italiano con rábano picante	„	7.25
Jamón con legumbres	„	8.95
"Rost beef"	„	7.65

Como se ve, si se divide el sueldo que percibe el maestro por mes, muy pocos días podrá ir a comer al restaurante. Por lo que se deduce de los números, ni siquiera el Director de la escuela podrá llevar a su familia a comer al resturante. Estos datos son más elocuentes que los discursos del "obreros satistisfecho".

Las aulas de la escuela

Después de conversar con el Director y los maestros, nos llevaron a visitar las aulas. Nos enseñaron las clases, la sala de gimnasia, los cuartos de baño donde los alumnos se lavaban después de los ejercicios. Vimos el gabinete zoológico, el departamento físico y botánico.

En algunas salas encontramos maestros y alumnos, otras estaban vacías. Al pasar por los pasillos casi todas las puertas estaban abiertas, menos una. Esta era la del gabinete Nº 64. Al pasar el director no se detuvo. Se veía que no tenía interés en enseñárnoslo. El letrero en ruso decía: "Gabinete Militar".

Se lo advertí a los compañeros de Delegación. Al reunirnos otra vez, le preguntamos si había alguna enseñanza militar, a la que respondió:

—Sí, tenemos también clases de enseñanza militar, pero les advierto que los cursos militares solamente se dan a los alumnos más adelantados, la enseñanza militar dura dos años. Todos los alumnos de la escuela están obligados a asistir a estos cursos.

El director procuraba disminuir el valor de la instrucción militar. En aquella época, los gobernantes soviéticos decían al extranjero que sus intenciones eran pacíficas, todavía no habían atacado a Finlandia ni invadido a los países Bálticos, la prensa comunista hablaba del pacifismo, no era propio enseñar a extranjeros la preparación militar de sus escuelas.

Entramos en el comedor donde almorzaban los niños. Se nos había dicho que a 250 alumnos se les daba almuerzo gratis, mientras que los demás tenían que pagarlo. El precio no era único, unos debían pagar 40 kopeks, mientras otros pagaban 60.

En algunas clases vimos reproducciones de fotografías de la lucha española. Nos dijeron que eran obra de los alumnos. Seguían los acontecimientos de la prensa, recortaban cuanto les parecía mejor y lo colgaban en la pared. Desde luego, los retratos más grandes eran de la Pasionaria y de José Díaz. Era lo más frecuente que los niños podían encontrar en la prensa soviética.

Como caso curioso encontramos colgado un recorte de un cartel del POUM, con las iniciales bien claras. El POUM era formado por un grupo de marxistas moscovitas que no estaban de acuerdo con Stalin, pero que admiraban a Lenin. Los stalinianos, les llamaban trotskistas, pero el mismo Trotsky no estaba de acuerdo con ellos. Hubo una temporada, en España, que los "poumistas" recibían toda la hiel de la propaganda staliniana. Los "verdaderos marxistas", que eran ellos,

decían que estos "marxistas equivocados" eran agentes de Franco, que colaboraban con los nazis, etc., pero al mismo tiempo encontramos una reproducción de un cartel suyo en una de las escuelas modelo de Moscú.

Se ve que el censor fotográfico de la prensa soviética todavía no estaba informado sobre el desvío del POUM, y los alumnos, que no sabían nada de estas cosas, colgaron el recorte. A la mayoría de delegados nos hizo gracia el encuentro, pero, los comunistas, no tardaron en informar a la superioridad y el recorte desapareció inmediatamente de la vista del público.

Llegó a decirse que tal provocación podría ser obra de algún trotskista que trabajaba en la escuela. Era la época que los gobernantes soviéticos veían trotskistas en todas las sombras de la vida rusa. Toda persona que no estaba de acuerdo con la línea del partido, era tildada de trotskista. Desde entonces, han sido trotskistas todos los enemigos de Stalin, incluso aquellos que detestan cuanto ha representado Trotsky.

Un niño sensible.

Al pasar por los pasillos de la escuela, en varios lugares, encontramos grupos de niños admirando a los delegados. En un piso, había uno que estaba separado de los demás llorando.

—¿Qué tiene aquel muchacho? ¿Por qué llora?—preguntamos al Director.

—Llora de alegría—nos contestó.—De poder ver verdaderos españoles.

Nos acercamos a él, le abrazamos y lo calmamos un poco.

El Director y los maestros nos explicaron que este muchacho era un apasionado de la guerra de España. Nos dijeron que se leía todos los periódicos y se interesaba por la guerra con verdadera emoción. En seguida notamos que teníamos ante nosotros a un muchacho nervioso y muy sensible. Dejaba huella en su corazón todo lo que leía u oía.

—"Este niño tiene 11 años y se llama Liova—nos dijo el Director.—Cuando empezó la guerra contra Abisinia, estaba a punto de salir de Rusia y marcharse para luchar contra los italianos, pero como Abisinia estaba muy lejos y el muchacho no sabía el camino, no se atrevió a partir.

"Pero no fué así cuando empezó la guerra en España. Al enterarse que el pueblo español había recibido unos golpes muy fuertes, quiso ir a España y luchar contra el fascismo. Liova expuso estos deseos a sus padres pidiéndoles autorización para salir en dirección a España. Sus padres, como es natural, se lo negaron y le dijeron que debía continuar asistiendo a la escuela. Un día, Liova se me presentó después de clase y me dijo:

—Maestro, yo quiero ir a España, quiero luchar contra el fascismo.

A lo que contesté:

—Todavía eres muy jovencito y tienes que venir a la escuela a aprender mucho y bien. Luego, cuando seas grande, cuando hayas terminado tus estudios, podrás ir donde te dé la gana.

—Pero, ¿es que crees que se puede estudiar tranquilamente cuando todo un pueblo está luchando por su libertad?—me contestó Liova.

"Procuraba convencerle de continuar los estudios, pero se ve que no lo conseguí. Me explicó las quejas contra sus padres, creyendo que yo le ayudaría, pero en vista que no le dí permiso ni facilidades para salir, decidió obrar por cuenta propia.

"Al día siguiente no apareció en la escuela. Inmediatamente pregunté a sus padres lo que ocurría, y me contestaron que Liova había salido para la escuela a la hora de costumbre. Quedaron extrañados al enterarse de que no había llegado. En seguida avisamos a la Comisaría y todo el mundo se puso a buscar a Liova, pero por ninguna parte se le encontraba.

"Pasaron un día, dos, tres, y al cuarto se nos presentó Liova en clase, pero acompañado de un policía. El policía traía un sobre administrativo al Director de la escuela que tambien iba dirigido a los padres. Entonces supimos que Liova, en lugar de ir a la escuela, se fué a la estación, tomó el tren y se marchó para España. Como era tan pequeño, pudo escapar la vigilancia del control, y pudo llevar hasta la frontera polaca, pero en este lugar los guardias le detuvieron y le preguntaron:

—¿A dónde vas?

— A España—contestó Liova.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a luchar contra los fascistas.

"Claro, los guardias lo detuvieron y lo trajeron otra vez a Moscú, y aquí lo tenemos en la escuela, maldiciendo a la policía, a los guardias de la frontera y a todo el mundo que le ha impedido llegar a España. Y ahora, al ver a ustedes, llora de alegría".

Nos pareció que Liova era el héroe más grande de la U. R. S. S. Le colgamos conmovidos, algunas insignias de la guerra española. El muchacho se calmó y desapareció entre la multitud.

Las preguntas de los niños.

Después de visitar la escuela, nos reunimos con alumnos y maestros en una sala grande. El Director estaba preparando su discurso como es costumbre en la Rusia de los soviets, como lo hacían en todos los lugares. Pero los niños, más inteligentes que el Director, empezaron a gritar:

—¡No queremos discursos, no queremos discursos!

—¿Qué es lo que queréis?—les preguntaron.

—Queremos preguntar cosas de España y no escuchar discursos—contestaron los niños.

A los delegados, ya cansados de discursos, les pareció de perlas la petición de los niños. El Director tuvo que ceder al clamor popular.

Siguen las preguntas de los niños de la Escuela Modelo:

—¿Quién tiene más territorio, los obreros o los fascistas?

—¿Quiénes son más fuertes, los obreros o los fascistas?

—¿España es ya soviética, o todavía no?

—¿Qué hacen los fascistas con los niños en España?

—¿Toman parte los niños españoles en la lucha contra el fascismo?

—¿Qué es lo que hicieron los niños en esta lucha?

—¿Por qué los fascistas de todo el mundo ayudan a los fascistas de España, mientras que los enemigos de los fascistas no ayudan a los antifascistas españoles?

A estas preguntas los delegados daban las contestaciones pertinentes. A la pregunta ¿qué hacían los fascistas a los niños? les contestaron con unas fotografías del bombardeo fascista a las escuelas de Barcelona y Madrid, donde cientos de niños fueron destrozados por la metralla germano-italiana.

Francisco Carreño les contó la historia del niño Pedro de Barcelona. Los padres de Pedro no querían dejar a un niño de 13 años que fuera al frente, pero, Pedro tomó la bicicleta y, sin decir nada a nadie, llegó al Cuartel General de las fuerzas de Aragón.

—"Los delegados del Comité de Guerra—decía Carreño—queríamos hacerle volver a su casa, pero él dijo que no quería regresar, pues sus padres no le admitirían; además, quería luchar contra los fascistas. Los milicianos, tomaron cariño al muchacho y dejaron que se quedara en el Cuartel General. Pedro servía de mensajero, llevaba cartas a la retaguardia, nunca le dejaron ir a las avanzadillas.

"Pero un día Pedro desapareció del Cuartel General. Todo el mundo lo buscaba sin poder dar con él. Pasados unos cuantos días, visité un hospital y me extrañé muchísimo al encontrar a Pedro encamado. Entonces, me explicó toda su odisea. Un día, dando vueltas por el Cuartel General, oyó que los milicianos preparaban un ataque, y él, que tenía muchas ganas de participar en la guerra, sin decir nada a nadie, se marchó al frente, tomando parte en el ataque. Pedro, entró al pueblo junto con los demás milicianos, pero luego tuvieron que abandonarlo, huyendo le hirieron y se encontraba curándose las heridas.

"Al despedirme de él, Pedro me dijo:

—Cuando me cure, ya no váis a considerarme como a un niño, porque ya soy grande. He tomado parte en una batalla, estoy herido y soy miliciano de veras."

La historia del niño Pedro, de Barcelona, les gustó a los alumnos. Al día siguiente, toda la prensa soviética la reprodujo.

Dicen que los niños suelen hacer preguntas que los grandes son incapaces de contestar. Entre muchas preguntas hubo una, de las últimas, que los delegados tampoco pudieron contestar. Fué Liova quien preguntó:

—¿Por qué, los fascistas de todo el mundo ayudan a los fascistas de España y *nosotros* no ayudamos a los españoles que están luchando contra el fascismo?

Ninguno de los delegados pudimos contestar a Liova. Fuímos a Moscú para aclarar esta pregunta, pero salimos con más tinieblas que al emprender el viaje.

EL MUSEO DE LA "REVOLUCION"

Steñka Razin y los ciceronis.

Durante nuestra estancia en Moscú, algunos de los delegados tuvimos ocasión de visitar el llamado Museo de la Revolución. Una parte de la Delegación española se dirigió a los talleres, mientras la otra nos fuímos a ver el Museo sobre el cual tanto habíamos oído hablar.

El Museo de la Revolución está situado casi al centro de la capital, para llegar no tuvimos que viajar mucho. Nos recibió el Director del Museo y nos presentó unos cuantos ciceronis que cuidarían de informarnos.

A la entrada, vimos algunos cuadros representando a uno de los primeros revolucionarios rusos: Steñka Razin. Uno representaba a Razin en su apogeo, cuando dirigía la sublevación de los campesinos y cosacos contra Catalina la Grande; otro figuraba la ejecución de este primer rebelde surgido de la tierra de los cosacos. El pueblo ruso tiene muchas leyendas sobre la sublevación de Steñka Razin, durante años los rebeldes se inspiraban en sus gestas heroicas. Las canciones sobre Razin son hoy tan populares como lo fueron hace dos siglos. Tuvimos ocasión de leer algunas leyendas sobre Razin; esta parte del Museo se nos hizo interesante, porque descubrimos objetos acerca de los cuales teníamos antecedentes.

Un cuadro representaba a Steñka Razin en el mercado. Al entrar en una capital del sur de Rusia, Steñka Razin ordenó a los ricos tenderos que le entregaran todo el dinero que tenían en la caja. En cuanto el dinero estuvo en su posesión, en el centro del mercado, lo tiró todo para que la gente pobre

pudiera cogerlo. Los pintores rusos dibujaron con maestría estas escenas del siglo XVII.

Otra sección del Museo representaba a Emeliano Pugachev. Pugachev fué otro rebelde ruso que se sublevó contra las injusticias de los zares. En el Museo vimos la jaula de hierro donde estuvo detenido. Las autoridades, una vez terminada la sublevación, metieron a Pugachev en la jaula y lo llevaban de una ciudad a otra, enseñándolo como un monstruo.

Otra está dedicada a la sublevación de los decabristas. Están expuestas las fotografías de todos los principales participantes, los detalles de la batalla principal de los sublevados. Hay cuadros que representan el proceso, la marcha de los procesados con sus familias camino de Siberia. Se ven escenas emocionantes donde las mujeres de la alta sociedad despiden a los suyos, dejando todo el confort de la capital y acompañando a sus maridos hacia Siberia.

Los ciceronis se detenían ante los cuadros que consideraban más interesantes y nos explicaban algo sobre su historia. En algunos lugares, nos hubiera gustado conocer otros objetos que vimos en el Museo, pero tuvimos que escuchar lo que los ciceronis consideraban más importante para nosotros.

Mientras visitábamos aquellas secciones del Museo donde los bolcheviques no tienen mucho interés en desvirtuar, las explicaciones de los ciceronis eran interesantes, pero cuando llegamos a los tiempos recientes, sus discursos se hacían insoportables por lo vacuos y parciales.

El museo del Partido Bolchevique.

En cuanto entramos en una sección que representaba la historia del marxismo ruso, los ciceronis nos hicieron perder el tiempo más precioso. Nos deteníamos un cuarto de hora delante de cada hojita que los marxistas rusos editaron en el siglo pasado; allí estaba la colección de "Iskra" y los primeros

pasos que dió Lenin en la fundación del movimiento marxista en Rusia.

Seguramente pensaban que durante las horas que pasábamos en el Museo íbamos a digerir las "teorías del marxismo" que no hemos podido aquilatar durante horas de estudio libres. ¡Pobres hombres, hablaban con tanto afán, creyendo que sus palabras lucientes iban a abrir los ojos a los ciegos en los laberintos marxistas! Escuchábamos con compasión, pensando que esta era la manera como se ganaban el pan en la Rusia soviética.

En una sección del Museo de la "Revolución" creíamos encontrarnos de nuevo en el Museo de Lenin. Allí estaban reproducidos los cuadros y las fotografías de Lenin. A su lado, naturalmente, estaban los retratos de Stalin. El ciceroni nos afirmó una vez más que Stalin fué uno de los más grandes revolucionarios que ha conocido el movimiento revolucionario ruso.

Pudimos apreciar lo grande que era Stalin por lo visto en el Museo. El mismo, ordenó la casa en miniatura donde nació. También estaba representado un trozo de Georgia con su casa, la escuela que frecuentaba, los lugares donde tuvo sus primeras reuniones. Trajeron a Moscú y pusieron en el Museo hasta la silla donde se sentaba el padre de Stalin cuando componía zapatos. Esta silla, desde hace tiempo, se conserva como un objeto revolucionario, pero nosotros, no pudimos obtener explicaciones mediocremente razonables acerca de la relación que pudiera tener la silla de un pobre zapatero con la revolución del pueblo ruso. El locuaz ciceroni no supo explicarnos este enigma.

Otra sección del Museo está dedicada a los acontecimientos de 1905. Pasando y repasando todo lo expuesto no encontramos nada que recordara la intervención de los Socialistas Revolucionarios que en aquella época jugaron un papel bastante importante, ni objeto que mencionara a los maximalistas, anarquistas y otros grupos que existían en aquellos años y

que fueron los verdaderos promotores de la transformación que sufrió el pueblo ruso.

En lugar de estos materiales, perfectamente históricos, nos encontramos con propaganda bolchevique. Allí estaban las primeras divergencias que los bolcheviques tuvieron con los social-demócratas. Todos sabemos que Trotsky tuvo importante intervención en los acontecimientos de 1905, pero en este Museo, como en los otros, solamente quedaba su caricatura. En dicha caricatura, Lenin está representado como un tigre que está cazando gatos y ratones. Entre los ratones está Trotsky, cogido por Lenin. El ciceroni nos dió la lata sobre los dibujos que representaban el Congreso del partido socialdemócrata, donde se ventilaban las divergencias de mencheviques y bolcheviques.

Desde la sección dedicada al "marxismo ruso", el Museo ya no representaba un museo de la revolución rusa, sino una falsificación de la misma en favor del partido bolchevique. Todo estaba confabulado y acondicionado de forma como si los bolcheviques hubieran sido los únicos que lucharon contra el régimen del zar y contra todas las injusticias sociales.

Las secciones internacionales.

A medida que nos acercábamos a las secciones que representaban los acontecimientos de los tiempos modernos, encontramos más burdas falsificaciones de la historia. Por todas partes vimos cuadros e impresos diciendo que los bolcheviques lo habían hecho todo, que eran los únicos que defendieron a la clase obrera, que tenían el programa más práctico, etc. Los que no habíamos perdido la memoria y recordamos lo que los comunistas hacían y decían diez años atrás, en seguida notamos que no todos los bolcheviques acertaron en el camino emprendido. Había cierto grupo que no se equivocaba nunca, mientras muchos otros cometían desaciertos mucho más graves que los socialistas que no reconocían al marxismo. Sabíamos, por ejemplo, que G. Zinoviev fué uno de los principales hombres

del partido bolchevique, llegando a figurar como secretario de la Internacional Comunista, pero en el museo de la "revolución" no se le veía por parte alguna.

Yendo de una sala a otra, nos dimos cuenta que nuestros guías nos hicieron pasar un par de secciones sin detenernos ni entrar en ellas. Nos intrigó mucho tal acción porque al cruzar el pasillo nos dimos cuenta que en una sala estaban representadas las luchas que tuvieron lugar en el Sur de Rusia. La otra que pasamos sin entrar, tenía una inscripción que decía: "La sublevación de los marinos de Cronstadt en 1921".

Nos llevaron a la sección donde se exponían las luchas en el terreno internacional. Había salas dedicadas a la lucha revolucionaria en Alemania, Polonia, Francia, Inglaterra, China, España y muchos otros países.

De la visita a estas secciones sacamos una impresión más dolorosa aún de las que representaban la lucha revolucionaria del pueblo ruso. La única lucha que encontraba eco en estas salas, era la que mantenían los comunistas. Nada podía encontrarse de las luchas que precedieron a la aparición del comunismo, como tampoco nada de lo que se hacía fuera del control del partido comunista.

En las secciones polaca y alemana había expuestos los periódicos y carteles que editaron los comunistas de aquellos países; figuraban las estadísticas que los comunistas arreglaron a su manera; estaban los cuadros que representaban a los socialdemócratas colaborando con los fascistas. En ninguna sección estaba representada la verdadera lucha que se llevaba en cada país respectivo.

Pero, nos quedamos todavía más parados, cuando entramos en la sala que pretendía reflejar las luchas españolas. Estaban colgados un par de cuadros que representaban la lucha de los mineros asturianos en octubre del 1934 y un grupo en barro que expresaba algo ocurrido en Sevilla.

Un delegado llamó al Director y a un intérprete y les dijo:

—Lo que tenéis aquí como expresión de las luchas en España, no representa nada, absolutamente nada. La sección española es de una pobreza aterradora. España tiene un historial de luchas revolucionarias muy grande, con más de 60 años de pugnas continuas; tiene un movimiento sindical que es el más revolucionario y mejor organizado que se ha conocido hasta ahora en Europa; ha hecho huelgas que han tenido renombre mundial, en sus luchas cayeron luchadores de verdadero prestigio, pero aquí tenéis una insignificancia perfectamente ridícula.

El Director reconoció que la sección española estaba mal representada, pero se excusaba diciendo que el Museo no tenía material de la lucha española.

Después de este diálogo se me acercó una empleada para informarse sobre asuntos de España. Era una mujer de unos 45 años, morena, con lentes, y según me dijo, hacía tiempo que trabajaba en el Museo. Sus preguntas las hizo en alemán con acento judío:

—¿Es fuerte el Partido Comunista en España?

—No lo sé, no pertenezco a tal partido—contesté.

—¿A qué partido pertenece?

—A ninguno.

—¿Cómo es que no pertenece a ningún partido?

—No pertenezco a ninguno porque no veo necesidad de ello.

No hubo manera de convencer a esta señora que los obreros podían defender mejor sus intereses sin el partido comunista que militando en sus filas. Cuando intenté explicarle que los comunistas en todos los países van contra los intereses obreros, me dijo que en España todavía hacía falta mucha propaganda para que los obreros se percataran de la verdad comunista. Vana será esta propaganda, ya que sospechamos que la

idiosincracia del español, su temperamento y su formación ideológica son elementos antagónicos para adaptarse al comunismo.

Las instrucciones del Director.

Después de la visita a las secciones internacionales, el Director nos hizo pasar a su despacho. Allí nos mostró el material que acababa de recibir de España. En su despacho tenía un par de carteles del P. S. U. C., partido llamado socialista que se sumó a la Internacional Comunista durante la guerra civil española, y algunos carteles más de la Generalidad de Cataluña.

La Delegación de la C. N. T. llevaba una colección completa de los carteles que había editado la Confederación. La colección fué entregada al Director diciéndole que era un regalo para el Museo. Dos delegados pidieron que los expusiera en la sección española. Desde luego, ninguno de los delegados creía que iba a exponerlos. Allí no interesaba más que los materiales que entraban en la línea, sin importar la calidad.

Luego el Director nos situó alrededor de una mesa, colocándose él al final de la misma. Al otro extremo y encima de otra mesa, estaba el fotógrafo que se preparaba para sacar unas placas.

Allí nos explicó que acababa de recibir un paquete de objetos que fueron entregados al barco "Zirianin" durante su viaje a España. Ordenó al empleado que desatara dicho paquete, que estaba colocado en un rincón de su despacho. El "Zirianin" fué uno de los primeros barcos soviéticos que amarró en el puerto de Barcelona, después del boicot y bloqueo que hicieron todos los países a la España antifascista. A los españoles, les hubiera gustado más que el "Zirianin" hubiera llegado con material de guerra en vez de trigo, pero estaban contentos por haber roto el boicot que mantenían los países fascistas y demócratas. Los catalanes recibieron cordialmente a la tripulación del

"Zirianin" y, al despedirse de ellos, les regalaron unas cuantas banderas.

La Delegación española en Moscú quedó extrañada al ver tantas banderas. La mayoría de ellas eran de la C. N. T. y de la F. A. I. Cada bandera tenía una inscripción diferente y también dedicatorias a los marinos rusos que venían de Barcelona.

Mientras el Director desplegaba las banderas y las enseñaba a los reunidos, el fotógrafo preparaba sus arreos para hacer una fotos.

Entre las banderas que tenía medio desplegadas, el fotógrafo notó a una que se distinguía de las demás por sus colores claros y llamativos, por la clase de material con que estaba hecha y por la belleza de sus bordados. Era una de las banderas más bonitas de las regaladas a la tripulación del "Zirianin". El fotógrafo, como es natural, quería hacer la fotografía destacando la bandera más bonita, pero en este instante se oyó la voz del Director que decía en ruso:

—¡No retrates esta bandera! Ya te diré yo la que tienes que sacar.

Ninguno de los delegados se dió cuenta de la orden del Director, pero yo ví el porque no dejó al fotógrafo hacer la foto con la bandera más llamativa. Esa bandera era de la C. N. T.—F. A. I. de Barcelona.

El Director, ordenó hacer la fotografía cuando estaba desplegando la bandera del P. S. U. C.

Después de esa advertencia me dí cuenta que pedir que colocaran los carteles de la C. N. T. en el Museo, era igual que pedir peras al olmo. ¡Cómo iba a exponerlos si prohibió hacer una foto para que estas anagramas no aparecieran en alguna revista ilustrada.

Al depedirse, el Director pidió con insistencia que le enviáramos objetos de la lucha revolucionaria. Se extrañó mucho cuando le preguntamos:

—¿Para qué?

La vuelta al Museo.

Al salir del Museo, la mayoría de delegados quedamos intrigados para saber qué es lo que había en aquellas salas que los guías nos hicieron pasar de largo.

Al cabo de tres días, cuando Mirov nos dijo que íbamos a visitar la Internacional Comunista, le dijimos que aquel día dejábamos la Delegación. En la Internacional, nos soltarían un discurso más de aquellos que pronuncian sus agentes, pero que a nosotros no nos interesaban. Le dijimos que íbamos a visitar una vez más el Museo de la "Revolución" donde vimos cosas interesantes.

Mirov quería ofrecernos un intérprete para que nos acompañara, pero le indicamos que nos habíamos puesto de acuerdo con la señora Juana MacNeight. La madre de esta señora pero ella tenía la nacionalidad británica pues su padre era inglés. En 1934, cuando un núcleo de refugiados asturianos fueron a Moscú, se casó con un socialista asturiano. Al enterarse que había llegado un Delegación española, vino por conocer la suerte de su marido, pues desde el principio de la guerra civil no tenía noticias suyas. Se interesó también por los acontecimientos españoles y con gusto nos acompañó al Museo.

A la llegada, pagamos nuestras entradas como todo el mundo y los guías no se enteraron de quienes éramos. Pasamos algunas salas de largo y nos metimos en las que tenían interés en no dejarnos visitar.

Al entrar, inmediatamente, nos dimos cuenta del porque no querían que las viéramos. Una sala estaba dedicada al movimiento nihilista de Rusia. Se remontaba a la época del te-

rrorismo en que los revolucionarios contestaban con las mismas armas que empleaba el régimen absolutista contra el pueblo. No estaba representado el nihilismo ruso, sino su caricatura.

La otra sala reflejaba lo acaecido en el Sur de Rusia, con el movimiento majnovista. En una de las paredes estaba colgada la silueta de Majno. Se veía un cosaco sifilítico, con todos los rasgos de un tipo pervertido. Las inscripciones decían que eran bandidos, asesinos y ladrones.

Todavía más repugnante era la mixtificación de la sala que representaba la sublevación de Cronstadt. Había cuadros que mostraban cómo los marinos "se vendían a la burguesía de los países del Oeste de Europa", cómo el general Koslovski dirigía a los sublevados, etc.

En estas salas estaba representada, no la verdad histórica, sino una miserable deformación bolchevique, con el fin de desprestigiar a sus enemigos. Para subyugar a los campesinos de Ukrania, calificaron a Majno de bandido y así lo expusieron en el Museo. Para acallar la protesta de los mejores revolucionarios de Cronstadt, había necesidad de mostrar que estaban dirigidos por generales blancos; los bolcheviques sacaron a Koslovski, aunque éste no intervino para nada en aquella sublevación.

De haber entrado la Delegación española en estas salas, seguramente que hubiera roto algunos cuadros, armando un escándalo. Mirov y los responsables del Museo, por esta razón, nos hicieron pasar de largo.

Así, los dirigentes soviéticos evitaron el escándalo, pero los cuadros falsificados continúan en las salas, los rusos y las delegaciones extranjeras visitan el Museo, toman notas sobre la revolución rusa, escriben artículos y libros sobre las cosas. que "vieron por sus propios ojos".

¿Qué valor pueden tener sus escritos, si todo lo que vieron está de cabo a rabo falsificado, si los acontecimientos revolucionarios están desvirtuados, si la historia de la revolución rusa

está sometida a las conveniencias de la política del Partido? ¿qué valor puede otorgarse a los museos bolcheviques, si muestran con tanta inpudicia que cuantos tomaron parte activa en la revolución fueron pasados por las armas "como perros rabiosos" por ser "espías" del extranjero?

La verdad escueta es que jamás hubiéramos creído que la verdad histórica, que los hechos y episodios recientes y conocidos por todo el mundo, fuesen tan villanamente mixtificados.

CON LOS ESCRITORES SOVIETICOS

Una visita a su casa.

Una noche, parte de la Delegación, visitamos el Sindicato de los Escritores Soviéticos. Desde nuestra llegada a Moscú, deseaban conversar con nosotros. A tal efecto, nos habían invitado a su casa.

La residencia de los escritores soviéticos se encuentra en el centro de la capital. Su centro social es una casa antigua. La entrada es pequeña, pero había bastante espacio para toda clase de reuniones. En una sala cabían varios centenares de personas.

Al llegar, nos recibió un pequeño grupo de escritores que nos estaban esperando. Como era hora de cenar, inmediatamente nos llevaron al segundo piso donde las mesas estaban preparadas. Mientras tanto iban apareciendo otros grupos que nos fueron presentados como literatos soviéticos.

Nos dijeron que al Sindicato pertenecían casi todos los escritores activos. Activos, quiere decir todos aquellos escritores que escriben. También nos dijeron que el número de miembros del Sindicato iba creciendo. De tarde en tarde, algunos se daban de baja, pero siempre venían fuerzas jóvenes a suplirles. Se nos dijo, que en la Unión Soviética, cada joven inteligente podía abrirse paso en bellas artes.

Después de insistir sobre la definición del término "escritores activos", pudimos aclarar que los rusos así llaman a los "escritores que escriben". Cuando dicen "escritores que escriben", quieren decir "escritores que publican". Uno puede escribir mucho, pero si sus obras no se publican, no será un "es-

critor activo". Cuando dicen "escritores que publican", quieren decir "escritores cuyas obras han sido publicadas por la única editorial estatal". Cuando dicen "escritores publicados", quieren decir "escritores cuyas obras han pasado por la censura del Estado y aprobadas por el Gobierno soviético."

Así es, que cuando en Rusia se dice que un escritor ha dejado de ser activo, cuando "no escribe", quiere decir que sus trabajos no agradan al censor, que al escritor le han sido quitados los medios necesarios para poder publicar sus obras.

El presidente de los escritores.

En otoño del 1936, el presidente del Sindicato de Escritores, era Vleadimir Petrovich Stavski. Hombre alto, fuerte, con aspecto de coronel retirado. Llevaba una americana parecida a la que viste Stalin en las fotografías, unas botas de cosaco y un pantalón "galifé".

Stavski pidió que ocupáramos nuestras plazas alrededor de la mesa y en seguida, copa en mano, brindó por la revolución española y por Stalin.

En su discurso de introducción expuso lo que representaba el Sindicato de Escritores en la Unión Soviética, el trabajo que llevaba a cabo y las dificultades que había encontrado en su camino.

Explicó a los reunidos que el Sindicato y los escritores soviéticos empezaron a cumplir debidamente sus verdaderos deberes para con la sociedad, cuando Stalin intervino en el asunto. Nos afirmó que Stalin había prestado grandes servicios a la literatura rusa; que era su verdadero animador, y que había sido él quien había abierto el camino y señalado la ruta a seguir "limpiándolo de zarzas y malezas que de vez en cuando se interponían a nuestro paso".

También nos dijo que a los escritores de hoy no se les podía comparar con los de la antigua Rusía. "Antes escribían y

hacían todo lo que favorecía al régimen y orden de cosas vigentes, mientras que ahora nuestro trabajo no es propio de un régimen, ni de una clase, sino que afecta al pueblo entero. Si antes los escritores liberales no podían hacer más que señalar el camino de destrucción, ahora, nosotros, tenemos confiada otra tarea: hemos de construir. Los escritores soviéticos, nos damos perfecta cuenta del momento actual, como también sabemos apreciar el mérito del gran constructor de los pueblos soviéticos y hemos decidido marchar paso a paso con él. Este gran hombre, no es solamente el constructor del pueblo ruso y arquitecto del porvenir de una nación de 170 millones de habitantes, sino, que es también, el constructor de toda la humanidad progresiva. Aquí veis—dijo señalando a un cartel que había colgado en la pared—las palabras que Stalin pronunció durante un discurso y que ahora son las palabras que ha adoptado toda la U. R. S. S."

El cartel en la pared decía: "La causa del pueblo español es la causa de toda la humanidad progresiva". Dicho cartel, lo hemos visto en la Embajada soviética de Finlandia, en la estación de Leningrado, en las escuelas, en los periódicos, en los sindicatos y en todas partes en Moscú.

Un delegado que estaba al lado mío durante la charla de Stavski, me dijo en voz baja:

—¡Qué poco originales son los literatos soviéticos! ¡No han sabido inventar una consigna nueva! ¡Sólo saben repetir lo dicho por Stalin!

Los literatos que estaban en la habitación, siempre que Stavski mencionaba a Stalin, acompañaban sus palabras con aplausos.

Literatos condecorados

Lo que nos chocó más, fué cuando Stavski empezó a hablar de los literatos reunidos. Iba nombrando uno a uno a todos los escritores soviéticos presentes, explicando los méritos

contraídos en la "obra constructiva" de la U. R. S. S. Cada vez que nombraba a algún miembro de su Sindicato, éste se ponía de pie y los demás aplaudían.

Alrededor de la mesa había escritores que tenían la Orden de Lenin y otros la de la Bandera Roja. Unos se destacaron durante la guerra civil, otros se hicieron célebres más tarde, durante el período de la construcción, sin que faltaran los héroes del frente de Ukrania, de Siberia y del frente doméstico.

Al mismo tiempo Stavski nombraba las obras de algunos escritores que estaban ya en la imprenta. Unos habían escrito o escribían acerca de la guerra civil o sobre las luchas sostenidas contra los blancos; otros describían la vida de los coljoses y sovjoses (colectividades agrícolas soviéticas) de la Rusia moderna. También nos refirió los miles de ejemplares que se habían tirado de algunas obras premiadas por el Estado y los coljoses que adoptaron nombres de escritores para honrarlos.

Durante el discurso de Stavski, nos dimos cuenta que en Rusia había más escritores condecorados que libres. Ningún nombre, con excepción del último, que citó era conocido por los delegados presentes. Todos eran nuevos para nuestro oído.

El último escritor nombrado por Stavski fué Serafimovich, A. S. Popou que usa el pseudónimo de A. S. Serafimovich. Nos dijo que Serafimovich perdió a su hijo durante la lucha contra los blancos. También nos dijo que por su última obra había sido condecorado con la Orden de Lenin y que era uno de los escritores de más prestigio de toda la U. R. S. S.

Nos habló Serafimovich explicando algunos episodios de su vida y sobre el dolor producido por la pérdida de su hijo. También se refirió a la reconstrucción que se desarrollaba en la U. R. S. S., asi como a la catástrofe que preparaban los imperialistas en Europa. Serafimovich veía acercarse la guerra que iba a ocasionar graves trastornos a la humanidad.

Para que conociéramos bien a todos los literatos reunidos, se levantó para decir unas palabras el vicepresidente del Sindicato. Nos sabe mal no haber apuntado su nombre. Este, nos

dijo que Stavski era muy prudente, habló de todos, pero no djio una palabra acerca de su persona. El vicepresidente quiso llenar este vacío. Nos dijo que Vladimiz P. Stavski, durante la guerra civíl, no escribió sino que luchó "contra la reacción" en el Sur de Rusia. Empezó a escribir cuando las luchas fueron terminadas. Después de limpiar el país de enemigos exteriores, empezó a limpiar a los enemigos del interior. Durante una década llevó la lucha en el seno del Sindicato de Escritores hasta que los limpió de emboscados. Terminó diciendo que era el primero en entender y seguir las indicaciones de Stalin, que recibió varias Ordenes del Gobierno, que escribió varias obras, que estas han sido publicadas, que tienen tantas condecoraciones, etc.

Respuesta de los españoles

La Delegación española encargó a Francisco Carreño para que hablara en nombre suyo. Este dijo:

—Nosotros, los delegados aquí presentes, no podemos hacer ningún discurso como los que me han precedido. Nosotros, somo unos obreros modestos, nuestra significación en la vida social es tan pequeña, que no encontramos, aún buscándolo, un motivo de elogio.

En cuanto fué traducida esta frase de Carreño, los literatos soviéticos empezaron a susurrar.

"—Yo—continuó Carreño—podría explicaros algo de como vive el pueblo español, pero no podría encontrar ningún hecho de alabanza personal que me colocara por encima de los españoles presentes ni ausentes. Ninguno de nosotros posee órdenes ni distinciones, no hemos sido condecorados y ninguno es conocido más allá de los confines de su pueblo o provincia. Nosotros no somos más que revolucionarios y con esto está dicho todo. En ella pensábamos hace años y solamente en ella pensamos en el momento actual.

"Pero esto no quiere decir que no sepamos absolutamente nada de literatura. No hemos creado obras de arte, pero todos, absolutamente todos, hemos estudiado algo de literatura. Conocemos a vuestro Oblomov, que es una especie de Quijote ruso. Conocemos a vuestro Raskolnikov. Apreciamos a autores como Korolenko, Gogol y Pushkin. Los conocemos y los admiramos. Leyéndolos encontramos como si estuviera reflejado algo de nuestra alma, algo de nuestro sentir, ¡Los escritores rusos saben adentrarse en el alma humana, y todo lo que es humano, encuentra eco en el alma española!

"También conocemos a uno de los más grandes escritores vuestros, a Gorki, Cuando tenía 17 años leía toda la literatura que encontraba de Gorki y sobre Gorki. Creo que no habrá ningún escrito suyo, editado en español, que no lo haya adquirido para mi biblioteca. Os diré mas, admiro tanto a Gorki, que hasta he dado su nombre al único hijo que tengo."

Estas palabras de Carreño fueron muy bien acogidas en toda la sala, pero algunos de los literarios soviéticos no osaban mirar a los ojos.

El mitin de escritores

Después de la cena supimos que estábamos reunidos "con lo mejor de lo mejor" de la vida literaria soviética. A la cena estaban invitados solamente los más destacados, los de más mérito, los más fieles. Mientras que abajo, en la sala, había unas quinientas personas del mundo literario moscovita que querían ver a los españoles.

Entre ellos había escritores, críticos de arte, poetas, altos empleados del Comisariado de instrucción pública, de Comisiones editoras, etc.

Los pocos delegados que fuímos a visitar el Sindicato de escritores, fuímos situados en el escenario, mientras que el mundo literario, junto con sus familias, estaban esperándonos

en la sala. En primer término hablaron los rusos, seguidos de los españoles.

En este mitin, habló un delegado por Castellón, joven socialista Vicente Gómez. Dijo que estaba orgulloso de encontrarse entre los escritores rusos y que nunca olvidaría tal encuentro; que mientras viviera lo explicaría en donde quiera que fuese "Estoy muy contento—dijo—de encontrarme en el país de Gorki, quién ha sido mi maestro y quién me ha hecho revolucionario. Me honro mucho, también, de conocer personalmente al autor de "Torrente de Hierro", cuya lectura me ocasionó nueve meses de cárcel".

En cuanto fueron traducidas estas palabras de Gómez, toda la sala retumbó de aplausos. El único que no se enteró del motivo fué el mismo Serafimovich. A este hombre viejo, le pusieron una silla en la escena, junto con los delegados españoles, pero ya no podía seguir los pensamientos expuestos por los oradores e intérpretes. Se dió cuenta que hablaban de su obra, pero no se enteró del asunto. Llamó a un traductor para que le explicara de que se trataba.

Mientras tanto, en la sala, se oían voces que pedían a Gómez que explicara cómo fué que pasó tanto tiempo en la cárcel por la lectura de un libro.

"—Dejadme que os explique—continuó diciendo Gómez —el motivo porque me condenaron a nueve meses de cárcel. Vosotros sabéis que en España siempre hemos tenido un ejército felón. Ese ejército ahora se ha sublevado contra el pueblo y nosotros luchamos contra él. No es de ahora que tiene ideas reaccionarias. Desde hace años está envenenado con las ideas negras del pasado y es un elemento regresivo de primer orden.

"Yo, como la mayoría de los españoles, he tenido que hacer el servicio militar y fuí enviado a Africa. En el cuartel, nos dijeron que no teníamos derecho a la lectura de libros que no estuvieran autorizados por los oficiales. Solamente podíamos

leer lo que ellos daban. Nosotros sentíamos otras inquietudes, queríamos abrirnos paso hacia el progreso, y por eso, quisieran o no, teníamos que romper con el pasado español. Aunque no podíamos repudiarlo públicamente, lo decíamos de manera clandestina. Yo, a pesar de que estaba prohibida la lectura de ciertos libros, procuraba adquirirlos y leerlos.

"En aquella época, en Madrid, se había publicado el libro de Serafimovich "Torrente de Hierro". Lo adquirí y lo leía a ratos, a escondidas. ¿Vosotros podéis figuraros dónde puede un soldado esconder un libro en el cuartel? No hay otro sitio que su mochila. Enterados los oficiales que leía libros no autorizados, me hicieron un registro en mi mochila y lo encontraron. Claro está, que en seguida me detuvieron, me hicieron un juicio y me condenaron a nueve meses de cárcel".

En cuanto fué traducida la explicación de Gómez, Serafimovich se levantó y abrazó al joven. Serafimovich estaba tan emocionado que dijo que no podía pronunciar una palabra más. Luego siguiendo la costumbre de Moscú, Serafimovich se acercó a Gómez y le colgó una medalla suya.

También habló otro delegado socialista, que fué diputado al parlamento español. No teníamos el honor de oír a este orador en España, pero, por las palabras que pronunció en éste acto, puede decirse que representaba mal a los que le eligieron. Algo debe cojear en la conducta del diputado mencionado cuando no hizo más que elogiar al hombre que tenía en la cárcel a los socialistas rusos. Además en un mitin de escritores, donde hay que suponer que la mayoría de los reunidos piensan por su propia cuenta, no había ninguna necesidad de alabar tan bajunamente a Stalin. Este trabajo se podía dejar para los rusos, que es para quienes Stalin constituía una amenaza inmediata.

Los escritores quieren ir a España

Llamaron a la tribuna a Vsevolod Vishnevski para que dirigiera la palabra. Vishnievski iba vestido de oficial de la marina y era miembro del Sindicato de Escritores.

Vishnevski nos dijo que era uno de aquellos marinos que estuvieron en Cronstadt durante la revolución y que pertenecía al partido desde antes de la guerra. Ultimamente se hizo director de cinema y era él quien rodó la película "Los Marinos de Cronstadt".

Sobre literatura Vishnevski no nos habló ni una palabra, pero nos habló mucho de la cuestión militar. Era el único que lucía la guerrera de marino en toda la sala.

Acabó su discurso con los párrafos siguientes:

"Podéis estar seguros que el pueblo ruso ayuda y ayudará a España. Os lo digo yo en nombre de los escritores soviéticos que hemos tomado parte en la guerra".

"Para que veáis que no son palabras vanas, os diré que no solamente os ayudaremos materialmente, sino que estamos dispuestos a ir a España y luchar juntos con vosotros. En este momento ya tenemos nuestros delegados en los frentes antifascistas. Allí están nuestros Ehrenburg y Miguel Koltsov. A estos representantes les decimos que nos comuniquen si es necesaria nuestra presencia en la lucha. Tan pronto nos digan que sí, todos los aquí reunidos, y todos los que pertenecen a la organización de escritores soviéticos, estamos dispuestos a dejarlo todo y marcharnos a España".

V. Vishnevski alimentaba las mismas ilusiones que tenían la mayoría de europeos: querían ir a España para luchar como si en España no hubiera luchadores. De hombres dispuestos a luchar teníamos bastante, lo que nos faltaba era armamento que nadie nos mandaba.

Fuímos a Rusia con la intención de pedir ayuda, pero después del discurso de Vishnevski teníamos miedo a que nos

fuese prestada. Nos estaban ofreciendo lo que no pedíamos. No eran precisamente escritores los que nos hacían falta.

Además a uno de sus representantes ya le conocíamos. No sabemos lo que Ehrenburg habrá dicho acerca de otros países, pero, por lo que ha escrito sobre España, los españoles le hubieran quedado agradecidos si no hubiera dicho nada. Sus reportajes de los sucesos de Asturias perjudicaron grandemente al pueblo español. Las fuerzas llegadas de Africa destruían a los rebeldes durante la lucha, mientras que Ehrenburg los cubría de lodo después.

Recordamos cuando llegó Ehrenburg al Comité Regional de la C. N. T. en Barcelona y se le preguntó por qué escribía sobre los asturianos en aquellos tonos, sabiendo que era mentira. El "mejor reporter soviético" no supo que contestar. Después de la insistencia, Ehrenburg dijo:

—Mi intención no era describir los acontecimientos en este sentido...

Pero la realidad es que así las dijo y que todos los españoles que leían sus reportajes entendían lo que él había escrito y no la intención suya que había quedado inexpresada.

En cuanto a M. Koltsov, no lo conocíamos entonces, pero por lo que escribió sobre España durante la guerra, los mismos rusos lo pasaron de la categoría de "escritores activos' a la de "pasivos". En su "Diario Español" Koltsov publicó más sandeces sobre España que el mismo Ehrenburg. ¡Qué ya es decir!

A pesar de estas razones, el discurso de Vishnevski fué muy aplaudido, pero no aplaudieron los españoles. No era esta la ayuda que nos interesaba. Además, nos place mirar a la cara de las personas que hablan. Durante su discurso, Vishnevski gesticulaba con una mano, levantaba la voz, pero siempre miraba al suelo. Dudamos si vió la faz de ninguna persona del auditorio.

Las mujeres descubren un secreto

También hizo uso de la palabra una señora que fué presentada como la "esposa del escritor Ivanov". Dicha señora era una mujer enérgica, inteligente, tenía buena voz y era buena oradora. Pronunció un discurso que conmovió a los reunidos.

La señora de Ivanov dijo que hablaba en nombre de la "Organización de mujeres de escritores soviéticos". Que la finalidad de dicha organización era cuidar que las mujeres estuvieran al lado de sus maridos, de ayudarles en todo lo que es educativo y de ayudar al pueblo ruso en la tarea de construir una vida nueva. Dijo también que las mujeres de los escritores están dispuestas a tomar las armas e ir al frente si es necesario, que algunas de ellas habían tomado parte en la revolución, y que también se defenderían si alguien se atreviera a atacar a la U. R. S. S.

Continuó diciendo que la mujer rusa sigue con atención la lucha en España y afirmó que la "Organización de mujeres de escritores soviéticos" había sido la primera en lanzar el grito de socorrer a España. Ella propuso que se organizaran comités de ayuda en todo el territorio de la U. R. S. S. para colectar dinero. Dijo que estaba contenta por la buena acogida que tuvo su proposición, que actualmente existían comités en todas partes, que los obreros soviéticos daban generosamente lo que podían y que ya se había enviado a España un barco, cuyo contenido fué pagado con los donativos del pueblo soviético.

La señora de Ivanov se refería al cargamento del barco "Zirianin" que acababa de regresar a los puertos soviéticos. La prensa rusa estaba describiendo la calurosa acogida que los españoles dieron a los marinos en el puerto de Barcelona.

Los españoles agradecieron la iniciativa de la buena señora. Le pidieron que continuara actuando en ese sentido.

Después de los discursos, el "mundillo literario" moscovita se fué a bailar, mientras los delegados formaron varios

grupos y discutían problemas de la lucha, del trabajo y de literatura. Casi todos los intelectuales rusos, al hablar de la literatura española, hablaban de "Don Quijote". Los conocimientos de la mayoría de los reunidos se acababan allí. Quedaban parados cuando se les nombraba toda una serie de grandes escritores que escribieron antes y después de Miguel de Cervantes.

Uno sólo dijo que había leído a Miguel de Unamuno en alemán, pero ninguno conocía a Pérez Galdos, Azorin, Pío Baroja, Gabriel Miró, Angel Ganivet, etc.

Ahora viene la justificación del título que damos a éste capítulo. El descubrimiento consiste en que sin querer la señora de Ivanov nos hizo ver como Stalin cobró dos veces la misma mercancía sin que surgiera ninguna protesta de parte de los donantes ni de los compradores.

Medio año más tarde, cuando de regreso a Barcelona continuábamos nuestras tareas diarias, se presentó a nuestro despacho en el Comité Regional un amigo que trabajaba en la Generalidad de Cataluña. Este, como representante del Sindicato de Alimentación, intervenía en los asuntos de alimentación. Alguna vez tenía que descifrar facturas con caracteres rusos, pero, como tenía dificultad en traducir algunas palabras, pedía nuestro concurso para hacer la traducción exacta.

Nuestra sorpresa fué enorme cuando nos enteramos que las facturas eran del Gobierno soviético, presentadas al Gobierno de la Generalidad, por los alimentos que trajo el barco "Zirianin". Había partidas de harina, mantequilla, varias clases de pescado, etc.

Eran las facturas del Estado soviético cobrando los donativos del pueblo soviético. No eran facturas por transporte, sino por las mercancías que fueron adquiridas con los donativos del pueblo ruso.

De ahí que sea evidente que lo que trajo el "Zirianin" a Barcelona, Stalin lo hiciera pagar al pueblo ruso, cobrándolo

luego con creces a la Generalidad de Cataluña, a la vez que explotada inicuamente la falsa ayuda prestada.

Supongo que la señora de Ivanov que habló con tanta emoción acerca de la ayuda prestada por los obreros soviéticos, que nos explica como los rusos generosamente hacían sacrificios para atender al pueblo español, no sabía nada de eso. Seguramente que el pueblo ruso tampoco sabía que los agentes de Stalin cobraban sus donativos.

Ellos no lo sabían, pero el pueblo español sabe perfectamente lo que le costó la farsa de la ayuda soviética.

VIAJE A UKRANIA

Kiev — capital antigua

El día 21 de noviembre, a las dos de la tarde, llegamos a Kiev, capital de Ukrania, la ciudad más antigua de Rusia. En el siglo VIII Kiev ya era un centro comercial, mientras que el resto de la gran Rusia estaba desorganizado.

En la estación nos esperaba una enorme multitud, puede decirse que estaba presente todo el pueblo. Quienes nos esperaban en Leningrado y Moscú eran dóciles, obedecían a las órdenes de un dirigente, pero no así en Kiev. Ni el ejército ni la policía podían imponerse a la multitud. La policía intentó hacer un cordón para impedir que el pueblo se acercara a los delegados, pero todo fué en vano.

A nuestra llegada, se rompieron los cordones. Todos querían saludar personalmente a la Delegación española.

Todos percibimos la diferencia que existía entre Kiev y Moscú. En Kiev, la gente iba mejor vestida, tenía mejor aspecto, hasta parecía más alegre, más activa. Ukrania, es la Cataluña de Rusia, nos decía uno que estaba enterado de la significación de Cataluña en la vida económica española.

En la plaza, cerca de la estación, había muchas banderas y pancartas, pero detrás de las banderas se veía la multitud que imponía más que los trapos ondeantes. El ejército rojo subyugó a los ukranianos durante la guerra civíl, pero quedó algo en lo íntimo de este pueblo que no pudieron destruir los conquistadores.

Vinieron a saludarnos los delegados de las organizaciones obreras de Kiev, el Rector y los Catedráticos de la Universidad,

los miembros del Gobierno, etc. Tuvieron que valerse de una estrategema para sacarnos de la estación. Las multitudes no querían desbandarse.

Nos hospedaron en el hotel "Continental". Hasta en el hotel se veía mucho más orden que en Moscú. Había menos empleados y más limpieza. Las relaciones entre los empleados eran más naturales, no había riñas entre ellos y no se veían aquellas caras largas y siniestras que parecían representar la "Casa de los Muertos" de Dostoyevski.

Lo mejor, es lo peor

En Kiev, nos llevaron a ver astilleros, fundiciones, centros del cinema, talleres. En todos estos lugares hubo discursos, como en Moscú. Los oradores decían casi las mismas frases que oíamos desde nuestra llegada. Subrayaban que tenemos que vencer al fascismo, que para ello necesitamos un partido bueno y fuerte, que el partido debe tener un buen jefe, que debemos poner mucha atención en lo que dice Stalin, puesto que es el hombre más inteligente que hay en el movimiento obrero, etc.

Escuchar a diversos oradores soviéticos es como leer la prensa comunista de varios países. Uno puede coger periódicos de comunistas rusos, americanos, españoles, alemanes, o de cualquier nación y en todos encontrará idénticas frases, las mismas consignas y a veces, hasta la misma construcción gramatical de sentencias.

En Kiev, como en Leningrado, nos decían como lucharon contra los blancos y terminaban por afirmarnos que ganaron gracias al partido comunista y a la inteligente dirección de Stalin. Esta uniformidad de pensamiento, demostraba hasta la evidencia que existía la censura más rigurosa que ha conocido la historia.

Por la noche, las autoridades de Ukrania nos honraron con un banquete. En la sala del mismo hotel prepararon la

cena; pronunciaron discursos enviados del Gobierno, del Partido, de los Sindicatos, del Ejército de tierra y aire. Hablaron representantes de universidades, de policía de la Cheka, etc.

Pronunció un discurso el jefe militar de la región, recomendándonos elaborar el programa de un partido y proponiéndonos organizar un ejército como el suyo. Este mismo jefe no tardó en ser víctima de la organización que nos recomendaba. En la purga de jefes militares que hizo Stalin, liquidó al jefe de la guarnición de Kiev.

También, habló el poeta Utkin, recordándonos sus quebraderos de cabeza cuando quería representar a "Carmen durante la guerra civíl en Siberia. El señor Sbert contestó con un discurso muy largo.

Para que el banquete fuese animado, los ukranianos hicieron venir a un grupo de cantantes. Decían que eran gitanos. Algunas de sus canciones, desde luego, no eran rusas. La verdad es que había muy poco arte en sus cantos y bailes.

Entre la algarabia declamatoria se oían de vez en cuando gritos de: ¡Viva Stalin! ¡Viva la U. R. S. S.! ¡Vivan los españoles!

Más tarde salió un "¡Viva el Partido Comunista!" Acto seguido uno de los españoles gritó: ¡Vivan los gitanos!

Este fué un grito harto significativo, porque un par de días antes de salir de Moscú para Ukrania, a un delegado nuestro le robaron la cartera con todo el dinero. Este, dejó sus cosas en su habitación, mientras fué a tomar el baño a un cuarto lindante. En cuanto regresó, la cartera había desaparecido, con ella desaparecieron unos cuantos miles de pesetas, algunos papeles personales, fotografías, etc.

Con el fin de descubrir a los autores, vino exprofeso el jefe de policía de Moscú, trajo perros-policías, pero la cartera no apareció.

Al fin del banquete, se presentó Petrovsky. Los intérpretes dijeron, medio en broma, que era el verdadero "amo de

Ukrania'. Ese Petrovsky era el secretario del partido bolchevique de esta región; también era uno de los jefes de la cheka.

Petrovsky pronunció un discurso en ruso y unas cuantas frases en español, diciéndonos que la única manera de ganar la guerra contra el fascismo era seguir las indicaciones del partido bolchevique. Toda la sala, incluso los representantes militares y gubernamentales, aplaudieron mucho. Quienes no movieron sus manos fuerons los españoles.

De las conversaciones de sobre mesa tenidas entre rusos y españoles, como también entre ellos, pudimos deducir que estábamos en compañía de chequistas y ex-chequistas. Algunos actuaban en Kiev, otros en Siberia y en otras partes de la U. R. S. S.

Antes del banquete, Mirov nos dijo que tendríamos ocasión de ver lo mejor de Ukrania, lo más selecto y lo más representativo.

¡Mal empezábamos! En España, una reunión de polícias, militares y agentes secretos siempre fué considerada como lo peor de la sociedad. A pesar de las afirmaciones de Mirov, nos ateníamos a los viejos conceptos españoles. En Ukrania pudimos constatar que lo mejor era el pueblo ukraniano y no los que se eriguieron en sus representantes.

Visita al Presidente

A la noche siguiente, después de asistir a una representación en el teatro ukraniano, nos llevaron de visita a casa del Presidente de Ukrania, señor Llubchenko.

El Presidente de la República Ukraniana nos recibió a las doce y media de la noche. Dicho señor era uno de los delegados que tenía que asistir al Congreso de los soviets que se celebraba en Moscú para aprobar la Constitución que proponía Stalin. Tenía que salir a las dos de la madrugada y decía que no quería partir sin haber recibido a los españoles.

Todos los delegados recordamos con gratitud el rato que pasamos en casa del señor Llubchenko, pues fué muy amable con nosotros. Nos informó sobre la situación de Ukrania, haciendo comparaciones del crecimiento de la riqueza en la parte ocupada por los rusos en contraste con la que dominaban los polacos. Llubchenko nos afirmó que la riqueza se desarrollaba mejor con el régimen soviético que con el capitalista.

Lo más importante fué la conversación mantenida sobre España. Desde que salimos, no teníamos más que malas noticias, pero ignorábamos la peor. En Kiev nos enteramos que en el frente de Madrid murió Durruti, uno de los guerilleros más populares en España. Toda la prensa soviética habló de Durruti y de sus actividades durante la guerra española. Su muerte desanimó a la Delegación.

El Presidente de Ukrania, quizá queriendo animarnos, decía que los antifascistas españoles habían ganado importantes batallas contra Franco. En la pared tenía colgado el mapa de España, con la línea de ambos frentes.

Según sus datos, los pueblos de Quinto, Belchite y Teruel hacía días que estaban en nuestro poder. En el frente de Huesca también se había adelantado bastante; además, decía que teníamos buen material de guerra.

—Sí, sí—replicó uno de los delegados, reprochándole—no se puede comparar con el armamento de los fascistas. Ellos tienen tanques y aviones, mientras que nosotros no tenemos de nada.

—Según mis últimas noticias, tenéis tanques y aviones que no son peores que los utilizados por los fascistas—contestó Llubchenko seriamente. —El otro día leí un artículo de un general inglés que hablaba de las últimas batallas libradas en Madrid. Claro está que tenía sus puntos de vista y miraba las cosas a su manera. Para él, la guerra civíl española ya no era una guerra entre españoles, sino la guerra de alemanes e italianos contra la U. R. S. S. pero dejemos esto a parte. Describiendo el armamento de unos y otros, este general afirma-

ba que en los combates de Madrid se había demostrado claramente que el armamento ruso es mucho más eficaz que el alemán e italiano, lo cual ha hecho pensar seriamente a los Estados Mayores de estos dos países.

Las noticias eran increíbles, los delegados españoles las oían por primera vez y rebosaban de alegría. Altos empleados de los soviets nos afirmaban que se enviaba armamento a España, pero no pensábamos que estuviese ya en activo.

Luego, el señor Llubchenko añadió:

—No hay que hacer caso a las noticias de origen capitalista inglés, pero se ve que tenéis armamento

Los que conocíamos el frente de Aragón y sabíamos cómo estaba su situación, rebosábamos de contento. El presidente de Ukrania nos dió las mejores noticias que tuvimos en la U.R.R.S.

Pero, ay ¡cómo se desvaneció nuestra ilusión cuando llegamos a España! No sólo Belchite y Teruel estaban en manos de los fascistas, sino también Quinto y otros pueblos de los alrededores de Huesca estaban en su poder.

Todo lo que nos había dicho el Presidente de Ukrania referente a las posiciones del frente, eran informaciones falsas. ¿Era verdad lo que nos dijo sobre la prosperidad de su país bajo el régimen soviético? Nosotros pudimos observar que aquí se vivía con más abundancia que en las capitales del Norte, había más alegría, mejor expresión de salud, más luz y más sol, pero no tuvimos tiempo para comprobar otras afirmaciones.

Medio año más tarde, cuando ya estábamos en España, leímos en la prensa noticias sobre la liquidación de presidentes de las repúblicas soviéticas. Se decía que el señor Llubchenko también entró en la purga, calificado como enemigo del pueblo. La agencia TASS anunció que se había suicidado. Eso despues de haber otorgado su voto para poner en marcha la "Constitución más democrática del mundo".

El Museo Antirreligioso.

Una mañana visitamos el Museo Antirreligioso, del que se decía que era una de las mejores instituciones, organizadas por los bolcheviques después de la guerra civíl.

Estaba instalado en uno de los conventos más antiguos de Rusia, en la llamada Peshcherskaya Lavra, de Kiev. La Lavra se compone de varias iglesias, construídas en siglos diferentes y de edificios adjuntos, como conventos, cementerios, etc. En las paredes de las iglesias había algunos cuadros que representaban a sus fundadores.

Desde siglos atrás el pueblo ruso decía que en la Lavra se hacían milagros. Hasta afirmaban que sucedieron algunos durante su construcción.

De toda la Lavra lo más pintoresco eran los sótanos. La gente hablaba con misterio de los sótanos antes de la revolución, pero muy pocos tuvieron ocasión de verlos. Los bolcheviques abrieron las puertas y por cierta suma de dinero dejaban visitarlos a todo el mundo.

El director, nos dijo que en aquellos sótanos enterraban a los santos y frailes más destacados. Bajando por las escaleras y pasillos estrechitos encontramos en las paredes restos de varios santos de la iglesia ortodoxa. En otros, solamente leímos las inscripciones.

Por documentos que encontraron se ve que los sótanos servían de cementerio y de cárcel. Si en la iglesia ortodoxa aparecía algún indisciplinado, si cualquiera se atrevía a sublevarse contra sus superiores, terminaba su vida en las penumbras de los subterráneos. En la antigüedad, solían condenar los reos a ser atados a la pared sujetos por unas argollas, y los dejaban allí hasta que morían. Vimos unas celdas pequeñitas en las cuales todavía pudimos apreciar los vestigios de estos medios de tortura.

En las salas donde vivían y se reunían los frailes, estaba recogido todo el material que empleaban los religiosos para

propagar su religión. Había fuentes que no se secaban, ángeles que cantaban y muchas cosas por el estilo. Entre el material encontrado en las iglesias, estaban debidamente distribuídos cuadros ejecutados por pintores bolcheviques sobre la colaboración de las jerarcas de la iglesia con los representantes de los Gobiernos del Zar. Un cuadro representaba a un hombre condenado por denuncia de un cura; en el otro, una mujer venía obligada a nutrir con sus pechos a unos perritos del señor; había varias escenas bárbaras de la justicia rusa sobre el adulterio, etc.

Este Museo, quizá hizo algún bien a las capas ignorantes y fanáticas del pueblo ruso. Los españoles aprovechamos su visita para aprender algunos matices de la historia de este país.

Formaban parte de nuestra Delegación dos vascos, los dos creyentes, uno de ellos muy sincero. Después de salir del Museo les pregunté qué impresión les había producido.

—No he encontrado nada que me haya hecho dudar de mis principios religiosos—dijo uno. — Todo lo que hemos visto no es otra cosa que propaganda barata que hacen los incrédulos desde hace años.

El otro afirmó que lo expuesto en el Museo no tiene ninguna relación con la religión católica, pues se refiere únicamente a la ortodoxa.

El resultado de la visita fué ineficaz en el sentido de la propaganda, puesto que a los únicos religiosos que había en la Delegación española no les afectó en lo más mínimo en sus creencias.

Dos escuelas de Kiev.

Visitamos dos casas de niños: la de los pioneros, y la de la Inclusa.

En la Casa de los Pioneros estaban los hijos de los comisarios, de los hombres de partido, de los que pueden pagar,

de los nuevos ricos; mientras que la Inclusa la habitaban los niños de pobres, los huérfanos, los sin madre ni hogar, los que fueron recogidos en las calles.

Nadie que no lo hubiera visto con sus propios ojos creería posible que existiera tanta diferencia entre las casas de los niños en la Unión Soviética. No creo que en ningún otro país destaquen tanto las diferencias de clase.

En la Casa de los Pioneros pudimos contemplar unas salas grandes, limpias, con todas las comodidades apropiadas para la vida del niño. Salones de espectáculos, de gimnasia, de baile. Un teatro de marionetas, construído con gusto y maña envidiables, tan bien hecho, que dudo que ningún otro país tenga algo mejor.

Al llegar nos recibieron los alumnos con sus maestros. Los niños estaban alegres, iban bien vestidos, eran enérgicos. Hacían toda una serie de preguntas atrevidas, originales. Nos obsequiaron con los mejores manjares y dulces del país. Tenían un aspecto sano, iban bien aseados, llevaban buen calzado.

¡Cuán diferente era la Inclusa de Kiev! Allí también encontramos muchos niños y niñas de la misma edad, pero su actitud era en absoluto distinta. Los muchachos no osaban acercarse a nosotros; antes de dar un paso miraban a sus superiores con temor. En las habitaciones, las camitas estaban tan cerca unas de otras que en algunos lugares no se podía pasar entre ellas. Las salas de enseñanza eran oscuras, con ventanas pequeñas, con paredes mal pintadas. Los niños tenían un aspecto triste, las caras pálidas, su actitud apocada.

Se reunieron los niños. También cantaron y bailaron. Pero ¡qué diferencia en el canto y baile que nos ofrecieron los pioneros! En la Inclusa, los niños cantaban canciones de alabanza a Stalin, al militarismo, y muy especialmente a la aviación. Mientras los pioneros cantaban canciones populares, los inclusos bailaban bailes que querían introducir los comunistas de Rusia. Cada paso era simbólico y tenía su significación. A

la vez, iban pobremente vestidos. En cambio, los pioneros bailaban con ritmo los bailes típicos rusos y ukranianos, adornados con trajes apropiados para cada baile. Dudo que en ningún ballet europeo los trajes de los bailarines fueran superiores a los que llevaban los niños de los gobernantes soviéticos.

Entre los delegados españoles había varios maestros y una maestra. Todos ellos tenían ideas progresivas sobre los métodos de enseñanza. Mientras íbamos hacia el hotel se preguntaban unos a otros: ¿Por qué tanta diferencia entre una casa de niños y la otra? ¿No es un principio socialista practicar la igualdad de educación para todos los niños? ¿No decimos que ellos son la base de la sociedad futura y que todos han de recibir la misma educación? ¿No se repite en las revistas pedagógicas que según la educación que demos a los niños, así será la sociedad futura? ¿No afirma la prensa comunista de cualquier país que el lugar de nacimiento, la familia, la penuria económica no tienen nada que ver con el derecho a la enseñanza? ¿No afirman los comunistas españoles que no deben existir privilegios educativos entre los ricos y los pobres? Si esto propagan en España ¿por qué no lo practican en Rusia?

Ningún delegado español supo encontrar la contestación adecuada a estas preguntas.

Visita a una fábrica de caramelos.

Teníamos poco tiempo para residir en Kiev y sólo podíamos visitar dos fábricas: una de géneros de punto y otra de caramelos. Mirov dividió la Delegación en dos partes para que viéramos ambas. A mi me tocó ir a la fábrica de caramelos. No nos sabe mal porque allí es donde nos dieron a chupar el mejor caramelo de producción comunista. Los extranjeros visitan las fábricas soviéticas, a muchos les dan caramelos, pero lo malo es que se los tragan sin saborearlos. Nosotros no pudimos tragarnos el que nos suministraron en Kiev.

La fábrica que visitamos estaba lejos del centro de la capital. Mirov dirigía la parte de la Delegación que acompa-

ñaba. Como de costumbre, procuraba ir a su lado. Me interesaba su compañía porque me explicaba cosas de la vida de la U. R. S. S. También fuí uno de los primeros que entraron en la fábrica.

Salió a nuestro encuentro el Director. Mirov ya le había telefoneado, diciendo que iba acompañado de una Delegación extranjera. Entre él y el director tuvo lugar este diálogo en ruso. En mi memoria quedó grabada palabra por palabra.

—*¿Qué, ya tiene preparado esto?*—pregunto Mirov al Director.

—*Si*—contesto éste.

—*¿Qué secciones ha decidido enseñarles?*

—*La de empaquetamiento, la de hervir chocolate, la de elaboración de frutas y también la de maquinaria.*

—*Ha de saber usted que después de visitar la fábrica, los delegados se reunirán en su despacho.*

—*Con mucho gusto los recibiré.*

—*Seguramente le harán preguntas. ..*

—*También les contestaré gustosamente.*

—*¡Pero ha de contestarles bien!*

—*Así lo haremos*—contestó el Director con una sonrisa desdeñosa.

—*Si le preguntan por la administración ha de decirles que solamente hay cinco personas.*

—*Si les dijera que hay veinte*—dijo sonriendo el Director —*no exageraría demasiado.*

Esta conversación fué el punto culminante para mí. Esto me demostraba que la llegada de la Delegación a cualquier parte va precedida de una preparación en todos los órdenes. Oí hablar de que preparaban farsas de este género, pero en Kiev, Mirov me dió la prueba. El, delegado de los Sindicatos de la U. R. S. S., ordenó al Director de la fábrica que nos

facilitara datos falsos. Ningún bolchevique podrá negar lo que yo mismo oí.

Nada nos hubiera extrañado que en una fábrica donde trabajan 6,000 obreros, ni que en donde diariamente entran y salen mercancías por valor de decenas de miles de rublos tuviera veinte o más personas en la administración.

Despues de este "caramelo", la visita a la fábrica ya no tuvo interés. En realidad, no tenía nada extraordinario. Una fábrica parecida podía encontrarse en cualquier ciudad de provincia europea. Las máquinas y los instrumentos de trabajo tampoco brillaban por su limpieza.

Después de dar la vuelta nos reunimos en el despacho del Director. Este nos dijo que la fábrica estaba muy bien administrada, y que, a pesar de ello, sólo cinco empleados llevaban la administración.

Mirov, ampliando lo dicho por el Director, nos explicó lo bien que funcionaba la producción soviética; la poca burocracia que tiene la U. R. S. S. y que todos los rusos hacen un trabajo productivo, etc.

De no haber oído dicha conversación a la entrada, tal vez me hubiesen maravillado los éxitos de la producción soviética, como se maravillan muchos que regresan de la U. R. S. S., los cuales, después de pasar unos quince días en Rusia y de visitar fábricas y despachos, escriben libros y artículos sobre el admirable funcionamiento de la administración y la organización productiva soviética. Varios de estos señores se han tragado los "caramelos" suministrados por los directores y por la propaganda oficial. Muy pocos han mantenido dudas sobre las fuentes de información. Es difícil sospechar que el Director, que es quien dirige la producción, tenga órdenes de dar informaciones falsas para enaltecer el prestigio de la producción soviética y demostrar que es mejor que la capitalista.

Muchos se han figurado que los datos recibidos han sido verídicos, y de regreso han publicado informaciones de éxitos

de los planes quinquenales, de la capacidad productiva de los soviets, etc., sin pensar que ellos fueron los primeros engañados y que igualmente engañan a sus lectores.

Si los rusos informaron de tal manera a los B. G. Shaw, a las señoras de Astor, a los millonarios tipo Davies, de muy poco se les podría acusar. Todo el mundo sabe, y los rusos mejor que nadie, que a esta clase de visitantes les importa un pito la producción soviética. Son elementos que van a Rusia solamente en plan turístico, para contar paradojas a los snobs y para poder decir que han visto "con sus propios ojos el misterio ruso."

Lo que es imperdonable es que informen de esta manera a Delegaciones obreras que van a estudiar la organización de la producción soviética. Y mucho más, a la Delegación española, puesto que en España los obreros llavaban el control de la mayor parte de talleres, fábricas y de producción agraria y esperaban que la experiencia rusa les serviría de algo para mejorar su rendimiento productivo. A tal fin, miembros de Comités de fábricas y de agrupaciones, antes de salir para Rusia, nos pidieron informáramos del funcionamiento industrial ruso, para que ellos no dieran pasos en falso.

¿Qué podíamos aconsejarles, de regreso, si las informaciones recibidas eran falsas? ¿Cómo podíamos hablarles de la organización productiva soviética si en nuestra presencia se ordenaba que nos mintieran? ¿Qué confianza podían merecernos los Sindicatos soviéticos cuando sus representantes nos engañaban miserablemente?

Por referencias, que ya poseíamos, no esperábamos éxitos en la producción soviética. Sabíamos que es mucho más difícil organizar la vida industrial y agraria que hablar de lo mismo. Pero, sí que esperábamos se nos dijera la verdad. Si unos obreros esconden la verdad a otros que necesitan de su experiencia ¿para qué hablar de intereses comunes de la clase obrera, de solidaridad internacional y otros tópicos por el estilo?

¡Qué diferencia en la conducta de los obreros españoles, mientras éstos administraban la producción! Todas las delegaciones de obreros extranjeros que visitaron a la España antifascista y tenían interés en conocer la marcha de la producción podían enterarse de lo bueno y malo que se hacía. Todos podían enterarse en qué aspecto se hicieron adelantos, sin que escondieran los desaciertos. A nadie, absolutamente a nadie, se mintió. No se escondió la verdad a ninguna delegación obrera, como tampoco se dejó de decirla a la hija de Churchill.

Claro está que Mirov mentía por encargo, por mandato de sus superiores. Lo ordenaban así, porque todo el sistema soviético está basado en la mentira, porque nos querían hacer ver cosas que no existen. Los superiores de Mirov creen que el embuste es una arma política y lo practican a conciencia, mintiendo, inclusive, a delegaciones obreras sedientas de acometer en su país las mejores descubiertas. De un proceder tan cínico ¿qué puede esperarse?

Un redactor impertinente.

En cuanto terminamos de escuchar las "informaciones" del Director, se nos acercó el redactor jefe del periódico de la fábrica, pidiendo nuestra opinión. Quería saber la impresión que nos produjo la visita. Nos dió la dirección, pidiendo que le escribiéramos desde España, pues con gusto publicaría cuánto mandáramos a su periódico. La dirección que nos dió era:

Kondfabrica im. "Karla Marksa"
Kitallskaya Nr. 17 Kiev.
Redaccia "Stajanovets Konditor".

La fábrica de caramelos que visitamos llevaba el nombre de Carlos Marx.

Dicho individuo se acercó a un joven socialista madrileño que conocía la producción dulcera en España y le preguntó:

—¿Qué te parece esta fábrica?

—Es muy grande—contestó el español tranquilamente.

—Sí, tiene muchos edificios y trabaja a la moderna—añadió el redactor al ver que no ampliaba su comentario el interrogado.

—Sí, los edificios son más grandes—dijo el madrileño. —Pero nadie diría que trabajan a la moderna. En España, y en fábricas viejas, empapelan con máquina, cosa que aquí hacen a mano.

Después de esta contestación, el periodista no preguntó nada más sobre la modernidad de la fábrica.

EN MOSCU SIN ACOMPAÑANTE

Escapamos de los "delegados"

Desde los primeros días de nuestra llegada a la capital rusa, mi deseo era entrevistarme con algunos ciudadanos de de Moscú, sin que me acompañaran intérpretes, "delegados" de los sindicatos rusos ni nadie que representara a la Rusia oficial, y que trabajara para el Gobierno.

Me daba cuenta que la tarea era bastante difícil, pero no la abandonada. Sabía que no convenía hacerlo en compañía del otro delegado de la C. N. T., porque hubieran sospechado inmediatamente. Entre los delegados comunistas no había de quien fiarse. Solo, tampoco era conveniente.

Durante mi viaje me hice amigo del señor Julián de Bisturia, bilbaíno, delegado de los "Solidarios Vascos". A pesar de los pocos días que llevábamos de viaje, me convencí que era un hombre sincero, que no tomaba como oro todo lo que relucía, que sabía pensar por propia cuenta, que hacía observaciones muy acertadas, y lo que era más importante: que era un hombre, en el cual se podía tener confianza. El sabía que no ignoraba el ruso y le tenía al corriente de cómo se portaban con nosotros los traductores oficiales. Tomó muchas notas de las que constan en este trabajo. Las convicciones de uno y otro eran diferentes, las apreciaciones políticas a menudo eran opuestas, pero ambos estábamos de acuerdo en lo que no se debía hacer para que pudiéramos ganar la guerra y en cuanto facilitaba la unidad y la solidaridad entre los obreros.

Un día, cansados ya de ir con el corro de un sitio a otro, nos quedamos en cama con pretexto de estar cansados. Más tarde, cuando Mirov y sus agentes salieron con los delegados a

visitar otros museos, salimos a recorrer las calles de Moscú. Después de caminar un rato, dije a Busturia:

—¿Tienes algún inconveniente en visitar la casa de algunos amigos que tengo por aquí?

—No. Ni el menor reparo—me contestó.

—Pero ¿ya sabes que es un poco peligroso?

—¿Peligroso? ¿Por qué?

—Porque será una casa donde no encontraremos bolcheviques. Seguramente será gente imparcial, o a lo mejor, enemiga del régimen soviético.

—¿Son amigos tuyos?

—Sí.

—Pues con esto hay suficiente.

—¿Y si nos detienen? Dirán que hemos venido a Rusia para mantener relaciones con gente sospechosa.

—Si nos detienen, peor para ellos—dijo Busturia. —En el país vasco se armaría tal escándalo que allí no podría vivir ningún comunista. A mí me pueden detener, pero no retener. Tendrían que dejarme en libertad en seguida.

—Entonces, vamos.

—Sí, hombre. Además, me interesa ver cómo vive la gente que trabaja, quiero entrar en una casa modesta sin ser acompañado por estos "delegados del Sindicato de Moscú".

Quedamos en que no diríamos nada a nadie, mientras estuviésemos en Moscú, pero una vez fuera del territorio de la U. R. S. S., contaríamos la verdad sobre lo visto.

Actualmente, no sé cual es el paradero de Julián de Busturia. Nos vimos una vez en Barcelona al evacuarse el Norte. En París, me dijeron que estaba trabajando en los Pirineos. No sé qué suerte había corrido después que los alemanes ocu-

paron Francia. Quisiera que pudiera leer estas páginas para confirmar su contenido.

Cómo viven los obreros.

Antes de salir para Rusia me entrevisté con unos amigos que habían vivido muchos años en Moscú, pero que tuvieron que abandonar aquel país cuando el terror bolchevique empezó a dar golpes a derecha e izquierda. Ellos me dieron la dirección de unos viejos amigos suyos. Desde hacía años no se carteaban, pero pensaban que todavía vivirían en la misma casa.

Al no conocer a Moscú, dimos bastantes vueltas antes de encontrar la calle y el número que nos interesaba, pero, por fin, estos inconvenientes fueron vencidos. Era una casa situada en un barrio obrero de Moscú. Alrededor de la misma había varias fábricas.

No daré a conocer el nombre de la calle, el número y los detalles exactos de la casa, porque supongo que las personas que conocimos todavía viven en Moscú. Como que el régimen staliniano es el mismo, me temo pudieran acusarles de cualquier delito y perjudicarlos.

Para entrar en la mansión buscada, tuvimos que pasar una puerta, atravesar el patio y utilizar de guía a una mujer, puesto que en los barrios viejos de Moscú no hay indicaciones en las entradas. La casa, de cuatro pisos, tenía en el exterior, bastante buen aspecto. Se veía que era una de aquellas viejas casas de Moscú, construídas de ladrillos rojos, con ventanas pequeñas como si los arquitectos tuvieran miedo de que entrara luz en el interior. El aspecto cambió por completo cuando entramos en el patio. Vimos escaleras rotas, remendadas con tablones medio quemados, ventanas tapadas con cartones y trapos viejos, charcos de agua que dificultaban la entrada. Para llegar al segundo piso tuvimos que subir por una escalera sin luz, sucia y con peldaños rotos en algunos lugares.

Al llamar a la puerta, salió una mujer de unos 30 años de edad, bajita, de un aspectos enfermizo y cansado.

Le pregunté en ruso:

—¿Es aquí donde vive *tovarishch* X?

—Sí; ésta es su casa—contestó ella.

—¿Podría verle?

—No, ahora no está.

—¿No podría ver a algún amigo suyo?

—Tampoco están . . .

—¡Qué lástima, porque es la única ocasión que se me presenta para poder verlos! Como estaré muy poco tiempo en Moscú, no se si podré repetir la visita.

La mujer abrió la puerta y nos franqueó la entrada. El modesto hogar consistía en una pequeña cocina instalada en la entrada que representaba una especie de zaguán. Dió la luz en la cocina, pero casi no se veía nada, pues era muy débil. Las paredes necesitaban un baño de cal, en un rincón había un cubo con agua; en otro, varios botes; no había gas para cocinar y se preparaban las comidas con leña. Un cristal roto en la puerta estaba tapado con cartones.

—Soy delegado español—le dije—acabo de llegar a Moscú. —Este es mi compañero,—indiqué, señalando a Busturia. No entiende el ruso. Me hubiera gustado mucho lograr una entrevista con X. Le traigo saludos de su amigo Y. Me dijo que hacía muchos años que no sabía nada de él.

—Pues yo soy su hija—dijo la mujer. —X. ahora está trabajando y tardará unas horas en llegar. Mi madre tampoco está en casa. Ella también tendría mucho gusto en saludarles.

Con esto nos hizo pasar a otra habitación, donde había una cama de madera con un niño acostado. Como complemento, había un armario y una silla. La ventana daba al patio.

—Esta es mi habitación—dijo la mujer—y éste es mi hijo.

—¿Hace tiempo que está en cama?—preguntó Busturia.

—Sí. Más de un mes.

—Pero ¿cómo es eso? ¿Por qué no lo lleva al hospital?

—Cuando se puso enfermó, pedí su ingreso, pero no lo aceptaron.

—Pero ¿qué es lo que nos decía ayer Mirov?—se extrañó el vasco. —Afirmaba que en la U. R. S. S. todos los obreros estaban asegurados en caso de enfermedad, no obstante, aquí está un enfermo a quien no otorgan tan esencial servicio.

Expliqué a la mujer lo que causaba extrañeza a Busturia. Ella añadió que todo estaba arreglado para el servicio de los comunistas, pero quienes no lo son, nada pueden hacer. Es peor todavía para aquellos que son considerados como sospechosos. Mi marido está deportado—dijo.—Todo el mundo lo sabe y yo nada puedo conseguir.

La mujer quedó parada de que Busturia se extrañara de cosas tan sabidas. —Si lo sabe todo el mundo—dijo con naturalidad. Le expliqué que la confusión surge de lo que dicen los comunistas en el extranjero y en el interior del país. Que como las delegaciones que visitan Rusia no conocen el idioma ni tienen ocasión de hablar con el pueblo, sólo tienen conocimiento de lo que les dicen los agentes del Gobierno. También le dije que con nadie había hablado en ruso, y que ella era la primera persona, contándole algunos incidentes ocurridos. Después de las explicaciones pertinentes, la mujer tuvo más confianza con nosotros y habló con mayor franqueza.

Las condiciones económicas.

Le preguntamos cuánto pagaba de alquiler.

—Por esta habitación donde se encuentran, pago 12 rublos al mes. Con dicha cantidad tengo derecho o cocina.

—¿Y cuánto pagan por todo el piso?

—Unos 50 rublos, pero como somos tres familias, cada cuál paga su parte correspondiente. Yo me trasladé a este piso cuando deportaron a mi marido, pues me quedé sin nada y no puede pagar más. Los otros pagan un poco más que yo, puesto que ocupan una habitación mejor que la mía, no es tan húmeda.

—¿Cómo pueden ustedes arreglarse?—insistió el vasco.

—Pues mire, cada uno tiene su habitación y la cocina la empleamos en común. Por mi habitación han de pasar cuantos entran o salen del piso.

—¿Todos los obreros viven así en Moscú?

—No, todos no. Nosotros somos "privilegiados" A los vecinos de esta casa nos llaman "señores". El conjunto de trabajadores vive mucho peor que nosotros. Si quieren tendrán ocasión de visitar algún hogar y ya verán cómo viven. Somos "privilegiados" porque mi padre no ha cambiado de casa desde los tiempos de la guerra. Tienen que saber que en Moscú faltan habitaciones y todos vivimos apretados. Es verdad que han construído bastantes casas nuevas, pero no hay suficientes. Además, las construcciones modernas solamente tienen derecho a ocuparlas los comunistas, ingenieros, técnicos, burócratas, estajanovistas y otros privilegiados. Un obrero que no sea más que un obrero, como la mayoría, no puede ni soñar en habitar tales mansiones. Ellos tienen que vivir dos o tres familias en una misma casa, como vivimos nosotros sin derecho a protestar y aún aparentando que están contentos.

—¿Quiére decirnos cuánto gana usted?

—Trabajo en una fábrica de hojalata. Soy obrera de la brigada de choque. Generalmente 180 rublos, y si algún mes me sale bien la cosa, llego hasta los 200 ó 220 rublos. Ya pueden figurarse cómo puedo vivir y atender a mi hijo con dicha cantidad.

—Pero si nos han dicho que el obrero que menos gana percibe unos 500 ó 600 rublos por mes.

—Sí. Quinientos rublos es el salario más bajo que cobran los privilegiados, pero la inmensa mayoría no pasa de los trescientos. La mayor parte de las mujeres no llegan ni a 200 rublos. Una muchacha soltera todavía puede defenderse, pero si tiene hijos es del todo imposible.

—¿Y en la fábrica donde usted trabaja los demás también ganan un salario tan bajo?

—No. Hay quien gana más. Los hombres se sacan buen sueldo.

—¿Y por qué ganan más?

—Muy sencillamente, porque son más fuertes y producen más. Aquí todos ganamos según lo que producimos. Estamos en tiempos de Stajanov. Se emplean brigadas de choque y el más fuerte es el que más gana. En la misma fábrica y a mi lado trabaja un obrero. A veces no tengo fuerza para levantar las planchas aunque cuelgue todo mi cuerpo en la máquina, mientras que él, que tiene más fuerza, lo hace con suma facilidad. Por esta razón produce más que yo y al fin de mes se lleva a casa unos 300 rublos, y yo estoy contenta cuando llego a los 200.

—¿Y qué coméis?

—Ahora mismo os lo voy a enseñar—dijo y se fué para mostrarnos el puchero. —¿Lo véis? Pues, con este puchero de lentejas, he de tener suficiente para todo el día. Compraré un par de sardinas y tendremos la comida del mediodía. Lo que quede, servirá para la cena. Un kilo de pan vale un rublo y setenta kopeks. Así es que las lentejas, las sardinas y el pan representan la base de nuestra tradicional alimentación. Yo ya estoy acostumbrada, pero a los niños no les basta, por esto están enfermos. . .

Los dos quedamos petrificados.

—Por muy mal que vayamos en España—dijo Busturia—nuestra alimentación siempre ha sido muy superior a esta bazofia. ¿Y esto es lo que ha ganado el obrero ruso después de tantos planes quinquenales? ¿Es esto lo que ha conseguido después de haber transcurrido 19 años de construcción revolucionaria? ¡Qué con su pan se la coman!

La justicia soviética

—¿Quiére decirnos por que está detenido y deportado su marido—preguntó Julián de Busturia. Yo traduje su pregunta.

—Sí, no tengo ningún inconveniente—contestó la mujer. —En un país como este, mi marido tiene la desgracia de ser un hombre sincero, siempre le gusta decir las cosas tal como son, o al menos, tal como las ve. En la fábrica, donde trabajaba, los bolcheviques hacían su propaganda. Durante meses y meses mi marido callaba y no decía nada, pero llegó un momento que no pudo aguantar más, le sublevaron las mentiras y la propaganda barata, y les echó en cara unas cuantas verdades. Esto bastó para enviarle a Siberia durante tres años.

—¿Y por eso sólo fué condenado a tres años de destierro? —interrogó Busturia.

—¿Condenado? No hubo juicio ni nada. Los agentes de la fábrica avisaron a la G. P. U. y éstos, sin más, lo mandaron a la Siberia por el tiempo indicado. Aquí no se hacen juicios por asuntos de esta clase. Si alguien roba o se pelea, todavía puede apelar, pero por lo que denominan cuestiones políticas, no hay juicio. Se recibe la orden para el destierro y esto es suficiente.

—¿Qué hizo usted cuando desterraron a su marido?

—¿Qué quiere que hiciera? Defenderme como pude. Fuí a trabajar y cuidar a mi hijo. Eso es todo, puesto que toda apelación es inútil.

—¿En la escuela le dan algunas facilidades?

—Sí, la enseñanza y los libros me los dan gratis. Pero, la comida he de pagarla. Esperaba me dieran mayores facilidades en la escuela, pero en vista de que mi marido era un desterrado, no quisieron hacerlo.

El aspecto de la casa y la conversación con esta obrera nos enseñó más sobre la vida de la U. R. S. S. que toda la propaganda de sus agentes, que los escritos sobre las posibilidades de aprender, que los mentidos derechos de hospitalización, que la farsa acerca de la ayuda en caso de enfermedad. Aquí, ante nuestros ojos, teníamos una realidad viva que destruía cuanto nos habían referido los propagandistas soviéticos que tienen establecidos en el extranjero. En Moscú no se atreven a hablar de tales problemas a los trabajadores del país. Sólo cuentan estas patrañas a los extranjeros que no tienen ocasión de entrevistarse con los obreros soviéticos y de comprobar lo contrario.

Un regalo para Busturia

Mientras estábamos conversando con esta buena mujer, el niño, envuelto el cuello en pañuelos, estaba sentado en la cama, jugueteando. Mi amigo notó que el chiquillo tenía unos juguetes muy raros y le pidió que se los enseñara. Eran martillitos, alicates y otros instrumentos de herrería. Unos eran hechos de madera, otros de metal y todos ellos en miniatura.

—¿Quién te los ha regalado?—le preguntó Busturia.

—Mi papá—contestó el niño.

—¿Dónde los compró?

—Los regalos que hace papá no son comprados. Son hechos por él mismo.

—¿Cuándo te los regaló?

—Desde que no puede venir a mi casa.

Estas palabras del niño fueron pronunciadas con dolor. Vimos que se daba cuenta de la tragedia de su padre, como también de la suya.

—¿Quiéres regalarme un juguete?—insistió Busturia.

—No. Son de de mí papá.

En este momento intervino la madre y le dijo que le regalara alguno, explicándole que Busturia era un buen hombre, amigo de su papá...

El niño, aunque no de muy buen agrado, cogió un martillito y se lo dió.

Decidimos volver una vez más inventando la ocasión, pues nos interesaba entrevistarnos con los hombres que no logramos encontrar.

Cuando salimos de la casa, Julián de Busturia estaba contento de haber obtenido aquel juguete. Me dijo:

—Este martillito será el mejor regalo que me llevaré de la U. R. S. S., es el emblema soviético, símbolo de la vida rusa. Cuando lo enseñe a mis amigos, les diré: "Este martillito que véis está hecho en Siberia, por un hombre que quiere a su familia, que quiere a su hijo y que tiene sentimientos de padre, pero que está separado de su único hijo y de su mujer." Les explicaré cómo se administra la justicia soviética, el por qué mandan a los hombres a trabajos forzados. Les diré que este martillito es el símbolo de cómo se ponen cadenas a todo un pueblo, puesto que fué construído en el destierro por un hombre que no ha cometido más delito que opinar libremente. Es un regalo que conservaré toda mi vida"

Un hombre escéptico y experimentado

Pasados unos días, sabiendo el camino y las horas que X. llegaba a casa del trabajo, le hice una nueva visita. Esta vez tuve la suerte de encontrarle. X. era un hombre de pasados

los 50 años de edad, la mayor parte de su existencia había transcurrido en Moscú. Antes de la guerra y durante la revolución, tomó parte activa en las luchas sociales de Rusia. Fué miembro activo de las organizaciones que lucharon contra el absolutismo zarista. El y toda su familia sufrieron mucho a consecuencia de sus actividades.

Por lo que su hija le había contado y por las noticias que le traje sobre algunos de sus amigos en el extranjero, X. adquirió confianza y me habló libremente de la vida rusa. Se interesó acerca de los acontecimientos que se desarrollaban en España.

Le expliqué las acciones ejecutadas por el pueblo español contra las fuerzas fascistas. Le conté el papel que jugaron organizaciones como la C. N. T. y la F. A. I. Le referí algunos episodios de las luchas sostenidas en Barcelona, Madrid y Valencia. Le expuse cuáles eran las perspecticas, la ayuda que necesitaban los españoles, etc.

Casi cuanto le dije fueron novedades para él.

—Aquí nos cuentan que quienes ganan las batallas son los comunistas, el ejército leal—me decía.

No tuve que hablar mucho para convencerle de que la prensa comunista estaba ocultando la verdad al pueblo ruso, puesto que él sabía muy bien los medios que emplean. Los comunistas utilizan la misma farsa, inclusive cuando se trata de la vida interior rusa.

Mostró interés por conocer la vida española, pero era algo escéptico. Me preguntó lo que había de cierto sobre la intervención de los anarquistas en la cosa gubernamental. La prensa soviética publicó la noticia de que en el nuevo ministerio que se había formado entraron cuatro ministros anarquistas y que entre ellos había una mujer.

Me costó trabajo explicarle la situación en que se encontraba el pueblo español. Los conceptos "anarquista" y "ministro" le resultaban incompatibles. Si se era uno, dejaba de ser

lo otro, decía. Me contó cómo los bolcheviques destruyeron los centros libertarios en todas las capitales soviéticas, cómo mataron a los hombres más activos y desterraron a la mayoría. Más tarde, se sirvieron de unos tipos sospechosos que no tenían nada que ver con el movimiento libertario y a esos le dejaron actuar. Este era un truco del cual se sirvieron para engañar a las delegaciones extranjeras. Los llevaban a visitar su centro y les decían: "Aquí tenéis a los anarquistas. Ellos tienen derecho a reunirse y a discutir sus problemas. Nosotros damos libertad a todo el mundo". Y los delegados de regreso a sus países respectivos afirmaban que en Rusia había libertad. X. pensaba que los ministros españoles también eran unos de aquellos "anarquistas" que servían para engañar a extranjeros.

En casa de X. encontré unos cuantos jóvenes. Estos no eran tan escépticos como él. Los jóvenes se entusiasmaban al referirles las luchas españolas. Les conté algunos hechos heroicos de Durruti, Ascaso y Mera. Les mostré algunas fotografías. Todos querían sumarse a la lucha que sostenían los antifascistas españoles. Me preguntaban qué posibilidades había para llegar a España. Les conté que habíamos llevado mucho material informativo al Museo de Moscú. Los jóvenes dijeron que al día siguiente irían a visitarlo. Querían ver los carteles y las fotografías de la lucha que sostenía el pueblo español.

X. calmó un poco su exaltación explicándoles un episodio ocurrido unos quince años atrás. Dijo que un amigo suyo que trabajaba en el Museo, le explicó cómo se procedía con el material que no les interesaba divulgar. Refirió que un militante libertario, sabiendo que la Checa iba a quitarle una colección de la prensa libertaria, la entregó personalmente al Museo. El director , después de repasarla detenidamente, dijo que el material era muy interesante, que serviría mucho para el estudio de la revolución, pues era la única colección completa que se tenía de esta clase de ediciones. En cuanto salió el donante ordenó a uno de los empleados que hiciera un paquete y lo precintara con lacre. En el paquete puso la siguiente inscripción: "Abrirlo dentro de 30 años".

—De todas maneras iremos a ver si hay alguna novedad—dijeron los jóvenes.

Opiniones sobre los extranjeros

Un par de días antes de salir de Moscú, visitamos de nuevo a X. Esta vez, además de Julián de Busturia, también vino José Camisón Cabello, delegado de Collado Villalba, de Madrid. Camisón estaba cansado de oír discursos oficiales, pues oía las notas falsas que nos suministraban y no estaba de acuerdo con el corro de la Delegación. También deseaba ver Moscú sin acompañante oficial. Camisón nos pareció un muchacho serio, pertenecía al batallón de tanques y tomó parte en las luchas revolucionarias de Madrid.

El mismo X., como también otros amigos y familiares presentes quedaron algo sorprendidos cuando los tres irrumpimos en su casa. Todos suponían que habíamos salido de Moscú.

Era la hora de cenar. La señora de X. nos ofreció té. No teníamos sed ni hambre, pero aceptamos por la gentileza que representaba y por el interés que suponía tomar té en una casa particular. Desde luego, era en absoluto diferente del que nos servían en el hotel. El té quizá era el mismo, pero la manera de servirlo era diferente. En el hotel podíamos coger la cantidad de azúcar que queríamos, mientras que en la casa de la señora X. en su lugar delante nuestro pusieron una vasija con caramelos, excusándose de que no emplearan otro medio. Le pregunté porque gastaban caramelos en lugar de azúcar. Dijo que dicha costumbre la practicaban desde los tiempos de la revolución. Un trocito de azúcar se diluye inmediatamente, mientras que con un caramelo pueden tomarse dos o tres tazas de té. Es la imposición de la economía quién ha dictado este hábito—dijo.

—Tengo entendido que los rusos toman té del samovar—dije, cuando trajo el agua caliente en un pote.

—Nosotros también teníamos samovar—contestó la señora. —Pero en un momento de aprieto, lo tuvimos que vender, pensando que más tarde íbamos a comprar uno nuevo, pero, pasan años y años, surgen nuevas necesidades, y para adquirir el samovar no hay nunca disponibilidades.

Les explicamos lo que vimos en Kiev, cómo Mirov y sus agentes nos engañaban durante las visitas a las fábricas, cómo robaron la cartera con el dinero a un delegado, lo que nos dijeron sobre la prostitución y la mendicidad, y acerca del gobierno los obreros en la Rusia soviética.

A X. no le sorprendió cuando le expliqué lo que dijo Mirov al director de la fábrica de caramelos, en Kiev. Se mostró contento al ver que nosotros nos dimos cuenta de los procedimientos que empleaban para "informar" a los extranjeros.

—Sabemos muy bien cómo os engañan a vosotros y a todos los turistas extranjeros que vienen por aquí—dijo X. —La mayoría de los obreros rusos conocemos los procedimientos que emplean. Clasificamos como turistas hasta aquellas Delegaciones que dicen que son obreras y que vienen a la U. R. S. S. en busca de informes acerca de nuestra existencia, de nuestro trabajo y de nuestro sistema de regirnos. Tenemos la convicción de que no podéis enteraros absolutamente de nada, no podéis conocer la vida en las fábricas ni tampoco la del hogar. ¿Es que creéis que aquellos aplausos y mítines son espontáneos? ¿Creéis que son sinceros? Si sabéis leer un poquito en los ojos y en las caras de los reunidos, es forzoso daros cuenta que no es así. Tenéis que saber que en todas las fábricas a donde van las Delegaciones extranjeras, se preparan los mítines de antemano, los directores pasan de una máquina a otra diciendo a los obreros tal como han de portarse. Los mismos directores o el Comité, que siempre está compuesto por los comunistas, escogen a los oradores y les indican lo que han de decir y lo que han de callar. Si dudan de cualquier obrero o temen que pueda expresar lo que a ellos no les conviene, le dan cualquier encargo para que no esté presente mientras dure la visita de los extranjeros. A

todos nos dicen que debemos aplaudir y mostrarnos alegres. También sabemos que no traducen los discursos tal como son pronunciados, sino de la forma que conviene a los intérpretes. Lo que nos duele más, es cuando oímos a las Delegaciones decirnos que trabajemos con alegría, y peor todavía, cuando se nos indica que trabajemos todavía más. Los comunistas y los gobernantes nos lo repiten cada día, pero nos duele más cuando esto sale de la boca de un extranjero que desconoce en qué condiciones trabajamos, lo que ganamos, ni cómo vivimos. ¿Es que creéis que los obreros rusos pueden recibir bien a esta clase de Delegaciones, y que pueden aplaudirlas de corazón? Las Delegaciones que visitan a este país se llaman delegaciones obreras, pero todos sus componentes van a favor de los gobernantes y no de los obreros. Los rusos nunca hemos sido nacionalistas nunca echó raíces el "chauvinismo" en nuestras tierras, pero, la actitud de los delegados extranjeros que vienen a este país, nos hacen aborrecerlas y despreciarlas.

Cuando traduje estas palabras a Julián de Busturia y a José Camisón, las visitas que habíamos hecho a las fábricas adquirieron un matiz completamente diferente.

—Figuraos—continuó diciéndonos X. — hará cosa de tres años que a cada momento teníamos que dar jornales para la causa de la revolución china. Al principio, nos hacían trabajar horas extraordinarias; luego tuvimos que aumentarlas, hasta que, por fin, nos imponían jornales enteros. ¿Qué se hicieron las cantidades que nos sacaban? Nada, por lo menos nosotros no sabemos nada. Ahora empezamos lo mismo con la revolución española. Según mis informes, los obreros rusos ya han dado unos 70 millones de rublos para los acontecimientos de España. Lo que queremos es que ganéis la guerra y que la ganéis pronto. En Rusia, el pueblo quiere que se haga la revolución en Europa y, a ver si entre unos y otros, puede arreglarse mejor la vida para todos, pues, de lo contrario, no se ve ninguna salida, ni se vislumbra un porvenir un poco mejor. El pueblo ruso está cansado de toda clase de contribuciones. Está cansado, porque el sacrificio que se le exige es superior a sus

fuerzas. ¿Os habéis dado cuenta de lo que significa un jornal para un obrero ruso?

Le indicamos que no es éste el sacrificio que pide el pueblo español y le preguntamos si los obreros rusos echan toda la culpa a los chinos por los fracasos revolucionarios.

—No— dijo enfáticamente X. —no quiero que me entendáis mal. Nosotros no estamos del todo informados sobre lo que pasa en el extranjero, pero sabemos de dónde vienen nuestros males. Durante diez años fué Zinoviev, presidente de la Internacional Comunista, quien nos decía qué clase de revolución debíamos soportar y a qué movimiento era obligado dar el dinero. ¡Pobre de aquel que se atrevía a negar su jornal para una u otra cosa! El pueblo ruso presentía que aquel hombre no haría nada bueno y no quería hacerle caso, pero nuestro Gobierno tardó diez años en descubrirlo. A Zinoviev lo metieron en la cárcel por ser enemigo Nº 1 del pueblo. Así es que todos los sacrificios que el pueblo ruso hizo mientras Zinoviev estuvo al frente de la dirección política y revolucionaria, fueron en balde. El pueblo ruso todavía no sabe lo que pasó, porque nunca sabemos lo que pasa en las alturas, pero algo muy grave debía ser por las medidas adoptadas. Se nos ha dicho que Zinoviev fué un traidor, pero nosotros sabemos que tenía muchos amigos. Algunos de ellos han sido fusilados, pero los hay que siguen tan campantes. El pueblo ruso está contento cuando fusilan traidores de altos vuelos, porque sabe que con ellos desaparecen sus mayores enemigos. El pueblo ruso no considera que esta pena sea demasiado elevada por los sufrimientos que Zinoviev y sus amigos de partido le impusieron. Zinoviev y sus partidarios, durante estos diez últimos años, han fusilado a miles, a docenas de miles de ciudadanos rusos; actualmente Zinoviev está encarcelado, pero los fusilamientos no cesan, las deportaciones no terminan. Así es que el pueblo ruso sabe que nuestro mal viene de nosotros mismos. A medida que los años pasan nos estamos convenciendo de que nosotros solos tendremos que remediarlo que nadie vendrá en nuestra ayuda. Lo malo, es que cuando alguien intenta hacer alguna cosa en

el extranjero, los trabajadores rusos tenemos que pagar los platos rotos. Quisiéramos que tuvierais éxito, pero, hasta la fecha, en todas las partes del mundo donde se ha intentado hacer la revolución, se ha ido de fracaso en fracaso. Tuvimos que pagar la revolución húngara, dar jornales para la revolución china; hubo que prestar socorro a alemanes, polacos y austríacos. Ahora nos toca ayudar a los españoles. También lo haremos, pero confieso, lo hacemos con un presentimiento que no nos dice nada bueno. De todo corazón queremos que el pueblo español triunfe, pero lo dudamos. En todos los casos cuando los gobernantes soviéticos se han hecho eco de apoyar cualquier causa, ésta se ha perdido irremisiblemente. En cuanto el Kremlin se encargó de ayudaros, entre nosotros ya cundió el pánico y vaticinamos que la causa española se perderá como se perdió la alemana, la china y todas las demás. ¡ojalá que mis presentimientos no se realizen...!

Habló mucho sobre la vida en la U. R. S. S., de las intervenciones extranjeras, de los sentimientos del pueblo ruso, de sus sufrimientos y de sus esperanzas. Nos dijo lo que pensaba acerca del despotismo soviético y lo que opinaban sus amigos de trabajo. Nos encareció que tuviéramos cuidado con lo que hiciéramos, y sobre todo, que lo pensáramos mucho antes de recibir ayuda extranjera, ya que podría darse el caso de que queriendo libertar al pueblo le pusiéramos cadenas todavía más degradantes y opresivas.

Durante el par de horas que estuvimos conversando en casa de X. el panorama de la vida rusa adquirió facetas insospechadas. A Julián de Busturia, a José Camisón, igual que a mí, la conversación sincera de un obrero ruso, nos produjo más impresión que todos los discursos preparados de profesores, burócratas y representantes soviéticos. Fué un verdadero atisbo a la entraña del pueblo ruso.

Nos despedimos de X. y de sus familiares casi con lágrimas. Nos pidieron que saludaramos a los obreros de la C. N. T. y de la F. A. I., y a todo el pueblo que luchaba contra el fascismo.

Le señora X. nos pidió que no olvidáramos a los presos que están en las cárceles y destierros soviéticos, que pidiéramos que los dejaran ir a luchar a España ya que todos ellos lucharían contra los fascistas y contra todos los enemigos del pueblo. Comprendimos los sentimientos de la señora X., pues en el destierro tenía a su yerno.

Ya casi en la puerta, X. nos dijo:

—Si conseguís alguna ayuda del Kremlin, cuando os la entreguen , tened cuidado que no os muerdan la mano.

¡Qué proféticas fueron las palabras del viejo obrero moscovita! ¡Cuántos mordiscos del Kremlin sufrieron los luchadores españoles!

EL SOCORRO ROJO Y CRECENCIA MUEHSAM

Los delegados internacionales

Una noche, un grupo de delegados españoles, fuímos a visitar la Casa del Socorro Rojo Internacional. Insistí en que me llevaran a este centro, puesto que tenía algunos encargos a cumplir. Me los dieron, no solamente españoles, sino también algunos amigos de otros países.

Al llegar a la Casa del Socorro Rojo, a cada uno de los delegados nos entregaron un paquete de periódicos editados por la sección rusa de esta organización internacional. En cada paquete había una inscripción que decía: "El Comité Central del S. R. I. de la U. R. S. S. al delegado del heroico pueblo español". El paquete estaba atado con una cinta roja sobre la cual había una insignia que decía: :"MOPR", que son las iniciales rusas de la misma organización.

Al llegar a este centro nos enteramos que el S. R. I. decidió celebrar una sesión especial en honor de los delegados españoles. Los dirigentes prepararon una cena e invitaron a los representantes internacionales que a la sazón se encontraban en Moscú.

Cuando llegamos a la sala ya encontramos reunidos a los delegados de Alemania, Polonia, China, Inglaterra, de varios países americanos, etc. También estaban presentes los delegados soviéticos y representantes del Comité del S. R. I. Pronto vimos que había mucha más concurrencia que sitios alrededor de las mesas. Mientras tanto, iban llegando más delegados. Eran extranjeros, pero hablaban el ruso por haber vivido muchos años en Moscú. Si no otra cosa, el aspecto y el vestido

denotaba mayor influencia rusa que la de sus países respectivos.

La sala estaba adornada con retratos de personas conocidas mundialmente. Entre ellos figuraba el de Luisa Michel. También había dos pizarras de honor en las cuales se inscribían los Comités que desarrollaban gran actividad en socorrer a los encarcelados y perseguidos.

Como llegué un poco más tarde, todas las sillas estaban ocupadas. Estaba dispuesto a esperar de pie, junto con la mayoría, pero en cuanto se enteraron los organizadores, hicieron levantar a una señora de la mesa y me pusieron en su lugar. Me supo muy mal, pues me pareció que dicha señora tenía más necesidad que yo de las viandas que iban a servir.

A un lado tenía como vecino el representante del Socorro Rojo de Polonia. A la derecha, estaba el representante de Hungría, en frente estaban los americanos, uno blanco y otro negro. Al final de la mesa, estaban los representantes de Alemania; al lado suyo, figuraban los chinos; más lejos había una delegada de Manchuria, otro de Uruguay, etc.

El discurso de la Stasova

Ocupó la presidencia de la reunión la señora E. D. Stasova. Figuraba como presidenta del S. R. I. Se trata de una antigua militante del partido bolchevique, desde hace años ocupa cargos de responsabilidad del partido y de las organizaciones que controlaba. Largo tiempo fué secretaria de Lenin. Daba la impresión de ser una mujer inteligente, algo hombruna. Al parecer, contaba unos sesenta años.

Stasova pronunció un discurso explicando el cometido que desarrollaba el S. R. I., cómo luchaba contra el fascismo, explicó la lucha que se estaba desarrollando en España y afirmando que estaban dispuestos a ayudarnos. Lo curioso del caso es que no pudo terminar su discurso sin atacar a Trotsky, antiguo amigo suyo.

Es significativo que la presidenta de una organización que dice que su único fin es el de ayudar a todos los revolucionarios, tuviera que meterse en política. De sus palabras podía deducirse que de esa organización sólo recibirían ayuda los incondicionales de Moscú.

Pero, lo más interesante no fué el discurso de la Stasova, sino lo que sucedía alrededor mío mientras pronunciaba anatemas contra los trotskistas.

Mí vecino, el húngaro, mientras duró el discurso, se apresuraba a cenar. La verdad es que no necesitaba incitaciones para que comiera. Era un viejo habitante de Moscú que conocía las costumbres. Pedía lo que veía sobre la mesa, y mientras los demás gritaban y aplaudían, se daba prisa en engullir viandas. La Stasova todavía no había terminado su discurso, pero él abandonó la mesa y en su lugar aposentó a una señora que estaba esperando detrás. No pude aclarar si se trataba de su mujer, o bien de otro delegado húngaro del Socorro Rojo. Esta señora tampoco tenía necesidad de aperitivos. Ni tiempo tuvo para explicarme quién era, aunque tenía interés en conocerla.

Aquello parecía un torneo gastronómico. El delegado que tenía a la derecha, en lugar de ceder su sitio a otros comensales que esperaban detrás de él, hacía sanwiches y los repartía a los reunidos. Mientras el delegado alemán pronunciaba un discurso, una delegada polaca, que estaba mirando como le preparaba el sandwich, se acercó al vecino y le dijo:

—Ya puedes poner más mantequilla...

Mientras la delegada china pronunciaba su discurso en ruso perfecto, en la mesa ya no quedaba mantequilla, jamón, pescado, ni ensalada, todo se lo repartieron los delegados. Sólo quedaba en la mesa un recipiente con caramelos. El polaco me ofreció unos cuantos y luego entregó el resto a la vora-

cidad de los presentes. Al cabo de unos minutos todo estaba vacío.

Los españoles nos dimos cuenta de que entre los internacionales de Moscú existía verdaderamente un sentimiento de solidaridad. Se socorrían unos a otros como podían, pero ¡qué triste espectáculo aquél!

¿Cómo debía sentirse aquella mujer de unos 40 años, luchadora de unos ideales, para acercarse a uno y pedirle que le pusiera una capa más gruesa de mantequilla? ¿Cuál sería el sentir de un delegado internacional que sabe que detrás de él están esperando otros que tienen tanta hambre como él? ¿Cómo los invitados pueden comer a gusto un segundo sandwich cuando saben que detrás, en la misma sala, hay muchos que desean comer por lo menos uno? ¿Qué pueden sentir estos seres hambrientos de discursos ni de ideales si su obsesión es el hambre?

¡Cuán amarga nos resultó esta recepción! Las tres o cuatro horas que pasé en la Casa del S. R. I. me dijeron mucho más sobre la vida de estas delegaciones internacionales en Moscú, que cinco volúmenes de explicaciones acerca de su misión y de sus resultados.

Un discurso de Julio Blasco.

En la Casa del Socorro Rojo pronunció un discurso Julio Blasco, delegado de Valencia. Blasco entonces era comunista y desempeñaba un cargo especial en el Socorro Rojo. Lo que dijo Blasco resultó interesante no solamente para los delegados internacionales, sino también para los españoles. Su atrevimiento o su buena fé, le hicieron decir cosas que los comunistas, en aquella época, todavía no decían en España. No es que no las decían, sino que la prensa comunista las negaba cuando alguien les recordaba algunos hechos reprobables cometidos por su gente.

Julio Blasco, que también era Delegado del Socorro Rojo español, explicó a los reunidos la actividad que últimamente desarrollaba dicha organización. Dijo que al principio de la guerra civil no existía en España el Socorro Rojo ni nadie lo conocía. Mientras que últimamente por todas partes se encontraban sucursales de esta organización. En principio había muchos que necesitaban ayuda, pero las cajas del Socorro Rojo estaban vacías y no se podía ayudarles.

—En el batallón a que yo pertenezco—dijo—casi todos somos del S. R. I. Tenemos un librito y cada uno de nosotros damos una parte de nuestro sueldo. Una vez, el batallón ocupó la finca de un fascista. En dicha casa encontramos 29,000 pesetas. Todo este dinero lo entregamos al S. R. I.

Estas palabras de Blasco fueron aplaudidas no solamente por los internacionales, sino que también por la señora Stasova, aunque ésta debía saber que el dinero encontrado debía ir a la caja del Gobierno y no a la del S. R. I. Esta noticia fué nueva para mí, porque era la primera vez que los comunistas reconocieron públicamente que empleaban su predominio en el ejército para llenar las cajas de sus organizaciones.

Blasco también aprovechó la ocasión para expresar su disgusto por la poca ayuda que recibían los luchadores españoles. Explicó la clase de ayuda que ofrecieron a España los comunistas franceses.

—Al llegar a París—decía Blasco—se me presentó una Comisión del Socorro Rojo, de Francia, y me dijeron que tenían muchos paquetes de cigarrillos y deseaban que les dijera la manera que podían hacerlos llegar al frente. Nada contesté a tal Comisión porque tal proposición era un insulto, una ofensa para los españoles. Lo que nosotros necesitamos no son cigarrillos, sino armas y cartuchos.

Luego expuso a los reunidos algunas consideraciones sobre el S. R. I. y la ayuda a España. Les dijo que sabía que esta organización no podía traer armamento, pero que podían

ayudar a la revolución española más eficazmente que con cigarrillos o mantequilla, exhortándoles para que así lo hicieran.

Informe sobre Crecencia Muehsam.

Fuí al S. R. I. porque tenía interés en oir la voz autorizada de la presidenta de ésta organización sobre los encarcelados en la U. R. S. S., y tenía un empeño especial en saber en qué situación se encontraba Crecencia Muehsam.

Eric Muehsam fué un poeta, crítico literario y luchador libertario alemán. Al llegar Hitler al Poder, fué detenido, torturado y muerto. Su compañera, Crecencia, logró escapar de Alemania, se fué a Rusia y allí cayó en desgracia. Los bolcheviques la encarcelaron, formulando en su contra acusaciones inverosímiles. En la prensa española, se habían publicado varios artículos sobre Eric Muehsam, como también sobre su compañera.

Antes de salir para Rusia algunos miembros del Comité Regional de Cataluña me recomendaron que hiciera esfuerzos para averiguar su paradero. También se interesaban por su suerte amigos alemanes, franceses y judíos que colaboraban con los libertarios españoles durante la guerra española.

Este es el diálogo que sostuve con la Stasova sobre Crecencia Muehsam:

—Usted sabrá—le dije—que gran número de elementos avanzados de varios países están muy preocupados por la situación de la compañera Crecencia Muehsam. La prensa europea ha hablado mucho de este caso. Algunos periódicos han dicho que estaba detenida, otros que encarcelada y otros, incluso, que había muerto. Algunos compañeros suyos me han afirmado que han escrito muchas veces sobre este particular al S. R. I., pero que nadie les ha contestado. Sabemos, además, que la compañera Muehsam llevaba consigo los manuscritos de su compañero que fué muerto en las cárceles de Hitler, pero, has-

ta la fecha no se ha editado nada ni se sabe nada de ello. Quisiera saber lo que se ha hecho de aquel material, y sobre todo qué ha sido de ella.

—Pues mire usted—me respondió la Stasova—Crecencia Muehsam estuvo detenida porque en su poder se encontraron unas cartas que debían haber sido entregadas a elementos trotskistas. Usted sabe que los trotskistas son saboteadores y nos lo destruyen todo. Claro está que la policía los persigue, y con razón, porque si ella no nos defiende, nos hundiremos todos. Al encontrarle a la camarada Muehsam aquellas cartas, la detuvieron y estuvo una temporada incomunicada. Todo esto es muy comprensible, porque es necesario para seguir un proceso y hacer las aclaraciones pertinentes. Pero, tan pronto como fué aclarado todo, la pusieron en libertad. Yo tuve ocasión de hablar con ella y me dijo que al principio se había asustado un poco, pero luego, al ver la gravedad del asunto, ella misma se dió cuenta que la policía no podía obrar de otra manera.

—¿Así es que actualmente está en libertad?

—Sí, sí. Ahora se encuentra en el Sanatorio de Mtsiri. Como no estaba muy bien de salud, durante la temporada de detención se quebrantó todavía más y nosotros pensamos que le convenía mucho estar tranquila y reponerse un poco. Por esto se la envió al Sanatorio.

—¿Será usted tan amable de darme su dirección?

—Con mucho gusto lo haría, pero ahora no la tengo.

—¿Quién podría dármela?

—Es el secretario quien la tiene.

—¿Quiere ordenar al secretario que me la dé?

La señora Stasova lo pensó un poco y luego me dijo:

—En este momento es un poco difícil, porque ya es tarde. y no sé donde le encontraría.

—¿Cuándo podré pasar para recoger esta dirección?—Continué insistiendo.

Después de meditar un momento, la Stasova dijo:

—Me parece que es inútil que usted la tenga. Ahora que recuerdo, no va a estar mucho tiempo en aquel Sanatorio. Ella misma ha decidido regresar a Jarkov para vivir con un sobrino suyo que trabaja por allí

—¿Quiere darme la dirección de su sobrino?

—¡Ah! Eso sí que no puedo hacerlo. No la tengo.

—¿De manera que usted no puede darme ninguna dirección de Crecencia Muehsam?

—No. Es mejor que dirija las cartas a mi dirección y yo ya procuraré hacerlas llegar.

Fueron inútiles todos mis intentos para sacar la dirección de Crecencia Muehsam. Hice otras gestiones para saber su paradero y obtener su dirección, pero todo fué en vano.

De los manuscritos de Muehsam la Stasova dijo que no sabía nada.

Ello confirma, una vez más, lo que dicen los socialistas rusos: Cuando una persona se encuentra en desgracia ante la G. P. U., no hay ninguna posibilidad de averiguar lo más mínimo ni ayudarla en nada. Todos los intentos fracasan contra los tentáculos de la policía estatal. Ni la Stasova ni nadie puede ayudar a los presos si la G. P. U. lo prohibe.

CON EL SECRETARIO EJECUTIVO DE LOS SINDICATOS

Nuestra impresión sobre Rusia.

Un día antes de salir de Moscú, Mirov reunió a toda la Delegación española en una sala del hotel y pidió que le expresáramos nuestras impresiones sobre la U. R. S. S.

En ella estuvo presente Ans Kristapovien Abolin secretario ejecutivo de los Sindicatos de la U. R. S. S. Nicolás Shvernik actuaba de secretario general, pero Abolin era quien llevaba todos los asuntos. Nos consideraban huéspedes de los Sindicatos Soviéticos, Mirov era un subalterno, oficialmente, de Abolin, por esto quería conocer personalmente las opiniones que los delegados españoles nos habíamos formado.

Después que los "leaders" de la Delegación hubieran expresado su agredecimiento por las facilidades que se nos dieron para visitar la U. R. S. S., Abolin quedó descontento. Presentía que los delegados españoles no tenían de Rusia la misma impresión que tenían a su llegada. Veía que varios aspectos de la vida soviética no eran de nuestro agrado; estaba enterado de las preguntas que hacíamos a Mirov y a los intérpretes, pero expresaba la duda de que éstos nos hubieran dado explicaciones satisfactorias.

Por esta razón, nos incitó a que le dijéramos no solamente las cosas agradables que vimos en la U. R. S. S., sino también las desagradables. Quería que le expusiéramos nuestras dudas para que pudiera explicar, a su vez, sus objeciones y dar razones adecuadas. Se lamentó de que en el extranjero, por falta de comprensión, a menudo se dicen sandeces sobre la vida de

la U. R. S. S., cosa que podría evitarse si la gente estuviera enterada de la realidad y escuchara las razones de los rusos. Dijo que ellos se daban cuenta de muchas facetas lamentables en la vida de la U. R. S. S., pero que no se puede cambiar en un abrir y cerrar de ojos una sociedad que era analfabeta, inculta y viciada.

No tuvo que esperar mucho para que los delegados formulasen preguntas. Una de las primeras fué:

—¿Por qué los gobernantes rusos, después de 20 años de haber realizado su revolución social, después de los cambios económicos operados, después de tantas transformaciones sociales no han logrado abolir la prostitución?

Abolin no iba a negar la existencia de la prostitución en Moscú, porque estaba enterado de la intervención que se hizo para sacar a una muchacha de la habitación de un delegado valenciano. No era la primera vez que la policía la sacaba del mismo hotel, según lo afirmaron los intérpretes de Mirov.

Reconoció que éste era un aspecto lamentable de la vida soviética, pero dijo que de momento no se podía hacer más de lo que se estaba haciendo. Nos dió cifras de la cantidad de prostitutas que antes albergaba Moscú y del número que tenía actualmente. Nos explicó cómo el Gobierno las envía a las fábricas, las saca de la capital, las mete en cárceles y castiga, pero que no se puede liquidar esta plaga del todo. Dió muchas razones y expresó esperanzas para el futuro, pero subrayó que es una plaga muy difícil de extirpar.

—¿Por qué el Gobierno soviético, después de haber abolido el régimen capitalista, después de haber liquidado las desigualdades económicas, no ha sido capaz de acabar con la mendicidad? Esta fué la pregunta que siguió a la anterior — En algunas capitales de España republicana los ayuntamientos se encargan de atender a los mendigos. Allí no se ven por las calles a la gente pidiendo limosna, mientras en Moscú piden no solamente inválidos, sino hombres de edad y muchos chiquillos.

Si fueron comprensibles las razones que nos dió acerca de las dificultades que presenta resolver un problema tan árduo como es el de la prostitución, no así lo que nos dijo, en relación con la mendicidad. Reiteró que el Gobierno está haciendo todo lo posible para liquidar tal vergüenza, que está procurando trabajo para todos los que quieren trabajar, que tiene un seguro social para los inválidos, que existen casas para niños, pero, que con todo y esto, no puede con este problema. Dijo que en las capitales europeas la mendicidad era más fácil de liquidar que en Rusia. Las capitales rusas crecen muy deprisa, allí donde antes había 200,000 habitantes, ahora hay un millón. La multitud emigra a las capitales, los primeros días no consigue establecerse, tienen dificultades económicas, por esto siempre aparecen en las calles nuevos mendigos.

No dijo ni una palabra de la causa que determina el éxodo del campesino ruso hacia las capitales ni del porque abandonan las tierras liberadas de los propietarios feudales, etc.

¿Por qué los rusos visten peor que los obreros europeos? ¿Por qué el nivel de vida es tan bajo? ¿Por qué hay tanta diferencia en los sueldos? ¿Por qué las mujeres trabajan en la reparación de las calles, en la limpieza de la nieve? ¿No es este un trabajo demasiado pesado para la mujer? ¿Por qué en Rusia sólo hay un partido político? ¿Por qué no se permite ninguna publicación oposicionista? ¿Por qué este desmedido e insulso elogio a los gobernantes? etc.

Hubo muchas más preguntas que deseos y tiempo para contestarlas. Abolin, sorteó los escollos como puede hacerlo un bolchevique cuando se le hacen preguntas de esta naturaleza, pero la mayoría de la Delegación se quedó desencantada, pues sus explicaciones no la satisfacieron. Tampoco nos convencieron las hojas de estadística y resoluciones de los Sindicatos y Comités sobre algunos aspectos de la vida soviética.

En el Centro Sindical.

El día 27 de Noviembre Mirov llamó a los delegados de la C. N. T. y nos dijo que Abolin quería hablar con nosotros. Mientras los otros delegados se dirigían a una recepción más, el coche nos llevó al Centro Sindical Soviético.

Abolin, tiene instalado su despacho en la Casa Central de los Sindicatos de la U. R. S. S. Este es más humilde que el de otros empleados soviéticos. Personalmente da la impresión de una persona modesta, sin ambiciones, preocupado de la suerte de los obreros. Es un hombre de ya pasados los cincuenta años, viejo militante del partido bolchevique, supo sobrevivir a varias "purgas" en las cuales cayeron varios amigos suyos. Es de origen letón, habla el ruso con acento extranjero, y es considerado buen administrador.

Estaba enterado de que la C. N. T. era la sindical más numerosa de España y no ignoraba su oposición contra el bolchevismo, también sabía que los militantes de esta organización, en los momentos decisivos, fueron quienes dieron los golpes más fuertes a los fascistas. De ahí el interés que tenía en convencer a sus delegados para que cambiaran su actitud referente a los comunistas y tantearles sobre las posibilidades de establecer una colaboración, etc.

Nos explicó cómo están constituídos los Sindicatos de la U. R. S. S. y cuál ha sido su evolución. Hubo época en la cual había en Rusia más de 40 organismos sindicales. Más tarde, fueron reducidos. Solamente quedaron 18 sindicatos representantes de varias industrias. La práctica demostró—dijo—que en aquella forma tampoco marchaba bien, y se decidió aumentarlos de nuevo. Nos explicó la relación que tienen los sindicatos entre sí, así como también la que mantienen con los Estados socialistas de la Unión Soviética.

—¿Puede en la U. R. S. S. un sindicato decidir algo sobre producción? ¿Puede proponer un plan o propaganda?—preguntamos.

—No—contestó categóricamente Abolin.—Todas las decisiones las toma el Estado; mejor, su Comisión del Plan. El Sindicato solamente puede hacer proposiciones, pero no interviene en las decisiones definitivas. En la U. R. S. S. existe una Comisión del Plan, esta Comisión colabora muy estrechamente con el Gobierno, ella sabe las necesidades del país, también conoce las posibilidades de producción de una u otra materia. Con todos los datos que la Comisión tiene, elabora un plan para el Sindicato. Luego, una vez elaborado, el Sindicato discute la manera de poder realizarlos con la mayor rapidez y con el menor esfuerzo posibles.

—Así es que el papel de los sindicatos en la producción es secundario—le decimos.—Las decisiones las toma el Gobierno o la Comisión designada por el mismo, mientras que al Sindicato no le queda más que cumplir las órdenes dimanadas de los organismos aceptados como superiores.

—Sí, así es—reconoció Abolin.

Le indicamos que los Sindicatos españoles no se resignarían a desempeñar un papel tan irrisorio. Los obreros producen y son ellos los que quieren decidir algo sobre la producción. Los Sindicatos españoles tienen sus planes para el porvenir, luchan para mejorar la vida económica de los trabajadores y del conjunto social y no se puede esperar a que renuncien a manos extrañas lo que pueden hacer por propia cuenta. ¿Por qué esta Comisión, en lugar de ser burocrática y gubernamental, no podría surgir del seno de los Sindicatos y expresar el asentimiento de todos los trabajadores?

Discutimos mucho, con Abolin, sobre varios aspectos de la vida sindical, hablamos del papel desempeñado por los Sindicatos durante la lucha contra el fascismo. Le dijimos que en España será muy difícil subyugar a los Sindicatos como los comunistas lo hicieron en Rusia.

Insistió una vez más para que expusiéramos nuestro pensamiento sobre la vida soviética, incitándonos a que fuéramos francos y le expresáramos nuestras opiniones sin reserva al-

guna. Dijo que ellos siempre desean aprender algo y corregirlo, si se puede.

—Tenemos nuestras reservas sobre varios aspectos de la vida soviética, pero muy especialmente sobre el estajanovismo—dijimos.

—Ya me lo pensaba que no lo aprobaríais—dijo Abolin.

—Nos parece que el estajanovismo es lo mismo que nosotros llamamos trabajo a destajo. Los Sindicatos, en España, desde hace años han combatido esta clase de trabajo.

—Están muy equivocados.

—Claro, entre una forma y otra existe una diferencia. El trabajo a destajo está limitado a siete horas.

—No solamente es esta la diferencia—insistió Abolin.—Existe otra, mucho más profunda. El estajanovismo sirve para estimular a los obreros a producir más, a dar al trabajo todo lo que tiene de creativo. Estajanovismo quiere decir la ciencia, el arte aplicado a las ramas de la producción. Si Stajanov ha inventado un método para sacar carbón de las minas más rápidamente, el estajanovismo quiere decir que debe aplicarse este método a todas las minas de carbón. Nosotros decimos que es una práctica estajanovista cuando los obreros modifican la manera de trabajar y mejoran sus instrumentos. Estajanovismo llamamos también a la escuela que se inaugura en cada localidad donde se hace un invento.

—Dejemos de lado la parte camelística de darle nombre de arte o de ciencia al estajanovismo, separemos a otro lugar los inventos y los medios de mejora productiva que nadie desdeña, pero la verdad es que este estímulo desaforado al rendimiento es una concepción tan burguesa, que sin reservas, la suscribirían todos los capitalistas del mundo, ya que la base es producir más en menos tiempo sin tener la menor consideración al elemento productor.

—Desde luego—reconoció Abolin—pero hay que tener en cuenta que en Rusia no se trabaja con el mismo ritmo que se

trabaja en el extranjero. Aquí han llegado obreros que trabajaban en las minas de carbón de Francia. Al trabajar con el mismo ritmo que trabajaban los franceses, todos, sin ninguna excepción, se hicieron estajanovistas.

—A esto en España lo llamamos trabajo al destajo, porque cada uno debe procurar producir lo más posible.

—En Rusia no podemos hacerlo de otra manera. Teníamos necesidad de encontrar alguna manera de hacerles producir más. Y si hemos conseguido algo, es gracias el estajanovismo. Los trabajadores rusos son muy lentos.

—¡Oh! Esto ya es otra cosa. Entonces ¿qué valor tienen todas las alabanzas que se hacen en Europa sobre el trabajador ruso, si hay que tomar tales medidas para hacerle trabajar?

—Por mi parte puedo deciros que no veo ninguna inmoralidad en la adopción del estajanovismo—nos dijo Abolin.—Al contrario, me parece que es un método bien pensado y bien aplicado. Yo estoy orgulloso de que en Rusia exista el estajanovismo, porque de momento es el único método que podrá levantar el trabajo de las viejas rutinas, es el único que ayudará a levantar el nivel de vida del pueblo ruso.

¿No han pensado que alimentando mejor al pueblo y dándole libertad puede ser un estímulo superior a esta competencia irracional y embrutecedera? Convengamos que el estajanovismo conduce a los obreros a un estado de explotación contra el que han luchado durante años los trabajadores de Europa. El estajanovismo ha creado siete u ocho categorías de obreros, los cuales rivalizan estre sí, destruyendo sus propias condiciones físicas. Habrá muchas fábricas en las cuales no se encontrarán dos obreros que cobren el mismo sueldo, pues unos cobran más y otros menos, según lo que producen. El estajanovismo os ha llevado a la anulación de la solidaridad entre los obreros. Y el resultado es que la clase obrera ha perdido todo sentido de colaboración y de fraternidad entre sí, pues-

to que cada uno mira al otro no como a amigo sino como a un rival. Y estas causas no pueden producir ningún resultado efectivo ni en el orden de la convivencia social ni en el productivo.

Dijimos a Abolin que de regreso a España daríamos a conocer nuestras observaciones a los obreros españoles.

Todavía duró mucho la conversación llevada en este sentido sobre varios aspectos de la vida soviética. No hubo manera de ponernos de acuerdo.

Al hablar de la ayuda que España necesitaba de Rusia, Abolin una vez más, nos aseguró en nombre suyo y de las autoridades que se prestaría la ayuda necesaria a España y que se enviaría en cantidades suficientes para contrarrestar el predominio italogermánico.

El asunto de los presos.

Además de los problemas mencionados, planteamos a Abolin la cuestión de los presos soviéticos.

—Los delegados de la C. N. T.—dijo Francisco Carreño, en nombre de la Delegación—tenemos que decirle algo por nuestra parte. Al venir aquí, además de la misión oficial, llevábamos otra orgánica. Traemos la misión de tratar con usted, como representante de los Sindicatos de U. R. S. S., de dos asuntos. Uno de ellos agradable, pero el otro, me figuro, no lo será tanto. El primero, aquí está.

Al decir esto le entregamos una colección de carteles y fotografías editadas por la C. N. T. Pedimos diera posibilidad a los obreros rusos de ver cuanto hicieron los obreros españoles durante los primeros meses de la guerra.

Al ver aquellos magníficos carteles editados en España, Abolin se puso muy contento y nos dijo que en este aspecto habíamos superado mucho a Rusia. Los rusos no tuvieron posibilidad ni ocasión de hacer carteles tan bien hechos y bien

presentados. Los rusos se encontraban con falta de material, las fábricas paradas, las imprentas no funcionaban.

—Estos carteles—dijo Abolin—los voy a exponer en la sala de exposición de la Casa de los Sindicatos para que puedan verlos todos los trabajadores.

No sabemos si cumplió su promesa y permitió a los obreros rusos ver los carteles y fotografías de la C. N. T.

—Ahora vamos a otro asunto que, suponemos, no será tan grato—dijo Carreño.—En España, como usted sabe, todos los obreros sin distinción de matices políticos están luchando contra el fascismo. Los fascistas han enviado tropas de sus países respectivos. Alemania envía especialistas y aparatos bélicos e Italia hace lo mismo y en mayor cantidad. A los antifascistas nadie nos ha mandado nada y menos tropas que no las necesitamos. En España tenemos suficientes hombres para luchar contra los fascistas. Lo que hemos visto con agrado, ha sido la llegada de los antifascistas europeos. Usted sabe que Europa es una especie de cárcel. No hay país que no tenga sus emigrados políticos y sus presos sociales. En cuanto empezó la guerra en España, se presentaron antifascistas italianos, alemanes, búlgaros, polacos, belgas, suizos, franceses y otros, pero entre los llegados no había un solo ruso. Agradecemos este concurso mejor como un símbolo de liberación que como una ayuda. Nosotros sabemos que en Rusia también se persigue a los socialistas, a los libertarios, a los anarquistas, estamos enterados que gran parte están en las cárceles y destierros. La C. N. T., organización sindical española, pretende que usted, como representante de los Sindicatos de la U. R. S. S., intervenga cerca del Gobierno de los Soviets para que ponga en libertad a los detenidos y les facilite pasaje a España para que puedan luchar contra el fascismo. También tenemos noticia que los encarcelados y desterrados están dispuestos a ir a España y, si es necesario, dar la vida luchando contra el enemigo común. Aquí le entregamos la lista de 154 compañeros que se encuen-

tran en las cárceles y destierros, esperando que hará todo lo posible para conseguir lo que le pedimos.

La traductora Julia se espantó al oir nuestra petición. Antes de empezar la traducción le advirtió en ruso que era algo horroroso lo que pretendíamos. Le dijo que era una cosa inesperada y sorprendente.

Abolin, recibió la noticia con bastante más tranquilidad. Escuchó con atención lo que dijo la traductora, y ésta hizo una traducción exacta de cuanto pretendíamos. Luego nos dijo:

—Me sabe muy mal tener que tratar este asunto. Yo he luchado muchos años y sé que las cárceles son una vergüenza, que a la corta o a la larga tienen que desaparecer. Me sabe muy mal que nosotros todavía no podamos vivir sin ellas, pero, les advierto, que nuestra tendencia va hacia su abolición. Hemos hecho lo posible para que desaparezcan los prostíbulos y aún no hemos conseguido aniquilarlos definitivamente, pero han disminuído muchísimo. Lo mismo queremos hacer con las cárceles. Deben saber que aún tenemos muchos enemigos alentados de muy malas intenciones. Todo nuestro esfuerzo radica en construir, mientras ellos pretenden destruir cuanto hacemos. Contra esta gente no hay otro remedio que la cárcel. Yo os digo que en Rusia no se persigue al anarquismo, ni a los socialistas. Se persigue solamente a los delincuentes. Los que se encuentran en las cárceles o destierros es por haber cometido algún delito. Os prometo que haré cuanto pueda para resolver favorablemente vuestra petición, como hice con gusto esta clase de intervenciones en otras ocasiones.

Nos dijo, que siendo miembro del Buro Político de los Soviets, plantearía la cuestión en la reunión próxima. Nos prometió que haría todo lo que dependiera de él, que intervendría cerca de las autoridades responsables y, al discutirse la cuestión, informaría favorablemente el asunto.

Le dijimos que la C. N. T. se dirigió al Cónsul de la U. R. S. S., en Barcelona, sobre el mismo asunto y que está esperando contestación. Abolin prometió y garantizó que no se

tomaría ninguna clase de represiones contra las personas que estaban en la lista tanto si se les dejaba partir, como si se las retenía.

Quedamos en que no se daría publicidad al asunto mientras se hicieran los trámites. Abolin, prometió notificar su resultado al Comité Regional de la C. N. T., anotándose su dirección.

Las lista de perseguidos fué entregada el día 27 de noviembre de 1936. Ni durante la guerra, que duró casi tres años, ni después de la misma, fué recibida contestación alguna. El representante de los Sindicatos de la U. R. S. S. no se dignó ni siquiera contestar formulariamente a los Sindicatos españoles sobre un asunto de tanta importancia.

Abolin que, al parecer, era un hombre más sincero y más comprensivo que el común de los empleados soviéticos, no tuvo la gentileza de salir airoso de un encargo de trascendencia internacional.

Las despedidas soviéticas.

Mientras estábamos en el despacho de Abolin, fuímos testigos de una mascarada que vale más que todas las excursiones juntas que hicimos durante nuestra estancia en la U. R. S. S.

Cuando Abolin necesitaba algún dato estadístico para comprobar sus puntos de vista sobre el estajanovismo, apretaba el timbre y, aunque fuera a altas horas de la noche, entraba su secretaria y al momento le hacía entrega de los documentos necesarios. Nadie más nos interrumpió durante nuestra entrevista.

Una vez su secretaria, entró en el despacho sin que el jefe la llamara. Le anunció una visita. Abolin dijo que estaba ocupado, pero, al insistir la secretaria, hizo entrar a un hombre de unos 30-35 años de edad.

Este hombre dijo en ruso:

—He venido a consultarle, puesto que encuentro dificultades para cumplir su encargo.

—¿Qué pasa?

—Usted me encargó que reuniera a unas 300 *personas—.* dijo el hombre—*pero como que esta noche hace mucho frío y empieza a caer nieve, además ya es bastante tarde, me encuentro con dificultades para reunir a tanta gente en la Estación.*

—¿Cuántos tienes?—preguntó Abolin.

—Podría reunir a unos 200. *Muchos dicen que mañana tienen que ir al trabajo y no quieren esperar tan tarde.*

Abolin pensó un rato, y luego preguntó:

—¿Cuentas con 200?

—Eso sí.

—¿Estás seguro de ellos?

—Ya los tengo.

—Entonces basta—dijo Abolín y el hombre salió del despacho.

Al principio de la conversación no entendí de que se trataba, pero luego comprendí que el buen hombre estaba reuniendo a la gente para prepararnos una despedida "espontánea". Ello evidencia hasta donde llega el control de los gobernantes. Es el jefe sindical quien decide las personas que deben ser reunidos para despedir a los delegados. Seguramente que no solamente ordenaron su presencia a la Estación, sino que también se les dieron instrucciones de cuanto debían hacer y decir.

Desde luego, en la Estación había más de 200 personas, contando el personal ferroviario que sale a los andenes cuando parten los trenes. Había grupos de personas desconocidas que nos daban besos, que agitaban los pañuelos. Tampoco faltaban los fotógrafos que debían dejar constancia de la "despe-

dida cordial" que se hizo a los españoles. La mayoría de los delegados estaban contentos al ver que acudió tanta gente a despedirles en hora tan intempestiva. Nadie sabía el esfuerzo que habían hecho para reunirlos ni que la mayoría de los presentes hubieran preferido estar en la cama en lugar de aguantar el frío que hacía. También estaba presente el individuo a quien tanto trabajo le costó reunir la gente para la "despedida cordial" y "espontánea".

Hay que suponer que las despedidas que efectuan a las demás Delegaciones son preparadas por el estilo.

LOS "PEREVOCHIS"

Los intérpretes soviéticos.

Al pasar la frontera rusa, se nos presentaron cuatro "perevochis". Al llegar a Leningrado, a nuestro grupo fueron agregados dos más. En Moscú, en lugar de dos, añadieron tres. Por las tardes y las noches, se sumaban otros tres. Así es que, además de los cuatro que llegaron de la frontera, teníamos diez "perevochis". Al llegar a Kiev, a nuestro encuentro salieron otros dos. En total, tuvimos a diez y seis "perevochis" a nuestro servicio.

Los "perevochis" nos acompañaron durante nuestra estancia en la U. R. S. S. Eran los últimos que nos daban las "buenas noches" y los primeros en despertarnos. De su parte, recibimos el primer saludo el cruzar la frontera, y fueron los últimos en darnos la mano al embarcar.

Cualquier cosa que pasaba a algún delegado, inmediatamente se llamaba al "perevochi". Si veíamos alguna cosa extraordinaria, en seguida acudíamos a la ayuda del "perevochi". Si teníamos algún inconveniente, inmediatamente intervenía el "perevochi". Si alguien hacía alguna pregunta, se acercaba el "perevochi" y lo aclaraba todo. Si tropezábamos con algún impertinente, el "perevochi" lo sacudía. Si algún delegado quería conversar con un ruso, intervenía el "perevochi" y "perevocheaba" al que pretendía informarse de cosas para ellos inconvenientes.

El jefe de los "perevochis" era Mirov. No le gustaba mucho que le llamáramos "perevochi". Prefería el título de Delegado de los Sindicatos de la U. R. S. S. para recibir la De-

legación Española. Todos los demás "perevochis" eran subordinados suyos y debían obedecer sus órdenes.

La palabra "perevochi" es españolizada, tiene raíz eslava y terminación española. Los rusos no la pronuncian así. Ellos dicen "perevodchik". Es un vocablo bastante difícil de pronunciar, y más para los españoles que no son amigos de los sonidos dentales silbantes. Estos intentaron pronunciarlo tal como lo hacen los rusos, pero al encontrarse con dificultades, tacharon la d, borraron la k y así hicieron un vocablo fácil de pronunciar. La palabra "perevochi" tuvo aceptación. Al principio, por necesidad; más tarde, por la gracia que hacía a todos los delegados. Hasta los mismos "perevochis" se resignaron y del "perevodchiks" pasaron a "perevochis',. Además, el "perevochi" adquirió un sentido diferente del "perevodchik". De ello se daban cuenta hasta los mismos "perevochis".

Intenté traducir la palabra "perevodchik" al español, pero tropecé con muchas dificultades. No pude encontrar una palabra castellana que refleje con toda exactitud el verdadero matiz de lo que en realidad representa. He consultado varios diccionarios, pero tampoco me satisfacen.

Los diccionarios dicen que "perevodchik" quiere decir "traductor", "intérprete", "un hombre que explica". Llamamos traductor a la persona que traduce exactamente el sentido del lenguaje de un idioma a otro. Cosa que no podemos aplicar a los "perevochis", quienes traducen, pero no siempre dan el sentido que tienen las palabras originales; de exactitud, mejor no hablar, porque casi nunca la hay.

Cuando empleamos el vocablo "intérprete" ya no exigimos tanta precisión, pero, desde luego, entendemos que lo que se ha dicho en un idioma debe ser traducido a otro. Lo que se le exige, es que refleje con claridad lo que quiere decir la persona, cuyas frases traduce.

A los "perevochis" no les podemos llamar intérpretes, porque no es interpretar ni explicar lo que dijeron los delegados su principal misión. Su trabajo es completamente diferente.

Los "perevochis", a veces, dicen lo contrario de lo que expresó la persona a la cual traducen y muy amenudo expresan lo que no ha dicho. El intérprete se emplea para que dos personas que hablan idiomas diferentes se entiendan, mientras que el "perevochi" se utiliza para que los interesados no se entiendan. Aún más, su misión consiste en si se entienden, hacer que no se entiendan.

El trabajo del traductor o intérprete termina en cuanto ha traducido la frase, obra o conversación, pero no acaba ahí la función del "perevochi". Este no se separa de su víctima cuando traduce y cuando no traduce. Se lo pida o no, siempre da explicaciones y pretende intérpretar y referir las cosas que encuentra a su paso. Permanece al lado de la persona asignada conversando, caminando o viajando.

Tampoco puede clasificarse como un guía. A éste, le decimos que nos acompañe a tal o cual lugar. Con el "perevochi" sucede lo contrario, es él quien dice donde debemos ir y donde no. Además, al guía, cuando nos ha conducido al lugar escogido, se le puede dar una propina y decirle que se marche, cosa que no puede hacerse con el "perevochi". A este puedes decirle que te deje sólo, puedes rogarle que no necesitas de su concurso, y darle las propinas que quieras, jamás te abandonará..

Cualquiera que se haya encontrado en este trance se le ocurrirá pensar que el "perevochi" es un agente de policía, que no permite dar un paso libre, Pero . . . esta sería la mayor ofensa que se le pueda dirigir. ¿Cómo acusarlo de agente de la G. P. U., si él mismo repite constantemente que es Delegado de los Sindicatos? ¿Cómo sospechar de tales ardides cuando se es huesped de honor de las organizaciones obreras soviéticas?

Lo cierto es que el diccionario no da la definición exacta de lo que simboliza esta función. Las interpretaciones del Oeste son diferentes de las del Este. Los matices entre un sentido y otro son enormes. Lo gracioso es que en este caso, ante un

objeto ignorado, los delegados españoles inventaron una palabra nueva: la de "perevochi".

Cuando habljbamos del "perevochi" ya sabíamos que se trataba de un intérprete especial que existe solamente en la Rusia soviética, cuyo sujeto, interpreta los asuntos tal como le manda el Gobierno, guía a los delegados allí donde las autoridades quieren que vayan, informa a sus jefes sobre cualquier movimiento de las Delegaciones extranjeras, pero que siempre subraya que nada tiene que ver con la G. P. U., como lo demuestran las credenciales sindicales que ostenta con orgullo.

Supongo que cuantos extranjeros han visitado la U. R. S. S., han tropezado con la plaga de los "perevochis"; la misma suerte aguarda a cuantos pretendan visitarla. Gracias al contacto que con ellos tuvimos, nos fué dable observar algunos aspectos de su vida que no dejan de tener interés. Algunos actos realizados por los "perevochis" proyectan una luz desconocida acerca de la vida soviética. No será de más explicarlos.

Un futbolista de Uruguay.

Entre los "perevochis" figuraba uno que se llamaba Nicolás Steinmetz. Vivía en Moscú. La dirección que nos dió para que le escribiéramos es esta: Losino Ostrovskaya, Inst. Científico de los Ferrocarriles, Habt. No. 27, Moscú.

Era un hombre de unos 25 a 30 años de edad, bajito, seco llevaba una boina pequeñita al estilo francés, unos zapatos muchas veces remendados y un abrigo con cuello y codos brillantes.

Según sus propias manifestaciones, era judío, oriundo de Besarabia, que tuvo que emigrar con su familia a la Argentina. Había vivido durante muchos años en Uruguay donde fué a estudiar a la Universidad. Su padre, según nos dijo, era un militante comunista, pero él, mientras vivió en Uruguay, no se preocupó de política, sintiendo esta inquietud al llegar a la Rusia soviética.

Nos dijo que mientras estuvo en Uruguay no se dedicaba a otra cosa que a jugar al futbol, donde pensaba destacarse. Al principio, también deseaba hacer lo mismo en la U. R. S. S., pero lo mandaron a trabajar.

Steinmetz era muchacho que había leído muy poco sobre las luchas sociales. Conocía unos cuantos lugares comunes del marxismo, según la interpretación soviética, y con ellos se defendía. Al encontrarse con alguna dificultad, inmediatamente se dirigía a Mirov. Conocía bastante bien el español, pero su vocabulario ruso era muy pobre. Era uno de los "perevochis" que cometía más disparates traduciendo. Por otro lado, en los asuntos que le estaban permitidos, se mostró bastante atento.

Se ve que el oficio del "perevochi" no le daba lo suficiente para vivir sin dificultades. Con lo que ganaba no podía vestir y comer adecuadamente. Era uno de aquellos intérpretes que nunca dejaba escapar la comida o la cena.

Un incidente que nos ocurrió caracteriza mucho a Steinmetz y la vida de los "perevochis" soviéticos.

Un par de días antes de salir de Moscú, Mirov nos anunció que los "Sindicatos de Producción" querían hacer algunos regalos a los delegados españoles. Para que fuesen adecuados y a medida, debíamos pasar por los grandes almacenes de Moscú y escogerlos nosotros mismos. Si los delegados tenían ciertas preferencias y lo que les ofrecían no era de su agrado, podían escoger objetos de su gusto.

Cada "perevochi" asesoraba a un número de delegados y debía cuidarse que todo su grupo quedase satisfecho. Al entrar en el almacén de calzado, Steinmetz nos anunció que cada uno podía escoger un par de zapatillas a medida. La mayoría de los delegados así lo hicieron, pero Julián de Busturia no quiso tomarlas. El cuero y el material de las zapatillas era bueno, pero la construcción era malísima, sin el menos gusto.

Julián de Busturia miró el objeto de regalo y lo tiró al montón. No quiso apuntarse el número, ni siquiera se las probó. Entonces, se le acercó Steinmetz y le dijo:

—¿No quiere zapatillas?

—No.

—¿Por qué?

—¿Qué voy a hacer con ellas?

—Hombre, son muy buenas.

—No podría ir a España con ellas—le dijo Busturia.—Además, tengo otras.

—No sea así, hombre—replicó Steinmetz. —Si se las dan, tómelas.

—¿Para qué? Si las tomo resultará que tendré dos pares, mientras otros van descalzos.

—Precisamente por eso cójalas.

Julián de Busturia comprendió en seguida la alusión. Acto continuo dijo al encargado que le apuntara un par de zapatillas.

Por la noche nos llevaron al hotel lo que habíamos escogido. Cada uno tuvo un paquete con regalos. En el de Busturia figuraban las zapatillas.

No tardó mucho en presentarse a nuestra habitación, que ocupaba con Julián de Busturia, Nicolás Steinmetz.

Sin necesidad de decirle una palabra, el vasco le entregó las zapatillas, y el "perevochi", después de darle las gracias y desearnos buenas noches, salió muy contento para su casa.

En resumidas cuentas: parte del obsequio que nos hicieron los rusos, un ruso se lo llevó. El "Sindicato Soviético" mandó a su representante que entregara unos regalos a sus huéspedes, pero los regalos quedaron en sus manos. El vasco contento de no tener que llevar un peso durante un camino tan largo y el ruso más contento todavía por haber adquirido unas zapatillas tan "buenas" y a buen precio.

Pero, el hecho, no deja de evidenciar el estado de miseria de elementos representativos soviéticos ni una fórmula desconocida de corrupción.

Gente inútil

Entre los intérpretes que nos agregaron en Moscú, destacaba un tal Peskovski. Los delegados tacharon de su apellido la v e hicieron un Peskoski.Era un hombre bajito, de unos 50 años de edad, con barbas. El abrigo, los zapatos y la gorra que llevaba en su tiempo habían sido buenos, pero ultimamente eran bastante gastados.

El castellano de Peskoski era malísimo, no intentaba traducir discursos, pero entendía y podía explicar asuntos corrientes. Era el encargado de cuidar de los delegados mientras éstos permanecían en el hotel.

Su predilección era explicar a los delegados su actuación en el Partido en la vida de Lenin y sus luchas contra el régimen del zar. También contaba sus intervenciones en los congresos del Partido. Siempre estaba dispuesto a narrar su vida combativa "de los tiempos heroicos". No le faltaba más que auditorio.

Le gustaba encontrarse con algún amigo suyo en los pasillos del hotel e invitarle a comer. Al encontrarse con alguien de la vieja guardia se lo ponía al lado e iban recordando los tiempos pasados, los compañeros desaparecidos, los amigos que resbalaron de la línea recta del Partido.

De su vida en el extranjero no hablaba, pero se cuidaron de explicárnosla sus amigos. Resulta que Peskoski fué un alto empleado en la embajada soviética en México. Chicherin les ordenó a todos que no se metieran en la vida interior del país, pero las ganas de "actuar" de Peskoski y otros empleados eran tan grandes, que no pudieron resistir la tentación. Peskoski se fué a una reunión clandestina, pronunció un discurso, pero

perjudicó irremediablemente las relaciones con México. Steinmetz nos advirtió que en México Peskoski llevaba otro apellido, más fácil de pronunciar y añadió que en Moscú los conocidos todavía le llaman "Embajador de Mexico".

Durante un par de años, Peskoski anduvo por Moscú de Embajador sin plaza. A sus amigos les decía que esperaba que el Gobierno lo destinara a la Embajada de Chile o de Honduras, pero continua esperando el nombramiento. Litvinov es el primer convencido de la inutilidad de Peskoski, aunque no sabe como deshacerse de él. Ultimamente fué nombrado Delegado de los Sindicatos para recibir a Delegaciones extranjeras. Sus compañeros afirmaban que era la última misión que desempeñaba Peskoski.

Estaba contento si algún delegado se dirigía a él para algún asunto. Generalmente no atendía casi a ninguno, pero llamaba a Steinmetz o algún otro intérprete y le pedía que hiciera el favor de atender al delegado. Los "perevochis" se enfadaban porque ellos los podían atender sin su intervención.

Entre los delegados llegados por el Sur figuraba una viejecita madrileña. Durante la travesía se había mareado mucho y en Moscú no podía corretear como los demás en visitas y recepciones. Casi no se movía del hotel. Durante las horas de comida bajaba a la sala, escuchaba lo que decían los delegados y luego subía a su habitación de nuevo. De los intérpretes, Peskoski era el único que se entretenía hablando con ella. La viejecita también era la única que creía en lo que decía su interlocutor.

Un día, después que los delegados habían comido y abandonado las mesas, Peskoski continuaba hablando con la viejecita. Un delegado preguntó al comunista valenciano:

—¿Qué te parece esta pareja?

—Landrú y su última víctima—contestó de inmediato el comunista.

Desde luego, tal apreciación fué descortés, pero muy acertada y el apodo quedó. En cuanto se enteraron otros delegados, todos reconocieron que Peskoski se parecía mucho a Landrú y así los llamaron. Los "perevochis" también aceptaron el nuevo apodo destinado al "ex-embajador".

Más tarde se convirtió en el Landrú Nº 1, porque entre los "perevochis" apareció otro Landrú. El Landrú Nº 2 era un "perevochi" de Moscú que se llamaba Maguidof. Este era más bajito que su homónimo, pero también llevaba barbas. Nos afirmaron que su edad no pasaba de los 50 años, pero parecía ser más viejo. Como el otro Landrú, también tenía su victima. Esta se presentaba al hotel a la hora de comer. Decían que era su mujer, pero los españoles afirmaban que se trataba de su hija por ser unos 25 ó 30 años más joven que él. Nos costaba hacernos a la idea de que una mujer tan joven y bonita fuese la mujer de un viejito tan antipático. Además, nos afirmaban que la víctima del Landrú Nº 2 era una activista soviética de Moscú.

Tampoco podíamos precisar qué clase de "perevochi" era Maguidof, porque apenas entendía ningún idioma extranjero. En cuanto se dirigía a algún delegado, siempre llamaba a otro "perevochi". Hablaba el ruso y el judío. Decían que entendía el alemán. Otros afirmaban que estaba adscrito al cuerpo de "perevochis" porque su "víctima" hablaba inglés. Cuando llegaba la hora de comer y venía su mujer, Maguidof llamaba a su mesa a cualquier delegado que conocía el inglés y a su mujer le hacía explicar su vida.

Un día, el Landrú Nº 2 llamó al jefe de la Delegación española aparte y le dijo:

—Voy a explicarle quién soy. Me llamo Maguidof. He sido dos veces delegado al Comité Ejecutivo y siete veces al Comité Central. He formado parte de la Comisión de Revisión. He representado cuatro veces a mi Sindicato en los plenos. Durante la revolución me encargaron resolver asuntos de

mucha importancia y ahora me han delegado para recibir y organizar la llegada de la Delegación española.

El autobús ya estaba preparado para llevar a los españoles a visitar una fábrica. El jefe de nuestra Delegación contrató a Maguidof:

—Como no tengo tiempo de contarle quién soy yo, me voy.

El Landrú Nº 2 se enteró por mediación de los demás "perevochis" de quienes formaban la Delegación. Pero, si contando sus proezas de gran personaje, pretendía informarse de la vida y milagros de los delegados españoles, sus propósitos resultaron frustrados.

Estos personajes daban la impresión de gente inútil. Es muy posible que en otro tiempo prestaran algún servicio al Partido que está en el Poder, pero cuando nos tropezamos con ellos ofrecían todas las características del naufragio. Les asignaron recibir Delegaciones extranjeras seguramente para que comieran unos días. Incluso para este trabajo tampoco servían, puesto que su ignorancia era evidente y sus informaciones sobre los acontecimientos mundiales llevaban un retraso de veinticinco años. Parecían tipos del siglo pasado.

Un "perevochi" con la orden de Lenin

El "perevochi" que decía llamarse Pedro Rosso era uno de los mejores intérpretes. Sabía bien el español, se orientaba rápidamente y hacía las traducciones exactas cuando quería.

Durante nuestra entrevista con Kalinin tradujo los discursos tal como los pronunciaron los oradores. Si se trataba de algún problema relacionado con autoridades soviéticas, lo traducía todo exactamente, subrayando los matices que era preciso destacar.

En cambio, cuando se trataba de traducir discursos públicos, dirigidos a obreros o al pueblo ruso, Pedro Rosso, era el que más falsificaciones cometía. Si algún delegado español

hacía su discurso sin nombrar al Partido Comunista o al Gobierno de los Soviets, Pedro Rosso se tomaba la libertad de añadirlo.

Durante la reunión que celebramos con los gobernantes y chequistas de Kiev, cuando su jefe nos recomendó que siguiéramos la línea del partido bolchevique "porque es el único que lleva a la victoria", Pedro Rosso, fué bastante prudente de no traducir sus conceptos con exactitud. El no ignoraba que entre los delegados había quienes no creían en la virtud infalible "del partido de la victoria". Además tenía instrucciones de convencer a los españoles de otros grupos sobre la conveniencia de colaborar con los comunistas. De ahí que afirmar que ellos eran los únicos que podían conducirnos a la victoria era contrario a las instrucciones recibidas.

Pedro Rosso cumplía muy bien su papel. Por sus servicios a los Soviets recibió del gobierno la orden de Lenin. De los "perevochis" era el único que ostentaba tal distinción.

La "perevochi", Julia, para haber aprendido el castelllano por propio esfuerzo y sin haber vivido en ningún país de habla española, lo hablaba bastante bien. Nos dijo que cuando trabajaba en los juzgados de Moscú, tenía bastante tiempo libre y lo dedicó a estudiar este idioma. Durante cinco años fué empleada del Comisariado de Justicia. Dijo que más tarde lo dejó por cansarle aquella clase de trabajo.

Julia era una de aquellas "perevochis" que cumplía al pie de la letra las órdenes de Mirov. Informaba a su jefe sobre todo y sobre todos. Mirov no sólo estaba al corriente de las preguntas que le hacían los delegados, sino también de los piropos que le echaban en abundancia los valencianos.

El "Comandante" y sus quejas

Entre los subordinados de Mirov, además de los "perevochis", había uno que se llamaba Iván. Era un joven ruso de

unos 25 — 28 años de edad, en el cual podía depositarse toda clase de confianza en materias de importancia.

No hablaba ningún idioma extranjero. Decía que durante las horas libres iba a la escuela, estudiaba humanidades. Además de Iván, le llamaban "comandante". Su trabajo consistía en cuidar de la economía de la Delegación extranjera. Mientras estábamos en el tren, a su cargo corría la alimentación y sostén de la Delegación. Cuidaba del té, de las aguas minerales del Cáucaso, de los sandwiches y de todo lo pertinente a este asunto. Mientras estábamos en el hotel, llevaba la contabilidad de todo lo que gastaban los españoles. En cuanto llegaba la Delegación a alguna capital, buscaba alojamiento, se ponía de acuerdo con los responsables sobre las comidas y cuidaba de los menores detalles.

El "comandante" siempre estaba preocupado y tenía mucho trabajo. Además de procurar por el bienestar de los delegados, llevaba la contabilidad de todos los gastos.

Por la conducta observada y por sus preocupaciones podía deducirse que se trataba de un joven incorruptible. Era uno de aquellos que creía en los principios comunistas y que siempre estaba dispuesto a cumplir con su deber, sin preocuparse de lo que hacen o dejan de hacer los demás. En cuanto veía algo que le sublevaba, se le percibía una viva inquietud. Había conductas que le indignaban, pero él seguía su curso. Tampoco aprobaba las extravagancias que se permitían algunos "perevochis".

El último día que estuvimos en Moscú, mientras regresábamos del almacén después de escoger los regalos, iba yo sentado en el autobús al lado de Julia, la "perevochi". Al lado de ella, cerca de la portezuela y de pie, estaba el "comandante". Los delegados estaban cansados y no necesitaban su intervención para hacer traducciones. Mientras el autobús pasaba por las largas calles de Moscú, oí la siguiente conversación en ruso, entre Julia y el "comandante".

Este se mostraba disconforme con algunas cosas que le había ordenado Mirov. Julia, por su parte, también tenía motivos de queja.

—*No hay derecho*—decía Julia al "comandante"—*hacer lo que está haciendo Nicolás. Si Mirov y los demás lo supieran, seguro que no acabaría solamente con reprimenda. A lo mejor lo echarían del servicio.*

—*¿Es tan seria la cosa?*—preguntó extrañado el "comandante".

—*Más de lo que puedes figurarte.*

—*¿Qué ha pasado?*

—*Está abusando demasiado.*

—*¿Qué es lo que hace?*

—*En cada ocasión que se le presenta saca lo que puede para él.*

—*¿Así estamos?*

—*Te voy a explicar un solo caso: Cuando llegó la Delegación española, todos los delegados querían ver el metro de Moscú. Mirov decidió enseñárselo. Pero, al llegar la hora de verlo, la mayoría no pudieron efectuar la visita. Unos estaban en una fábrica, otros escribiendo cartas, un tercero enfermo. Solamente se presentó un pequeño grupo. Nicolás salió con ellos y cuando regresaron, presentó la cuenta a Mirov en la cual hacía constar que todos los delegados, absolutamente todos, habían ido a ver el metro y efectuado un viaje de ida y vuelta. ¿Te figuras lo que representa esto? Nicolás se quedó con el importe de todos los que no fueron.*

El "comandante" la miró de una manera enigmática, puso una cara de seriedad y, después de permanecer un momento callado contestó:

—*Eso no es nada. Hay cosas todavía más serias. Si te explicara lo que pasa, no querrías creerlo.*

—*¿Es que con lo dicho no hay suficiente?*

—Esto son abusos en pequeña escala, pero los hay de mayor volumen.

—¡Ah! De eso yo no sé nada.

—Pues yo sí que lo sé.

—¿Qué es lo que hay?

—Mira, cuando llegó la Delegación, Peskovski entregó a cada delegado un librito-talonario en el cual figura el nombre y apellido de cada uno. Tú sabes cómo va todo esto, el delegado entrega un talón por cada comida. Si alguno de ellos no comía, no debíamos de pagar la comida, pues se quedaba con el talón; si otro dejaba de afeitarse algún día, tampoco debíamos pagar aquel servicio; si no tomaba cerveza, tampoco se entregaba el talón. Pero, Peskovski, se ha entendido con los del hotel y ha suprimido los talonarios. Ahora, seguramente nos exigirán que lo paguemos todo íntegramente, incluso las veces que los delegados no han comido ni cenado en el Hotel, porque iban de recepciones y visitas en fábricas y centros oficiales.

—¿Es verdad eso?—interrogó Julia.

—¿No ves que ahora ya ningún delegado usa talonario?

—¡Hay que ver!

Los dos permanecieron silenciosos durante un rato. Luego, Julia, dijo al "comandante":

—¿Es que tú crees que los demás son tan honrados como nosotros?

—No, todos se llevan lo que pueden. Pero de eso hablaremos más tarde—dijo el "comandante".

Esta conversación me causó honda impresión. Fué la primera chispa de sinceridad entre tanto engaño que nos cubría. Fué la voz de sinceros idealistas que surgía en medio de tanta ignominia.

¡Vaya familia! Por ejemplo, de un Nicolás Steinmetz se podía esperar esto y mucho más. Pero, ¿cómo pensar que todo un "ex-embajador" soviético invitara a sus amigos a comer cargando la cuenta en nombre de la Delegación? Es triste presenciar cómo un alto empleado desciende a un nivel tan bajo, pero lo es más todavía pensar que el Gobierno de un país manda como sus representantes a tipos capaces de cometer tales miserias.

Aunque juzgando con un sentido de comprensión habrá que convenir que el trabajo de "perevochi" no debe ser muy retribuído, cuando han de acudir a tales métodos para mejorar sus ingresos. Pero ello no implica para que este espectáculo nos causara náuseas.

LOS PERIODISTAS SOVIETICOS

Periodistas sin permiso de entrada

Al hablar de nuestro viaje a la U. R. S. S. no ofrecería un cuadro completo, si no mencionara a los periodistas soviéticos. Desde el día que entramos en los territorios de Rusia, hasta el de nuestra partida, diariamente tropezábamos con periodistas.

En cuanto pasamos la frontera y saludamos a unos cuantos secretarios de los "sindicatos", en seguida se nos presentaron los chicos de la prensa. Unos eran redactores de los diarios del Partido o del Gobierno, otros de los semanarios de la Juventud, de las cooperativas, de las Escuelas, de los Sindicatos, etc.

Se interesaban por la vida particular de cada delegado, por lo que hicieron en la lucha contra el fascismo, por su actuación en el Partido Comunista y cosas por el estilo. En Leningrado, un periodista preguntó a un delegado: ¿Cuántos fascistas has matado? Más tarde, cuando estábamos en una escuela, la misma pregunta la repitieron los niños. Los periodistas se extrañaban cuando algunos delegados decían que eran comunistas, pero no pertenecían al Partido. Cuando les dijeron que en la Delegación iban comunistas libertarios, enemigos de toda clase de partidos, no lo entendían del todo.

El primer encuentro pintoresco sucedió la primera noche de nuestra llegada. Fuímos al teatro para ver "Sobre el Don apacible", buena novela de Sholojov, adaptada al teatro. En uno de los entreactos se nos presentaron a la butaca dos fotógrafos del Sindicato de Artes Gráficas de Leningrado, acompañados de un periodista.

Trataron de hablar con nosotros, pero al no saber ningún otro idioma que el ruso, tuvieron que recurrir al "perevochi". Salió a su encuentro Mirov, les preguntó quiénes eran, de dónde venían y qué es lo que querían.

—*Somos fotógrafos*—contestaron—*queremos hacer alguna fotografía de los delegados españoles para publicarla en nuestro periódico profesional.*

—*Deseamos celebrar una entrevista*—dijo el periodista.

—*Esto no puede ser*—replicó Mirov.

—*¿Por qué? Nos ha enviado el Sindicato. Tenemos entendido que entre ellos hay delegados sindicales, una "interview" sería interesante.*

—*¡Os digo que no puede ser!*—repitió Mirov con voz más alta.

En vista de que los fotógrafos y el periodista insistían, Mirov se puso muy serio, se apartó de la puerta del palco y les repitió:

—*Os he dicho que no hay más entrevistas ni más información que la de TASS. La TASS publicará todo lo que hay sobre este asunto y de ahí podéis sacar toda la información para vuestro periódico sindical. Os lo ruego no insistáis más, de lo contrario, tendré que recurrir a la fuerza pública. Además, ¿cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Quién os ha dejado entrar? ¿Tenéis permiso?*

—*No tenemos ningún permiso, porque no creíamos que fuese necesario*— contestaron.

—*Claro que es necesario*—dijo Mirov. —*He dicho al portero que no deje pasar a nadie.*

—*No sabíamos que precisara un permiso especial para ver una Delegación sindical...*

—*¡Ahora váis a ver!*

Mirov salió al pasillo en busca del portero. Como me interesaba la conversación que sostuvo con los periodistas, salí con él para ver cómo terminaba aquel asunto.

—*¿No le indiqué que no dejara pasar a nadie?*—preguntó Mirov a un portero con librea.

—*Nadie ha entrado camarada.*—Contestó éste.

—*¿Cómo que no? Por ahí andan no sé qué periodista y fotógrafos.*

—*¿Pero, estos fotógrafos, no van en la comitiva?*

—*¡Qué han de ir con nosotros! No los conocemos.*

—*¡Perdona, camarada! Pensaba que venían con la Delegación para sacar fotografías de los españoles. Si no es así, perdóname, no lo sabía. Si lo llego a saber, no los dejo entrar. ¡Ya lo creo que no les hubiera dejado entrar!*

—*Pues ya lo sabes. No tiene que entrar nadie sino las personas indicadas por mí.*

Mientras tanto, el periodista y los fotógrafos desaparecieron sin decirnos palabra.

Este fué el primer encuentro con "periodistas sin permiso". Ya tuvimos bastante para apreciar los grados de libertad que disfrutaba la prensa de la U. R. S. S. El Gobierno no sólo es el único dueño del papel y de las imprentas, sino, también, de la orientación absoluta que en orden periodístico reciben los ciudadanos soviéticos.

Un redactor de "Pravda de Leningrado"

Cuando visitamos las fábricas de Lenigrado, lo hicimos en compañía de periodistas. Había uno o dos representantes de cada uno de los periódicos más importantes de Leningrado. Estos periodistas tenían permiso especial para entrevistarse con los delegados. Dividieron la Delegación en grupos, según

las indicaciones de Mirov, procurando sacar toda la información de interés que podían facilitarles los españoles.

El redactor de "Pravda de Leningrado", Arcadius Almazov, fué quién me interrogó. Este daba la impresión de ser una persona inteligente, informada sobre los acontecimientos de Europa. Además, era sincero, tenía aspecto de enfermizo, se quejaba de los órganos respiratorios.

Mirov le habia informado que yo no era comunista, por ello Almazov no hizo hincapié en que le explicara las actividades de los comunistas en la guerra española. Hizo que le contara algunos episodios de las luchas sociales en Barcelona. Se apuntó algún dato sobre los acontecimientos desarrollados antes de la sublevación fascista. Después de la entrevista, me rogó que escribiera un artículo para la "Pravda", especialmente sobre el período de luchas sindicales anteriores al 19 de julio.

Le expliqué, que no siendo comunista, interpretaría los acontecimientos de manera diferente a la suya. Mis puntos de vista serían opuestos a los que sostienen los comunistas españoles. "Pravda", siendo un periódico del Partido, no publicará artículos no concordantes con su ideología. Almazov no insistió mucho. Pareció darse cuenta de la situación en que se encontraba un redactor de periódicos bolcheviques.

Se entrevistó con algunos delegados y publicó un artículo interesante, bien hecho y con imparcialidad.

No se puede decir lo mismo de otros artículos que se publicaron en la "Pravda de Leningrado" sobre la Delegación. El discurso que Francisco Carreño pronunció a la llegada, fué completamente tergiversado. Este adquirió los periódicos de Leningrado. Durante el viaje a Moscú me hizo traducir cuanto se decía relacionado con la delegación. En su boca pusieron frases que no había pronunciado, las pronunciadas se publicaron a medias, desvirtuando completamente el sentido. Mientras tanto, cuatro frases mal pronunciadas de un chofer fueron subrayadas, porque al terminar, levantó el puño y gritó

"¡Viva Stalin!" El discurso de Carreño que habló en nombre de la Delegación fué colocado en segundo lugar y desvirtuado por completo. Carreño se puso colérico y dijo un sin fin de barbaridades contra los periodistas soviéticos.

De estar presente el redactor de "Pravda de Leningrado" cuando le hice la traducción, seguramente que se hubieran peleado.

Una "interviu" que no se publicó.

En el hotel donde nos hospedamos en Leningrado, de vez en cuando aparecía algún periodista. Una mañana vino el corresponsal de "Vecherniaya Gazeta". Era un hombre de unos cincuenta años. Dijo que nació en Polonia, pero que todo el tiempo había vivido en Lenigrado. Era judío, entendía el alemán y hablaba el polaco. No me acuerdo de su apellido, pero tengo anotado que usaba el pseudónimo de Piterski para sus escritos.

—Explícame alguna batalla o algún episodio de los primeros días de lucha—me dijo este periodista.

Mientras estaba almorzando con él se acercó el intérprete S. Shafran.

—Poca cosa podré decirle después de lo que han contado los delegados a otros periodistas—contesté.

—Cuénteme algo, puesto que nuestro periódico no ha publicado nada de cuanto ustedes han referido.

—¿Le interesaría conocer episodios de cómo se liquidaban los nidos de fascistas en Barcelona?—le pregunté.

Piterski se mostró encantado. Sacó su bloque de notas, acomodó sus lentes, dijo al intérprete que no se marchara y empezó a apuntar lo que le decía.

Expliqué cómo los trabajadores barceloneses corrieron a los fascistas de la iglesia del Poblet y huyeron por las cloacas, cómo el pueblo en armas entró en la iglesia y lo que encontra-

ron en su interior, etc. Piterski estaba contento, pensaba hacer un buen reportaje. En cuanto hube terminado, empezó a hacerme preguntas.

—¿Qué fuerzas atacaron a aquella iglesia?

—En principio, fueron los fascistas los que disparaban desde su recinto—le dije.

—Bueno, ¿y quién les atacó?

—El pueblo.

—Sí, pero ¿a qué partido pertenecían los más activos?

—Los más activos, a la C. N. T. — F. A. I.

—¿Qué quiere decir este anagrama?

—Confederación Nacional del Trabajo y Federación Anarquista Ibérica.

—¿Con que eran trabajadores de tendencias anarquistas?

—Eso mismo.

—¿Qué número de comunistas había entre ellos?

—¿Comunistas? Ninguno.

—¿No había otras fuerzas republicanas?

—Desde luego, había algunos republicanos, socialistas, incluso elementos uniformados, pero el día 19 de julio, muy especialmente por la mañana, cuando se luchaba contra los fascistas, quienes sostuvieron la lucha en todo rigor, fueron los elementos libertarios.

Piterski todavía me hizo un sin fin de preguntas, quería a toda costa que le explicara algo sobre la actuación de los comunistas en España. Cuando le expliqué que no contaban con la simpatía del pueblo y que jamás habían tenido influencia y que en el extranjero se hablaba más de los comunistas

españoles que en España, perdió el encanto por conocer las luchas en Barcelona.

—*No debes publicar nada de lo que te ha dicho*—dijo Shafran a Piterski en ruso.

—*¿Por qué?*

—*Porque no; porque no es de los nuestros. En general, has de hacer poco caso de cuanto te diga. ¿Para qué publicarle una "interviu" si lo mismo puede decírtelo cualquier otro delegado?*

Piterski quedó pensativo. Repasaba sus apuntes, veía que todo el trabajo era en balde.

—*Has de estar al tanto y saber con quién hablas*—le dijo Shafran.

—*Hablo con un delegado español*—contestó Piterski.

—*Has de ir con mucho cuidado con este delegado. Esta "interviu" puede costarte cara.*

Piterski no me preguntó nada más. Cerró su bloque de notas, me dió las gracias por la información y se marchó. Jamás se publicó en "Vecherniaya Gazeta" una sola línea de cuanto le dije.

Otra vez con Almazov.

El día 29 de Noviembre nos encontrábamos otra vez en Leningrado, de regreso de Moscú. Nos hospedamos en el mismo hotel donde antes estuvimos.

A nuestro encuentro vino el redactor Arcadius Almazov. Nos pidió impresiones acerca del viaje efectuado a Moscú y Kiev.

—¿Tiene intención de visitar de nuevo la U. R. S. S.?—me preguntó Almazov.

—Sí, me gustaría, pero no sé si tendré ocasión—le dije.

—En cuanto termine la guerra, usted volverá otra vez.

—Con mucho gusto lo hiciera si me lo permitieran.

—Entonces saldrá de la U. R. S. S. como un comunista convencido.

—Lo dudo—le dije. —No sabe que los comunistas convencidos cuando abandonan el territorio soviético pierden su fe.

—Ya lo verá—insistía Almazov. —Todavía hemos de encontrarnos de nuevo. Entonces tendremos que hablar sobre varios problemas.

—Es posible.

—El jefe de la Delegación, señor Sbert debe ser muy inteligente—me dijo Almazov, cambiando de tema.

—También es posible—le dije.

—Creo que le separa muy poca cosa del comunismo.

—No lo sé—le contesté. —No puedo darle mi opinión en este sentido, porque no hemos discutido sobre este tema.

El señor Sbert era un político catalán, militante de "Esquerra Republicana de Catalunya" que en aquellos tiempos creía en la ayuda eficaz de los soviets. Siendo presidente de los Amigos de la U. R. S. S. tomó parte en los mítines e hizo propaganda moscovita, pero no creo que fuese comunista. Supongo que el viaje a la U. R. S. S. y la "ayuda" soviética prestada a los antifascistas españoles le habrán curado de las simpatías, si es que existían algunas.

Al despedirnos, Almazov me dió la siguiente dirección, diciéndome que le tuviera al corriente de los acontecimientos de España: Arcadius Almazov, Pr. Nachimbsona, No. 8, ap. 5 Leningrado U. R. S. S.

Carreño y Almazov

Cuando Almazov llegó al hotel, la Delegación acababa de almorzar, la mayor parte de delegados ya se habían marchado. Sentados alrededor de la mesa estábamos Carreño, un madrileño, un vasco y yo. Además almorzaban un par de intérpretes. Detrás nuestro, en una mesita aparte, estaba Mirov.

Después de hablar un rato conmigo, Almazov se dirigió a Carreño, rogándole que le contara sus impresiones sobre la U. R. S. S.

—A tí no tengo nada que decirte—fué la tajante contestación de Carreño.

Como Almazov no entendía lo que le dijo, requirió a un intérprete para que le ayudara. Este, fué Nicolás Steinmetz.

—El camarada Almazov quiere—dijo Steinmetz, dirigiéndose a Carreño—que le cuentes tus impresiones sobre la U. R. S. S.

—Dile a Almazov que no quiero tener ninguna entrevista con él—contestó Carreño.

—¿Por que?

—Porque su periódico ha tergiversado cuanto dije. Puso en mi boca afirmaciones que yo jamás pronuncié y dijo al público lo contrario de cuanto yo había dicho. Y como ahora haría lo mismo no quiero saber nada de él.

—¿Pero qué es lo que pasa?—repuso Almazov, cuando Steinmetz le tradujo la reprimenda de Carreño. —Yo creo que interpreté bien sus palabras. Además, no tengo ninguna intención de ofenderle ni de perjudicarle.

—¿Qué no tenías tales intenciones? Bueno. Pero, lo cierto, es que todo cuanto dije lo escribiste al revés. Por esta razón no quiero saber nada contigo.

—Vamos a aclarar lo sucedido—insistió Almazov.

—Al reproducir el discurso que pronuncié a nuestra llegada, tu periódico, me hizo decir barbaridades, afirmando lo contrario de lo dicho por mí. Lo has tergiversado todo. Esta es la verdad. En fin, no esperaba este proceder de la prensa soviética ni de los periodistas rusos.

—Yo no tengo ninguna culpa—replicó Almazov.

—Yo no voy a inquirir quién la tiene. He dicho que no quiero más entrevistas ni hacer más declaraciones.

Después de estas palabras, Carreño se levantó y se fué.

Almazov, igual que los intérpretes, quedaron parados. A mí me gustó la actitud de Carreño. Había decidido no tolerar más tales imposturas.

El redactor de "Pravda de Leningrado" no sabía qué decir ni qué hacer. El "perevochi", Steinmetz, murmuraba algo, pero no decía nada en concreto.

Los redactores y la TASS

En vista de que Carreño se había levantado y marchado de manera tan estrepitosa, dejando lleno de estupor a uno de los mejores periodistas de Leningrado, a Mirov no le quedó otro remedio que intervenir.

—*¿Qué ha pasado?*—preguntó al intérprete.

—*Nada*—dijo Steinmetz. —*Carreño se ha enfadado con el camarada Almazov.*

Almazov y Steinmetz se acercaron a la mesita donde estaba sentado Mirov y sostuvieron la siguiente conversación en ruso:

—*Camarada Almazov*—le dijo Mirov—*¿qué quería Carreño de usted?*

—*No lo entiendo*—respondió este extrañado.

—*¿Qué le decía?*

—*Que la prensa soviética había publicado sus declaraciones y su discurso tergiversando su contenido y que no esperaba este proceder de los periodistas rusos.*

—*La actitud de Carreño es extraña*—intervino Steinmetz.

—*Yo sólo tuve una entrevista con él*—continuó Almazov. —*No dije en mi artículo nada inexacto respecto a la misma, no he dicho nada que pudiera dar motivos a pensar que había tergiversado sus declaraciones. Se puede decir que copié la batalla que me contó casi con sus propias palabras. No cambié casi nada.*

—*¿Se enfadó con usted por la entrevista?*

—*No lo sé*—dijo Almazov. —*No lo ha dicho concretamente. Dijo que nada quería saber de los periodistas soviéticos a causa de lo que publicó nuestro periódico. Yo me acuerdo que el "Leningradskaya Pravda" hizo una descripción de la llegada de los españoles, y quizá sea esta nota a la que se refiere.*

—*No se preocupe camarada Almazov*—le dijo Mirov amicalmente.

—*Pero yo desearía aclarar este asunto. No quisiera que Carreño se marchara de la U. R. S. S. con esta mala interpretación.*

—*No aclarará nada; además, no vale la pena hacer aclaraciones.*

—*Es que me inculpa de cosas que yo ignoro.*

—*Usted no lo sabe, pero yo sé de que se trata*—dijo Mirov.

—*A ver si me explica el motivo de sus quejas.*

—*Carreño está descontento de una nota que la TASS ha dado a la publicidad referente a la llegada de los españoles a Leningrado*—dijo Mirov.

—*Bueno, pero aquella nota no la hice yo*—insistió Almazov.

—*Por eso digo que no aclarará nada, porque usted no la hizo. Aquélla y otras notas las he preparado yo, y sé cómo y por qué las he hecho.*

Las últimas palabras de Mirov tuvieron la virtud de que todos enmudecieran. Almazov no tenía más a decir, sino marcharse. Steinmetz tampoco dijo una palabra.

Vinieron varios periodistas a nuestra despedida, tomaron sus notas de cuanto decían los delegados, pero ninguno molestó más a Carreño.

Durante la conversación que tuvo lugar después del incidente con Carreño, también aclaré una cosa: En la U. R. S. S. no existe más que la TASS. Es el único órgano de expresión del país de los Soviets. Las notas de la TASS que preparan los Mirov, los agentes del Gobierno que saben lo que hacen, como lo hacen y por qué lo hacen, son las únicas que tienen difusión.

Un periodista soviético aunque sea honrado e inteligente está supeditado a callar y reproducir los despachos de la TASS. Sus opiniones personales, e incluso, su trabajo, no tienen el menor valor.

UN SABOR AMARGO

Misión ineficaz.

Ahora, pasados algunos años después del viaje a la U. R. S. S. y de la guerra civil española, que con el beneplácito de los países democráticos la ganaron los alemanes e italianos, podemos decir que nuestra misión al país de los soviets fué ineficaz.

Fuímos a Rusia ilusionados con el propósito de convencer a los dirigentes soviéticos acerca de que prestaran una ayuda eficaz al pueblo español en lucha contra el fascismo. No sabemos hasta qué punto nuestra insistencia contribuyó a despertar este deseo . . . Lo que sí sabemos, es que la ayuda de la Rusia soviética a la España antifascista fué ineficaz.

El Gobierno de los Soviets nos prometió y envió armamento a España, pero nunca envió suficiente para poder ganar la guerra. Cuando lo enviaba, lo hacía con cuenta gotas. Escogía los momentos más difíciles, cuando los españoles estaban desangrados hasta lo último, cuando la causa antifascista estaba pendiente de un hilo que no se rompía por milagro.

Al pricipio, los agentes soviéticos enviaron material anticuado que guardaban almacenado desde la guerra del 1914, y quizás desde las guerras balcánicas. Más tarde, cuando decidieron enviar material moderno, además del pago en oro, exigían concesiones políticas. Unas veces, insistían en que se dieran puestos ministeriales a sus agentes en España; otras, pedían nuevos nombramientos y mandos militares. Cada cargamento de material de guerra que llegaba de los puertos soviéticos a la España antifascistas, aumentaban las brigadas y divisiones mandadas por agentes comunistas.

Por cada fusil y por cada cartucho que enviaban los rusos exigían el pago adelantado. Al principio, había que depositar el importe en oro en alguno de los bancos que sus agentes señalaban en Europa, más tarde, el oro del Banco de España salía a raudales siendo llevado directamente a Rusia.

En la cuestión del pago el Gobierno de los Soviets fué más implacable con los antifascistas españoles que ningún otro traficante capitalista. No entregaban el más insignificante elemento si no estaban seguros de que se había hecho el pago anticipado. Si no se les hacían concesiones políticas y militares a tiempo, tampoco llegaba material. Al Gobierno de los Soviets no le importaban lo más mínimo los avances de los fascistas ni si los antifascistas perdían posiciones importantísimas, si con ello nada ganaban los agentes de Moscú. La guerra española para los Soviets fué cálculo frío, interesado, lucrativo. Tenemos la convicción de que jamás le importó nada que el pueblo español perdiera la guerra.

Para que no nos digan que acusamos por sistema, recordaremos un dato que es bastante elocuente. A últimos del año 1936 un barco noruego cargado con cincuenta aviones se acercaba a los puertos españoles. El barco con su precioso cargamento llegó a la altura de Valencia, pero no entraba a los puertos españoles. Pueblo y combatientes esperaban los aviones como si aquellos fuesen la salvación. En el frente de Madrid, Durruti y sus mejores guerrilleros dieron la vida por no tener a su disposición ningún avión que les protegiera, pero, Stalin ordenó al barco con los aviones, comprados y pagados por el Gobierno republicano, que fuese al puerto de Marsella y no a Barcelona o Valencia. Mandó hacer esta maniobra, porque el Gobierno de España, presidido por Largo Caballero, no estaba dispuesto a hacer las concesiones políticas que pedía el dictador ruso. Las órdenes para que el material de guerra entrara en las puertas españolas sólo se daban cuando se habían conseguido las concesiones deseadas. Esto lo saben no sólo los españoles sino que lo reconoce el mismo general Walter G.

Krivitzky, agente soviético que estaba encargado de hacer llegar dichos aviones a España. (1).

Gracias a este chantaje los comunistas consiguieron toda clase de privilegios burocráticos y en el ejército, puestos preeminentes en los ministerios y en las jefaturas de policía. Los nuevos mandones fueron fieles a Moscú, pero era gente incapaz, sin ningún conocimiento militar ni sentido práctico. Ellos propiciaron en parte el desastre del antifascismo español.

Siendo los comunistas un elemento extraño en la vida social de España, obrando exclusivamente con interés de Moscú, trajeron luchas y divergencias entre la familia antifascista. La unidad antifascista que fué ejemplar durante las primeras semanas de lucha, se deshizo, porque los comunistas quisieron imponer su predominio descabezado, obstaculizando en todos los terrenos las iniciativas y trabajos que realizaban los demás sectores. Primeramente fraguaron la farsa contra los llamados trotskistas, más tarde, asesinaron a socialistas, anarquistas y a cuantos no se sometían a su despótica tutela.

Antes de la guerra, en España no había comunistas y su partido llevaba una existencia vegetativa. Empezó a crecer cuando aparecieron las armas soviéticas, cuando se instalaron los agentes consulares y diplomáticos de Moscú, cuando la Cheka abrió sus sucursales en territorio español. Todo eso trajo la desunión y desanimación entre los antifascistas.

Si la pasividad de los elementos progresivos de Europa entregó a la España antifascista en manos de Moscú, la política desastrosa de "colaboración" y los métodos medioevales empleados por los bolcheviques mataron aquellas ilusiones que empujaban a los antifascistas a la lucha.

Fuímos obligados a ir a Moscú en busca de ayuda para la lucha contra el fascismo. Desilusiones fué lo sustantivo que recibieron los antifascistas españoles de la Rusia soviética.

---

(1) W. G. Krivitzky, *In Stalin's Secret Service*, pág. 91.

No podía ocurrir de otra manera, porque mientras estábamos pidiendo ayuda para luchar contra el fascismo, los enviados de Stalin ya habían empezado las conversaciones que terminaron con el pacto ruso-germánico. No lo supimos mientras estábamos en Rusia. Fué más tarde, cuando los mismos agentes de Moscú pusieron al descubierto cómo prepararon aquel monstruoso engendro.

Delegación defraudada.

Como delegados sindicales españoles, huéspedes de la Central Sindical Soviética, fuímos completamente defraudados. Visitamos repetidamente dicho organismo, pero no vimos a ningún sindicalista ni se nos facilitó la menor orientación de carácter sindical. Allí nos recibieron para oir el discurso de Kalinin, Presidente del Estado Soviético, y no al de un representante de los obreros rusos.

Desfilamos por algunas fábricas, pero sin enterarnos de la vida de los obreros rusos, ni de sus condiciones de trabajo ni de sus medios de subsistencia. Algunos de nuestros delegados hablaron a los obreros soviéticos, pero sus discursos fueron falseados deliberadamente por los intérpretes de los mismos sindicatos. Así que, tanto nos enteramos nosotros de la existencia del trabajador ruso como ellos de las inquietudes y deseos de los trabajadores españoles.

Pretendíamos que la tragedia y las angustias del pueblo español llegaran a oídos del pueblo ruso, pero nuestra voz fué ahogada por los llamados representantes de los sindicatos. El Secretario Ejecutivo puso alrededor nuestro una tupida red de servidores que, con el título de guías e intérpretes, no tenían otra misión que la de evitar que nuestras voces llegaran allá donde los gobernantes no quisieran que fuesen oídas.

Departimos con los elementos representativos de los Sindicatos soviéticos, pidiéndoles que intervinieran cerca del Gobierno de los Soviets para que libertaran de las cárceles a los presos políticos rusos, pero, ni siquiera se dignaron comuni-

carnos cuáles fueron sus gestiones, a pesar de que nos prometieron solemnemente hacerlo.

Durante nuestra estancia en Rusia, por tres veces conversamos con obreros sin que estuviesen funcionarios oficiales siendo estas entrevistas lo más aleccionador de nuestro viaje, en relación a conocer cómo vive el pueblo ruso. Tuvimos que hacerlo a escondidas para no perjudicarles, pues en el país de los Soviets nada se castiga tanto como mantener relaciones con extranjeros. Estas conversaciones nos confirmaron que los obreros soviéticos no tienen voz ni voto en los Sindicatos. Los obreros, en Rusia vienen obligados a pagar cuotas semanales, pero todos los cargos sindicales están en las manos de los agentes del Gobierno soviético. Esto nos lo afirmaron personas que actuaron en el movimiento sindical durante el régimen del zar y lo pudimos apreciar durante nuestra estancia en la U. R. S. S.

Esta realidad nos obliga a considerar que los Sindicatos Soviéticos no son más que un elemento decorativo al servicio del Estado y regido por el mismo en contra de la voluntad de los trabajadores rusos, es decir, son mejor un instrumento de esclavitud que de libertad.

El timo del socialismo.

Como socialistas, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es donde fuímos más burdamente engañados.

Pedimos que se nos sumistraran datos verídicos sobre los adelantos en la reconstrucción social; que se nos enseñaran las prácticas socialistas adaptadas por el pueblo ruso; que se nos mostraran los resultados conseguidos durante los últimos veinte años de vida soviética. Pretendimos se nos orientara para saber cómo evitar errores o desviaciones en el camino constructivo que había emprendido el pueblo español.

De cuanto vimos o nos contaron no podemos sacar más que conclusiones negativas. Del conocimiento de la vida soviética, de cuanto vimos y observamos, sacamos la consecuen-

cia, de que el mejor modo, es hacer las cosas al revés de como las hacen los bolcheviques.

En lugar de datos verídicos y consejos sinceros, se nos engañó en todas partes. Los "delegados sindicales soviéticos" que debían suministrarnos informes y que estaban destinados especialmente para esta labor, en nuestra presencia, ordenaban falsear cuanto nos comunicaban. En lugar de permitirnos sacar lecciones de sus errores, suministraban falsificaciones en las mismas fuentes informativas, con el fin de que nos enredáramos más si acaso pensábamos seguir sus consejos.

Que estos procedimientos los hubiera empleado un país capitalista y reaccionario, lo hubiéramos encontrado normal, pues ya sabemos que la reacción, en todas partes del mundo, llegó a crearse una situación privilegiada burlando los derechos de los demás, engañando al prójimo, mintiendo y robando. Pero, al contrastar que un país llamado socialista hacía lo propio y más burdamente; al presenciar cómo los engaños y falsificaciones partían de lo más elevado de la vida social rusa: gobernadores, burócratas, periodistas, directores de empresas, etc., para engañar a trabajadores socialistas de otro país, nos dejó un sabor amargo y de ceniza.

Fuímos defraudados no ya como socialistas, sino como hombres. Entre personas civilizadas que se respeten a sí mismas, que tengan aprecio a su propia dignidad cuando invitan a alguien a su casa, no le preparan trampas ni le engañan miserablemente. Si no tienen confianza en un extraño, no le invitan. Si goza de su confianza y le invitan, lo tratan con el respeto que merece. He ahí un principio elemental de educación que los representantes soviéticos demostraron ignorar.

El mundo oficial de los Soviets nos recibió con mucha música; menudearon los banquetes con abundancia de manjares y vinos; superficialmente, todo resplandecía como en cualquier otro país europeo durante el espectáculo de las recepciones oficiales, pero, el corazón del pueblo ruso estaba escondido y la mentira resplandecía brillante. Un acto de sinceridad nos hu-

biera llenado de alegría, un gesto de verdadera amistad hubiera dejado nuestros corazones más satisfechos que todo el oropel artificioso en que nos envolvieron.

Ambiente de asfixia.

Durante nuestra estancia en la U. R. S. S. visitamos fábricas, centros oficiales, granjas, talleres, librerías; vimos museos y galerías de arte, el metro de Moscú, la tumba de Lenin y diversos teatros. Durante nuestra estancia en la U. R. S. S. no tuvimos un momento libre. Siempre tenían preparado algo que enseñarnos. A pesar de esto, hemos de decir que íbamos allá donde nos mandaban, veíamos lo que nos querían enseñar, visitábamos aquellos lugares que estaban preparados para la visita y que convenía que viéramos.

Es verdad que el metro de Moscú es bonito, que es una obra moderna de construcción, como también lo son el de Barcelona, el de Berlín y el de París. Es verdad que los rusos, durante los últimos veinte años, han construído algunos edificios nuevos, como, con mayor abundancia, los han levantado otros países. El progreso no es exclusivo de los bolcheviques. Si pudiéramos contrastar la evolución operada en el mundo, desde que el pueblo ruso hizo la revolución, estudiando pueblo por pueblo los cambios progresivos operados en todos los órdenes, seguramente que uno de los más atrasados sería la Rusia Soviética.

Los agentes oficiales soviéticos procuraban convencernos que todo lo que había de bueno en la U. R. S. S. era la obra de los bolcheviques. Si no se trataba de algo realizado durante los últimos veinte años, era obra de sus predecesores en época anteriores.

Deducir tan caprichosamente el progreso de la sociedad rusa, es falsear de forma grosera la historia de todo un pueblo. Se han construído edificios, se han pintado cuadros, se han escrito libros y se ha luchado por la libertad y la dignidad humana mucho antes que en el horizonte aparecieran los bolchevi-

ques. Las obras de arte, las gestas del pueblo ruso, las bellezas naturales o creadas por el esfuerzo humano es natural que causen la admiración del pueblo ruso, y de la humanidad, mientras la Tierra da vueltas alrededor del Sol.

Lo que no se nos ha dicho, ni lo mostraron en ninguna estadística para probarlo, es que durante el régimen despótico del zar, los rusos tenian unos municipios mucho más libres que actualmente; que durante el absolutismo zarista el pueblo podía al menos exponer sus quejas contra sus verdugos, cosa que no puede hacer mientras la justicia es administrada por Vishinsky; que en las cárceles rusas había menos prisioneros durante las épocas de represión zarista que en los tiempos normales del gobierno bolchevique; que en ninguna época de la historia rusa ha existido, según ellos, tanto traidor en los puestos más altos del Gobierno; que jamás se habían liquidado a tantos "espías" de altos vuelos como durante el reinado de Stalin; que nunca los intelectuales rusos estuvieron tan privados de exponer sus ideales y sentimientos ni la opresión asfixiante se ha dejado sentir con tanta intensidad como durante los años de la llamada Dictadura del Proletariado.

Nos mostraron los progresos materiales que habían conseguido durante los últimos veinte años, pero no se nos dijo a qué precio fueron logrados. Nos entregaron un montón de fotografías del Canal de Volga sin referirnos cuántos miles de los detenidos y condenados a trabajos forzados perdieron la vida en su construcción. Nos hablaron de la desaparición de las colas de mujeres que esperaban en Moscú, sin contarnos el hambre sufrido por los habitantes de las regiones más fértiles de Rusia.

Suponemos que los agentes del Gobierno soviético se portaron con nosotros de la manera mencionada, porque querían convencernos de una mentida prosperidad, de las buenas relaciones entre el conjunto social y el Gobierno que no existía, y de la felicidad del pueblo ruso que tampoco se veía por parte alguna.

Precisan aires de Libertad.

A nuestro entender, el mayor obstáculo que surge para entender el experimento bolchevique no es derivativo de las buenas o malas interpretaciones acerca de una u otras teorías. Las dificultades surgen, en mi concepto, de palabras mucho más sencillas.

Lo malo es que el comunismo oficial, ruso o de cualquier país, emplean las palabras "justicia", "equidad", "libertad", de organización", "derecho de expresar sus opiniones", etc., con un sentido completamente opuesto al sentido que tienen estos vocablos. Los han deformado y envilecido haciendo un uso convencional, que en la práctica resulta un mentis rotundo del sentido que encierran. Lo dolorosamente cierto, es que en el país de los Soviets no existe ni justicia ni equidad ni libertad ni ninguno de estos atributos que dignifican y elevan a los hombres y a los pueblos y que, en su conjunto, simbolizan las mejores conquistas realizadas por la humanidad hacia su superación.

Condenar a muerte a una persona sin proceso, fraguar éste sin testigos, o basar la condena por el sólo testimonio de los agentes de policía, es obrar en justicia, según los cánones bolcheviques, mientras que este proceder representa la mayor injusticia según los conceptos de los pueblos civilizados.

Anular los derechos del hombre, entregar el control de las riquezas a un grupo limitado de personas e introducir los métodos deshumanizados del trabajo a destajo, los bolcheviques llaman a eso socialismo, mientras todo el mundo ha reconocido que dicha explotación es equivalente a la más desaforada esclavitud.

Liquidar a cuantos se atreven a mantener opiniones diferentes, destruir a las organizaciones que escapan a su control, acaparar en absoluto la producción del papel y los medios de imprimir y dejar decir solamente lo que dictan unos sátrapas in-

cultos, a eso los comunistas le aplican el escarnio grosero de llamarlo libertad de prensa y de expresión, mientras que para el resto del mundo tienen una denominación precisa que se llama despotismo, tiranía y crueldad.

Mientras en el territorio de la U. R. S. S. no recobren su verdadero sentido los vocablos arriba mencionados, siempre habrá dificultades para entenderse con los demás pueblos de la Tierra, y en especial, con aquellos hombres que luchan por un mundo más justo y humano.

Libertad, libertad, en el verdadero sentido de la palabra; libertad en su amplitud social, política y humana, es el principal aliciente que necesita el pueblo ruso. Sólo cuando cumple la libertad en el concepto que le otorga la mayor parte de la humanidad, podrá decirse que el pueblo ruso va recto al camino del socialismo y de su liberación.

INDICE

Páginas

1. Prefacio 7
2. Los motivos del viaje 11
3. Los primeros pasos y las primeras sorpresas 25
4. Los talleres de industria pesade 41
5. La escuela y el instituto 53
6. Con los artistas del cine en Leningrado 63
7. Visita a la fortaleza de Pedro y Pablo 91
8. La Casa del Ejército Rojo 117
9. Entrevista con Kalinin 129
10. El Museo de Lenin 139
11. La fábrica de aviación 149
12. Una fábrica de objetos eléctricos 157
13. Una escuela modelo 167
14. El Museo de la "Revolución" 179
15. Con los escritores soviéticos 191
16. Viaje a Ukrania 205
17. En Moscú, sin acompañante 221
18. El Socorro Rojo y Crecencia Muehsam 239
19. Con el Secretario Ejecutivo de los Sindicatos 247
20. Los "perevochis" 261
21. Los periodistas soviéticos 277
22. Un sabor amargo 289